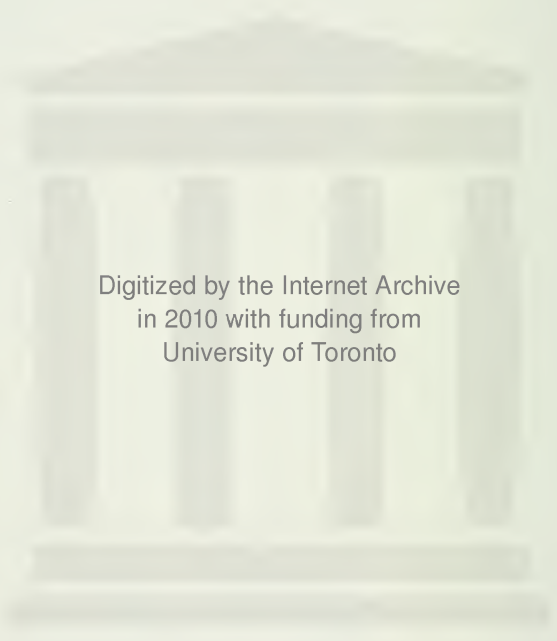




3 1761 06743409 2



Digitized by the Internet Archive  
in 2010 with funding from  
University of Toronto











285

32

# OBRAS COMPLETAS

DE

DON JUAN IGNACIO GONZÁLEZ DEL CASTILLO





REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

---

BIBLIOTECA SELECTA DE CLÁSICOS ESPAÑOLES

---

# OBRAS COMPLETAS

DE

DON JUAN IGNACIO GONZÁLEZ DEL CASTILLO

---

TOMO PRIMERO



MADRID: 1914  
LIBRERÍA DE LOS SUC. DE HERNANDO

IMPRESORES Y LIBREROS  
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Arenal, 11.

LIBRARY

JUN 6 1973

PQ

6526

G6

1914

6.1

## PRÓLOGO

---

Obra de misericordia y caridad cristiana, aun más piadosa que enterrar a los muertos, es resucitar en la memoria de los vivos a aquellos pobres hombres, ricos de entendimiento, que pagando en buena gloria la mala vida que les dió su patria, conquistaron contra la envidia el derecho a la inmortalidad.

Y, pues el azar, que todo lo gobierna, nos ofrece ocasión de reparar injusticias o desvíos del vulgo tornadizo e iconoclasta, los que nunca quisimos doblegarnos ante soberbias, sólo preeminentes sobre la bajeza ajena, a mucha honra tenemos el inclinarnos y aun hincar las rodillas para alzar al caído en el umbral del Templo de la Fama, adonde muchas *águilas* no hubieran entrado sin recomendación; y, así, haremos lo que podamos en lo que otros no hicieron cuanto debían para enseñar al que no sabe distinguir entre las ruinas que su ignorancia pisotea, las que merecen ser veneradas como monumento nacional.

Expondremos el motivo y el objeto especial de la voluntaria tarea cuyas dificultades han sido estímulo de nuestra perseverancia.

Entre las maravillas literarias de más castiza hechura que, en la historia universal del Arte, fueron como apariciones luminosas del ingenio español, inconsciente soberano con perpetua manía de humillación a servidumbre de sus expoliadores extranjeros; entre esas obras de hermosura perenne, y triunfadora contra insolencias del modernismo ignaro, y que la Real Academia Española designó como necesitadas de cuidadosa restauración y nueva publicidad, hemos elegido, no como dignas de preferencia artística por su mérito relativo, pero sí merecedoras de prelación por razones de urgencia en ser reimpresas, las composiciones teatrales y líricas del insigne escritor gaditano del siglo XVIII D. Juan Ignacio González del Castillo.

Bosquejar un remedo de su simpática personalidad; descubrir y restaurar las obras, hijas de su alma, y agruparlas en torno de su nombre olvidado, como en corte de amor o guardia defensiva, es el menor homenaje que España debe al que en su corta vida, terminada al cumplir treinta y siete años en el de 1800, fué mantenedor del arte nacional contra el desaforado extranjerismo de aquella época vergonzosa; pues mientras infatuados escritores, para cuyos nombres, de triste recordación, tendremos la piedad del silencio, afrancesados artísticos que acabaron en traidores a la patria, osaban proscribir del Corral de las Comedias todo el repertorio dramático del siglo de oro, y aun avanzaban en son de guerra como devastadora legión de renegados, asalariada por los eternos enemigos de nuestras glorias, él, héroe oscuro, semisepultado en su concha del apuntador de la farándula, pero infatigable mantenedor de la más pura



tradición artística, y profeso de la fe en el ingenio hispano, acorralado, pero no vencido, en su amorosa Cádiz, que siempre fué reducto de patriótica defensa, peleaba como bravo guerrillero por la independencia de la musa española y el derecho inalienable de la risa.

Reirse o morir de vergüenza era la disyuntiva para un patriota inteligente desde la mitad del siglo XVIII; y el sainetero González del Castillo optó por burlarse de lo que no podía corregir de otro modo.

El sainete; el fin de fiesta; ¿qué otro espectáculo merecía el fin inevitable de la nacionalidad española, resignada a vergonzosa servidumbre de una horda de aventureros que en calidad de pléyade ilustrada, y con la protección del que para unos fué gran Monarca, y para otros, Soberano de una gran nación (que no es lo mismo), hizo irrupción por el norte de la Península en alarde de dominación intelectual, precursora de la agresión armada que, en 1808, atentó contra lo que quedaba de nuestra independencia?

Era la época de Carlos III, el que por su importante notoriedad merece todos los homenajes, hasta el de la verdad, de que no disfrutó en vida.

Quizás amante, pero no admirador de sus vasallos; persuadido de que el talento era artículo de importación, y con el fin de engrandecer a España sin el modesto auxilio de los españoles, empezó por convertirla en Jauja de aventureros intrusos, graduados de notabilidad como artistas, ingenieros o alarifes: unos, que salieron aprendiendo lo que venían a enseñar; otros, que fomentaron exclusivamente el cultivo

de la tierra, no incompatible con la cultura del espíritu; y otros que, encontrando piedra abundante y barro a mano, alzaron sobre el yermo y la urbe vetusta, espléndidos monumentos arquitectónicos para gloria del Soberano, admiración del pueblo, que se moría de hambre, y comodidad del Fisco: el Ministerio, que impone los tributos; la Aduana, que cobra por arancel, la suntuosa puerta del fielato, los puentes del pontazgo, el canal, que no puede regar lo que no se siembra, y el arco triunfal, por donde no se va a ninguna parte; y todas las maravillas; todo... menos el teatro.

Al Rey no le gustaba. El teatro no adula. Y como no había palacios para todos, los dramaturgos y sus admiradores continuaron alojados en el Corral de las Comedias.

Por el gran cazador y sus favoritos, que se disputaban el primer premio de puntería contra reses amaestradas en los Sitios Reales, la literatura dramática era considerada cosa vil y nefanda, como la *Trata de musas*; y aunque los dramaturgos disfrutaban absoluta libertad de escribir todo... lo que fuera del Real agrado y mereciera la aprobación de los Censores, del Alcalde Corregidor y la paternal protección del Santo Oficio de la Inquisición, conservado por el libérrimo Monarca para uso exclusivo de los intelectuales, dieron éstos en sospechar que el cerebro era un órgano inútil y hasta peligroso; para ponerse a tono con lo que oficialmente se llama Superioridad, se hicieron los tontos, y acabaron por serlo, pues lo que no se ejercita se atrofia, y el entendimiento tiene también su gimnasia; y la depresión espiritual de

sabios y artistas españoles se reflejó en el teatro, que es como espejo, y también barómetro social, que fué bajando... bajando hasta anunciar la tormenta que se venía encima.

Falto de aire libre, de espíritu nacional y calor de sangre española, el arte dramático se hallaba en período preagónico; y el remedio fué peor que la enfermedad, pues los galoclásicos, modernistas de entonces, precursores de los superhombres europeizadores que actualmente padecemos, y que mirando hacia los progresos de Europa no ven más allá de sus... franceses, creyendo desorden calenturiento el poco ingenio que aun aleteaba, y que, en la obra bella, la inspiración valía menos que el precepto de una técnica intransigente y exótica, en vez de aliviar al moribundo, le amortajaron a la francesa.

Mientras pasaba aquella oleada de imbecilidad antipatriótica, el ingenio dramático español reclinóse sobre sus laureles; y, creyéndole difunto, invadió la escena muchedumbre de enanitos literarios que, por trepar sobre el cuerpo yacente como atrevidos alpinistas, se creyeron a la altura de las águilas y disputaron la soberanía del reino de Liliput.

¿A qué nombrarlos sino por antonomasia? Estaban todos: los critiquillos roedores, que se alimentan de la reputación ajena; los dictadorcitos de minucias filológico-retórico-poéticas; los miniaturistas, cuya legión entera cabe en la pincelada amplia y resuelta del artista de enjundia, que ve claro.

Estaban todas las alimañas que viven de la muerte, pululan en la sombra y huyen al primer rayo del amanecer.

El público (llamado vulgo cuando paga poco por ver la función), indeciso entre los extremos escolásticos de los nuevos dramaturgos, tomó el término medio... de silbarlos a todos; y la luz de la alegría volvió a inundar la escena cuando la musa del sainete, que ni pudo ni quiso ser francesa, otorgó su real y resaladísima gracia, y nombró pintores de su camarín y caricaturistas de todas las camarillas palaciegas al insigne D. Ramón de la Cruz, en la villa de Madrid, hacia mediados del siglo XVIII; y en el último tercio del mismo, en Cádiz, al ingenioso escritor festivo, a cuya grata memoria dedicamos la ofrenda de este humilde trabajo.

Su vida fué muy brevê. Nació en 1763 y falleció en 1800.

Su labor artística no pudo ser tan copiosa como la de su antecesor, y quizás modelo, D. Ramón de la Cruz, a quien nuestro ilustre compañero en esta Academia, D. Emilio Cotarelo, califica de nuevo Lope de Vega por su portentosa fecundidad; pero fué semejante por el acierto en comprender que el teatro, convertido en tertulia de petimetres, madamas, cortejos, abates, y pedantes afrancesados, era la *Casa del pueblo*, y que éste merecía: un rato de alegre esparcimiento después de llorar trágicas desventuras de los héroes helénicos o latinos; una ráfaga de claridad para el espíritu, desorientado por tesis abstrusas y trascendentalismos sociales o teológicos y desvanecido por primorosos cuanto enrevesados circunloquios retóricos; algo parecido a la humilde vida y a la pobre gente que escuchaba en pie a los cómicos de los corrales; algo que fuera suyo, español puro

y neto, y distinto del arte exótico de los innovadores: el entremés regocijado, sabroso y pintoresco; el fin de fiesta, consolador y ameno; el sainete, cortésano de Su Majestad la Plebe.

Ninguno de los dos mencionados escritores, porque ambos tuvieron la vida vibrante por los clamores del aplauso y de la envidia, recelaría que el popular estruendo se extinguiera a poco en el silencio del olvido, y que al comenzar el siglo xx sería improbable, y casi imposible, la tarea de desenterrar hoja por hoja todas las flores de su ingenio.

La dolorosa peregrinación social y artística del dramaturgo madrileño; su portentosa fecundidad y enconadas luchas con los más famosos escritores coetáneos, han dejado luminosas huellas, por las que pudieron guiarse la erudición y sana crítica del Sr. Cotarelo, para ofrecernos la resurrección, más que la biografía, y hasta la reproducción maravillosa de toda la época en que el popular sainetero imperó en los teatros de la Corte por derecho de conquista y sufragio universal de *Chorizos y polacos* (1). Análoga información sobre la personalidad y labor artística de González del Castillo, tropieza con dificultades que no ponderaremos en recomendación de este modesto trabajo, sino que deploramos por ser tan grandes como inesperadas para los viejos que fuimos admiradores de aquellos graciosos entremeses, anun-

---

(1) *Don Ramón de la Cruz y sus obras*. Ensayo biográfico y bibliográfico.

*Isidoro Máiquez y el teatro de su tiempo*, por D. Emilio Cotarelo y Mori.

ciados en carteles con el dictado genérico de *Un divertido fin de fiesta*, para excusar el pago de derechos al autor, pero representados con escrupuloso esmero y con la solemnidad de un homenaje por Romea, Valero, Catalina, Mario, Matilde Díez, Teodora Lamadrid, Pepita Hijosa, Carmen Berrobianco y Dardalla con su compañía de género andaluz, cuando aún los cómicos, honrándose en parecerlo, no ostentaban otros títulos nobiliarios que su nombre de pila o su apodo en la farándula, y aplicaban a la variedad del repertorio la flexibilidad de su talento, en vez de proscribir de la escena nacional obras gloriosas, pretextando desdenes que son temores de no saber interpretarlas.

Del insigne gaditano, ídolo de una muchedumbre de espectadores, pobres como él, y con él y su efímera popularidad sepultados en la fosa común, poco hemos leído que no le sea adverso; y no es maravilla esta escasez de benévolas noticias, porque el vulgo pagó al autor festivo con risas y aplausos que se llevó el viento, y no escribió elogios por la sencilla razón de que no sabía escribir; la terrible bibliomanía, con instinto de urraca que codicia todo lo que reluce, lo entierra y lo olvida, detentó impresos y manuscritos favorables al autor, quizás por el placer de releerlos, y de seguro por el gusto de que nadie más los leyera; y sólo abundan en el mercado las páginas ensombrecidas con tristezas del bien ajeno por la rivalidad literaria; que ésta sí sabe escribir ultrajes, y aun los esculpiría para eternizarlos; mas, para su castigo, y por el mismo escándalo, proporcional al mérito, y sobre todo al éxito, envidiados, se



convierte en involuntaria pregonera de la fama merecida, guía de la justicia y colaboradora de la posteridad.

Otro inconveniente se ofrece para toda minuciosa averiguación acerca de González del Castillo, y consiste en la insignificancia de su personalidad fuera de la vida artística; y como no es posible escribir una biografía interesante de quien no la tiene, ni lícito inventarla, quizás hubiéramos desfallecido ante una empresa tan difícil como estéril, si a ella no nos estimulasen principalmente este consejo, algo paradójico, del escritor militar Sobieski de Janina: «Si quieres enterarte de algo, escribe un libro sobre ello», y también el temor de que muy pronto la indolencia nacional habría consumado su habitual hazaña; y tan imposible sería recoger las páginas en que quedó impresa su culta amenidad, como encontrar los huesos del artista adonde fueron sepultados de limosna: en el *hoyo grande*, que en España suele ser panteón barato de hombres ilustres.

Veamos lo que el memorable sainetero debe a la historia de la literatura española.

En el transcurso de todo un siglo, después de su muerte, ha tenido dos biógrafos que sumados dan uno solo, porque el segundo copió todo lo que había escrito el primero.

Éste fué D. Nicolás María de Cambiaso y Verdes, autor de un *Diccionario de personas célebres de Cádiz*, publicado en Madrid el año de 1829, y en cuyo segundo tomo, escrito como complemento del primero, se menciona, entre otros personajes *también famosos* y dignos de completar la colección, al saine-

tero González del Castillo, del cual nos proporciona escasas noticias personales y la enumeración incompleta de las obras escénicas.

Rebuscando bien en el montón adonde van las glorias humanas, el Sr. Cambiaso pudo aprovechar el nombre del sainetero para rellenar un segundo tomo con lo mejor en que tropezase su diligencia.

¡En esto suele consistir la celebridad! En el año de 1845, D. Adolfo de Castro publicó en Cádiz la obra intitulada «*Sainetes de Don Juan del Castillo, con un prólogo sobre este género de composiciones*», que encabeza el primer tomo, y una biografía bajo el dictado de «*Vida y escritos de Don Juan González del Castillo*», que precede al tomo IV, al principio de la cual atribuye al biografiado el nombre de *Juan Ignacio González del Castillo*, diferente de los dos anteriores, y a su vez rectificado por la partida de defunción, que el Sr. Castro copia, y en la que vuelve a aparecer el nombre de *Juan González del Castillo*.

Por la muestra que ofrecen esos tres nombres distintos del mismo personaje, puede juzgarse de la precipitación con que, sin duda, fué compuesto ese libro, en el que dicho Sr. Castro, entonces muy joven, suplió la escasez de datos biográficos con sobras de imaginación, limitándose, en cambio, a publicar las obras de González del Castillo, mencionadas en la relación incompleta del Diccionario de Cambiaso, y copiadas de estampaciones defectuosas o de manuscritos de archivo teatral, en los que todas las faltas de ortografía y de sentido común son tradicionales.

Las primeras y únicas ediciones de estos dos libros y las colecciones de sainetes, impresos en su



mayor parte después de la muerte del autor, están agotadas; sensible circunstancia que no sospechábamos al comenzar nuestras averiguaciones sobre las obras de González del Castillo, pues todos aseguraban conocerlas..., y resulta que ninguno las había leído.

Señalemos las honrosas excepciones de nuestros ilustres amigos D. Emilio Cotarelo y D. Jacinto Octavio Picón, que nos han favorecido con su valioso auxilio, y D. Francisco Rodríguez Marín y D. Carlos Cambronero, respectivos directores de las Bibliotecas Nacional y Municipal de Madrid, a quienes debemos grandes facilidades para el minucioso trabajo que hemos ejecutado con arreglo al conocido precepto: «Apresúrate despacio», sin que nos socorrieran con noticias ni advertencias oportunas los que no hacen las cosas ni las dejan hacer, y después de un siglo en que pudieron anticipársenos, quizás reservarán el lujo de su erudición para ostentarle a la hora de las censuras tardías e impertinentes.

\*  
\* \*

Don Juan Ignacio González del Castillo nació en Cádiz el día 16 de febrero del año 1763.

Sus padres D. Luis González y D.<sup>a</sup> Juana del Castillo, designados en la partida de bautismo de nuestro poeta con el tratamiento nobiliario que entonces no se prodigaba, pertenecían a una familia probablemente hidalga y de seguro pobre.

Ni pudieron costearle los estudios preparatorios para ingreso en una carrera del Estado, ni siquiera la

instrucción primaria, ni los más elementales principios de cultura general.

Don Adolfo de Castro nos dice lo siguiente en su citado libro:

»Su amor a las *buenas letras* lo llevó a aprender, sin auxilio de maestro, la Gramática castellana, la latina y la francesa, y las *Matemáticas*.

»Fué de ocupación apuntador en las compañías cómicas que representaban en el teatro principal de Cádiz.

»Era su ingenio agudo, notable su erudición. Tuvo por discípulo en el estudio de la lengua castellana al famoso alemán D. Juan Nicolás Bolh de Faber, conocido luego en la república literaria por editor de la *Floresta de rimas antiguas españolas* y del *Teatro español anterior a Lope de Vega*; obras que lograron los honores de la estampa en distintos años, y en la ciudad de Hamburgo.

»Fué de condición apacible: presto en el discutir, nunca tardo en el obrar, siempre señor de sí, sin género alguno de ambición, sin átomo de vanidad, contento con su suerte, festivo en sus escritos, oprimido en el ánimo por una incesante melancolía.»

Parécennos demasiadas perfecciones morales para un solo apuntador de farándula las que el Sr. Castro le atribuye, con la generosidad propia de la juventud, y, sin duda, más cuidadoso de pulir retóricamente la descripción del carácter que de la exactitud del parecido; pues resulta inverosímil que el biógrafo conociera tan exactamente al dramaturgo, cuando no publica ni siquiera enumera la totalidad de sus obras.

Y no es que regateemos premios de virtud al escritor, sino que no hay derecho a convertirle en héroe de novela, ni de inventar cómo pudo ser, porque él se retrató en lo que escribía.

Para la crítica, los autores no son más que los padres de sus obras, que a su vez los prohijan y defienden.

Las de González del Castillo nos dicen: por su importante número, que el sainetero gaditano, aunque en su oficio de apuntador anduvo a veces con *malas compañías*, era infatigable obrero intelectual, y por consiguiente hombre de bien: los pícaros no son laboriosos; con la fecha de su estreno (en 1779), una de ellas elogia la precocidad del dramaturgo, que entonces cumplía diez y seis años; muchas ponderan la originalidad y también la ilustración del que escribió lo suyo aunque conocía lo ajeno, ya por haberlo releído en la concha del consueta, ya colaborando con el alemán hispanófilo, quién sabe si protector o explotador del joven erudito; una serie de ellas, producida con rapidez vertiginosa, denuncia codicias de gloria o necesidad de pan; largos intervalos de esterilidad refieren con muda elocuencia desesperanzas, vacilaciones y desfallecimientos; y del conjunto de esas obras, en que fué dejando pedazos de su vida y de su alma, parece que resucita y nos refiere sus gloriosas desventuras el pobre dramaturgo español que tuvo la desgracia de ser aplaudido.

No intentamos ni podríamos satisfacer esa infantil curiosidad que busca, en las biografías, minucias de nombres, fechas, señas personales, como de ficha antropométrica, y pormenores de abolengo, que impor-

tan poco; pues ni por el árbol genealógico se hace la transfusión del talento, ni hay estirpes artísticas; la nobleza de ingenio es unipersonal; y los reyes del Arte no heredan soberanías ni dejan herederos de la Corona.

A pesar de sus probables amistades con muchos cómicos y cómicas que accidentalmente pertenecieron a las compañías de que fué autor y apuntador González del Castillo, no alcanzó a ver representadas sus obras en los teatros de la Corte (1), ni pudo coleccionarlas, ni siquiera darlas todas a la imprenta, como lo prueba una carta incluída en el libro de don Adolfo de Castro, y publicada por aquél como efusiva y entusiástica dedicatoria de su tragedia *Numa*, a *muchos amigos* cuya *generosidad* llegó hasta sufragar por subscripción los ochocientos o mil reales! a que ascenderían los gastos para la primera edición de dicha obra.

En tan interesante documento se lee lo siguiente:

«No; mi suerte no es tan deplorable como me la pintaba mi despecho.

»¿Qué importa que la fortuna me niegue enteramente sus favores; que la malevolencia desacredite mis sudores y vigiliass; que una crítica obscura y simulada denigre, muerda, emponzoñe todas mis produc-

---

(1) La primera suya que se representó en Madrid fué la tragedia *Numa*, estrenada con escaso éxito en el teatro de los Caños del Peral el día 29 de junio de 1802, con el reparto siguiente: *Rómulo*, Caprara; *Tacio*, Martínez; *Numa*, Alfaro; *Julia*, Srta. Prado; *Hermilia*, Sra. Rosa García; *Ostilio*, Navarro; *Marcelo*, Díez; *Séquito*: Fabiani, Iriarte, López y Ribera. (Biblioteca Municipal de Madrid. — Ejemplar impreso.)

ciones, si puedo enumerar tantos amigos que enju-  
guen mis lágrimas, que animen mi desaliento?»

Esto escribía con fecha 3 de enero de 1799, cuando su tragedia se publicaba, después de muchas dificultades; «puesto que—dice Castro—se negaba licencia para ello, por leerse en semejante obra muchas doctrinas y pensamientos de libertad».

No estaban los tiempos para expansiones líricas, patrióticas o liberales a que el sainetero se mostró aficionado desde que, en 1793, publicó el poema intitolado *La Galiada*, donde se lee los siguientes versos:

.....  
¡En nacer y morir, fuertes franceses,  
no son todos iguales? Pues ¿qué fuero  
o qué excepción es ésta? El patriotismo  
debe igualar los nobles y plebeyos.  
¡Oh abusos! ¡Oh costumbres corrompidas!  
No puedo meditarlas sin que el pecho  
lastimado palpita... ¡Reyes! ¡Papas!  
¡Próceres! ¡Quién podrá tascar el freno  
de tanta sujeción...?, etc.

Esto, en la tragedia, lo decía Mirabeau; pero lo escuchaban los favoritos del favorito de Carlos IV, monarca nunca bastante llorado... por sus desaciertos, enemigo de las letras y de los que sabían escribirlas, cuya imagen, esculpida en la estatua cesárea y sedente en que tuvo la comodidad de eternizarse, se ofrece en el vestíbulo de nuestra Biblioteca Nacional a la natural admiración... de encontrarla en tal sitio; y el pueblo oyó leer esos conceptos con sorpresa y sin agrado. Porque la clarividencia del escritor popular sufrió un desvanecimiento.

La libertad venía por el camino de Francia, y el sainetero fué de los que madrugaron para darle la bienvenida; avanzó creyéndose precursor de sus conciudadanos, y unos no le siguieron y otros le persiguieron.

Como acontece a los hombres de teatro, había confundido al público con el pueblo, por no enterarse de que España es el país de los viceversas.

Los que más tenían que perder en la patria, eran afrancesados; y la plebe, siempre patriota, no era todavía liberal; porque criada en la ignorancia y abandonada al instinto de la fiera por los que se tomaban la licencia de maltratarla, creyó, cuando le predicaban democracia, que los derechos del hombre consistían en la libertad de ser déspota.

Y, cuando el ingenioso sainetero dejó por menguado el campo alegre donde florecía su donaire, y alucinado por delirio de grandezas resolvió lanzarse a desfacer entuertos sociales y políticos, por la senda del progreso, a lomos del Pegaso y al frente de la muchedumbre, no encontró un triste Rocinante para cabalgar, ni un mal Sancho Panza que llevase algo de yantar en las alforjas, ni puerta franca de venta ni castillo, ni majada de que no le azuzaran los mastines; yendo de aventura en desventura sin hallar enemigo que le hiciera frente, sintióse herir en la espalda, que es donde la envidia lo tiene por costumbre; y al fin descendió la noche triste sobre la soledad y desamparo del paladín andariego, que, vencido, no convencido ni desesperanzado, aun avanzó resuelto; mas se detuvo, temeroso de un presagio adverso, ante algo grande e inmóvil que por más



sombrío, se destacaba de las tinieblas; pues, como Don Quijote de la Mancha, *había dado con la Iglesia*, que le cerraba el paso al alcázar de Dulcinea.

Desde 1793 todas las furias de la censura y todas las alimañas de la crítica dieron tras del dramaturgo, como si trataran del acoso y derribo de una res; porque, según nos dice D. Adolfo de Castro en su citada biografía:

«No falta quien crea que Castillo era amigo de las doctrinas republicanas, y que deseoso de esparcirlas en España, escribió *La Galiada...*, etc.»

Y añade luego:

«Sabidas son también las dificultades que hubo que vencer para que saliese a la luz pública la tragedia *El Numa*, puesto que se negaba licencia para ello, por leerse en semejante obra muchas doctrinas y pensamientos de libertad.

.....

»No ha faltado quien vierta todo el rigor de la crítica contra Castillo porque en sus sainetes sacó al teatro gentes de mal vivir y gallinas con apariencias de valientes..., etc.

.....

»Además de los sainetes, salieron de la pluma de Castillo varias poesías que, aunque fueron impresas, no vieron públicamente la luz por haberlo estorbado la censura, tan rígida en aquella sazón. ....

.....

»Había compuesto Castillo, en el año 1800, una comedia intitulada *La madre hipócrita*, para que concurriese a un certamen que había propuesto la Junta de teatros.

»No recibió el premio destinado a la mejor composición de esta especie que se presentase, y mereció censuras, así entonces como en años anteriores, etc.»

Don Emilio Cotarelo, en su mencionado estudio biográfico sobre Iriarte, dice de *La madre hipócrita*:

«Es la única obra de *tesis* que conocemos del regocijado sainetista andaluz, y no del todo mala, aunque la famosa Mesa Censoria no la consideró digna de premio cuando la presentó su autor al concurso de 1800.

.....

»Permaneció inédita hasta que en 1846 la incluyó D. Adolfo de Castro en el tomo IV de su colección.

»Censura la tendencia en las familias de entonces de hacer monjas contra su voluntad a las hijas, para aumentar la fortuna de los varones, sobre todo del mayor.»

Y el mismo Sr. Cotarelo nos ha favorecido con una nota que copiamos íntegra, porque no tiene desperdicio:

«El legajo 3.239 del Archivo de Alcalá de Henares, que hoy se halla en el Histórico Nacional, contiene el original de la égloga piscatoria *Glauco*, de D. Juan González del Castillo, en honor de la paz, con esta solicitud al Consejo de Castilla:

«Excmo. Sr.: Don Juan González del Castillo, ante  
»V. E. con el debido respeto expone: Que ha com-  
»puesto una égloga piscatoria (que acompaña) en  
»honor de la Paz, y deseando darla al público, ha-  
»ciéndola imprimir a su costa, la presenta a V. E. para



»que, siendo de su aprobación, le dé el curso que  
»tenga por conveniente.

»Madrid, octubre 8 de 1795. — *Juan González del  
Castillo.*»

»Se remite a censura de D. Pedro Citala, bibliotecario de San Isidro, quien en 26 de octubre la desaprueba por mala, y porque la paz que celebra no es la de Godoy, sino la hecha con los ingleses; pues dice la égloga:

En la escuadra después encarcelados  
erramos por el mar, viendo diversas  
costas, remotos puertos hasta el día  
que nos acometió la furia inglesa.

»Y seguidamente pinta el combate naval con los ingleses, y otras circunstancias de aquella guerra, con lo cual dice que se engaña al público, y opina que no debe imprimirse.

»Parece fútil—dice el Sr. Cotarelo—este pretexto para negar la publicidad a una obra poética.»

.....  
Así, recio y seguido, granizaba sobre las cabezas inteligentes la nube de imbecilidad, condensada en las alturas de aquella Corte depravada y gazmoña cuyo cinismo daba el mal ejemplo y prohibía el comentario, como reservándose el monopolio del escándalo; así se procuraba ahogar en las gargantas todo grito de protesta contra las ignominias que deshonoraban a España; y aun se reputaba de grave irreverencia que el poeta no dedicase su *Oda piscatoria* al gran pescador de prebendas y cazador en vedados reales; así fué puesto en entredicho e incomunicado

espiritualmente con su patria el gracioso sainetista, y no por lo que escribía, candoroso e insignificante como cuerpo de delito, sino por las intenciones que hasta en lo más recóndito de la conciencia humana olfateaban los sabuesos del Príncipe de la Paz... ¡de la paz de Basilea!

El atrevimiento solapadamente revolucionario de aquellos sainetes que, para regocijo de plebeyos, ridiculizaban: al clero, en el abate mujeriego; al ejército, en el soldado fanfarrón; al matrimonio, en el cortejo, el marido tolerante, y el paje afeminado; y la sátira social contra la honesta clase media, que todo lo sufre, no fueron castigados ni aun advertidos por los insensatos censores que, para adorno terminal de sus cabezas sin seso, gastaban el simbólico apéndice capilar; pero ya *La Galiada* y *El Numa* quedaron decomisados en la zona fiscal por los que pretendían ensartar con el pincho del consumero las ideas atentatorias a sus comodidades; y la obra intitulada *La madre hipócrita* fué madrastra para su autor. Arremetió contra los hipócritas, que le acusaron de irreligiosidad, como lo tienen por costumbre defensiva; y cuando se detuvo *para no dar con la Iglesia*, se hallaba ya en la jurisdicción del llamado *Santo Oficio*.

Éste, que había venido a menos e implantado su régimen económico, no quemaba a los heterodoxos, para ahorrarse el haz de leña; los condenaba a morir de hambre, aislándolos del género humano y dándoles el mundo por cárcel.

La peste fué más piadosa con el escritor, según lo demuestra la siguiente curiosa fe de óbito encontrada en los libros de la parroquia de San Antonio:

«En la ciudad de Cádiz, catorce de setiembre de mil ochocientos años, murió Don Juan González del Castillo, natural de Cádiz, de edad como de cuarenta años, de estado casado con Doña Ana Benítez; recibió el Santo Óleo = no testó; se enterró dicho día en el cementerio general del Señor San José, estra-muros de esta ciudad, de limosna, por esta parroquia del Señor San Antonio: vivía calle del Herrón, número 126. Cádiz *ut supra*. Manuel José Valderrama.»

Un hombre *como de cuarenta años* había fallecido y tenía derecho al respeto humano.

Mas no descansó en paz.

Un paisano suyo, a quien no privaremos de la triste celebridad que merece, escribió lo siguiente en 1810, al frente de una edición de *Entremeses* de Cervantes (1):

«Sin embargo, estas y otras expresiones no están vertidas con aquella copia ni con aquella bajura que causen la repugnancia honrosa, y el asco social que infunden muchos dramillas del pervertidor *Don Ramón de la Cruz*, y casi todos los de su secuaz, más pervertidor que él, y más inmundo el tan famoso en las ciudades de Cádiz y San Fernando, D. Juan del Castillo.

.....  
»Dentro de la covacha de apuntador escénico, donde le sumió su pobreza y su afición a la farándula, empezó a adquirir el conocimiento de las varias pasiones humanas y del modo de sacarlas al teatro. *El*

---

(1) *Don Ramón de la Cruz y sus obras*, por D. Emilio Cotarelo, pág. 224.

*Manolo*, dramilla abominable, a la luz de la poesía, de la moral y aun de la racionalidad de los caribes, y otras composiciones y pasos sucios y malvados del indecente autor del *Manolo*, le dieron choz y se le quedaron en la fantasía propuestos por modelo para cuando su musa saliese a volar.»

En esta forma inculta censuraba la incultura ajena un editor, ultrajando a tres autores cuando se lucraba con el ingenio de uno de ellos; y sin duda por ser muy popular, y quizás estimado, subscribía esas injurias con una abreviatura: J. A. Sánchez.

Díjolo un Sánchez, ¡y bastó para que robaran la fama al que quitaron la vida!

De la poca que nos queda hemos dedicado más de un año a reparar los estragos de la envidia, del odio sectario y de la ingratitud del público, procurando recoger y restaurar las obras del infeliz escritor, para que ellas nos ayudasen a defenderle; ya que, por no reclamar ese honor los ricos en talento y literatura, podemos ser abogados de pobres los que hemos sido pobres sin abogado.

\*  
\* \*

En vida de González del Castillo, pocas obras suyas fueron estampadas, y los originales manuscritos han desaparecido; las ediciones de ejemplares impresos y numerados en serie, pero sin formar volumen ni expresar el nombre del autor, se publicaron: en Cádiz, por la imprenta de la Viuda de Comés; y en la Isla de León, por la oficina de Perín, en 1812; y varios de sus sainetes más famosos fueron estampa-

dos separadamente, también después de la muerte del autor, en Madrid, Valencia, Valladolid y Salamanca, según se expresará en el índice general que incluiremos al fin de este Prólogo.

La colección que en 1845 editó D. Adolfo de Castro, con más prisa que cuidado, dando a la stampa, tal como los fué encontrando, ejemplares plagados de errores, es, sin embargo, importante pero incompleta; y nuestro principal trabajo ha consistido en corregirla y aumentarla: cotejándola con otros ejemplares de las obras que hemos logrado copiar o consultar, y completándola con varios sainetes y comedias que, previa la debida comprobación, podemos atribuir al mismo escritor.

En cambio, dejaremos de incluir entre sus obras, algunas de que se le ha supuesto autor y que, por las fechas de publicación, no pudieron ser escritas por él.

Las estampadas bajo la dirección de D. Adolfo de Castro, en Cádiz, el año de 1845, por la imprenta, librería y litografía de *La Revista Médica*, a cargo de Vicente Casuana, Plaza de la Constitución, número 11, figuran en la siguiente lista, anotada con mención de los ejemplares impresos o manuscritos que, para comprobación del texto, hemos consultado en la Biblioteca Municipal de Madrid:

*aprendiz de torero (El)*. Sainete. — Cádiz, Viuda de Comas, 1812, 8.<sup>o</sup>

*baile desgraciado (El) o maestro Pezuña (El)*. Sainete. — Isla de León, Oficina de Perín, 1812, 8.<sup>o</sup> Aprobación; manuscrito, 1815. — Otro ejemplar: Valencia, Ferrer de Orga, 1815, 4.<sup>o</sup>

*boda del Mundo Nuevo (La)*. Sainete.—Manuscrito de 1819.

Aprobado en 1826, 4.º

*caballeros desairados (Los)*. Sainete.—Cádiz, Viuda de Comés, 1812, 8.º

*café de Cádiz (El)*. Sainete.

*casa de vecindad (La)* (primera y segunda partes). Sainete.—Un ejemplar: Isla de León, Oficina de F. Perín, 1812, 4.º—Otro ídem: manuscrito, en 4.º, con censuras de 1817 y 1826.

*casa nueva (La)*. Sainete.

*cómicos de la legua (Los)*. Sainete.—Cádiz, Viuda de Comés, 1812, 4.º

*cortejo sustituto (El)*. Sainete.

*cura de los deseos (La)* y *varita de virtud*. Sainete.—Manuscrito en 4.º, con censuras, 1815.

*chasco del mantón (El)*. Sainete.—Manuscrito, en 4.º, con aprobación de 1809; 1817.

*desafío de la Vicenta (El)*. Sainete.

*día de toros en Cádiz (El)*. Sainete.

*Felipa la Chiclanera o la novia de Pozuelo*. Sainete.—Manuscrito, con aprobación, 1817, 4.º

*feria del Puerto (La)*. Sainete.—Manuscrito. Valladolid, 1807. Para la compañía de Antonio de Guzmán.—Otro: Isla de León, 1812.

*fin del pavo (El)*. Sainete.—Cádiz, Viuda de Comés, 1812, en 4.º

*Galiada (La)* o *Francia revuelta*. Poema.

*gato (El)*. Sainete.—Un ejemplar: Impreso en 4.º, sin licencia ni aprobación.—Otro ídem: en 4.º, de 1806, con aprobación de 1815.

*Hannibal (Aníbal)*. Unipersonal. Escena lírica.

*inocente Dorotea (La)*. Sainete.—Valencia, Ferrer de Orga, 1811, 4.º

*letrado desengañado (El)*. Sainete.—Manuscrito, en 4.º, Cádiz, 1804.



- liberal (El)*. Sainete. — Cádiz, Viuda de Comes, 1812, en 4.º
- literatos (Los)*. Sainete. — Cádiz. Viuda de Comes, 1812, en 4.º
- lugareño en Cádiz (El)*. Sainete. — Cádiz, Viuda de Comes, 1812, 4.º
- madre hipócrita (La)*. Comedia. — Manuscrito, en 4.º, con censuras de 1817.
- maestro de la tuna (El)*. Sainete. — Un ejemplar: Madrid, Imprenta de Fuentenebro, 1848. — Otro ídem: manuscrito, en 4.º, 1826.
- maja resuelta (La)*. Sainete. — Cádiz, Viuda de Comes, 1812, 4.º
- majos envidiosos (Los)*. Sainete. — Cádiz, Viuda de Comes, 1812, 4.º
- marido desengañado (El)*. Sainete. — Un ejemplar: Cádiz, Viuda de Comes, 1812, 4.º — Otro: manuscrito, con censura, de Díez González, 1792.
- médico poeta (El)*. Sainete. — Manuscrito, en 4.º, 1807.
- mujer corregida (La) y marido desengañado*. Sainete.
- naturales opuestos (Los)*. Sainete. — Manuscrito, en 4.º, con censuras de 1815.
- nobles ignorados (Los)*. Sainete. — Un ejemplar: Cádiz, Viuda de Comes, 1812, 4.º — Otro ídem: manuscrito, en 4.º, atribuído a Luis Moncín.
- Numa*. Tragedia. — Madrid, Imprenta de Sánchez, 1799, en 4.º
- palos deseados (Los)*. Sainete. — Una edición: Valencia, Imprenta de Ferrer de Orga, 1813, 4.º — Otra ídem: Madrid, Imprenta que fué de García, 1815, 4.º — Otra ídem: Madrid, Librería de González, 4.º
- recluta por fuerza (El)*. Sainete. — Manuscrito, con censuras de 1817, 4.º
- robo de la pupila en la feria del Puerto (El)*. Sainete.
- soldado Tragabalas (El)*. Sainete.

*soldado fanfarrón (El)*. Sainete. — Primera parte: Un ejemplar: Valencia, Ferrer de Orga, 1811, 4.º — Otro ídem: manuscrito. — Segunda parte: Un ejemplar: Valencia, Esteban, 1816. — Otro ídem: manuscrito. — Tercera parte: Valencia. Esteban, 1816. — Otro ídem: manuscrito, con censuras, 1811 y 1816.

*triunfo de las mujeres (El)*. Sainete. — Un ejemplar: Valencia, Ferrer de Orga, 1814, 4.º — Otro ídem: Madrid, Imprenta de la Viuda e Hijos de Cuesta, 1865, 4.º — Otro ídem: manuscrito, en 4.º

*zapatos (Los)*. Sainete. — Un ejemplar: Valencia, Esteban, 1813. — Otro ídem: manuscrito, con censuras de 1811.

El Sr. Castro menciona, además, pero no publica, las obras siguientes de dicho autor:

*Pigmaléon*. — Versión parafrásica, en metro castellano endecasílabo, escena lírica, original francés, representada en 1788. — Cádiz, en la imprenta de D. Juan Ximénez Carreño.

*Oda en honor de Nuestra Señora*. — Recitada por D. José de Elers en la noche del 15 de diciembre de 1795 en la clase de D. Basilio Carsi, maestro de primeras letras. — Cádiz, en la imprenta de Quintana y Compañía.

Y los sainetes:

*El payo de la carta* y *El ventorrillo por la mañana*, incluidos por D. Leandro Fernández de Moratín, como originales de González del Castillo, en el «Catálogo de piezas dramáticas publicadas en España desde el principio del siglo XVIII hasta el año de 1825».

Castro cita también, como última obra, que dicho autor dejó sin concluir, *La alameda del palito*.



A la mencionada colección hemos agregado las obras que se expresa a continuación:

*La orgullosa enamorada.* Comedia en un acto.—Biblioteca Nacional. — Teatro. Manuscrito 16.128.

*Una pasión imprudente origina muchos daños.* Comedia. — Biblioteca Nacional. — Teatro. Manuscrito 18.138.—Colección de Pascual de Gayangos, núm. 4.266.

*La venganza frustrada.* Zarzuela.—Biblioteca Nacional.—Teatro. Manuscrito 16.135.

*El soldado fanfarrón* (cuarta parte). Sainete. — Biblioteca Nacional. — Teatro. Núm. 8.563, 8.º, tomo VI. — Impreso en Valencia por Ferrer de Orga, 1811.

*El payo de la carta.* Sainete. — Biblioteca Nacional.—Teatro. Núm. 14.848-51. — Biblioteca Municipal de Madrid: un ejemplar. Madrid, Imprenta que fué de García, 1817, en 4.º — Otro ejemplar: manuscrito, en 4.º, con censuras de 1815.

*El recibo del paje.* Sainete. — Biblioteca Municipal: manuscrito del año 1806. — Otro del Teatro del Príncipe, 1841. — Otro de R. de Guzmán, 1842.

*Los jugadores.* Sainete.—Ejemplar impreso. Cádiz, Viuda de Comes, 1812.

*El Numa.* — Refundición hecha por el actor Diego María de Garay.

Es una desatinada combinación de escenas del original colocadas en distinto orden, abreviadas o aumentadas con trozos de poesía defectuosa, con que el atrevido cómico creyó mejorar la tragedia, si no se propuso hacer en ella lo que en jerga teatral se llama *atajos*, es decir, supresiones para evitar dificultades de representación.

Solamente publicamos la dedicatoria, por curiosa, y el reparto en la compañía.

*La función de Vallecas*, refundición de *La feria del Puerto*. Sainete.

El arreglo hecho en 1812 para el Teatro de la Cruz, de Madrid, consiste en pequeñas variaciones para localizar la acción en la Corte.

No hemos creído necesario incluirle entre las obras de González del Castillo, que había fallecido en 1800, y de seguro no hizo ese trabajo de acomodación.

Biblioteca Municipal: un ejemplar. Isla de León, Imprenta de Perín, 1812, 4.º—Otro ídem: manuscrito, con censura de 1817.

*El gitano Canuto Mojarra o el día de toros en Sevilla*. Sainete.

Es refundición del intitulado *El día de toros en Cádiz*, y tampoco lo incluimos en nuestra publicación, por insignificante.

Biblioteca Nacional.—Teatro. Núm. 1.369.

*El tío Peregil o el soldado Tragabalas*. Sainete.

Es el mismo sainete *El soldado Tragabalas*.

Biblioteca Nacional.—Teatro. Núm. 15.016, 4.º

*Los esclavos de su esclava o hacer bien nunca se pierde*.

Esta obra, calificada de *comedia famosa* y atribuída equivocadamente a González del Castillo, es original de D. Juan del Castillo. No puede incluirse en la colección.

Catálogo de manuscritos de la Biblioteca Nacional, de Paz y Melia.

Catálogo de obras antiguas del Teatro Español, por don Cayetano Alberto de la Barrera.

Biblioteca Municipal: un ejemplar sin fecha. Imprenta de la Santa Cruz.

*La recluta de cómicos.* Sainete.

Esta obra, atribuída a D. Juan Ignacio González del Castillo y publicada en tal concepto en 1912 por D. Juan Luis Estelrich, a quien le fué facilitado el ejemplar que existía y hemos visto en la carpeta de manuscritos de la Biblioteca Nacional, por el entonces director D. Marcelino Menéndez Pelayo, creemos que no pudo ser escrita por nuestro sainetero.

El ejemplar que copió el Sr. Estelrich dice textualmente:

«Sainete nuevo que se ha de representar en el Teatro Español, de la ciudad de Cádiz, en este año de 1773.»

Y como González del Castillo nació en 1763, tenía diez años cuando fué estrenado el sainete.

Aunque precoz, creemos que el gracioso escritor no pudo estrenar obras escénicas a esa edad.

Biblioteca Nacional.—Teatro. Núm. 14.597, 16.º, y 408, núm. 2.

*El ventorrillo por la mañana.*

De esta obra no hemos podido encontrar ejemplares, y sólo sabemos que fué estrenada en el teatro de los Caños del Peral, de Madrid, por la compañía del Príncipe, el día 12 de agosto de 1806.

*La alameda del palito y Pigmalión.*

No existe ejemplar alguno de estas obras.

En resumen: la colección que hemos logrado completar comprende: las 41 obras teatrales publicadas por D. Adolfo de Castro; otras 7, inéditas u olvidadas, que fundadamente pueden ser atribuídas al famoso dramaturgo, y de las cuales sólo quedaban pocos y defectuosos ejemplares impresos, y copias manuscritas alteradas por error de escribientes o capricho de cómicos; y varias composiciones poéticas originales o traducidas del griego o del latín; y cumplimos el deber de manifestar que de la Comisión encargada de elegir los trabajos dignos de ser publicados en la Biblioteca Selecta de Clásicos Españoles, recabamos la responsabilidad que exclusivamente nos corresponde al editar la obra total artística de dicho escritor, no excluyendo algunas de sus poesías líricas que aparecieron en 1795 con el título de *Pasatiempos juveniles*, ni ciertas producciones escénicas en que la musa de González del Castillo adoleció de inexperiencia o de cansancio; y confiamos en que los lectores no han de censurarnos en este caso excepcional un exceso de benevolencia que les permitirá apreciar la labor completa del dramaturgo popular, injustamente olvidado, cuyas obras menos afortunadas en el concepto literario, serán siempre interesantes como documentos informativos de las costumbres nacionales.

Nuestras investigaciones para precisar la fecha del estreno y el reparto entre los representantes de cada una de las obras escénicas del referido autor, han tenido escaso éxito. Ni en los ejemplares impresos o manuscritos ni en documento alguno constan esos pormenores, ni de los mismos puede deducirse algo

que indique el orden en que fueron publicadas.

Aquí podría terminar nuestra voluntaria tarea, de merecida rehabilitación y desagravio.

Para justificar la inclusión de los regocijados sainetes y otras obras de González del Castillo entre las más selectas producciones escénicas españolas, no cometeremos la petulancia de valorarlas, ni la puerilidad de prorrumpir en elogios, como trujamán del Retablo de las Maravillas, o lazarillo que explica al ciego cómo es la hermosura del crepúsculo.

Las obras teatrales son buenas cuando el público las aplaude, pues para él se escriben, no para el que, metiéndose a censor por no haber logrado lo que envidia, pretende dictar reglas y pragmáticas, géneros y figurines de modas para lo que no sale de máquinas, ni moldes, ni tratados de Retórica: la inspiración artística.

González del Castillo hizo reir a los espectadores.

Al que eso le parezca poco, invítadle a hacer otro tanto; y si lo logra, habrá conseguido mucho: ser algo en Literatura.

No por pequeño vale menos el sainete; porque la perfección no se mide por resmas de papel ni toneladas de arqueo.

Ni se imagine que el gracioso de las farsas burlescas era tan inocente como parecía.

Para la Revolución francesa, la Enciclopedia colaboró con la Caricatura; y el bufón contrahecho y misántropo, alquilado para ser escarnecido, denunciando las pequeñeces de los grandes, enseñó a reirse de los que se burlaban de él.

No se busque en la obra del sainetero: pulcritud

en la elocución, exactitud cronométrica en el mecanismo escénico, ni miniaturas de personajes; sus cuadros son abocetados, pero con pincelada firme, de seguro efecto; su lenguaje, jerga andaluza sazónada con la sal gorda del modismo popular; el argumento, cualquiera cosa pequeña, pero llena de gracia; los caracteres, exagerados para ser comprendidos por los tardos de entendimiento, parecen arrancados de la realidad y en la plenitud de la vida y del donaire; y en resumen, esos sainetes de punzante ironía que transformaban el escenario en purgatorio de vicios y ridiculeces para pícaros y payos, mantuvieron en el camino de la virtud a aquel pueblo que poco después hizo de la hermosa Cádiz el emporio de la cultura y del progreso, y el baluarte de la independencia nacional.

LEOPOLDO CANO.

EL APRENDIZ DE TORERO

SAINETE

## PERSONAS

OLALLA MARITORNES, novia de  
EL ALCALDE, padre de  
GIL CASCARRANAS, novio de  
TERESONA.

DOÑA MARTA, madrina.

CURRO, torero.

PELIGRIFO, alguacil.

TOMÁS, torero.

ANDRÉS, barbero.

VEJARRUCO, tabernero.

UN SACRISTÁN.



## EL APRENDIZ DE TORERO

---

Casa pobre que figure ser la taberna, con todos los avíos necesarios de ella; y salen VEJARRUCO y PELIGRIFO.

PELI.        ¡Vejarruco!

VEJA.                        ¿Qué se ofrece?

PELI.        ¿Hay vino bastante en casa?

VEJA.        Nunca falta en las tabernas,  
mientras que no falte el agua.  
Pero ¿por qué lo preguntas?

PELI.        Porque los novios acaban  
de echarse las bendiciones;  
y toda la garullada  
salió de la iglesia, y viene  
a refrescar las gargantas  
en tu taberna.

VEJA.                        ¿Qué dices?  
Hoy se beben dos tinajas.  
Conque dime: ¿ha estado buena  
la función?

PELI.                        Ni el día de Pascua  
hay más ruido en la iglesia.  
Mira: Perico Semana  
repicaba el esquilón,

y su hermano la campana.  
El enterrador también  
voleaba la matraca;  
y el barbero, sobre el coro,  
punteaba la guitarra;  
de modo que era una gloria  
el ruido, y la algazara  
que se armó.

VEJA. Ya; si el Alcalde  
y su hijo se casaban,

¿no había de haber jolgorio?  
Pero dime: ¿hay luminarias?

PELI. ¿No las ha de haber? Y toros.

VEJA. ¿Toros también?

PELI. De Jarama;  
como que mandó el Alcalde  
por dos toreros de fama.

VEJA. ¿De dónde son?

PELI. De Sevilla.

Ya verás qué par de capas.

VOCES. (*Dentro.*) ¡Viva el Alcalde!

PELI. Ya vienen.

VEJA. Pues yo prevengo las tazas.

Sale el ALCALDE con OLALLA de la mano; CASCARRA-  
NAS, con TERESONA; el SACRISTÁN y tío ANDRÉS, que  
traen en medio a DOÑA MARTA en traje de señora ridícula,  
con una lata al cuello; y todos los PAYOS y PAYAS.

ALC. Señores, tomen asientos;  
y tú, tabernero, saca  
del pellejo reservado.

MARTA. Ahijado, ya que se trata  
de emborracharse, ¿no fuera  
mejor hacerlo en mi casa,  
que, por fin, es un palacio  
fundado por doña Urraca,  
mi tatarabuela, y tiene  
sobre las puertas las armas  
de los Grajos y Verracos?

ALC. Madrina, si es una jaula,  
según se clarean los techos;  
¿qué quiere usted; que se caigan  
sobre nosotros, y quede  
hecha la boda una plasta?

MARTA. Pero ¿qué dirán de mí,  
si en la *Gaceta* se estampa  
que doña Marta Rimblombos  
en las tabernas entraba?

ALC. Dirán que tiene buen gusto.

MARTA. La gente de mi prosapia,  
el primer voto que hace  
sobre la cruz de la espada  
es de no entrar en tabernas,  
bodegones ni covachas.

ALC. ¿Qué, no hay señores borrachos?

MARTA. Mi padre tuvo esa falta.  
Mas era tan recatado,  
que debajo de la cama  
ocultaba los barriles;  
y así, cuando se acostaba,  
con un vaso entre los brazos  
su señoría roncaba.

GIL. Pues, madrina, la gentuza

de paño burdo y polainas,  
siempre gusta de beber  
la leche al pie de la vaca;  
conque deje usted los dengues,  
y alegrémonos en gracia  
de Dios.

TODOS. ¡Que vivan los novios!

MARTA. Mi ejecutoria se empaña,  
si no la saco de aquí.  
¡Sacristán!

SACRIS. ¿Qué es lo que mandas?

MARTA. Ponte de rodillas (1), toma  
con reverencia esta lata,  
y colócala en un nicho  
hasta que a la calle salga.

SACRIS. ¿Son reliquias?

MARTA. No, salvaje;  
que es la ejecutoria rancia  
de mi familia, en la cual  
han florecido, a Dios gracias,  
hombres que con la cabeza  
un castillo derribaban.

SACRIS. Muy bien; yo la llevaré  
con mucho tiento. (*Vase.*)

ALC. Pues vaya.  
Siéntese usted aquí, madrina. (*Lo hacen.*)  
Abejarruco, despacha.

GIL. Siéntate con tu conejo,  
conejita.

MARTA. ¡Qué bestiaza!

---

(1) El ejemplar de Castro dice *de ropillas*.

GIL. ¡Toma! Si soy aprendiz  
de novio, ¿y queréis que haga  
las cosas como mi padre,  
que hace treinta años que arrastra  
la carreta?

ALC. Si tú hicieras  
por imitarme, no erraras.

PELI. Copla, mi Alcalde.

TODOS. Silencio.

MARTA. Él dirá una borricada.

PELI. Las cañas echan canutos,  
peras todos los perales;  
y, así, de los animales  
es fuerza que salgan brutos;  
un racimo de estos frutos  
vuestro matrimonio os dé;  
y, tanto se aumente, que  
lleguen todos a pensar  
que hay diluvio, y que el lugar  
es el Arca de Noé.

TODOS. ¡Viva, viva!

ALC. ¡Qué cacumen!

Llénale otra vez la taza.

GIL. Brindemos por la madrina.

TODOS. Mucha salud, doña Marta.

SACRIS. (*Saliendo.*) Señor Alcalde, ¡qué gusto!  
Ahora mismísimo acaban  
de llegar los dos toreros.

ALC. Formémonos en dos alas  
y vamos a recibirlos.

SACRIS. No es menester que usted salga,  
porque los dos peregrinos

iban buscando con ansia  
este santuario, y yo  
les dije que usted aquí estaba.

Salen CURRO y TOMÁS.

CURRO. Dios guarde la gente buena.  
¿Cuál de ustedes, camaradas,  
es quien gobierna el cotarro?

ALC. La respuesta es esta vara.

CURRO. Lo celebro; pues, señor,  
los sujetos que le hablan  
son los dos facultativos  
que han de matar en la plaza.

ALC. Ya estaba yo con cuidado.  
Abejarruco; despacha  
chocolate a estos señores.

VEJA. Tomen ustedes.

TOMÁS. Pues vaya,  
señor Alcalde, a que Dios  
lo libre de una estocada  
de las mías.

ALC. Buen provecho.

CURRO. Brindo a que quiera Santa Ana  
que los toros y los novios  
queden lucidos.

ALC. ¡Canastas!  
Otra vez ponga usted un punto,  
cuatro comas y seis rayas  
entre los toros y novios;  
que tengo miedo a las astas.

CURRO. ¡Usted miedo! No lo creo;

sobre que tiene más facha  
de torero que de burro.

MARTA. Ésa es una verdad clara;  
y por lo tanto, me atrevo  
a suplicarle me haga  
el favor de capear  
un toro por la mañana.

ALC. Señora, ¿yo torear?  
¡Si en viendo a cincuenta varas  
una carreta, me subo  
al instante a las ventanas!  
¿Torear? Más fácil fuera  
el que a mí me torearán.  
¡Carambola, y qué capricho!

GIL. Padre, salga usted a la plaza;  
que yo se lo pido a usted.

ALC. ¿Tú me lo pides, canalla?  
¿Conque quieres heredarme  
antes de tiempo?

OLALLA. ¡Qué bragas  
tiene mi novio! Sal, hijo;  
veremos cómo te plantas.

ALC. ¿Tú también? Mujer o diablo,  
¿todavía no se acaba  
el pan de la boda y ya  
me quieres ver en las astas  
del toro?

TERES. Pues es preciso,  
suegro mío.

MARTA. Doña Marta  
de Rimblombos se lo pide,  
y no debe desairarla.

Todos. Un par de lances, mi Alcalde.

ALC. Esta gente está borracha.  
¿Y qué dirán si un alcalde  
de Paterna, con polainas  
y montera, como un chulo,  
anda saltando las vallas?

MARTA. ¿Eso qué importa? Mi abuelo  
don Gerundio, que Dios haya,  
en una fiesta salió  
montado sobre una jaca  
berberisca; el rey don Sancho  
mandó al punto que soltaran  
diez toros pintos; entonces  
don Gerundio se afianza  
en los estribos; le abren  
el toril; sale la sarta  
de animales; le acometen;  
él con valor los aguarda,  
y en un momento quedaron  
los diez toros de Jarama,  
como si fueran zorzales,  
ensartados en la lanza.

ALC. Pues yo no quiero que el toro  
me ensarte a mí.

GIL. ¡Qué panarra  
que es mi padre!

OLALLA. Pues es fuerza  
que salgas hoy a la plaza.

ALC. ¡Si yo no sé torear!

CURRO. Señor Alcalde, palabra;  
¿quiere usted salir con garbo  
del empeño?



ALC. Me alegrara.

CURRO. Pues con una leccioncita,  
y no más, usted se traga  
todos los toros.

ALC. ¿Es burla?

CURRO. Diga usted: ¿tengo yo cara  
de burlarme? ¿Quiere usted  
dejar fama en toda España?

ALC. Como el toro me despance,  
no habrá ciego que no salga  
con un romance.

CURRO. No es eso;  
de la habilidad se trata.  
¿Quiere usted ser un torero  
de los de mano pesada?

ALC. Pues ya se ve que quisiera.

CURRO. Pues agarre usted la capa  
con las manos.

ALC. ¡Yo estoy lelo!  
¿Si en lugar de estar mañana  
de tornaboda, estaré  
de cuerpo presente?

CURRO. Vaya;  
plántese usted de este modo.

ALC. ¿Qué tal?

CURRO. Merece una estampa.

MARTA. Ahijado; parece usted  
sayón de Semana Santa.

ALC. En un bodegón he visto  
retratada una fantasma  
del modo que estoy ahora.

TOMÁS. Levante usted más la capa.

- ALC. Cuando me levante el toro,  
será fuerza levantarla.
- CURRO. Estando en esta postura,  
mientras el toro no parta,  
columpie usted las caderas.
- ALC. ¿Y para qué es columpiarlas?  
¿Voy yo a bailar con el toro  
el zorongo o la pavana?
- CURRO. Hágalo usted, porque así  
se torea con más gracia.
- ALC. ¿Conque primero me planto;  
después muevo la culata,  
hasta que resuelva el toro  
el venir a visitarla?
- CURRO. Vaya, que lo ha comprendido.  
Dé usted una patada  
y dígale al toro: ¡Ah indino!  
¡Ah verraco!
- ALC. ¿Y si se enfada,  
viendo que me desvergüenzo,  
y por una hjar (1) me ensarta?
- CURRO. ¡Si él no lo entiende!...
- ALC. Está bien.
- CURRO. Al embestir se repara  
qué oreja es la que ha movido;  
y si es la izquierda, la capa  
se saca por la derecha;  
y si acaso es la contraria,  
la capa va al otro lado,  
y está la fiesta acabada.

---

(1) Así escribió el autor. ¿Quiso decir *un ijar*?

- ALC. Una preguntita suelta :  
¿si al toro le da la gana  
de mover las dos orejas,  
a qué lado va la capa?
- CURRO. Entonces se echa por alto.
- ALC. Eso es dejarle la panza  
descubierta. ¡Caracoles!  
¡Me he metido en buena danza!
- CURRO. No tenga miedo (1).
- MARTÁ. Valor,  
ahijado, que así se gana  
reputación; fuera de eso,  
si acaso el toro lo mata,  
morirá usted con el gusto  
de vernos dar carcajadas.
- ALC. ¿Conque la muerte de un hombre  
es diversión?
- MARTA. Cosa es clara:  
rómpase aquí la cabeza,  
verá usted cuántas palmadas  
le dan todos.
- ALC. ¡Un demonio!  
Antes no sería mala  
providencia entapizar,  
con los colchones, la plaza.
- OLALLA. Hombre, no seas cobarde.
- TOMÁS. Señor Alcalde, usted haga  
todo lo que se le ha dicho,  
que el toro no le hará nada.

---

(1) Los ejemplares consultados dicen: «No tenga mico, divertir-se. Valor.»

ALC. ¿Conque la oreja es la seña?

CURRO. Sí, señor.

ALC. Ésta es la planta,  
éste es también el columpio;  
ahora le digo una sarta  
de desvergüenzas; y ahora  
me pateo las entrañas.

CURRO. No tema, que aquí está Curro.

TOMÁS. Yo iré siempre con la capa  
a su lado.

ALC. Mejor fuera  
con un mortero de a placa.  
¿Conque, en fin, no me hará daño?

CURRO. ¿Qué daño ni calabaza?  
Le prometo a usted que el toro  
no le hablará una palabra.

ALC. Vamos al toro de prueba.

MARTA. Ahijaditas, a la plaza.

TODOS. ¡Viva el Alcalde!

ALC. Decid  
que muera, por si me agarra.  
(*Vanse todos, menos Peligrifo y Vejarruco.*)

PELI. Dame vino, Abejarruco,  
que a bien que el Alcalde paga.

VEJA. ¿Si el toro lo desmondonga,  
a quién le pido la plata?

PELI. ¿Quiés callarte? ¿Conque el toro  
se atrevería a las nalgas  
de un alcalde de Paterna?  
Ea, lléname la taza.

VEJA. Chíflatela, y buen provecho.

PELI. Pues, Jesús; y haz una raya.

VEJA. ¿Cuántas te he de hacer?

PELI. Veremos

cuánto me cabe en el arca:

llénala pronto, y van dos.

VEJA. Parece que no lo mascas.

PELI. Atízamela; y van tres.

VEJA. ¡Qué buche!

PELI. Es una tinaja:

van cuatro.

VEJA. ¿Y aun no te llenas?

PELI. Ya me llega a la garganta.

Acabóse. Abejarruco,

di que traigan la palanca.

VEJA. Ya vas borracho.

PELI. Es mentira;

di que me ha crecido el alma

dos tantos más: con effeuto,

cuarenta mil luminarias

tengo en los ojos. Hoy prendo

a todo el mundo, ¡zarazas!,

que tú has de ser el primero.

Dame la mano.

*(Sacando un cordel y queriendo amarrarlo;  
el otro huye, y Peligrifo anda tras él dando  
traspiés.)*

VEJA. ¡Canastas!

Vete a prender al demonio.

PELI. Te he de llevar a la casa

del poco pan.

VEJA. Yo no quiero.

PELI. ¿Resistencia?

VEJA. Diablo, calla.

PELI. Date al Rey; tangan a ese  
pícarón; ¡si no te escapas! (*Vanse.*)

Plaza de lugar con andamios para sentarse, y en ellos toda la gente que se pueda. Entran en la plaza el ALCALDE, GIL, MARTA, MARITORNES, TERESONA, CURRO, TOMÁS, el SACRISTÁN con la lata, y tío ANDRÉS; los que están sentados gritan y silban.

Todos. ¡Que viva el Alcalde; viva!

ALC. Siéntese usted, doña Marta.

MARTA. Primero le pondré al cuello,  
para defensa, la lata  
de mi ejecutoria.

ALC. Diga:  
¿querrá el toro respetarla?

MARTA. Seguro está que se acerque;  
porque, como en toda España  
mis nobles antecesores  
han tenido la contrata  
del vinagre y el aceite,  
sus altos nombres exhalan  
un olor que hasta los diablos  
vuelven al punto la espalda.

ALC. ¿Qué sabemos? Puede ser  
que a este toro le dé gana  
de gazpacho, y me lo saque  
del ombligo con el asta.

MARTA. Vamos al andamio.

OLALLA. Esposo,  
que le tiendas bien la capa.

ALC. ¡Mira no me tienda el toro  
y se vuelva la medalla!

GIL. Cuidado con los fondillos,  
padre mío.

ALC. Bruto, marcha;  
que como salga con bien  
te he de torear mañana.

Se sientan todos en los andamios; y quedan en la plaza el AL-  
CALDE, CURRO, TOMÁS, el tío ANDRÉS y el SA-  
CRISTÁN.

ALC. El barbero, ¿adónde está?

AND. Señor Alcalde, ¿qué manda?

ALC. Prevenga usted las estopas,  
el ungüento y las tenazas  
de curar, por si se ofrece  
remendarme alguna nalga.

AND. Ya lo tengo todo pronto. (*Se sube.*)

ALC. Tú no faltes de la plaza,  
por si tienes que doblar.

SACRIS. Toma; si hasta la mortaja  
le he prevenido...

ALC. De oirlo  
solamente me dan bascas.

TOMÁS. Mi Alcalde, no tema usted;  
que Tomás Pincho lo ampara.

CURRO. Verá usted cómo le saco  
el toro, si es que lo agarra.

ALC. Mira no me saque antes  
las tripas entre las astas.

PELI. y } (*Saliendo.*) ¡Señor Alcalde, favor!

VEJA. }  
ALC. ¿Qué ha sucedido?

PELI, No es nada.

ALC. ¿Ya estás borracho?

PELI. Un poquito  
no más; cuanto se me anda  
la cabeza.

ALC. ¡Picarón!  
súbete a un andamio; marcha.

PELI. Mire usted; si acaso el toro  
por casualidad lo agarra,  
llámeme usted.

ALC. Ve a dormir.  
(*Se suben Vejarruco y Peligrifo.*)

MARTA. Ahijado; que el toro salga.

TODOS. ¡Que salga el toro!

ALC. Primero,  
que los picadores salgan.  
(*Salen los picadores y hacen su cortesía; la  
gente grita y silba.*)

ALC. Que se toque la trompeta  
mientras me arrimo a la valla.  
(*Sale el toro, lo pican, y revuelca a los pica-  
dores.*)

CURRO. Señor Alcalde; ahora es tiempo.

ALC. ¡Cómo tiemblo! ¡Santa Olalla!  
¿Dónde me pongo?

CURRO. Aquí en medio.

ALC. Cuidado, que no se vayan.

TOMÁS. Aquí estamos.

ALC. ¡Ay qué feo!  
¡Qué malditísima cara!

GIL. Padre, las obligaciones...

ALC. ¡Hijo del demonio, calla!  
(*El toro siempre corriendo.*)



CURRO. Llámasele, Tomasillo.

TOMÁS. Ea, plántese con gracia.

ALC. ¡Ah toro indino! ¡Ah borracho!  
¡Que me pilló! ¡Que me mata!  
(*Lo coge y le echa las tripas fuera.*)

GIL. ¡Que el toro cogió a mi padre!  
¡Ay qué gusto! (*Bajan todos.*)

ALC. ¡Que me traiga  
la botica, el cirujano;  
no se hielen las entrañas!  
(*Lo entran Curro y payos.*)

CURRO. Cirujano; baja pronto.

AND. Voy a zurcirle la panza. (*Vase.*)

ALC. Amigos; a la taberna,  
que el vino todo lo sana.

CURRO. A la taberna con él. (*Lo llevan.*)  
(*Baja Peligrifo y se va al toro; éste escarba y  
él le presenta la vara.*)

PELI. ¡Ah verraco; date preso!  
Mira... Respeta la vara...  
¿No vienes? ¿A que te amarro?

TODOS. ¡Que lo coge!

PELI. ¿A mí con chanzas?  
(*Embiste y lo coge.*)

¡Den favor a la Justicia!

MARTA. Abran ustedes la plaza  
para que salga ese toro.

TOMÁS. Dejad; le echaré la capa.  
(*Peligrifo siempre gritando; Tomás se lleva el  
toro; y bajan todos.*)

VEJA. ¿Te ha hecho mal?

PELI. Hombre; si el vino

me ha servido de muralla...

VEJA. ¡Cómo rodabas!

PELI. El toro  
es un traicionero, vaya;  
sobre que yo no lo vi  
cuando me dió la trompada.

MARTA. Vamos a ver si mi ahijado  
ha dado las boqueadas.

OLALLA. Como se muera mi novio  
me vuelvo a casar mañana;  
y será usted mi madrina.  
*(Salen el Alcalde, Curro, los payos y el tío  
Andrés.)*

ALC. No te casarás, bellaca;  
porque ya, gracias a Dios  
y al barbero, tengo cada  
intestino en su lugar.

TODOS. Sea enhorabuena.

GIL. ¡Qué brava  
cornada le pegó a usted!  
Vaya; si yo reventaba  
de risa viéndolo dar  
volteretas en la plaza.

ALC. No es posible que tú seas  
hijo mío. Me alegrara  
que ahora viviese tu madre  
para que nos declarara  
si algún diablo te engendró  
cuando estuvo endemoniada.

OLALLA. No hagas caso de ese bruto.

MARTA. Ahijado mío; me espanta  
una cura semejante.

- AND. Pues todavía no es nada;  
cuando era albéitar mataron  
a Perdiguero con rabia,  
y al punto, con un emplasto,  
hice que resucitara.
- ALC. Es gran hombre; en un instante  
me ha hilvanado las entrañas.  
Mas ¿sabe usted qué reparo?  
Que ahora no está donde estaba  
el corazón.
- AND. ¿Cómo no?
- ALC. Si no me late, ¡zarazas!  
¿Si acaso mientras que usted  
los ungüentos preparaba,  
se lo comería el perro  
de presa?
- AND. No. Usted se engaña,  
que lo envolví en el redaño  
para que no se enfriara.
- ALC. Pues no le encuentro. Tentadme,  
a ver si está en las espaldas.
- MARTA. Por aquí no está.
- ALC. Esperad,  
que lo tengo en una nalga.  
Hombre del diablo, ¿qué ha hecho?  
¿Cómo he de decirle a Olalla:  
¡hija de mi corazón!,  
teniéndolo en la peana?
- AND. Eso pronto se remedia.
- ALC. ¿De qué manera, bestiaza?
- AND. Saliendo usted a torear  
otra vez,

- ALC.                               ¿Cómo? Ni en chanza.  
Peligrifo, ve al toril  
y di a los toros que salgan  
dentro de treinta minutos  
del lugar.
- PELI.                               Si no se marchan,  
les saco veinte ducados  
de multa.
- MARTA.                           ¿Conque se agua  
la función?
- OLALLA.                           ¡Esposo mío!...
- ALC.   Ninguno me hable palabra.
- CURRO.   Pero, señor, ¿es posible?  
¿Ahora, que usted se empezaba  
a adiestrar, quita los toros?
- ALC.   ¡Qué toros ni pataratas!  
No quiero yo diversión  
donde se arriesga la panza.  
Vengan todos a beber  
y comer; que al fin se saca  
más provecho que de ver  
rodar gente por la plaza.
- MARTA.   Dice bien mi ahijado; yo,  
aunque soy, por mi prosapia,  
una dama de alta clase,  
soy dama de la montaña,  
y así mucho más me gustan  
los tragos que las tajadas.
- ALC.   Pues vamos; pidiendo todos  
el perdón de nuestras faltas.

EL BAILE DESGRACIADO

Y EL MAESTRO PEZUÑA

SAINETE

## PERSONAS

DON JAIME.

DON PEDRO.

DON MATEO.

DON ANTONIO.

DON DIEGO.

DON JUANITO.

DON LUISITO.

DON MIGUEL.

DON JOSÉ.

DOÑA PETRA.

DOÑA JACINTA.

DOÑA ISABEL.

DOÑA MARÍA.

EL MAESTRO PEZUÑA.

ROQUE.

RETACO, jorobado.

TERESA.

UN MOZO QUE NO HABLA.

# EL BAILE DESGRACIADO

## Y EL MAESTRO PEZUÑA

---

La escena es una sala corta, con una mesa al foro con botellas, copitas y platos; la cortina de en medio figura el entra y sale del baile que se hace dentro; aparecen DOÑA PETRA sentada en una silla y DON LUIS con una rodilla en tierra, teniendo un vaso de vino, donde moja DOÑA PETRA un bizcocho. DON MIGUEL y DOÑA JACINTA en una esquina del teatro, sentados, haciendo lo mismo; ROQUE, de majo, y TERESA con un niño en los brazos, haciendo lo mismo junto a la mesa, en pie. DOÑA MARÍA en otro lado sentada; y DON MATEO brindándole con el vaso para que beba.

MATEO. Para el histérico, dicen  
que es el vino buen remedio.

MARÍA. ¡Jesús! Aparte usted el vaso;  
que solamente de olerlo  
me aprieta el dolor.

MATEO. Y a mí  
se me mitiga bebiendo.

MIGUEL. Crea usted que deseaba  
poderle hablar en secreto  
dos palabras.

JACINTA. ¿Cuáles son?

MIGUEL. Que ha mucho que la requiero.

JACINTA. ¿Desde esta noche?

MIGUEL. No hay tal.

Si sabe usted que ha más tiempo...

JACINTA. Soy muy flaca de memoria.

LUIS. Dice usted muy bien los versos.

¡Valgáme Dios! ¿Cómo es  
aquel paso?... Ya me acuerdo:  
el de Cleopatra.

PETRA. ¡Qué lindo!

Por esta entrada me muero:

«Marco Antonio imprudente,  
para con los cobardes muy valiente...» (1).  
Eccetera.

LUIS. La otra noche

lo hizo usted con tanto afecto,  
que me enamoré de usted.

PETRA. ¡Jesús, qué hombre tan chancero!

«Y según el clarín armonioso  
para con los cobardes venturoso...» (2).

LUIS. Bendita sea tal boquita.

PETRA. No sea usted zalamero.

Sale DON PEDRO de bastonero, sin sombrero.

PEDRO. ¡Pues, luego lo dije yo!

Todos se vienen adentro;  
y después, mas que se lleven

---

(1) Versos de *Los Aspidas de Cleopatra*, comedia de don Francisco de Rojas.

(2) Ídem id.



los diablos al bastonero.

MIGUEL. Si están tomando un bizcocho...

PEDRO. La contradanza es primero.

MIGUEL. Vamos a ponerla.

JACINTA. . . . . Vamos. (*Vanse los dos.*)

PEDRO. Señores, no pierdan tiempo.

LUIS. Esta señora no baila.

PEDRO. ¿Pues qué hace?

PETRA. . . . . Represento.

PEDRO. Venga usted, doña María.

MARÍA. Tengo un flato en el cerebro.

PEDRO. ¡Yo rabio! ¡Jesús, qué gente!

TERESA. Hombre; toma este muñeco  
y no bebas.

ROQUE. . . . . Tenlo tú;  
porque esta noche lo estrello. (*Lllaman.*)

MATEO. ¿Quién es?

PEZUÑA. . . . . La ronda del cisco.  
Ábrame usted, don Mateo;

ROQUE. Si es el Maestro Pezuña.

MATEO. Pues abre pronto.

Abre la puerta de la derecha, que estará desde la primera escena cerrada, y sale el MAESTRO PEZUÑA de majo antiguo, con gorro, capa azul con galón, y sombrero blanco.

PEZUÑA. . . . . *Laus Deo.*

MATEO. Señor Pezuña, ¿pues cómo  
por estos barrios? ¿Qué es esto?

PEZUÑA. Náa; pasaba por la calle,  
y como oí el chinchorro  
del vigolín, vengo a ver

si sirvo de algo.

MATEO.

Me alegro

que haya usted entrado; al instante  
deje la capa y sombrero,  
y encárguese de la puerta.

PEZUÑA.

Cuenta con el castoreño,  
no se me machuque. (*Lo da a Roque.*)

ROQUE.

Aquí

hay clavo donde ponerlo. (*Lo cuelga.*)

MATEO.

En no siendo conocido  
no abra usted a nadie.

PEZUÑA.

Yo huelo

por el ojo de la llave  
la gente. Iré componiendo  
la pipa; ¿hay un trago?

MATEO.

Muchos.

PEZUÑA.

Verá usted un hombre derecho.

ROQUE.

Venga usted acá.

LUIS.

Si usted quiere,

mañana mismo le ofrezco  
ajustarla en el teatro.

PETRA.

Hijo mío, no me atrevo,  
porque tengo un tío sastre  
y un primo ropavejero,  
y al instante se opondrían.

LUIS.

¡Qué lástima! Yo lo siento.

PETRA.

¿Y usted representa?

LUIS.

Mucho.

PETRA.

Si quiere usted que ensayemos  
aquel pasito...

LUIS.

¿Mas dónde?

PETRA.

En el patio.

LUIS. Vamos presto... (*Vanse.*)

MARÍA. ¡Ay don Mateo de mi alma!

MATEO. ¿Qué tiene usted?

MARÍA. ¡Que me muero!

MATEO. ¿Quiere usted acostarse un rato?

MARÍA. ¡Ay, qué punzada!

PEZUÑA. ¿Qué es eso?

MATEO. Un dolor.

PEZUÑA. Se habrá enflautao

alguna tripa; al momento  
si quíe usted ponerse buena  
agarre una estopa ardiendo  
y aplíquesela al ombrigo  
sufriendo bien el resuello,  
y usted me dará las gracias.

MARÍA. Eso es un botón de fuego;  
Dios me libre.

MATEO. Recostada  
se aliviará... (*Se la lleva.*)

ROQUE. Marcha dentro,  
y duerme ese niño.

TERESA. Voy. (*Vase con él.*)

PEZUÑA. Compadre; y este festejo,  
¿a qué santo es?

ROQUE. Mire usted;  
¿conoce usted a un caballero  
llamado don Jaime?

PEZUÑA. Mucho;  
¿no es un señor pelinegro,  
trigueñito, que ahora poco  
tuvo catarro en los huesos  
y estuvo cuarenta días

tomando leche en el Puerto?

ROQUE. Yo creo que fué en Chiclana.

PEZUÑA. Bien; o sería más lejos.

ROQUE. Pues, compadrito; ése paga el fandango.

PEZUÑA. Muy bien; pero ¿sobre qué carga de agua?

ROQUE. Por obsequiar a un sujeto de quien está enamorado.

PEZUÑA. No hable usted más; ya comprendo. Esta niña no podrá tener en casa el jaleo.

ROQUE. Si no entran allí calzones, sino los de un tal don Diego, padrino suyo...

PEZUÑA. Ya sé; y por eso don Mateo presta su sala.

ROQUE. Es amigo.

PEZUÑA. Y acá, ¿somos los porteros? Pues tenemos buen oficio.

ROQUE. Compadre, ¿quién piensa en eso? Echemos un trago.

PEZUÑA. ¡Jui! Aun me acuerdo de mis tiempos.

ROQUE. Que llaman.

PEZUÑA. No están en casa.

RETACO. Abra usted con dos mil cuernos.

PEZUÑA. No hay por acá esas ganzúas.

RETACO. Dígale usted a don Mateo que está Retaco.

ROQUE. Abra usted,

que es el famoso bolero.

PEZUÑA. ¿Es saltaor? Pues que entre,  
a ver si se rompe un hueso.

Abre; y sale RETACO con jorobas, vestido de majo, y se quita  
la capa y montera.

RETACO. ¿No me han conocido ustedes?

PEZUÑA. Si vienes entre dos cerros  
metío, ¿cómo querías  
que se conociese el eco?

RETACO. ¿Hay gente de avío?

ROQUE. ¡Toma!  
Si hay muchachas como cielos...

RETACO. ¿Buenas mozas? ¡Hui!, que toma,  
que toma, que toma. (*Baila.*)

PEZUÑA. El mueso  
se me revuelve de ver  
a esa araña haciendo quiebros.

RETACO. ¿Es envidia? ¡Hui! Que toma...

PEZUÑA. ¡Yo envidia! Si dices eso,  
te mato con un gargajo.

JAIME. (*Saliendo.*) ¡Que uno pague su dinero  
para quemarse la sangre!  
Ya es vergüenza sufrir esto;  
¡por vida de...! ¿Quién demonios  
ha traído ese mozuelo  
del fraque verde?

ROQUE. No sé.

PEZUÑA. Desde que tengo el manejo  
de la puerta, aquí no ha entrado  
nadie más que ese muñeco.

JAIME. ¿Dónde está Mateo?

ROQUE. Está  
en esa alcoba.

JAIME. ¡Mateo!

MATEO. (*Saliendo.*) ¿Qué quieres?

JAIME. ¿Tú has convidado  
a ese señor chuchumeco  
de lo verde?

MATEO. ¿Yo? Ni en chanza.

JAIME. ¡Vaya; si estoy que no veo  
de coraje!

MATEO. Pues ¿qué ha habido?

JAIME. Que ese mono está luciendo  
en el estrado. ¡Por vida...!

MATEO. Pero vaya, di, ¿qué ha hecho?

JAIME. Que le ha quitado a Isabel  
el abanico; y, muy hueco,  
se ha sentado a cortejarla.

ISABEL. (*Saliendo.*) Señores, ¿tienen congreso?  
¿De qué se trata?

JAIME. De ti.

ISABEL. La memoria le agradezco.

JAIME. ¿Conque, después que a mis ojos  
estás con ese trastuelo  
escandalizando al mundo,  
me preguntas lo que tengo?  
¡Vaya, que es lindo descoco!

ISABEL. Pues todo fué estar haciendo  
burla de la contradanza.  
Por señas que hemos dispuesto  
poner una muy bonita.

JAIME. ¿Bailar tú con él? Primero

le arrancara el corazón.

ISABEL. Si tú bailaras, moreno,  
no me atreviera yo, entonces.

JAIME. Yo te daré compañero.  
Retaco, baila con ella.

RETACO. Vengan de estos caramelos.  
¡Ay, toma, que toma, toma! (*Baila.*)

ISABEL. Vaya; déme usté espejuelos  
para ver a mi pareja.

PEZUÑA. Amárrele usté al pescuezo  
una sogá; y jale usted  
en perdiéndose el muñeco.

RETACO. Si tengo yo, aunque chiquito,  
más de mil varas de cuerpo.

ISABEL. Ya; lo tendrá usted plegado.

PEZUÑA. Pues recogió en el pecho.

JAIME. No seas burlona.

ISABEL. Muy bien;  
una vez que ha dado en eso,  
que venga, y la marmotita  
entre los dos bailaremos.

RETACO. ¡Ay, Retaco, que te pierdes! (*Vase con ella.*)

JAIME. Así quedo satisfecho.

PEZUÑA. Pero, si ese figurín,  
como no se ve en el suelo,  
se ha e meter entre los pies  
en empezando el enreo  
de la contradanza...

JAIME. Y ¿qué  
me importa, si lo que quiero  
es que no baile con ella  
el de lo verde?

ROQUE. Bien hecho.

PEZUÑA. Me parece que ese loro  
ha venido con deseo  
de chocolate; pues cuenta  
no le haga yo con un leño  
tocar la trompeta.

MATEO. No;  
yo no quiero, en casa, estruendo.

ISABEL. Deténgase usted, don Juan.

JUAN. He de aplastarle los sesos.

TODOS. ¡Que lo mata!  
(*Sale Retaco rodando.*)

RETACO. ¡Ay, que me ha roto  
este primer contrapeso!

TODOS. ¿Qué ha sido eso, Retaco?

RETACO. Que ha lucido con mi cuerpo  
el de lo verde.

JAIME. ¿Qué dices?

RETACO. Que apenas entré allá dentro  
y me puse a la cabeza  
de la contradanza, haciendo  
para templarme una octava  
y algunos escobeteos,  
cuando el señor de lo verde  
me dijo, poniendo un gesto  
de sayón: «¿Qué hace usted aquí  
entre los hombres?» Si tengo  
un chisme entonces, lo birlo;  
pero yo, con un meneo  
natural, le respondí  
que yo no aguantaba juegos.  
Pero entonces el tunante,



sin darme siquiera tiempo  
de correr, alzó la pierna  
y me pegó en el trasero  
tal puntapié, que rodé  
como si fuera un muñeco.  
¡Por vida! ¡Que me suceda  
esto a mí! Mas lo que siento  
es el que me asegundó.

PEZUÑA. ¿Con el pie?

RETACO. ¡Toma! En el mismo  
sitio; de modo que vine  
hasta aquí dando mil vuelcos.  
¡Vaya! Lo mato esta noche.

JAIME. Déjame; que ese monuelo  
ha de expirar a mis manos.

MATEO. Por Dios, no escandalicemos  
el barrio.

PEZUÑA. Silencio todos;  
que yo sabré componerlo  
con prudencia.

JAIME. ¿De qué suerte?

PEZUÑA. Poniéndolo con salero  
en la calle. Sonsoniche.  
Vaya usted, Roque, allá dentro,  
y dígame a ese mocito  
que quiere hablarle el Maestro  
Pezuña.

ROQUE. Voy al instante. (*Vase.*)

PEZUÑA. ¿Pa qué es aguar el festejo?  
Ya verán cómo se va  
lo mismito que un cordero.

JACINTA. ¿Y si no quiere?

PEZUÑA. Yo, entonces,  
lo engancharé con los dedos  
por el fondillo, y saldrá  
volando como un jilguero.

RETACO. ¡Si tengo descuadernao  
este lao; me ha deshecho!  
Toma, que toma, que toma.  
(*Baila renquzando.*)  
Vaya, sobre que no puedo  
mover el pie.

Salen DON JUAN, con fraque verde, y ROQUE.

JUAN. ¿Quién me llama?

PEZUÑA. Escuche usted aquí un secreto,  
con licencia de tóo el mundo.

JUAN. ¿Qué quiere usted? (*Gritando.*)

PEZUÑA. Más dequeo.  
¿Quién ha traído a usted aquí?

JUAN. Estos dos pies.

PEZUÑA. No gastemos  
saliva en balde.

JUAN. ¿Y por qué  
solicita usted saberlo?

PEZUÑA. Porque si usted no ha venío  
con nenguno, en el momento  
va usted a plantarse en la calle;  
que se lo píc el Maestro  
Pezuña, y no es regular  
que nadie lo deje feo.

JUAN. ¿Y cuándo ha sido bonito?

PEZUÑA. Baje usted el pico.

JUAN. No quiero. (*Recio.*)

PEZUÑA. Hombre; mire usted que el fraque  
me lo he poner por culero.

JUAN. Vaya usted muy noramala,  
so pillastro, desatento.

PEZUÑA. ¡Ea, que le quíe pegar  
a Pezuña! ¡Ay qué salero!  
Mono, ¿sabes con quién hablas?

JUAN. Con un baladrón.

PEZUÑA. Corriendo  
nájate, pájaro verde;  
miá que se me va subiendo  
la cólera a las manazas,  
y de un sopapo te estrello.

JUAN. ¿Será como éste? (*Le da uno.*)

PEZUÑA. Ea, vaya;  
se está el niño divirtiendo  
conmigo; ea, a la calle.

JUAN. Ya le he dicho que no quiero;  
váyase de aquí. (*Lo echa a rodar.*)

PEZUÑA. Tunante;  
verás un hombre derecho.

JUAN. Ya me canso de aguantar  
tonteras; abra usted presto.

PEZUÑA. Esto se hace de este modo. (*Abre la puerta.*)

RETACO. Antes que salga, tenerlo;  
le pagaré el puntapié.

JUAN. ¿A mí echarme? ¡Vive el cielo  
que a silletazos...! (*Toma una silla.*)

MATEO. ¡So mono,  
en mi casa atrevimientos?

RETACO. Voy a ver si hallo un demonio  
con que aplastarle los sesos. (*Vase.*)

JUAN. ¡Vive Dios!

ROQUE. ¡Dejadme a mí!

PEZUÑA. O te najas, o te estrello;  
nájate, pájaro verde.  
(*Salen todos los del baile.*)

ISABEL. Jaime, detente.

TODOS. ¿Qué es esto?

MATEO. So tunante; ahora verás.

MARÍA. Por Dios, señor don Mateo.  
(*Sale Retaco con un deshollinador.*)

RETACO. Yo solo basto; apartarse;  
verán cómo me meriendo  
a ese don Líquido.

PEZUÑA. Mira  
que te veo y no te veo,  
si tardas más en largarte.

ROQUE. Ya yo la silla le tengo;  
echarlo.  
(*Va por detrás y le quita la silla.*)

MUJERES. Por Dios, señores...

JUAN. ¿Tantos contra uno indefenso? (*Vase.*)

TODOS. Afuera.

MUJERES. Que no le maten.

MATEO. Echad la llave.

PEZUÑA. (*Cierra la puerta.*) Silencio,  
que ya yo le eché a la calle  
a ese mono; conqué pecho  
y divertirse, que a bien  
que si vuelve me lo meto  
en la pipa y a las cuatro

- fumadas ya no hay sujeto. (*Llaman.*)
- TODOS. ¡Qué golpes!
- ROQUE.                               ¿Quién llamará?  
(*Mira por el ojo de la llave.*)
- PEZUÑA. Lo sabremos en abriendo.  
Otra vez el de lo verde  
viene; y con él, cuando menos,  
otros cuatro verderones;  
pero nadie tenga miedo,  
que aquí está un hombre; al instante  
vengan mi capa y sombrero,  
que yo voy a salir fuera (*Se la pone.*)  
a comerme a ese muñeco.  
¿Quién de ustés quiere prestarme  
un trabuco naranjero?
- HOMBRES Esta noche hay mil tragedias.
- PEZUÑA. Mas yo sólo basto.
- MUJERES.                               ¡Ay, cielos!,  
(*Lo agarran todas.*)  
no salga usted.
- PEZUÑA.                               Es preciso.
- MUJERES. Señor Pezuña.,.
- PEZUÑA.                               Silencio.  
¿Por quién me lo píen ustedes?
- MUJERES. Por nosotras.
- PEZUÑA.                               Ya no puedo  
salir; vean aquí un hombre  
cogido por los cabellos.  
¡Ay, que me crujen los dientes!
- PEDRO. Señores, vamos adentro.  
(*Llaman.*)
- TODOS. ¡Ay, que vuelven a llamar!

MUJERES. ¡Que echan la puerta en el suelo!

JACINTA. ¡Ay, San Antonio bendito! (*Cae.*)

PETRA. ¡Ay qué susto!

ISABEL. ¡Yo me muero! (*Cae.*)

JAIME. ¡Isabel mía! ¡Mi bien!

¡Vuelve en ti, querido dueño!

PETRA. ¡Ay, que también quiere darme!

¡Un hombre, un hombre corriendo!

¡Que me da, que me da!

TERESA. Echando

están la puerta en el suelo.

(*Llaman recio.*)

PETRA. ¿Quién me tiene? ¡Que me da;

don Luisito, don Mateo!

¡Ya me dió! ¡Jesús mil veces! (*Cae.*)

MATEO. Téngala usted.

LUIS. Yo no quiero.

JOSÉ. Abra usted.

RETACO. ¡Si es el rondín!

Abran, no tengan recelo.

PEDRO. ¿Le conoces?

RETACO. Lo mismito

que a usted.

MATEO. Señor don Anselmo,

¿es usted?

JOSÉ. (*Dentro.*) Yo soy.

MATEO. Pues abran.

PEZUÑA. Si es otro, me lo meriendo.

Abre PEZUÑA y salen DON JUAN y DON JOSÉ con las espadas desnudas, tirando palos; ruedan las luces y queda oscuro; las mujeres desmayadas se levantan y se apiñan todas a la izquierda; los hombres huyen, menos RETACO y PEZUÑA.

JUAN. ¡Tunantes, esto quería! (*Palo.*)

PEZUÑA. ¡Pero si yo náa tengo  
con ustés!

MUJERES. ¡Ay, que se matan!

TODOS. Huyamos todos adentro. (*Vanse.*)

RETACO. ¡A la guardia! (*Grita, temblando.*)

PEZUÑA. Ésta es la mesa;  
aquí debajo me meto,  
no venga un palo y me rompa  
la cofaina de los sesos. (*Métese.*)

JOSÉ. Juanito, ¿dónde te encuentras?

JUAN. ¿Di qué quieres, compañero?  
Aquí estoy.

JOSÉ. Vámonos pronto;  
porque, a los gritos, recelo  
que venga el rondín.

LOS DOS. Pues vamos.  
(*Vanse buscando la puerta.*)

RETACO. ¡Ay!, que me he roto este hueso  
con la mesa; pero a bien  
que bajo de ella me puedo  
esconder.

(*Va a meterse y topa con Pezuña.*)

PEZUÑA. ¡Fuera de aquí,  
o, vive Dios, que le meto  
diez balas en el ombligo!

RETACO. ¡Ay!, que el nido está ya lleno.

Pero éste será un cobarde  
como yo. ¡Salga de ahí presto,  
o lo mato!

PEZUÑA. ¡Por San Pito,  
que estoy sudando de miedo!  
¡Retírese, o lo despanzo!

RETACO. Lo ensarto como un buñuelo.  
(*Salen todos los hombres.*)

MATEO. Un farol traen.

JAIME. Será ronda.

LUIS. Los otros se van huyendo.

Salen DON DIEGO y un Mozo con un farol.

DIEGO. ¿Qué es esto? ¿No hay luz aquí?

RETACO. ¡Señor Pezuña!

MATEO. ¿Qué veo? (*Aclara todo.*)

¡Un hombre como un trinquete  
está escondido! ¿Qué es esto?

PEZUÑA. Como me cansé de estar  
toda la noche derecho,  
quise doblarme un ratito.

RETACO. Sí, tóo es miedo.

PEZUÑA. ¿Qué miedo,  
si el tunante de lo verde  
se me escapó de los deos  
y se metió tras la mesa?  
Yo entonces me agacho; llego;  
le echo esta mano a una pierna,  
ésta al gaznate, le aprieto,  
y le dije: «¡So tunante,  
de caría no te pego



la lengua contra la tierra.  
Vete a la calle corriendo.»  
Él se levantó temblando;  
se fué con sus compañeros,  
y yo me queé toavía  
tomando un poco el resuello.

JAIME. Se ha portado usted.

PEZUÑA. ¿No dije  
que aquí está un hombre derecho?  
¿A que no vuelve?

JAIME. Por fin,  
¿qué busca usted, caballero?

DIEGO. Llámenme a doña Isabel.

MATEO. Yo discurro que está dentro.  
¡Doña Isabel! (*Salen todas.*)

ISABEL. ¿Ya se han ido?

DIEGO. Acérquese usted.

ISABEL. ¿Qué veo?  
¡Padrinito de mi alma!

DIEGO. ¿Conque se va usté a bureo  
sin decirme nada?

ISABEL. Como  
me hizo Petra tantos ruegos...

DIEGO. ¡Qué buena alhaja es usted!

ISABEL. ¿Yo, padrinito?...

DIEGO. Si tengo  
quien siga todos sus pasos...  
Vamos; tome usted corriendo  
la mantilla. Vámonos (1).

ISABEL. Tráela, Roque. (*Vase Roque.*)

---

(1) Este verso corto está igual en varios ejemplares.

JAIME. ¡Estoy ardiendo!

PEZUÑA. No se vayan.

TERESA. Yo no aguardo  
un minuto.

PETRA. Ni yo quiero  
nada con hombres que dejan  
revolcarse como un perro  
a una señora de honor.

LUIS. Sírvate, pues, de escarmiento  
para no armar otro baile,  
pues siempre en tales festejos  
todos se divierten, mientras  
rabia el que larga el dinero.

JAIME. Ya lo sé para otra vez.

PEDRO. Pues a tomar los sombreros.

PEZUÑA. Vamos; y ninguno tema;  
que va aquí un hombre derecho.

TODOS. Y aquí da fin el sainete;  
perdonen sus muchos yerros.

FIN

# LA BODA DEL MUNDO NUEVO

SAINETE

## PERSONAS

DOÑA JOSEFA.

DON ALEJO.

DON MATEO.

RAFAELA, maja, novia.

PECHUGA, majo, novio.

ANASTASIA, madrina.

PEPA, amiga de Rafaela.

JUANA.

JUANILLO RABÓN, amigo antiguo de Rafaela.

MARIANO, amigo de Juanillo.

TOLONDRÓN, aprendiz de Pechuga.

MAJAS.

MAJOS.

SILLERO.

## LA BODA DEL MUNDO NUEVO

---

Casa pobre. Salen PEPA y ANASTASIA.

ANAST. ¿Qué tal me está este monillo?

PEPA. Parece que te lo han hecho  
a tu medida.

ANAST. Si Juana  
tiene el mismísimo cuerpo...

PEPA. Apuesto yo que en la boda  
no hay un vestido más bueno  
que el tuyo.

ANAST. Soy la madrina,  
y es preciso echar el resto.

PEPA. Y la novia, ¿qué se pone?

ANAST. Le han prestado uno de aquellos (1)  
sacos de cola que tienen  
el talle junto al pescuezo.

PEPA. Pero ¿quién se lo ha prestado?

ANAST. Se lo pidió a don Mateo,  
mayordomo de un señor

---

(1) En la Colección de Castro dice: «Uno le han puesto de aquellos.»

mayorazgo; y ahora mesmo  
viene la novia a vestirse  
para salir de aquí luego  
en silla e manos.

PEPA. ¡Jesús!

¡Qué profaniá!

ANAST. El sujeto  
es su protector, y quiere  
que vaya con lucimiento  
al baile.

TOLOND. *(Sale con el vestido en un pañuelo.)*

Aquí está la ropa.

ANAST. No manosees el pañuelo,  
cara de dogo; que tienes  
llenos de tizne los dedos.

TOLOND. ¡Toma! Si estoy en la fragua  
manejando siempre hierro...

ANAST. ¿Y la novia?

TOLOND. Hacia acá viene;  
pero ¡si viera usted al perro  
del novio qué chupa trae;  
qué calzón de terciopelo!  
¡Vaya, es un pasmo! Alredor  
no se ven más que fideos  
de plata y oro; y las cintas  
de los hombros van haciendo  
acá y allá respinguitos  
como orejas de conejo.  
Si es preciso que a su amo  
le costase muchos pesos.

ANAST. ¿Conque no es suyo el vestido?

TOLOND. Se lo prestó un caballero.

¡Toma! El oro es contrabando  
en casa de los herreros.

Salen RAFAELA con un corpiño, en mangas de camisa,  
y PECHUGA de majo rico.

PECHUGA. Señá madrina, a la orden.

RAFAELA. Ya me estaba deshaciendo  
por venir, pero la loca  
de Rosilla Chupahuesos  
me ha entretenido hasta ahora.

ANAST. Pues bien; no perdamos tiempo.  
Siéntate; te peinaré. (*La sienta.*)

TOLOND. Y yo, ¿me voy o me quedo?

PECHUGA. Miá, Tolondrón; vete a casa  
y haz que esté tóo dispuesto  
para el baile.

TOLOND. Pue hasta nunca. (*Vase.*)

PECHUGA. No le corte usté ni un pelo,  
señá madrina.

RAFAELA. ¿Pues cómo  
se me ha de hacer el enredo  
que llevan en las cabezas  
las gachís?

PECHUGA. Suelte usted presto  
(*Le quita el peine.*)  
el escarpior; verá  
cómo le pongo en un verbo  
el tustú. (*Le bate el pelo.*)

RAFAELA. ¡Ay, mala hora;  
que me arrancas el pellejo!

PECHUGA. Aguanta; maldita seas;

que te he poner como un perro  
lamío.

RAFAELA. Mas, si me tiras...

ANAST. Mujer, trágate el resuello.

RAFAELA. ¿Y esto sufren las usías  
por salir a los paseos  
con la cabeza lo mismo  
que una esponja? ¡Ay, que no quiero  
padecer, porque me vean  
con pasas como los negros!

PECHUGA. Traiga usted la cal, madrina.

ANAST. ¿Y con qué se la echaremos?

PECHUGA. ¿Hay estopa?

ANAST. No.

PECHUGA. Pues meta  
la mano en un agujero  
del colchón, y traiga lana,  
que es lo mismo.

ANAST. Voy corriendo. (*Vase.*)

PECHUGA. ¡Qué jermosa está mi mona!  
¡Toma que toma, salero  
de las sales!

RAFAELA. No te vengas  
con jonjanas, cara e muerto.

Sale ANASTASIA con una poca de lana, una caja con polvos y  
un pedazo de espejo.

ANAST. Tome usted la lana.

PECHUGA. Ahora  
verás qué mano de yeso  
llevas. ¡Cuchuchú, chu, chu!  
(*Canta, y al compás echa los polvos.*)



¡Ay cuchichí!

RAFAELA. Ya está bueno;  
que no quiero más jarina.

PECHUGA. Toma el pedazo de espejo.

RAFAELA. ¡Ay qué cara, Santa Rita!  
¡Vaya, vaya; si parezco  
una mula de tahona!  
¡Y que paguen peluquero  
las gachís! ¡Ay!, mala hora  
las coja con estos pelos.

PECHUGA. Calla, mujer; si pareces  
una Generala.

ANAST. Presto;  
(*Saca un vestido del pañuelo.*)  
vamos a vestirte.

RAFAELA. Mira  
qué rico está este manteo.

PECHUGA. ¿A qué lo meto en la fragua?

RAFAELA. Calla hombre, que su dueño  
nos sacaría los ojos.  
¿Y qué se pone primero,  
esta cola o estas naguas?

ANAST. El diablo que entienda esto.

RAFAELA. Y este parche con tres picos (*Por el peto.*)  
¿dónde se pega?

PECHUGA. Yo creo  
que eso se pone en la frente  
como gorra e Granadero.

RAFAELA. Si viniera la tía Curra  
nos explicara este enredo,  
porque como su sobrina  
topó con un caballero



¿Y por fin dónde es el baile?

PECHUGA. En casa de Juan Anzuelos,  
que tiene una hermosa sala  
con más de dos mil muñecos  
pintados, y unos sillones  
como camas. ¡Qué, si al verlos  
dan ganas de revolcarse!  
Ya se ve; tiene un sujeto  
que le arría mucha plata.  
Así se pasea el perro  
del marido; aquélla sí  
que es conveniencia.

MATEO. Veremos  
qué tal dispones la cosa.

PECHUGA. Esta mañana, al momento  
que el cura nos despachó,  
fuí a venderle a un cocinero  
un candil, un asador  
y unas parrillas; con esto  
me avié; pero me falta  
comprar vino pa el refresco,  
bizcochos y otras cosillas;  
conque señor...

MATEO. Yo no tengo,  
hasta que nos manden plata  
de Amsterdam.

PECHUGA. Pues yo reniego  
de Rastán. ¿Qué tierra es ésa  
que nunca llega el dinero?

SILLERO. (*Saliendo.*) La silla.

MATEO. Váyanse pronto.

RAFAELA. ¿Y usted no viene, salero?

- MATEO. Me están esperando en casa,  
pero yo despacho presto.
- RAFAELA. Míe que no bailo el zorongo  
hasta que vaya.
- MATEO. Prometo  
no tardar.
- PECHUGA. Mi protector;  
llévese usted, por San Pedro,  
algunos parneses.
- MATEO. Bien.
- PECHUGA. Cuidado, que el casamiento  
ha hecho mucho rüido  
en la ciudad, y tendremos  
señores de pierna tiesa  
esta noche en el jaleo.
- MATEO. ¿Y eso qué importa?
- PECHUGA. Remucho;  
que todo el barrio está impuesto  
en que es usté el protector  
de nuestra boda; y si luego  
se van con la boca seca,  
mañana con los panderos  
cantarán el cachirulo  
del usía cicatero.
- MATEO. Ya digo que iré al instante,  
y allí despacio hablaremos. (*Vase.*)
- PECHUGA. Vamos, mujer, que te aguarda  
ese señor silletero  
con el armario a la puerta.
- ANAST. Trae las mantillas corriendo...  
(*Vase Pepa y vuelve con las mantillas.*)
- RAFAELA. Vaya; si con esta cola

me parezco a un trompetero.

PECHUGA. No digas eso, que yo  
casi te tengo respeto  
de verte con la figura  
de Marquesa.

ANAST. Ea, marchemos.

TODOS. ¡Ay zoro, zoro, zorongo!

PECHUGA. Que vivan los cuerpos buenos.

Vanse cantando el zorongo y tocando las palmas. Calle corta  
con puerta a la izquierda. Es de noche. Salen JUANILLO  
RABÓN, MARIANO y todos los MAJOS; dentro tocan una  
guitarra.

JUANILLO. Ea; que ya se ha empezado.

MARIANO. Pues vamos, y llamaremos. (*Lllaman.*)

TOLOND. (*Dentro.*) ¿Quién es?

MARIANO. Abre, Tolondrón.

TOLOND. Diga usted quién es, primero.

MARIANO. Señor Juanico el Rabón.  
(*Sale Tolondrón a la ventana.*)

TOLOND. Señor Juanico, no pueo  
abrirle porque los novios  
aun no han venido.

JUANILLO. Embustero;  
si estaban tocando el ole...

TOLOND. Era Antoñillo el Camello,  
que templaba la guitarra.

JUANILLO. ¿Conque no abres?

TOLOND. Si tengo  
impedimento del novio...

JUANILLO. Mira, pillo; en otro tiempo,  
cuando traté con la novia,

me hablabas como un cordero.

TOLOND. Eso es mentira.

JUANILLO. Tunante;  
¿conque ahora dices que miento?  
¿No te acuerdas, endinote,  
que te has tirado más medios  
con mi plata que morcillas  
ha hecho tu madre?

MARIANO. So feo;  
abre la puerta, o te tiro  
una pedrada.

TOLOND. No quiero;  
no quiero abrir; tunantones. (*Cierra.*)

JUANILLO. Mira, hocico de poenco...

MARIANO. Oyes, Rabón; ¿quieres ver  
cómo se acaba el festejo  
en risa?

JUANILLO. Yo me alegrara;  
porque sabe todo el pueblo  
que ha sido la Rafaela  
mi compinche; y a lo menos  
quisiera, ya que se casa  
con Pechuga, que el jaleo  
se volviese una Guinea.

MARIANO. Pues ahora mismo el cochero  
del Mayorazgo me ha dicho  
que ese señor don Mateo,  
que suda para la boda,  
ha tomado, sin saberlo  
la señora, un gran vestido  
de la señorita.

JUANILLO. ¡Bueno!

¿conque viene de prestado  
la novia?

MARIANO. Sí; y ahora mesmo  
voy a hacer una diablura.

JUANILLO. Dime, ¿qué piensas?

MARIANO. No quiero  
decirlo hasta que lo veas.  
Aguarda, que pronto vuelvo. (*Vase.*)

JUANILLO. Camaráas; ésta es la novia;  
mucha burla y no haya miedo,  
que aquí está Rabón.

Salen RAFAELA en la silla; PEPA y ANASTASIA, y PECHUGA  
delante, alumbrando.

MAJOS. ¡Que viva  
la usía en ferial! (*Empiezan a silbar.*)

RAFAELA. ¿Qué es esto?  
(*Sale de la silla; llama Pechuga; y abre  
Tolondrón.*)

¿Quién ha traído a mi puerta  
tanto pillo? Llama presto.

TODOS. ¡Que sale su señoría! (*Silbando.*)

PECHUGA. Que se porta el Matadero  
conmigo. Viva la tuna.

RAFAELA. Hijos, a robar pañuelos;  
que ya es tarde.

ANAST. Mujer, entra  
y no hables con chuchumecos. (*Vase.*)

TOLOND. (*Saliendo.*) Pues no; como agarre un moco  
de la fragua...

PECHUGA. Vete adentro,  
con ese hachón.





PECHUGA. Si yo sé todo el suceso.  
Tú no te querías casar;  
confiésalo.

JUANILLO. Lo confieso.

PECHUGA. Pues bien; la otra te dijo:  
«Rabón, tú huyes el cuerpo  
al casorio; y, así, mira  
que buscaré mi remedio.»  
Entonces la sacudiste  
con la manopla en los medios  
de la cara... ¡Ay, carambita,  
si hubiera entrado a ese tiempo!  
¿Qué hemos de hacer? Se empeñó  
aquel día un caballero  
en atrancarme, y estaba  
dando gusto.

JUANILLO. Deja eso,  
y dime con claridad  
si entro en el baile o no entro.

PECHUGA. Te dejo entrar, por que veas  
que, gracias a Dios, la tengo  
como una imagen; mas yo,  
aunque pobre, ya estás viendo,  
me porto como un Marqués  
así que llega un empeño.

JUANILLO. Haces muy bien.

MAJOS. ¿Y nosotros?

PECHUGA. El que quiera que entre dentro,  
y todos refrescarán,  
porque el aljibe está lleno.  
(*Vanse por la puerta.*)

Salón con sillas y mesa: RAFAELA, ANASTASIA, JUANA y MAJAS.

- JUANA.       Rafaela; como novia,  
              debes sentarte aquí en medio.
- RAFAELA.   Madrina; con dos mil santos,  
              diga usted adónde meto  
              esta cola de pandorga  
              con que ca instante me enredo.
- ANAST.       ¿Quieres que te la pongamos  
              hilvanada en el pescuezo?
- RAFAELA.   No, no, que pareceré  
              niño que lleva el culero  
              levantado.
- JUANA.               Estáte quieta,  
              y no barrerás el suelo.

Sale PECHUGA con JUANILLO, MATEO y MAJOS.

- PECHUGA.   Vaya, señores, sentarse,  
              que hasta que venga un sujeto  
              no se baila.
- JUANILLO.           Rafaelita,  
              me alegro de tus aumentos,  
              y Dios quiera que los goces  
              mil años, con el contento  
              de ver catorce muchachos  
              gateando por el suelo.
- RAFAELA.   Lo estimo.
- PECHUGA.           No te despolves,  
              mujer, que no hay peluquero

en el barrio.

RAFAELA. Me ha hecho hoyo  
la peluca. ¿Habrá trapiento  
como éste?

ANAST. ¡Ay! ¡Qué calor  
hace, mujer! Yo me quemo.

PEPA. Yo estoy rabiando de sed.

PECHUGA. Tolondrón, saca refresco.

TOLOND. (*Dentro.*) Ya voy allá.

RAFAELA. ¡Qué coraje  
tendrá Juanillo de vernos  
tan llenos de relumbrones!

ANAST. Pues que se rompa los sesos  
contra un canto.

TOLOND. (*Sale con frascos.*) Aquí está ya.

PECHUGA. A la madrina, primero.  
(*Da de beber a Anastasia; y luego pasa la  
cubeta de mano en mano.*)

JUANILLO. Mira, Tolondrón, acaba,  
y corre a traerme un medio  
de manzanilla.

PECHUGA. En mi casa  
ninguno gasta dinero.

JUANILLO. No quiero hacerte ese gasto,  
porque ya te ha dado el Cielo  
obligaciones, y tú  
no eres ningún caballero.

PECHUGA. Rabón, lo que a mí me sobra  
son parneses. Eh, sin miedo  
bebe ese frasco; que a bien  
que hay otros seis allá dentro.

MATEO. (*Saliendo.*) Señores, muy buenas noches.

PECHUGA. Señor protector...

MATEO. ¿Qué es esto?

¿No se baila?

PECHUGA. No, señor;

nadie menea los huesos

hasta que usted no lo mande.

MATEO. Pues bien; comience el jaleo.

TOLOND. ¿Quién quíe caldo?

PECHUGA. Ve otra vez

a llenarlo, ¡so fideo! (*Vase Tolondrón.*)

RAFAELA. Don Mateo, venga usted

a sentarse.

MATEO. Aquí hay asiento.

PECHUGA. No, señor; entre la novia

y su madrina. ¿Hay aquéllo? (*Al oído.*)

MATEO. ¿Qué es aquéllo?

PECHUGA. Un par de estronques,

porque en la sala hay sujeto

que no viene más que a oler;

y si no les doy veneno,

mañana andará mi honra

por las tabernas hediendo.

MATEO. Estoy esperando al mozo

con unos cincuenta pesos. (*Se sienta.*)

PECHUGA. ¿Si será mi protector

judío? Siempre está lleno

de esperanza; y entretanto

se divierte, y yo reniego.

¡Tolondrón!

TOLOND. (*Saliendo.*) ¿Qué quiere usted?

PECHUGA. Trae otra luz; que ya esto

se va a empezar.

- TOLOND. Ya está puesta  
la mecha; pronto la enciendo. (*Vase.*)
- MATEO. ¿Querrás bailar, mona mía,  
un minuet?
- RAFAELA. Yo no entiendo  
de arrastraderos de pies;  
mándeme poner el cuerpo  
como la sota de bastos  
y verá cuál lo meneo.
- MATEO. Voy a bailar el zorongo  
por darte gusto.
- RAFAELA. ¿Qué hacemos?  
Al avío, que ya estoy  
en punto de caramelo.  
(*Pega un brinco Rafaela, recogiendo la  
cola; y don Mateo se levanta.*)
- PECHUGA. ¡Ay, que va mi protector  
a bailar! Este instrumento  
(*Toma la guitarra y da vueltas.*)  
¿quién le toca? Juan Rabón,  
vaya, meneas los dedos.  
(*Le da la guitarra.*)
- JUANILLO. Yo no toco a los usías.
- PECHUGA. Ni se ha menester; camello,  
cencerréame este mueble.
- Baila RAFAELA el zorongo; y después sale TOLONDRÓN  
con un candil, corriendo, tropieza con PECHUGA y se le cae  
de la mano.
- TOLOND. Diga usted, ¿dónde le cuelgo?
- PECHUGA. ¿Qué has hecho, cara de sable?  
¡Cuál me has puesto el terciopelo,

de aceite! ¡Ay Virgen del Carmen,  
que me ha perdido este perro!

TOLOND. Si yo entraba encandilado  
y su mercé estaba en medio,  
¿puedo remediarlo?

PECHUGA. Endino;  
si no haces nada bueno.  
¡Que no me hubiera llevado  
el condenado más feo  
cuando yo te recibí  
de aprendiz! ¿No miran esto?  
Si hay aceite pa freirme.  
¡Ay mi protector; que el dueño  
vendrá al baile!...

RAFAELA. Quítate  
la chupa; y venga corriendo  
una poca de harina  
para que se empape.

PECHUGA. Presto;  
tráela, maldito.

TOLOND. Ya voy. (*Vase.*)

PECHUGA. Si no se limpia, me meto  
en San Antonio.

RAFAELA. No digas  
esas cosas, pues tenemos  
un protector que nos valga.

JUANILLO. Vaya, Pechuga, ten pecho,  
y confía en el señor.

MATEO. Si no me pide dinero. (*Aparte.*)

TOLOND. (*Sale con un migajón de pan aparentando  
que es harina.*)

Aquí hay harina.

- RAFAELA. Pues trae.
- ANAST. Mujer, dale con salero.  
(*Entre todos tienen la chupa.*)
- RAFAELA. Vaya, ¿quieres que la rompa?
- PECHUGA. ¡A ver si sale! ¿Qué veo?  
(*Refriega con el pan.*)  
¡Virgen de la Soledad;  
que peor se va poniendo!  
¡Ay, que me ahorco esta noche!
- RAFAELA. Madrina, déle usted recio.
- PECHUGA. Don Mateo; usted es mi padre;  
si no me ampara, amanezco  
en medio de dos señores  
de bolsa y futraque negro.
- ALEJO. (*Saliendo.*) Buenas noches.
- PECHUGA. ¡Que es el amo  
de la chupa!
- ALEJO. ¿Qué, qué es eso?  
(*Rafaela quiere esconderla, y él lo repara.*)  
¿Por qué guarda usted mi chupa?
- JUANILLO. Ahora sí que me divierto.
- PECHUGA. Mire usted, señor, los mengues  
es preciso que anden sueltos.  
Ese diablo que usted ve  
con esa jeta de negro  
descolorido, me dió  
con el candilillo un beso  
por la espalda... ¡Mala hora;  
al primer moro te vendo  
mañana!
- TOLOND. ¿Tengo la culpa  
de que usted se ponga en medio?

ALEJO. A ver la chupa.

PECHUGA. Míe usted;  
para limpiarla la he puesto  
una poca de harina. (*Se la enseña.*)

ALEJO. ¡Ay, cuál está el terciopelo!  
Eres un bruto, un salvaje;  
pero yo la culpa tengo  
de prestar a estos bribones  
mis vestidos; al momento  
vete desnudando.

PECHUGA. Vaya,  
que no ha de salir con eso  
la mancha: espérese usted  
a que se acabe el jaleo.

ALEJO. Yo no me aguardo.

RAFAELA. Señor,  
¿ha e bailar este hombre en cueros?  
¡Qué súpito que es usted!  
¡Miren cuántos aspavientos  
para una mancha lo mismo  
que un realillo!

ALEJO. No juguemos.  
Ya que pierdo mi vestido,  
quiero despojarlo; quiero...

PECHUGA. Vaya, señor protector;  
en este apuro, ¿qué haremos?

MATEO. ¿Qué se ha de hacer? Desnudarse.

PECHUGA. ¡Ay, que nos va protegiendo  
con mucha gracia!

RAFAELA. Caramba;  
que es usted, para un empeño,  
como una rosa.



- JOSEFA. (*Saliendo.*) Señores,  
buenas noches. Di, Mateo:  
¿es posible que mis prendas  
sirvan a tus devaneos,  
sin mirar que soy tu esposa  
y que ya sufrir no puedo  
tus insolencias?
- MATEO. Pepita,  
éste es un divertimento  
que no te ofende, pues yo...
- JOSEFA. Muy bien. Después hablaremos.  
Vaya, desnúdese usted.
- PECHUGA. Señor protector, ¿qué es esto?  
¡Ay, ay, ay!, que hemos quedado  
como lo que somos: feos.
- RAFAELA. Lució usted como quien es.  
¡Qué gusto, que se me ha vuelto  
mi boda una encamisada!
- PECHUGA. ¡Qué tempranito me acuesto!  
Mujer; vaya, que procuran  
cuidarnos los caballeros.
- MATEO. Si yo supiera el indino  
que fué con el soplo, creo  
que le había...
- MARIANO. (*Saliendo.*) Mire usted,  
yo soy ése; ¿y qué tenemos?
- JUANILLO. Y yo, si el otro no basta.
- PECHUGA. Ea, que está el Matadero  
en mi casa.
- MATEO. De manera  
que eso no ha sido bien hecho.
- JUANILLO. Pues se hizo por que vea

esa mujer que el sujeto  
por quien a mí me ha dejado  
vale tres cuartos y medio  
en buena moneda.

PECHUGA. Mira,  
no vengas con quebraderos  
de cabeza. Marcha pronto;  
que te atuse el tío Conejo.

JUANILLO. Si eres un descamisao...

PECHUGA. Miren ustés el sujeto  
que habla; y está manejando  
tripas en el Matadero.  
¡Puf, qué asco!

RAFAELA. Dice bien  
el Rabón. Ya voy yo viendo  
que he tenido muy mal gusto.  
Me ahorco si no te entierro.

JOSEFA. Vaya, prontito; el vestido.

ANAST. Tenga usted un poco de pecho.

RAFAELA. Ea, que no tengo sarna,  
ni se rezuma mi cuerpo  
como alcarraza. ¡Jesús!,  
que con cuatro trapos viejos  
se imaginan ya Marquesas  
estas gentes. ¡Ahí va eso!

ALEJO. Vaya; los calzones fuera.

PECHUGA. ¿Y que me quede lo mismo  
que un perro chino? Señor,  
mire que, aunque soy moreno,  
se me mudan los colores.  
Venga usted a casa, salero;  
y me pondré los de paño.

ALEJO. Pues vamos, que pierdo tiempo.

PECHUGA. Venga mi capa.

RAFAELA. Adiós, Juana.

MAJOS. ¡Que vivan los cuerpos buenos!

PECHUGA. Tunantes, ¿por qué os reís?  
¿Porque ha venido su dueño  
por la ropa? Pues en Cádiz  
muchos lucen con lo ajeno.

RAFAELA. Anda, deja a esos pillastres;  
que con estos trapos viejos  
seré siempre Rafaela,  
la honra del Mundo Nuevo.

TODOS. Y aquí se acaba el sainete;  
perdonad sus muchos yerros.

FIN



# LOS CABALLEROS DESAIRADOS

SAINETE

## PERSONAS

EL MARQUÉS DE CAMPO CLARO.

EL CONDE DE CAMPO OSCURO.

DON JUAN.

DOÑA ISABEL, hermana del Marqués

DOÑA INÉS, mujer de D. Juan.

PERICO, criado del Marqués.

TADEO, peluquero.

CURRO, torero.

MARIANO, majo.

FELIPE, criado del Marqués.

ANA, criada de D.<sup>a</sup> Isabel.

## LOS CABALLEROS DESAIRADOS

---

Habitación del MARQUÉS, con taburetes, mesa con barajas, botellas, vasos, platos con nueces y queso; una espada torera sobre una silla, y dos cuchillos sobre la mesa; PERICO y FELIPE aparecen, y por la derecha sale TADEO.

TADEO.       ¿Se peina el señor don Pedro?

PERICO.       Ya saldrá su Señoría;  
aguárdese usted un poquito.

TADEO.       ¡Hola! ¿Bálsamo de viña:  
Pajarete? Con licencia  
me enjuagaré las encías. (*Bebe.*)

FELIPE.       Buen provecho.

TADEO.       ¿Conque queso  
y nueces? Una rajita  
para que sirva de taco.

MARQUÉS.   (*Saliendo.*) Hombre; tú eres una pipa.

TADEO.       Nadie como yo maneja  
los cubiletes. ¿Usía  
se peina?

MARQUÉS.       Salgo de majo.

TADEO.       ¿Está usía de conquista?

MARQUÉS.   Si sabes de alguna moza

que lo merezca...

TADEO.

¡Qué chica

se me ha presentado! Vaya,  
es ciertamente bonita.

Mire usía: el cuerpecito  
es fino como una higa.

¡Si con dos jemes se puede  
abarcár la cinturita!

El pellejo, ¡qué pellejo!,  
morenito, pero brilla  
lo mismo que si estuviera  
charolado; sus dos niñas  
son tan vivas, que parece  
que han venido de las minas  
del azogue; después de eso,  
cuando sus patitas pisan  
la calle Ancha a las doce,  
apuesto que en la bahía  
no hay buque más tormentoso.  
Ya se ve; si deshollina  
con el fleco los balcones,  
cuando navega la niña  
viento en popa.

MARQUÉS.

So tunante;

no vengas con pinturitas  
a engañarme.

TADEO.

Como soy

peluquero, que en mi vida  
he visto más linda moza.

MARQUÉS.

Pues bien; le haré una visita.  
Ya sabes tú que yo tiro  
la plata.



- TADEO.                    ¡Toma! Si usía  
sabe gastar el dinero...  
¡Y qué caridad! Me admira;  
lo menos, menos, conozco  
más de ochenta pobrecitas  
que, con sus limosnas, echan  
boleros en las mantillas.
- MARQUÉS. ¡Si yo tengo un corazón  
que no puede ver desdichas!
- TADEO. Conque ¿volveré a la tarde  
para ir a ver a esta ninfa?
- MARQUÉS. Por supuesto.
- TADEO.                    Pues ahora  
voy en un vuelo a decirla  
que no salga. De usía soy... (*Vase.*)  
(*Al irse tropieza con Mariano, que sale.*)
- MARIANO. ¡No es mala la cortesía!  
El demonio del pendón,  
cómo me ha puesto de harina.
- MARQUÉS. ¡Ja, ja, ja, ja!
- MARIANO.                    ¡Ciertamente  
que es el paso para risa!  
Yo no sé cómo permite  
que estos muebles cada día  
vengan a amasar pasteles  
en su cabeza.
- MARQUÉS.                    Daría  
mi nobleza y mi caudal  
por andar toda la vida  
con la capa y la montera,  
y un eslabón de seis libras.
- MARIANO. Ya se ve; si esos pegotes

revuelven todas las tripas...

MARQUÉS. Ven, y tomarás un trago.

MARIANO. Ese trago venga aprisa.

¿A ver un habano?

MARQUÉS. Toma.

MARIANO. ¿Conque se nos casa usía?

MARQUÉS. ¿Quién te lo ha dicho?

MARIANO. No hay

en el barrio de la Viña

otra noveá.

MARQUÉS. Pues siento

que se publique.

MARIANO. ¿Y qué avispa

le ha picao para hacer

esa gran majadería?

MARQUÉS. Hombre, la razón de estado.

MARIANO. ¿Y es buena la figurita?

MARQUÉS. La verdad, no me da golpe;  
porque ¿a quién no le fastidian  
esas damas, arrastrando  
dos varas de muselina,  
más tiesas que un mastelero  
y con el talle a la orilla  
del cogote? Yo me caso  
porque la tal niña es rica,  
y un hombre no está boyante;  
pero en teniendo yo asidas  
las talegas, la señora  
irá a visitar amigas,  
y nosotros andaremos  
de borrasca todo el día.

MARIANO. Muchito; con nuestra gente.

MARQUÉS. La verdad; a mí me hechiza  
mil veces más una olla  
de caracoles encima  
de una cabeza, que cuantos  
polvos, plumajes y cintas  
se ponen las petimetras.

MARIANO. Bien haya su Señoría,  
que tiene gusto.

MARQUÉS. Cabal;  
y ahora he mandado a Sevilla  
por un maestro de lengua  
germana.

MARIANO. ¡Bueno! Y usía  
la hablará con mucha gracia.

MARQUÉS. Vaya, di una palabrita.

MARIANO. Pues diga usía conmigo:  
Sosnabelar.

MARQUÉS. (*Repitiendo.*) Ya está dicha:  
Sosnabelar.

MARIANO. Prajandí,  
maripor.

ISABEL. (*Saliendo.*) ¿Qué algarabía  
es ésta?

MARQUÉS. Vaya, ¿qué traes?

ISABEL. Ven, y verás a Juanita  
qué maja viene.

MARIANO. ¿Quién es?

MARQUÉS. Ésta es una trigueña  
que está enseñándole el ole  
a mi hermana.

MARIANO. ¡Buena avispa!  
Ya la conozco. ¿Y qué tal

le baila usted?

ISABEL. Soy muy viva.

Mire usted; ya sé poner  
levantadas las manitas  
y dar vueltas de este modo.

MARIANO. ¡Viva la gracia!

MARQUÉS. Repica  
esos pies.

ISABEL. ¿De esta manera?

MARQUÉS. Con más salero.

CURRO. (*Saliendo.*) Madrina,  
yo quiero arroz.

ISABEL. Pues chuparse  
los dedos a toda prisa,  
que ya se acabó.

CURRO. Si acaso,  
me iré para que prosiga.

ISABEL. No es eso; sino que el ole,  
para gustar, necesita  
de una moña; un gran jubón  
con treinta varas de cinta  
en los hombros; unas naguas  
con las alforzas cogidas;  
y, por fin, un relicario  
lo mismo que una salvilla;  
conque amigo, si quisieres  
babear, ven otro día  
que esté de humor.

CURRO. Pues vendré  
aunque sea de rodillas,  
para ver empavesado  
ese buque.

MARQUÉS.                    ¿Y qué venida  
es ésta? ¿Se ofrece algo?

CURRO. Sólo vengo a ver a usía  
y a rogarle que me preste  
la torera.

MARQUÉS.                    En esta silla  
está. ¿Matas esta tarde?

CURRO. El sexto toro.

MARQUÉS.

Pues mira  
que está muy bien enseñada.  
Con esta espada, en Lebrija,  
maté un toro de diez años  
que la tierra se comía.  
Me acuerdo que le tendí  
la muleta recogida;  
pero al citarlo colóse,  
y, sin que pudiera huirla,  
al tirar la cabezada  
me ensartó por la pretina;  
yo volé como una pluma;  
mas, como una lagartija,  
me arrastró el toro; me planto,  
y le llamo con más ira...  
Yo estaba así en esta acción:  
me temblaban las rodillas  
de cólera, y los calzones  
ya casi se me caían;  
toda la gente gritaba:  
«¡No se empeñe tanto usía!»  
Las mozas, unas lloraban;  
a otras daba alferecía.  
¡Qué chillidos! ¡Qué accidentes!

Mas, sin dejar la porfía,  
gritaba yo: «Embiste, toro.  
¡Ah cobarde! ¿Te retiras?  
¿Me temes? ¡Entra, tunante!»  
En fin; me acomete, brinca;  
ensártole la estocada,  
pero tan bien dirigida  
y con tal fuerza, que fué  
preciso en la plaza misma,  
para sacarle la espada,  
abrirlo por la barriga.

CURRO.

Usía se pinta solo.

ISABEL.

Si mata bien, mejor pica.  
¡Qué gusto que da mirarlo  
sobre la jaca tordilla,  
metido en el albardón,  
con la chaqueta morisca,  
su aldabón en la mollera,  
y luego su monterilla  
con un millón de caireles!  
¡Qué! Si hay toro que lo tira  
cada instante por saciar  
su curiosidad.

MARQUÉS.

Mi vida  
la he gastado en aprender  
a manejar una pica,  
y así tengo entre las uñas  
todo el arte.

CURRO.

¡Buena hojita!  
(*Toma la espada.*)

MARQUÉS.

Ésa fué de un bisabuelo  
de mi abuelo, que en Castilla,

en unas fiestas reales,  
mató ante el rey Witiza,  
y desde entonces quedó  
vinculada en la familia.

CURRO. Vaya; es alhaja de gusto.

JUAN. (*Saliendo.*) Mi don Pedro, buenos días.

MARIANO. Don Juan, a tomar un trago.

JUAN. Lo estimo.

ISABEL. Una nuececita.

Vaya, que yo se la doy.

JUAN. Tantos favores me hechizan.

MARQUÉS. ¿Ha visto usted a doña Inés?

JUAN. No la he visto.

MARQUÉS. ¡Qué perdida  
está por mí esa mujer!

JUAN. Puede que se engañe usía.

MARQUÉS. ¿Cómo engañarme? Le apuesto  
dos onzas a que en el día  
queda la boda ajustada.

JUAN. Yo sé que esa señorita  
no piensa en casarse.

MARQUÉS. ¡Ya!  
¿Querrá ser monja? ¡Qué risa!  
¡Toma! En hablando de boda  
se tapa al punto la niña  
los oídos.

TODOS. ¡Ja, ja, ja!

MARQUÉS. Y ayer cantó una coplilla,  
diciendo que los morenos  
echan por los ojos chispas.

TODOS. ¡Ja, ja, ja, ja!

MARQUÉS. Y dió un suspiro

que creí que le salían  
los hígados por la boca.

TODOS. ¡Ja, ja, ja!

ISABEL. Pues Inesita  
no puede hablarle más claro.

MARQUÉS. Pero si a don Juan le pican  
los celillos; la verdad...

ISABEL. ¡Válgame Dios, qué malicial  
Mira, para que lo sepas,  
te digo que quien suspira  
por mis ojos es don Juan.

MARQUÉS. ¡Bueno! ¿Conque Isabelita  
lo tiene a usté amartelao?  
¿Y cuándo se determina  
la boda?

JUAN. Luego que esté  
ajustada la de usía.

MARQUÉS. Pues será en breve.

ISABEL. Sí, hermano;  
al mal paso darse prisa;  
porque estar enamorada  
y soltera es la fatiga  
mayor; y cada momento  
pierdo diez años de vida.

MARQUÉS. Todo queda por mi cuenta.

PERICO. (*Saliendo.*) Señorita, una visita.

ISABEL. ¿Quién es?

PERICO. Doña Inés.

ISABEL. Tu novia.

¿No vienes a divertirla  
un ratito?

MARQUÉS. Sí; allá vamos.



- JUAN. Voy a hacerle compañía. (*Vase.*)
- ISABEL. Aguárdese usted, don Juan.
- MARIANO. Que no se va el hombre a Indias.  
¿Siempre ha de querer tenerlo  
colgado como reliquia?
- ISABEL. Mucho; como que lo quiero.
- MARIANO. Pues tiene usted, por mi vida,  
muy mal gusto.
- ISABEL. Calle usted,  
que tiene unas orejitas  
tan redondas, tan pequeñas,  
que parecen clavellinas.
- CURRO. Pues ¡que vivan las orejas!
- ISABEL. ¡Pobretes! Envidia, envidia.
- MARIANO. Vaya, que está enamorada  
de todas.
- MARQUÉS. Una copita  
de Pajarete, y vendréis  
a conocer mi costilla.
- CURRO. Veremos esa real moza.
- MARQUÉS. La verdad, ella es muy fría;  
pero tiene unas talegas  
tan graciosas, tan bonitas...
- MARIANO. Pues brindemos por su plata.
- TADEO. (*Saliendo*) Que falta mi personilla.
- MARQUÉS. ¿Qué traes aquí, buena maula?
- TADEO. Yo pasaba por la esquina,  
y el olor del Pajarate  
me obligó a subir arriba.
- MARIANO. Apártese usted un poquito  
con esos polvos.
- PERICO. (*Saliendo.*) A usía

pretende hablar un hidalgo  
montañés.

MARQUÉS.                   ¿Qué solicita  
ese espantajo? Ese mueble  
anda que se descanilla  
por casarse con la plata  
de doña Inés.

TADEO.                   ¡Qué avaricial  
Pero usía, ¿por qué ya  
no le ha dado una paliza?

CURRO.           Echarle abajo una oreja.

MARIANO.       Un navajazo en las tripas.

MARQUÉS.       Chitito; dile que entre. (*Vase Perico.*)  
Ya veréis la tropelía  
que se arma.

MARIANO.                   A bien que aquí estamos.

Se arriman los Majos a un lado, el MARQUÉS se sienta en  
medio del teatro, y sale el CONDE.

CONDE.           Tenga usía buenos días.

MARQUÉS.       Sea bien venido. Un asiento.  
Perico, trae la copilla.  
(*Enciende un cigarro.*)

CURRO.           El don Pedro es hombrecito.

MARIANO.       ¡Con qué tunantá lo mira!

CONDE.           Diga usía: ¿me conoce?

MARQUÉS.       Y a mí, ¿me conoce usía?

CONDE.           Yo no.

MARQUÉS.                   Pues ni yo tampoco.

CONDE.           Bien; yo traigo quien lo diga.

Mire usía si estas armas  
(*Saca un escudo pintado.*)  
son alguna niñería.

MARQUÉS. Esto me parece el arca  
de Noé.

CONDE. Pues oiga usía:  
sobre este horrendo dragón  
que en este cuadro se mira,  
mi bisabuelo don Tello  
a las batallas salía  
antes que hubiese caballos.

MARQUÉS. No es mala caballería;  
pero ¿quién se la ensillaba?

CONDE. El demonio. Aquesta encina,  
en este cuartel morado,  
claramente significa  
que en mi casa se cebó  
el primer cerdo.

MARQUÉS. Sería  
su pariente.

CONDE. No desciendo  
de serranos. Aquí arriba  
hay un cuervo que es figura  
de mi abuelo don García  
cuando le sacó los ojos  
de una lanzada al rey Pipa.  
En fin; todas estas fieras,  
insectos y sabandijas,  
manifiestan que es del tiempo  
del diluvio mi familia.

MARQUÉS. Perico; el árbol. Ahora  
verá con quién habla usía.

CURRO. ¡Caramba, que lo ha parado!

MARIANO. El lance está, por mi vida,  
bien jugado.

TADEO. Si don Pedro  
vale un Perú.

MARIANO. Se las tira  
con su padre.

MARQUÉS. Daca, hombre.  
Acerque usía la silla.

CONDE. Me parece un cientopiés  
el tal árbol.

MARQUÉS. Eche usía  
los ojos sobre el papel,  
y verá mil maravillas.  
La primer raíz del tronco  
de mi gran genealogía  
fué el valeroso y forzado  
Hércules, el que su vida  
la gastó sólo en comerse  
cuantos leones había  
en el mundo.

CONDE. ¿Por ventura  
fué gringo su Señoría?

MARQUÉS. Fué andaluz, según lo dicen  
todos los genealogistas.  
Mas sigamos: tuvo tres  
Herculitos en Mencía,  
hija del rey Chuchurumbo,  
que son estas tres casillas  
que están aquí.

CONDE. Chuchurumbo  
reinó, según las noticias,

en el país de las monas.

MARQUÉS. Los autores no lo afirman.  
En fin; el mayor de todos,  
Tetrarca de Andalucía,  
fué el primero que sacó  
la moda de las patillas.

CONDE. Pero no hay comparación  
con mi preclara y antigua  
nobleza.

MARQUÉS. ¿Cómo? ¿Qué dice?

CONDE. Que mis mayores habían  
conquistado medio mundo  
cuando andaba todavía  
Hércules con chichonera.

MARQUÉS. No hable ya más herejías,  
que está hablando con don Pedro  
de Campo Claro.

CONDE. Y usía  
sepa que habla con don Bruno  
de Campo Oscuro.

MARQUÉS. Hidalguía  
nocturna.

CONDE. No es.

MARQUÉS. Pues será  
apellido con neblina.

CURRO. Esto no ha e parar en bien.

TADEO. Yo creo se deshollinan.

MARQUÉS. Pero, vamos, ¿qué pretende?

CONDE. Advertirle que desista  
de conquistar la hermosura  
de doña Inés.

MARQUÉS. Es muy fina

- para gente de montaña.  
CONDE. Ésa es ya descortesía,  
y sabré vengar mi agravio  
si en un pelo se desliza.  
MARQUÉS. ¿De qué modo?  
CONDE. Haciendo aquí  
de su cuerpo anatomía,  
para poner su esqueleto  
como trofeo en la cima  
del morrión de mis armas.  
MARQUÉS. ¡Soniche!; ya llegó el día  
de dar una campanada.  
MARIANO. Aquí hay sangre.  
TADEO. Habrá morcillas.  
MARQUÉS. ¿Cómo quiere usía reñir?  
CONDE. A moquetes.  
MARQUÉS. Esa es grilla.  
Yo riño con la torera.  
CONDE. Pues yo traigo prevenidas  
las armas de mis mayores.  
Entra, escudero.

Sale CRIADO con lanza, morrión y rodela.

- CURRO. Arme usía  
la muleta; y que se acerque.  
CONDE. ¡Qué celada tan antigual  
Diez siglos habrá que sirve  
de nido de golondrinas.  
MARQUÉS. Acabe usía de armarse.  
CONDE. Dame la lanza; ¡qué final!  
ha servido de asador



MARIANO. Por ahí; llamarlo.

MARQUÉS. ¡Que viva la Andalucía!

MARIANO. Con valor.

Salen DOÑA ISABEL, DOÑA INÉS y DON JUAN.

TODOS. ¿Qué ruido es éste?

ISABEL. ¡Ay hermano de mi vida;  
que me lo matan!

INÉS. ¿Qué es esto?

CONDE. Esto es, hermosa homicida,  
exponerse por tus ojos  
a quedar como una criba.

INÉS. ¿Por mis ojos?

MARQUÉS. Sí, señora;  
porque el señor solicita  
aguarme la boda, y yo  
tengo alguna fantasía  
en que nadie me dé celos.

CONDE. Doña Inés ha de ser mía.

MARQUÉS. Le tenderé la muleta.

CONDE. Pues el combate prosiga.

MARQUÉS. Está muy bien.

ISABEL. Deteneos.

Vaya por Dios, Inesita;  
elige el que te gustare,  
y así todo finaliza.

Ya miras tú que mi hermano,  
aunque algo feo, respira  
majeza por todas partes,  
y que el señor tiene pintas



de rinoceronte. Vamos,  
no pienses.

CONDE. Usted elija,  
porque de no, subirá  
nuestra sangre hasta las vigas.

MARQUÉS. Desengañe usted a ese hombre.

INÉS. Hace muchísimos días  
que pudiera haber mudado  
de pensamiento.

MARQUÉS. ¿Ve usía?

CONDE. ¿Conque desprecia a don Bruno  
de Campo Oscuro?

INÉS. Mi amiga  
no gusta de obscuridades.

CONDE. ¡Que esta injuria se le diga  
a un octavo descendiente  
de Túbal! Vaya, la ira  
casi me ahoga. ¡Ingratona!  
¿Tú desprecias la hidalguía  
de un ilustre montañés?  
¡Qué rabia! El amor permita  
que esas montañas que injurias  
se te desplomen encima.

MARQUÉS. Para que el pobre se muera,  
venga esa mano, Inesita.

INÉS. También usted se ha engañado  
en discurrir que admitía  
sus obsequios.

MARQUÉS. ¿Cómo es eso?

¿Pues esa mano no es mía?

INÉS. No, señor, que tiene dueño.

MARQUÉS. Se me ha helado la saliva.

CONDE.        Señorita, creo que es  
                 tan feo su Señoría  
                 como yo.

ISABEL.                        ¡Qué disparate!  
                 Si Inesita está perdida  
                 por mi hermano, ¿no es verdad?

INÉS.                No lo imagines, amiga;  
                 jamás le he tenido afecto.

MARQUÉS.    ¿Quién logra esa fortunilla?

JUAN.                Yo, don Pedro.

MARQUÉS.                        Don Juanito,  
                 ¿usted tiene la osadía  
                 de competirme? Pues sepa  
                 que mientras don Pedro viva  
                 no se ha de casar usted.

JUAN.                Y yo se lo ofrezco a usía;  
                 pues ha un año que lo hicimos  
                 en secreto.

CURRO.                        ¡Qué paliza  
                 le daba yo en este instante!

ISABEL.                ¿Conque también me ofendías?  
                 ¡Qué alevoso! Ciertamente  
                 que muy fresca quedaría  
                 si no tuviese seis novios.

CONDE.                ¿Es alguna compañía  
                 de Granaderos?

ISABEL.                        Son seis  
                 currutacos que suspiran  
                 por mi belleza: uno blanco,  
                 otro verde, otro mezclilla  
                 y los demás matizados  
                 a la *dernier*.

- INÉS. Tú me hechizas  
con tus gracias.
- ISABEL. Alevosa,  
¿cómo tienes osadía  
de respirar? ¡Qué traidora!  
Prometo desde este día  
no tratar con mis iguales.
- INÉS. Haces bien, porque es distinta  
de tu clase tu conducta.
- ISABEL. ¿Conque tú me satirizas?  
¡Miren la sierra nevada  
cómo revienta de envidia,  
porque tengo nombre en Cádiz  
de salerosa! Pues hija,  
aprende como yo aprendo  
el ole y otras cositas.
- MARQUÉS. Vaya; estoy desazonado.  
Venga la vihuela. Niña,  
se ha lucido usted conmigo.  
A ver, venga una coplilla.  
Airón, ron, ron, ron, ron, ron. (*Canta.*)
- TADEO. Yo voy a ver esa ninfa.
- CONDE. Y yo a apuntar en mi escudo  
un toro y mote que diga:  
«Con don Pedro Monteclaro,  
que parece una jeringa,  
el sin igual Monteobscuro  
peleó por su querida.»
- ISABEL. Yo me voy a repasar  
el zorongo con Juanita.
- MARIANO. Y a la Verónica todos  
a dar sosiego a las tripas.

Venga usía, y pagará.

MARQUÉS. Vamos a olvidar fatigas.

Todos. Y aquí concluye la idea;  
si os ha gustado, aplaudidla.

FIN

# EL CAFÉ DE CÁDIZ

SAINETE

## PERSONAS

CURRA.	DON JUDAS.
MANOLO.	DON NARCISO.
ANTONIO.	DON PEDRO.
PEPE.	MARTÍN.
DON SEBASTIÁN.	DON JULIÁN.
FRASQUITO.	PEPA.
DON BLAS.	UN MINISTRO.

## EL CAFÉ DE CÁDIZ

---

La escena representa el patio de un café con puertas y ventanas; las del medio de la fachada del frente corresponden al billar; mesas alrededor y sillas; ANTONIO y PEPE con unas rodillas en las manos.

ANTONIO. Pepillo, prepara tazas;  
vamos limpiando las mesas;  
arrima sillas.

SEBASTIÁN. (*Saliendo.*) Antonio;  
buenas tardes. La *Gaceta*,  
café y un vaso de agua.

ANTONIO. Frasquito; la cafetera.

Sale FRASQUITO con la cafetera, y le da la *Gaceta*.

FRASQ. Aquí está.

BLAS. (*Saliendo.*) Don Sebastián,  
¿tan temprano en la palestra?

SEBASTIÁN. Como siempre, a buena hora.

BLAS. ¡Antoñito!

ANTONIO. ¿Qué me ordena?

BLAS. Trae la *Gaceta de Leiden*.

ANTONIO. La están leyendo.

BLAS. Pues sea  
la de *Lugano*.

ANTONIO. También  
está ocupada.

BLAS. ¡Qué pelmas  
son estas gentes!

ANTONIO. Señor,  
si usted no sabe esas lenguas,  
¿para qué las quiere usted?

BLAS. Pero conozco las letras;  
y es fuerza, para citarlas,  
haber leído siquiera  
los títulos.

ANTONIO. Pues así  
que acaben vendré con ellas. (*Vase.*)

Sale DON JULIÁN, de abate.

JULIÁN. Buenas tardes.

BLAS. Abatito,  
¿cómo vamos de tareas  
literarias?

JULIÁN. Ahora escribo  
una obrilla muy extensa  
que me adquirirá gran fama.

SEBASTIÁN. ¿Y qué es, historia o novela?

JULIÁN. Gramática cuatralingüe,  
o preceptos de las lenguas  
andaluza, valenciana,  
catalana y aun gallega.

BLAS. ¡Amigo, famosa obra!



JULIÁN. Como que, para la empresa,  
habrá cincuenta y dos años  
que hago apuntes.

BLAS. Esa fecha  
estará errada, porque  
apenas tendrá usted treinta.

JULIÁN. Es que la empezó mi padre  
cuando salió de la escuela,  
y se casó por tener  
un hijo que la siguiera.

Sale DON NARCISO, Oficial.

ANTONIO. Café, pronto.

NARCISO. Lo he tomado  
en casa de la Marquesa  
de Torre Verde. Abatito,  
¿cómo vas de mozas? ¿Pescas  
algo bueno?

JULIÁN. Como es dable;  
si no tengo una peseta  
desde que soy literato,  
y en esta insolente tierra  
es un bolsillo de onzas  
el amor que más las tienta...

NARCISO. ¡Pobre diablo! Pues ¿por qué  
no has seguido mi carrera?  
Vieras cómo las mujeres  
te pagaban por quererlas.

JULIÁN. Yo serviría contento,  
como nunca hubiera guerra.

- MARTÍN. (*Saliendo.*) ¡Narcisito!
- NARCISO. ¿Qué me quieres?
- MARTÍN. ¿Tienes en la faltriquera  
la onza que te presté?
- NARCISO. ¿La vas a gastar?
- MARTÍN. Teresa  
me la ha mandado a pedir;  
y está aguardando la vieja  
en la calle.
- NARCISO. Pues no tengo  
cosa que huela a moneda.
- MARTÍN. ¡Voto al sol! Voime al billar  
por ver si la suerte enreda  
que con dos duros que tengo  
gane otros catorce.
- NARCISO. Juega  
por los dos; y si perdieres  
cárgame el duro a mi cuenta.
- MARTÍN. Adiós, adiós.  
(*Entra por la puerta del frente.*)
- PEDRO. (*Saliendo.*) Buenas tardes,  
caballeros.
- BLAS. Un poeta  
faltaba tan solamente  
para completar la fiesta.
- SEBASTIÁN. ¿Hay algunos versos nuevos,  
señor don Pedro?
- PEDRO. Una bella  
octava compuse anoche,  
mientras me quité las medias.
- SEBASTIÁN. ¿La trae usted?
- PEDRO. Sí, señor.

- JULIÁN. Oigamos.
- BLAS. Todos atiendan.
- PEDRO. (*Lee.*) «Vi tus ojos, Clarinda, y al instante sentí que el corazón me titilaba.»
- JULIÁN. Ese término es impropio.
- PEDRO. ¿En qué es impropio?
- JULIÁN. Usted sepa  
que titilar se deriva  
de titíes, una cierta  
casta de micos pequeños  
que vienen de las Batuecas;  
conque titilar será  
hacer monadas y muecas.
- PEDRO. ¡Jesús, y qué disparate!
- JULIÁN. ¿Cómo disparate? Vea  
con quién habla el poetastro.
- NARCISO. El abate es un trompeta;  
porque muchas señoritas  
son unas monas y es fuerza  
hablarles en su lenguaje.
- JULIÁN. Se concede, si es burlesca  
la dicha composición;  
si es patética, se niega.
- PEDRO. ¿Mas si la etimología  
no es ésa?
- JULIÁN. ¿Cómo no es ésa?  
¿Usted quiere disputar  
con quien sabe cuantas lenguas  
se formaron en la torre  
de Babel?
- BLAS. Tenga usted flema  
y prosígase la octava.

- PEDRO. Pues yo no quiero leerla.  
No faltaba ya otra cosa  
sino que un abate quiera  
criticar mis versos.
- JULIÁN. Esos  
no son versos, sino berzas.
- PEDRO. Por eso usted me los muerde.
- SEBASTIÁN. Que nos duele la cabeza.
- JUDAS. (*Saliendo.*) Ya vinieron las noticias.
- BLAS. Don Judas; aquí hay silletas.
- JULIÁN. ¿Qué novedades tenemos?
- JUDAS. Muchas son, y todas frescas.
- PEDRO. Silencio.
- NARCISO. Arrímense todos,  
para que no pierdan letra.
- JUDAS. El día cinco del pasado  
dicen todas las *Gacetas*  
que hubo una regia función  
en que el gran Dux de Venecia  
se desposó con la mar.
- JULIÁN. Señor don Judas, advierta  
que es mejor decir el mar  
y no la mar.
- JUDAS. Esta fiesta  
pide que sea femenino;  
pues entonces no pudiera  
casarse el gran Dux, si el mar  
fuese aquí macho, y no hembra.
- TODOS. Muy bien dicho.
- BLAS. Siga usted.
- JUDAS. Se sabe por papeletas  
que en el Canal de la Mancha

con seis urcas holandesas  
tuvo un combate obstinado  
la caballería inglesa.

TODOS. ¡Jesús qué bola!

JULIÁN. ¿En el mar  
caballería?

BLAS. Si fuera  
necesario, yo me atrevo  
a poner hasta trincheras.

SEBASTIÁN. ¿De qué suerte?

BLAS. En barcos chatos  
o en balsas de vigas gruesas.

JULIÁN. Usted, siempre, con proyectos  
nos aturde la cabeza.

BLAS. Todo es posible en habiendo  
mucho ingenio y mucha ciencia.

PEDRO. Prosigan las novedades.

JUDAS. Seguro está que yo vuelva  
a decir una palabra  
en ninguna concurrencia  
de incrédulos.

MANOLO. (*Saliendo.*) Sea alabado  
el que todo lo menea.

CURRA y PEPA, de majas.

PEDRO. ¿Qué se les ofrece a ustedes?

MANOLO. Queremos en una mesa  
tomarnos unos pocillos  
de aquesa bebía negra;  
ya me entiende usted, café.

FRASQ. Aquí mujeres no entran.

- CURRA. Salero, ¿se necesita  
despacho para que puean  
entrar aquí las mujeres?
- PEPA. ¿Es ésta, acaso, la Puerta  
del Mar, por donde no pasan  
contrabandos?
- NARCISO. ¡Qué trigueñas  
tan bonitas! Yo me acerco.
- PEPE. Señores; yo bien quisiera  
en esta ocasión servirlos,  
mas no tenemos licencia.
- MANOLO. Compadrito, advierta usted  
que vienen estas dos hembras  
mareadas.
- NARCISO. ¿Pues de dónde  
viene usted con esas perlas?
- MANOLO. Del Puerto.
- NARCISO. ¿Con este tiempo?
- MANOLO. ¡Si usted supiera las penas  
que hemos pasao! Míe usted:  
a eso de las doce y media  
me dijo el patrón Taranga  
que se iba a dar a la vela.  
Yo, aunque vi que había Levante,  
y que estaba algo revuelta  
la mar, como soy así,  
se me puso en la mollera  
bailar esta noche el ole  
en la boda de la Tuerta,  
ésa que vende menudo  
en la calle de la Higuera.  
En fin, que nos embarcamos

sin miedo, que acá no entra;  
pero al llegar a la barra,  
dijo el viento: «Allá va ésa;  
tomen, tomen azuquita»,  
y nos echó una salmuera  
de arena y agua, que ya  
nos corría por las piernas.  
Lo bueno es que yo tenía  
seis medios en la bodega,  
que me aforraban en cobre;  
pero la pobre de Pepa  
y mi Currita, al instante  
nos cambiaron la peseta.  
Pues mire usté; aquel fregao  
no iba bueno; que en la arena  
dimos más de seis culáas;  
mas un hombre con linterna  
de manzanilla, ve más  
que todos cuantos navegan;  
y así, plantándome en medio  
dije: «Patrón, carga vela;  
venga el trinquete a la mura,  
y arriba sobre la tierra.»  
Entonces de un chicotazo  
me tendió cual largo era;  
pero cuando desperté,  
me hallé puesto en la escalera  
del muelle, todo mojado,  
mas sin haber visto penas.  
NARCISO. ¿Y se le ha pasado a usted  
ya el susto?

CURRA. ¡Tengo de piedra

las alas del corazón!

Además, que yo estoy hecha,  
siempre que se proporciona,  
a correr muchas tormentas.

PEPA. Pero con todo, el café  
buen provecho nos hiciera.  
Vamos a tomarlo luego.

FRASQ. No se puede; no hay licencia.

CURRA. Siempre dije yo que usted,  
con la nariz de corneta,  
nos había de tocar  
a despacho.

FRASQ. ¡Vamos fuera!  
¡Vaya usted a fregar platos,  
so muñeco de la ferial!

MANOLO. Camaráa; tenga usted pecho,  
que no somos gente negra.  
Si por plata lo hace usted,  
aquí tiene dos pesetas  
en cuartos. Venga el café.

NARCISO. Yo pondré remedio; vuelva  
y llama a tu amo.

FRASQ. Voy. (*Vase.*)

CURRA. ¡Viva la gente de guerral!  
En fin, todo se consigue  
cuando un buen mozo se empeña.

MANOLO. Sobre que es cosa que pasma  
el que un hombre con montera  
nunca represente a nadie. (*A Pepe.*)

ANTONIO. (*Saliendo.*) Don Narciso, ¿qué me ordena?

NARCISO. Yo pretendo que a esta gente  
se le sirva en lo que quiera.



- ANTONIO. Si estamos notificados  
y tenemos multa impuesta,  
¿qué quiere usted que le haga?
- NARCISO. Si acaso ese lance llega,  
yo lo pago.
- ANTONIO. Bien está.  
Pepe, en aquel cuarto hay mesa.  
Que suban.
- FRASQ. Vengan ustedes.
- MANOLO. Padrino; cuando se ofrezca,  
pregunte usted allá en la Viña  
por Manolo Rompepuerta,  
que yo deseo servirlo.
- CURRA. ¡Que vivan las charreteras,  
que en cualquier empeño saben  
servir a todas las hembras!
- PEPA. Sobre que es un real mozo.
- NARCISO. Morenita, usted me tenga  
por suyo.
- PEPA. Junto a la Palma  
vivimos; cuando usted quiera  
tiene silla prevenida.
- NARCISO. Yo iré a servirla, mi prenda.
- ANTONIO. Vengan ustedes.
- MARTÍN. (*Sale con el taco.*) ¡Caramba!  
¡Qué lindas mozas! Morena;  
viva ese cuerpo con gracia.
- CURRA. Aunque es lisonja, se aprecia.
- MANOLO. Caballero, caballero,  
aquí no ha de haber chanela.
- MARTÍN. ¡So tunante!
- MUJERES. Manolito,

- con usías no te metas.
- MANOLO. Deja, y verás al usía  
si le abro una faltriquera  
en la barriga.
- NARCISO. ¡Insolentel  
¿Cómo no mira y respeta  
los hombres de honor que estamos  
delante?
- MARTÍN. Narciso; deja  
que le dé mil bofetadas.
- JULIÁN. A una patrulla, que venga  
y lo líe.
- MANOLO. Si el señor  
fué quien...
- NARCISO. No muevas la lengua,  
o te doy una estocada.
- MANOLO. Pues de suerte y de manera  
que ustedes son el cuchillo  
y yo la carne: paciencia.
- CURRA. Si tú la tienes, yo no;  
y estos Condes de comedia  
debieran ver que hay mujeres  
por medio.
- NARCISO. Usted es la estrella  
que sólo me ha serenado.
- CURRA. ¿Cómo, si anuncio tormenta?
- MARTÍN. Yo soy astrólogo, y quiero  
observarla de más cerca.
- MANOLO. So peluca; con mi Curra  
no quiero que haya chanela.  
Por vida...
- NARCISO. Calle el tunante,

o le mato.

MANOLO. De manera  
que ustedes son el cuchillo  
y yo la carne.

CURRA. Canela;  
que ya me voy encendiendo  
como el azufre.

MANOLO. Sosiega;  
¿no ves que es gente de honor  
con quien hablamos?

CURRA. Que sea.  
¿Y qué tenemos? ¡Naranjas!  
¿Si será la vez primera  
que trato yo con señores  
de llave en la faltriquera?

PEPA. Vámonos, Manolo.

MANOLO. Vámonos,  
que han lucío las coletas;  
ya se ve; cáa gallo canta  
en su gallinero. Es fuerza  
coserse la boca: agur.

MINISTRO. (*Saliendo.*) Señores, ¿qué bulla es ésta?  
¿Pero qué es esto; mujeres?  
¿Dónde está el amo? Que venga.

ANTONIO. ¿Qué se ofrece?

MINISTRO. Que se pague  
la multa.

ANTONIO. Pero usted advierta  
que la compasión de ver  
a esta señora indispueta...

MINISTRO. No hay caridad. Usted debe  
guardar las órdenes. Ea;

la multa, pronto.

ANTONIO. (*Al Oficial.*) Dé usted alguna cosa siquiera; que yo pondré lo que falte.

NARCISO. Páguela usted toda entera, que después nos compondremos.

MANOLO. Si es cosa de una peseta, no tenga usted cortedad.

ANTONIO. Miren qué grande friolera. Venga usted, señor Ministro. (*Vanse los dos.*)

MANOLO. ¡Vaya, que el chavó se precia de agradecido!

NARCISO. Mi vida; si quiere usté una muleta, aquí estoy yo.

MARTÍN. Yo también.

CURRA. Apártese media legua; que si quisiera compañía admitiera la fineza del militar. ¿No ve usted que esas narices de pera bergamota sólo sirven para despabiladeras? Ea; vaya usted, mi alma, a que le arropen. ¡Qué perla es la criatura! Manolo, vamos tomando la puerta.

MANOLO. Padrino; aunque usté ha sacado la espada, no tengo queja; que aunque pobre, soy más noble que un montañés. Usted tenga

a Manolo por su amigo;  
y si me busca en la tienda  
del Cañón, hacia esta mano,  
junto a la bota tercera,  
estaré anclado. Allí mande  
todo cuanto guste; y beba  
hasta gastar dos arrobas  
de jaboncillo en la cuenta.

NARCISO. Yo se lo agradezco. Adiós,  
salada.

CURRA. Tenga usted cuenta  
con ese niño; y quitadle  
esa higuita de madera  
de tinteros, porque temo  
que le revienten la jeta. (*Vase.*)

MARTÍN. No hago caso de mujeres.

NARCISO. Yo la sigo. Hasta la vuelta.

MARTÍN. Abate, que son las cinco.  
¿No vienes a la comedia?

JULIÁN. Vámonos.

TODOS. También nosotros  
vamos esta noche a verla.  
Y aquí se acaba el sainete;  
perdonad las faltas nuestras.



# LA CASA DE VECINDAD

SAINETE

—

PRIMERA PARTE

## PERSONAS

DON SIMEÓN, casero.

DON JOSÉ, administrador de  
la casa.

DOÑA BLASA, casera.

DOÑA CLELIA.

PEPA, mujer de Curro.

JUANA, hija de tía María.

TERESA, mujer de Andrés.

TÍA MARÍA.

CURRO.

ANDRÉS, ciego.

PABLO, ciego.

JORGE, ciego.

NICOLÁS, zapatero.

MONTAÑÉS.

RONDÍN.

DOS DISFRAZADOS.



# LA CASA DE VECINDAD

## PRIMERA PARTE

---

La escena es en el patio de una casa de vecindad; en medio un brocal de aljibe; el zapatero tendrá su mesilla a un lado; las puertas de los cuartos, numeradas. Sale TERESA de su cuarto y llega a la puerta de tía MARÍA.

TERESA. Tía María, escuche usted.

TÍA. (*Saliendo.*) ¿Mande usted, señá Teresa?

TERESA. ¿Me hace favor de prestarme por un rato su cubeta?

TÍA. Voy por ella. (*Se entra.*)

CLELIA. (*Saliendo.*) Buenos días.

TERESA. Dios guarde a usted, doña Clelia.

TÍA. (*Sale con la cubeta.*)

Tome usted; y tenga cuidado no se desfonde, que es nueva.

TERESA. Está bien.

CLELIA. ¿Saben ustedes la fiesta que hoy nos espera?

TERESA. Yo no sé nada.

TÍA. Tomemos un polvito. La cajeta.

TERESA. ¿El de usted es cucarachero? (*A Clelia.*)

- CLELIA. Y muy süave. Pues sepan  
que hoy se nombra por casero  
a don Simeón de las Cuevas.
- TÍA. ¿Conque ese gran perulario  
nos ha de mandar?
- TERESA. La puerca  
de su mujer ¡qué estirada  
se pondrá!
- TÍA. Ya no se acuerda  
de cuando frió pescado  
a la puerta de una tienda.
- CLELIA. Cuando vivía mi esposo  
el Intendente, diversas  
veces me encaló la casa  
don Simeón.
- TÍA. Y el fachenda  
se imagina un potentado  
porque vende cuatro prendas.  
Que entra el Administrador.
- JOSÉ. (*Saliendo.*) Señoras; a la obediencia.
- TODAS. Dios guarde a usted.
- JOSÉ. ¡Doña Blasa!
- BLASA. (*Saliendo.*)  
¿Qué manda usté?
- JOSÉ. Que ahora venga  
don Simeón; y con eso  
haré aquella diligencia.
- BLASA. Está poniéndose el fraque.  
¡Simeón!
- SIMEÓN. (*Saliendo.*) ¿Quién simeonea?
- JOSÉ. Yo soy.
- SIMEÓN. Señor don José,

entre usted.

JOSÉ. Vengo de priesa.

Llame usted a los vecinos.

SIMEÓN. Vecinos; salgan afuera,  
que está el Administrador  
esperando.

NICOLÁS. (*Saliendo.*) ¿Quién vocea?

JUANA. (*Saliendo.*) ¿Qué es esto, madre?

TÍA. Que hay

nombramiento de casera.

JOSÉ. Desde hoy conocerán todos  
a don Simeón de Cuevas  
por casero; pues en vista  
de su honradez y prudencia,  
no hay duda conservará  
la quietud que se desea.

SIMEÓN. ¡Oh! Todo andará derecho;  
y si no, justicia seca.

TÍA. ¿Has visto cómo se ha hinchado?

JUANA. ¡El demonio del fachenda!

SIMEÓN. ¿Las llaves?

JOSÉ. ¿En dónde están?

CLELIA. Yo tengo la de la puerta;  
tome usted. (*Se la da.*)

SIMEÓN. ¿La del aljibe?

TERESA. En sacando esta cubeta  
se la daré.

SIMEÓN. Venga acá;  
que esta ceremonia es fuerza.

NICOLÁS. Yo pensé que era otra cosa  
la llamada. (*Se sienta a trabajar.*)

JOSÉ. Ustedes tengan (*A Simeón.*)

buen modo con los vecinos,  
y cuiden que las viviendas  
no se atrasen.

BLASA. Yo me encargo  
de semejante tarea.

JOSÉ. Bien. Adiós, don Simeón.

SIMEÓN. Si usted un instante se espera,  
le haremos ahora un pocillo  
de chocolate.

JOSÉ. Se aprecia.

Adiós, adiós. (*Vase.*)

TÍA. Vamos, hija,  
que se acabó la comedia.

TERESA. Yo después sacaré el agua.

CLELIA. Adiós, Nicolás. (*Vase.*)

NICOLÁS. Mi prenda;  
sepa usted que la requiero.

SIMEÓN. Sácame, Blasa, aquí fuera  
el sillón, porque es preciso  
ver los que salen y entran.

BLASA. Voy por él. (*Vase.*)

SIMEÓN. Los espejuelos  
me pondré; porque hay culebras  
que se mudan el pellejo,  
y en un volver de cabeza  
se escurren como una anguila  
por las rajas de las puertas.

BLASA. (*Sale con un sillón de brazos.*)  
Siéntate, hijito.

SIMEÓN. ¡Gran silla!  
Me imagino en la eminencia  
de la torre de Recaño

viendo si descubro vela.

BLASA. Llama si descubres algo,  
que yo también soy casera. (*Vase.*)

Sale de su cuarto ANDRÉS, ciego, con libros y papeles.

ANDRÉS. ¿Dónde está el casero nuevo?

SIMEÓN. Aquí estoy de residencia.  
Diga usted qué se le ofrece.

ANDRÉS. Darle a usted la enhorabuena.  
Por fin gobierna la casa  
un sujeto que nos pueda  
valer en algo.

SIMEÓN. Así es;  
como que tuve una mesa  
en las losas de Cabildo,  
y mientras duró la guerra  
manejaba de la escuadra  
todas las correspondencias.

ANDRÉS. ¡Qué cosas sabrá usted!

SIMEÓN. Yo  
confesaba a las solteras,  
casadas y otras mujeres  
que no supe lo que eran.

ANDRÉS. ¡Válgame Dios!

SIMEÓN. Y por fin,  
¿qué se lleva ahora de venta?

ANDRÉS. La Cueva de San Patricio,  
el Trisagio, la Gaceta,  
la Ordenanza Currutaca,  
y otras cuantas frioleras.

- SIMEÓN. Me alegro.
- ANDRÉS. Don Simeón,  
ordene usted cuanto quiera. (*Vase.*)
- SIMEÓN. Vaya usted con Dios.
- TERESA. (*Saliendo.*) Vecino,  
¿me echará usted una puntera  
en este zapato?
- NICOLÁS. Mucho;  
aunque sea una docena;  
sobre que quiero labrar  
su voluntad.
- TERESA. Una pera  
he de regalarle a usted.  
Vaya usted luego por ella.
- SIMEÓN. Niña; no acercarse tanto,  
porque el cerote se pega.
- TERESA. Si vengo a que me remiende  
un zapato...
- SIMEÓN. Enhorabuena;  
pero se debe hablar alto,  
para que todos lo entiendan.  
¡Qué flujo tienen de oler  
los resuellos estas hembras,  
sin mirar que por las bocas  
entran muchas epidemias!
- BLASA. (*Saliendo.*) ¿Qué ha sucedido?
- SIMEÓN. Esa niña,  
que se picó con la lezna;  
y le digo que no juegue  
con armas punzantes.
- BLASA. Ea;  
retírese usted a su cuarto.

TERESA. No le respondo dos frescas,  
porque no estoy para riñas. (*Vase.*)

NICOLÁS. Pecho, señora casera;  
que ahora empiece usted a vivir  
y camina muy de priesa.

SIMEÓN. Éntrate a fregar los platos.

BLASA. Ya sabré poner enmienda.  
¿Cuchicheos? Yo les juro  
que sueñen con la casera.

CURRO. (*Sale de tuno.*)  
Dios guarde a usted.

SIMEÓN. Chis, mocito.

CURRO. ¿Qué se le ofrece a usted, prenda?

SIMEÓN. ¿A quién busca?

CURRO. A usted no es.

SIMEÓN. ¿Pues a quién? Dé usted respuesta.

CURRO. ¿Es usted pesquisior?

SIMEÓN. Soy el casero.

CURRO. ¡Canela;  
qué casero tan decente  
ha echado la casa esta!

SIMEÓN. Se lo estimo; pero al grano.

CURRO. Pues, caballero, usted sepa  
que soy el novio de Juana  
la Choncha.

SIMEÓN. Sea enhorabuena.

Usted pretende ser útil  
a la patria. ¡Qué culebra! (*Aparte.*)

Pues amigo, en esta casa  
ya todas son Recoletas  
y no reciben visitas.

CURRO. De suerte es, y de manera,

que las casas se han labrado  
para entrar gentes en ellas.

SIMEÓN. Eso es conforme.

CURRO. A los hombres  
que entramos por cosa buena  
no se les pone reparo.

SIMEÓN. Yo lo pongo, porque en ésta  
y otras casas las mocitas  
en todo el día no cesan:  
«Daca el novio, toma el novio»,  
y anda la marimorena.

CURRO. Mire usted que yo...

Salen tía MARÍA y JUANA.

TÍA. ¿Quién grita?

JUANA. Currillo, ¿por qué no entras?

BLASA. (*Saliendo.*)

¿Quién ha de entrar?

SIMEÓN. Este mozo,  
que quiere se le conceda  
el pasaporte de novio.

BLASA. No hay novios que valgan, ea;  
y no quiero ver fantasmas;  
que me asusto.

TÍA. Mi casera;  
ya ve usted que las muchachas  
no se han de quedar doncellas.

JUANA. ¡Canastos con doña Blasa!  
A fe que cuando soltera  
le gustaría tener  
dos dedos de su silleta



al señor don Simeón.

CURRO. Eso es regular; cualquiera  
que tiene un novio, si puede  
cuchichear a la oreja,  
jamás se vale de cartas,  
a riesgo de que se pierdan.

BLASA. Yo no entraré por ahí.

SIMEÓN. Pensémoslo con prudencia.  
Considera, doña Blasa,  
que a cada momento hay guerra,  
y que es menester soldados  
y marineros.

BLASA. Es fuerza,  
ya lo veo; mas también  
no debían las mozuelas  
estar, mientras no se casan,  
jugando con las monteras.

SIMEÓN. Yo pondré, en esto, remedio.  
Señores, sirva de regla.  
Desde este día el brocal  
del aljibe es la palestra  
de los novios; desde allí  
hagan gestitos y señas,  
porque cosa de pellizcos,  
pisaditas y otras tretas,  
no será mientras yo empuñe  
la gran llave de la puerta.

CURRO. Está bien; poco me importa.  
Como yo a Juana la vea,  
mas que me tengan colgao  
del pescante.

TÍA. La silleta;

y ponte a coser también  
delante de tu vivienda.

JUANA. Cabal que lo haré; yo soy  
testaruda; y, si me aprietan,  
le he de hablar, aunque me cueste  
salir por una gatera. (*Vase.*)

BLASA. Vaya, Simeón, que puedes  
gobernar una galera.

SIMEÓN. Ya verás cómo yo pongo  
la casita.

(*Saca Juana la silla y la costura, y se  
pone a coser a la puerta de su vivienda;  
y Curro está echado en el brocal del  
aljibe.*)

BLASA. Niña, cuenta  
no se le salte a usted un ojo.

JUANA. Poco durará la veda.

SIMEÓN. Vaya, vete a tus quehaceres.

BLASA. Dame una voz si alguien entra. (*Vase.*)

Sale el MONTAÑÉS con un vaso.

SIMEÓN. ¡Montañesillo!

MONTAÑÉS. ¿Qué hay?

SIMEÓN. ¿Qué es lo que en el vaso llevas?  
(*Toma el vaso y lo mira.*)

MONTAÑÉS. Champurrao.

TERESA. (*Saliendo.*) Vecinito,  
¿no viene usted?

(*Desde la puerta de su cuarto.*)

NICOLÁS. Ya voy, prenda.

(*Se levanta con recato y entra en el cuarto.*)

- SIMEÓN. Aquí habrá medio cuartillo.  
¿Dónde vas?
- MONTAÑÉS. A la vivienda  
de allí enfrente.
- SIMEÓN. Bueno, bueno.  
¡Miren Madama Intendente  
qué latigazos se tira!  
¡Blasita!
- BLASA. (*Saliendo.*) ¿Qué quieres?
- SIMEÓN. Llega,  
y mira los lamedores  
que se toma doña Clelia.
- BLASA. A ver la noble señora;  
¡miren cómo se calienta  
el ilustrísimo vientre!
- CLELIA. (*Saliendo.*) Muchacho, ¿por qué no llegas?
- MONTAÑÉS. Si aquí están mirando el vaso...
- CLELIA. ¡Está buena la insolencia!  
¡El diablo de los fisgones!...
- BLASA. Cuidadito con la lengua,  
que aun no puede el champurrado  
trastornarle la cabeza.
- CLELIA. Eso es decirme borracha.
- SIMEÓN. No adelantar la materia;  
aficionada no más  
al aguardiente y mistela.
- CLELIA. Váyase muy noramala,  
y advierta que doña Clelia  
no ha sido mujer de un pobre  
encalador.
- BLASA. Pues ¿qué era  
su marido?

CLELIA. Un Intendente.  
SIMEÓN. Nos conocimos en Ceuta;  
por señas que luego fué  
cuando obtuvo la Intendencia  
del boquete, y fomentó  
el ramo de las pajuelas.  
CLELIA. Por vida...

Salen ANDRÉS, PABLO y JORGE, ciegos, con guitarras.

ANDRÉS. No haya camorra,  
que viene a casa la fiesta.  
CLELIA. Dame el vaso, y luego vuelve.  
(*Vase el Montañés.*)  
SIMEÓN. ¿Qué es esto, Andrés?  
ANDRÉS. Mi Teresa  
quiere oír unas coplitas  
que hemos sacado ahora, nuevas.  
SIMEÓN. Pues cosa que dure poco,  
que no quiero en casa gresca.  
(*Se encaminan hacia el cuarto de Teresa.*)  
ANDRÉS. Sí, señor; pronto acabamos.  
CURRO. Al que está en la ratonera,  
¿qué tal le irá?  
JUANA. Vente adentro  
si acaso hubiere pendencia.  
(*Pónense los ciegos a la puerta de Teresa, y  
entra Andrés mientras los otros cantan.*)

CANTAN LOS CIEGOS

Los señores currutacos  
solicitan que las damas,

como ellos son machihembras,  
también sean marimachas.

¡Ay tira busín;  
ay tira busón!  
Señor currutaco,  
estire el calzón.  
Busín, busón;  
estiré el calzón.

*(Salen del cuarto Teresa y Nicolás huyendo, y Andrés detrás tirando palos; y los demás ciegos hacen lo mismo.)*

TERESA. ¡Que me mata mi marido!

NICOLÁS. ¡Caramba, qué palos pega!

ANDRÉS. ¡Hombre, dentro de mi casa!

JORGE. ¿Llueven palos? Pues que lluevan.

SIMEÓN. ¡Hola! ¿En casa estos ruidos?

BLASA. Don Simeón, no te metas  
entre ciegos.

PABLO. Al que coja  
le abro un jeme en la cabeza.

JUANA. Vente, Currillo.

CURRO. Allá voy,  
puesto que el mundo se quema.  
*(Éntranse.)*

SIMEÓN. Andrés, que soy el casero;  
no me rompas una pierna.

TERESA. Tente, Andrés.

NICOLÁS. Voy a tomar  
el tranchete. *(Vase.)*

ANDRÉS. ¡Ah, mala hembra!

BLASA. ¡Vecinos, favor, favor  
a la señora casera!

SIMEÓN. Ya basta, o llamo al rondín.

ANDRÉS. Señor casero; esa perra  
estaba con un mozuelo  
en picos pardos.

TERESA. No mientas,  
que pensarán que yo ando  
en malos pasos.

ANDRÉS. ¿Quién era  
el que hablaba gordo? Di.

TERESA. El zapatero, so bestia,  
que entró a llevarme un zapato  
compuesto.

ANDRÉS. Mira, Teresa,  
que mi garrote ha de oler  
todas tus *picardigüelas*.

SIMEÓN. Andrés, pierda usted cuidado,  
que yo estoy de centinela.  
Vecinas; de aquí adelante  
salgan todas a sus puertas  
a pagar al zapatero,  
porque yo no quiero cuentas  
a puerta cerrada.

ANDRÉS. Bien.  
Es famosa providencia.  
Ven adentro, buena maula.

TERESA. Maldita mil veces sea  
tu música. (*Vase.*)

ANDRÉS. Compañeros,  
a tomar una epidemia. (*Vase al cuarto.*)

PABLO. Vamos donde tú quisieres.

SIMEÓN. ¿Dónde está la buena pieza  
de Nicolás? ¡Nicolás! (*Lldmale.*)

NICOLÁS. (*Sale con capa y sombrero.*)

¿Queso fresco?

SIMEÓN. Usted no vuelva  
a cobrar jamás trabajo  
dentro de alguna vivienda.

NICOLÁS. ¿Pues hay en eso algo malo?

SIMEÓN. Sí, señor; porque se enredan,  
como hay poca luz, las manos,  
y suceden mil tragedias.  
No, señor; a campo raso,  
donde todo el mundo vea. (*Se sienta.*)

NICOLÁS. ¡Que no he de poder buscar  
mi vida sin que me vengan  
a jurgar! Pues no; conmigo  
muy poquitas cuchufletas;  
porque si largo la capa,  
ningún santo me menea.

SIMEÓN. Siéntese usté a trabajar.

NICOLÁS. Yo me voy a la taberna,  
porque estoy muy sofocado. (*Vase.*)

PEPA. (*Sale con saya y mantilla.*)  
Dios guarde a la gente buena.  
¿Qué se alquila?

BLASA. Una salita  
con su alcoba.

PEPA. ¿Puedo verla?

SIMEÓN. La verá usted; pero antes  
hablemos de la materia.  
Arrímame ese sillón. (*Se lo arriman.*)

PEPA. ¿Es paso de residencia?  
Me parece usted Caifás  
con las narices mal hechas.

- SIMEÓN. Niña, que soy el casero;  
hable usted con más decencia.
- PEPA. Vaya, si quiero reirme;  
¿y qué ceremonia es ésta?
- SIMEÓN. Responda usted y lo sabrá.  
Diga usted, niña, ¿es soltera?
- PEPA. No, señor; tengo, a Dios gracias,  
marido que me mantenga.
- SIMEÓN. Está muy bien. ¿Tiene niños?
- PEPA. Hasta ahora está la hacienda  
sin herederos. ¿Quién sabe?  
Ya ve usted que no soy vieja;  
y si ahora no hay ninguno,  
mañana habrá una docena.
- SIMEÓN. Eso es aparte; el que nazca  
en virtud de la influencia  
de estas paredes, será  
bien recibido.
- BLASA. Se piensa  
con juicio en aquesta casa;  
como que soy la casera.
- PEPA. Ya lo dije yo al instante.
- SIMEÓN. Volvamos a la materia.  
¿Tiene usted muchas visitas?
- PEPA. Un primo mío sólo entra,  
y eso de dos en dos días,  
y está tres horas y media.
- SIMEÓN. ¿Primito? Luego lo dije.  
Sacaremos la cajeta (*Toma un polvo.*)  
para tragar a este primo.
- PEPA. No tenga usted mala lengua;  
que un hombre con casacón



ha de pensar con nobleza.

SIMEÓN. ¿Tres horas y media, niña?  
¿Cómo tiene usted paciencia  
para mirar tanto tiempo  
una misma cara?

PEPA. Ésas  
no son cuentas de caseros.

SIMEÓN. Sí, señora, que son cuentas;  
que, en infestándose un cuarto,  
toda la casa se apesta.

PEPA. Pues está muy bien. Si acaso  
me acomoda la vivienda,  
se acortará la visita.

SIMEÓN. Pero es preciso le advierta  
que yo debo ver la carta  
de casamiento.

PEPA. ¡Qué tretas!  
De aquí saldrán las vecinas  
para la Gloria derechas.

SIMEÓN. En mi casa todo es puro.

PEPA. No habrá bastante cosecha  
de palmas para las niñas  
que en este colegio mueran.

SIMEÓN. En fin; ¿a usted le acomoda?

PEPA. Pues ya se ve que me petá;  
y hasta la fe de bautismo  
de mi madre y de mi abuela  
le traeré, por si es preciso  
hacer pruebas de pureza.

SIMEÓN. Bien; iré a abrirle la sala.

BLASA. Eso toca a la casera.

SIMEÓN. Pues llévala.



- que no le han puesto mordaza.
- CURRO. Si esto es una chanza, Pepa.  
La verdad..., por divertirme...;  
bien sabes tú la madera  
de mis cascos.
- JUANA. ¡Ah mal hombre!  
¿Conque ha sido estratagema  
para burlarte de mí?
- CURRO. De suerte es, y de manera,  
que como las cosas...; nadie...;  
ya se ve, si no se piensan...;  
y en fin, soy hombre...
- JUANA. ¡Bribón;  
engañar a una doncella!  
¡Vive Dios que he de arrancarte  
las asaduras!
- PEPA. So puerca;  
a mi marido, ninguna  
lo maltrata en mi presencia.
- JUANA. Vaya mucho noramala.
- PEPA. ¿A que le doy media vuelta  
y le bajo a usted la rabia  
como a los niños de escuela?
- TÍA. ¿A mi hija?
- JUANA. ¿Usted conmigo? (*Se arañan.*)
- PEPA. Con todos, y más que hubiera.
- SIMEÓN. Silencio; que yo hasta aquí  
no he despegado mi lengua.  
Señoras; que habla el casero.
- BLASA. Respeten a la casera.
- PEPA. Miren qué par de figuras  
para puestas en la feria.

- SIMEÓN. Conténgase usted; si no,  
don Simeón de las Cuevas  
la pondrá como merece.
- CURRO. Don Simeón o don Pelma;  
mire usted que esa casaca  
no está bendita, y me tienta  
el diablo por sacudirle  
en los lomos una felpa.
- SIMEÓN. Lo pondré yo en un presidio.
- CURRO. Yo le abriré la cabeza.
- SIMEÓN. Mire que soy el casero.  
*(Salen Clelia y todos los vecinos.)*
- CLELIA. ¿Quién grita?
- ANDRÉS y {  
TERESA. { ¿Qué gresca es ésta?
- BLASA. ¡Que matan a Simeón!  
*(Salen Rondín y disfrazados.)*
- RONDÍN. Aquí suena la pendencia.  
¿Qué es esto? Ténganse todos.
- SIMEÓN. Justicia, si hay en la tierra.  
Señor Ministro, oiga usted.  
¡Atreverse a la cabeza  
de un casero! Pronto, pronto;  
amarrarlo con cien cuerdas.
- RONDÍN. Pero sepamos la causa.
- PEPA. Señor Ministro; esa puerca  
entretiene a mi marido.  
La verdad; nada hay que duela  
como la costilla, y yo  
le dije no sé qué fresca;  
anduvo con chupaeritos;  
agarréla por las greñas;

y si me la dejan, corre  
viento en popa una tormenta  
que no hubiera en quince días  
puesto la quilla en la arena.

SIMEÓN. Ella no tiene la culpa;  
porque cualquiera doncella  
debe buscar su remedio,  
y más cuando se escasean  
tanto los novios, que un ojo  
de la cara a muchas cuestan.  
El bribón que la engañó  
merece pagar la pena.  
¡Y después, poner la mano  
sacrílega en la melena  
del casero! No, no quiero  
bajarme de la querella.

RONDÍN. Prendan al señor.

CURRO. ¿A mí?  
¿Conque por novio me llevan  
a la cárcel?

RONDÍN. No; por vago  
y escandaloso me es fuerza  
asegurarle y dar parte.

PEPA. Por eso tú no te mueras;  
que yo tengo todavía  
gente que me favorezca.

CURRO. A nadie come la cárcel;  
y, sobre todo, paciencia.

RONDÍN. Señores, que no haya más  
alborotos ni quimeras.  
Vamos.

CURRO. Mi don Simeón;

- vacie usted la calavera  
de tanto viento; pues luego  
que salga de en cas de Abuela,  
quiero venir a decirle  
dos palabras a la oreja. (*Lo llevan.*)
- PEPA. Adiós, niña; y no se aflija,  
que si casarse desea,  
niños hay en el Hospicio;  
y si acaso no le petan,  
créame, busque al instante  
donde estar de cocinera,  
porque los desesperados  
en el día no se encuentran. (*Vase.*)
- JUANA. ¡Qué desgraciada que soy!
- SIMEÓN. Cuenta, señoras solteras,  
que ya no recibo novio  
sin que traiga papeleta  
del cura.
- CLELIA. Yo me despido.
- SIMEÓN. Ve a poner luego la cédula. (*A Blasa.*)
- TÍA. Ven adentro, y deja el llanto.
- JUANA. ¡Si me muero de vergüenza!
- ANDRÉS. Don Simeón; cuidadito  
con celar a mi Teresa.
- SIMEÓN. Los que quieran encargarme  
a sus mujeres, que vengan  
a mi cuarto, y hablaremos  
despacio de la materia.
- ANDRÉS. Vamos todos suplicando...
- TODOS. Perdonen las faltas nuestras.

LA CASA DE VECINDAD

SAINETE

—

SEGUNDA PARTE

## PERSONAS

DON SIMEÓN, casero.

DOÑA BLASA, su mujer.

TADEO, manco, cojo y mendigo.

CURRA, maja.

PEPE, su marido.

DOÑA EUSEBIA.

DOÑA MARÍA, mojigata.

DON ALBERTO, currutaco.

DON CIRILO, abate y cantor.

LORA, criada de doña Eusebia.

DOMINGO, aguador.

UN CIRUJANO.

UN JUEZ.

UN CABO DE BARRIO.

ALGUACILES.

DISFRAZADOS.



# LA CASA DE VECINDAD

## SEGUNDA PARTE

---

La escena es un patio con brocal y varias puertas numeradas. Se levanta el telón, y aparecen: DON CIRILO, en mangas de camisa, sentado a la puerta de su cuarto, con la guitarra, cantando unas boleras; DOMINGO, llenando un barril de agua; DOÑA MARÍA, sentada, leyendo en un libro; CURRA y LORA en pie, delante de don Cirilo, oyéndole cantar.

CIRILO.      (*Canta.*)

Celos e ingratitudes,  
Filis, suspiro,  
y aun el labio en la queja  
no encuentra alivio.  
Porque recelo  
que mis quejas aumenten,  
Filis, tu tedio.

TODOS.      ¡Viva, viva! (*Palmoteando.*)

CURRA.      Don Cirilo,  
vaya otra copla.

CIRILO.      No puedo,  
porque tengo que ensayar  
un miserere. (*Se entra en su cuarto.*)

CURRA.      Gallego;

el agua de esta semana,  
que la necesito.

DOMINGO. Presto  
será su merced servida.  
(*Se va con el barril.*)

Sale DOÑA EUSEBIA a la puerta de su casa.

EUSEBIA. ¡Lora!

LORA. ¡Señora!

EUSEBIA. ¿Qué es esto?  
¿No oyes que te llamo?

LORA. Estaba...

EUSEBIA. Ya te he dicho que no quiero  
platillos con las vecinas.

LORA. Está bien.

EUSEBIA. Éntrate dentro.  
(*Se entra en su cuarto.*)

CURRA. ¡Habrá trapo semejante!  
Quien la viere echar regüeldos  
de señora, no creará  
que en dos palmos de terreno  
tiene el tocador, la cama  
y el fogón. ¡Qué mueble!

MARÍA. *Oremus:*  
*Misericordiam tuarum...*

CURRA. Este es otro clamoreo.  
¡La santita! Y se le van  
los ojos tras un mozuelo.  
(*Éntrase en su cuarto.*)

MARÍA. ... Y *sæculorum*. Amén.  
Ya he concluído mi rezo.

Sale de su cuarto DON CIRILO, con casaca y sombrero de abate.

- CIRILO.        Mariquita, ¿quiere usted componerme el coletero?
- MARÍA.       Siéntese usted; que aunque el tacto es el más fiero veneno de la castidad, por ser cantor de iglesia, me atrevo a peinarlo.
- CIRILO.        Ese recato vale más que mil saleros.
- MARÍA.       No sea usted malo. ¡Qué bien cantó usted en San Lorenzo el miserere!
- CIRILO.        Es verdad que triné como un jilguero.
- MARÍA.       Lo hubiera chillado a usted.
- CIRILO.        ¿Se acuerda usted del gorjeo que hice yo sobre el *pecavi*?
- MARÍA.       Pues ya se ve que me acuerdo. Como que quisiera oírle *pecavi* cada momento.

Sale DON SIMEÓN, de la calle.

- SIMEÓN.       ¿Qué tal anda la casilla?  
¡Miren qué cuadro! No hay medio de separar los calzones de las naguas; es empeño sumamente superior

a las fuerzas de un casero,  
porque, en volviendo la espalda,  
anda el ganado revuelto.

Sale TADEO, pobre mendigo, manco y cojo.

TADEO. ¡Alabado sea Dios!

SIMEÓN. ¿Qué es esto, señor Tadeo?  
¿Cómo desampara usted  
por la mañana su puesto?

TADEO. Hoy me duele la cabeza.

SIMEÓN. Quien tiene el riñón cubierto  
hace muy bien de cuidarse.  
Ya se ve; si en este pueblo  
no hay mayorazgo más pingüe  
que tener un miembro menos.

TADEO. Hoy, amigo, no produce  
cosa mayor. Yo me acuerdo  
cuando el comercio gastaba  
birrete blanco y sombrero  
de canoa, y se traía  
de la América el dinero  
en botijas, que había pobre  
que recogía tres pesos  
sólo en motas de a dos cuartos.  
Pero aquél era otro tiempo.

MARÍA. ¿Está bien?

CIRILO. Muy buena está.

¡Viva usted mil años! (*Vase corriendo.*)

MARÍA. Vuelvo

a rezar mis devociones.

SIMEÓN. Señá beata; juguemos

limpio. Mire que el cantor  
no es tiple; cuenta con eso,  
no se le pegue a las manos  
la grasa del coletero  
y se vaya usté a lavar  
a los profundos infiernos,  
porque esos malos olores  
en casa no los consiento.

MARÍA. Perdón, mi Dios, que he causado  
un escándalo. Prometo  
no volver más a pecar.

TADEO. Sentarme un ratito quiero.  
¡Cómo me duele esta pierna!  
Hoy me han mordido dos perros,  
porque en muchas casas tienen  
mastines, con el empleo  
de despedir a los pobres,  
y lo cumplen con empeño.

BLASA. (*Saliendo.*) Ven a almorzar, Simeón.

SIMEÓN. Allá voy.

Sale LORA con plato tapado.

LORA. Señor casero;  
de parte de mi señora,  
que ustedes se coman esto.

SIMEÓN. Dile a tu ama que estimo  
la expresioncita; que luego  
le mandaré el plato.

LORA. Bien. (*Vase.*)

BLASA. ¿A ver qué es?

SIMEÓN. (*Destapándolo.*) Lomo de puerco.

BLASA. ¡Ay, qué bien huele el adobo!

SIMEÓN. Esta mujer, aunque es cierto  
que tiene a mesa y mantel  
un currutaco, a lo menos  
se nos muestra agradecida.

BLASA. A fe que ni un caramelo  
nos ha dado la Currilla,  
siendo así que el estafermo  
de su compadre no cesa  
de estar entrando y saliendo.

SIMEÓN. ¡Ya! Pero ¡qué diferencia  
hay de sujeto a sujeto!  
La gallota de la Curra  
es mujer de un zapatero;  
y doña Eusebia, ¡no es nada!,  
es viuda de un Sargento  
Mayor, que murió en la guerra,  
de dolores flatulentos.

BLASA. Vamos, hijo, que estará  
el chocolate hecho un hielo. (*Éntrase.*)

TADEO. Mire usted, señá María;  
porque estaba aquí el casero  
no le di con la muleta  
al monigote.

MARÍA. ¿Qué exceso  
he cometido? El Señor  
le dé buenos pensamientos.

TADEO. Hablemos claro; yo gano  
en mi facultad dos pesos  
cada día. ¿Quiere usted  
casarse conmigo?

MARÍA. Presto

tengamos hijos que alaben  
al Señor de tierra y cielo.

TADEO. Pues cuidado, que no gusto  
que le haga usted el coletero  
al cantor.

MARÍA. Si usted no quiere,  
no le tocaré al cabello.

Sale DON ALBERTO, de currutaco.

ALBERTO. (*Cantando.*) Larán, larán...

TADEO. Señorito;

duélase usted, por San Pedro,  
de este pobre, que ha seis días  
que no recibe en su cuerpo  
cosa caliente. Socorra  
mi miseria; así los cielos  
lo libren de un acreedor  
montañés, del manoseo  
de un albéitar, de prestar  
a sevillanos dineros...

ALBERTO. No tengo suelto; perdone.

SIMEÓN. (*Saliendo.*) ¿Quién grita?... Pero ¡qué ve!  
Señor don Juan, soy de usted;  
beso su mano; allá dentro  
(*Haciéndole cortesías.*)  
está Madama.

ALBERTO. A la orden.

(*Se entra en el cuarto de doña Eusebia.*)

SIMEÓN. Ya te he dicho que no quiero  
que pidas aquí limosna.

TADEO. La costumbre...

SIMEÓN. Ya te entiendo.

Vete a tu cuarto.

TADEO. Ya voy;

señá María, hasta luego.

*(Vase a su cuarto.)*

MARÍA. Vaya usted con Dios. *Eternam gloriam.* Amén. Padre nuestro...

Sále DOMINGO con el barril.

SIMEÓN. ¿Quién te manda sacar agua?

DOMINGO. La señora Curra.

SIMEÓN. Bueno;

si no cierro yo el aljibe,

pronto me lo dejan seco. *(Ciérralo.)*

DOMINGO. Deixe usted sacar el ajua.

SIMEÓN. Marcha a rascarte, gallego.

*(Lo echa a empujones.)*

CURRA. ¿Qué es esto? ¿Por qué motivo  
no quiere usted, mi casero,  
que saque el agua?

SIMEÓN. Porque  
hasta el sábado no quiero  
dar una gota.

CURRA. ¡Muy lindo!  
¿Y doña Eusebia Cienfuegos  
se la bebió ayer?

SIMEÓN. Yo mando  
dentro del aljibe, y puedo  
hacer un favor.

CURRA. Muchito;



como que debe usté hacerlo;  
que para eso le ha dado  
esa dama los desechos  
del difunto Su Excelencia.

SIMEÓN. A bien que a usted no le debo  
ni un alfiler.

CURRA. Si mis puertas  
en verano y en invierno  
siempre están de par en par...

EUSEBIA. (*Saliendo.*) Oiga usted; si yo las cierro  
es porque, como soy dama,  
me resguardo de los vientos.

CURRA. ¡Miren la dama, la usía;  
y habrá rodado su cuerpo  
por todas cuantas cocinas  
tiene España!

EUSEBIA. ¿Cómo es eso?  
¿Piensa que soy algún mueble  
de los tres mil y quinientos  
que habitan este corral?

MARÍA. Hable usted con más respeto;  
que vive aquí una mujer  
virtüosa; y si me emperro  
le he de sacudir la harina  
que tiene usted en el pelo.

EUSEBIA. ¡Miren ustedes la santa!  
Pero de puertas adentro  
todas son unas.

CURRA. Se engaña,  
porque unas somos jilgueros  
caseritos, y otras son,  
igual que usía, mochuelos,

que están de día en el nido  
y de noche toman vuelo.

EUSEBIA. ¿Cómo? ¿Piensa que una dama  
empañe sin miramiento  
su decoro?

CURRA. Eso es conforme,  
si está el gusto de por medio.  
Todas tienen paladar,  
y puede ser... ¿qué sabemos?  
Pero las que tienen hambre,  
como usía, no hay remedio;  
el estómago vacío  
hará cualquier desacierto.

EUSEBIA. ¿Yo tengo hambre, insolente?

CURRA. ¿Insolente yo?

SIMEÓN. Silencio,  
que todas, toditas tienen  
por qué callar.

CURRA. Eso es bueno  
para usted, que con el gorro  
y el fraque de bojiguero  
es un solemne alcahuete  
de la señora.

BLASA. (*Saliendo.*) ¿Qué es esto;  
alcahuete mi marido?

CURRA. Yo lo he dicho, y lo mantengo.

BLASA. Calle la puerca.

CURRA. La puerca  
lo será ella.

EUSEBIA. Un proceso  
le he de formar.

MARÍA. En mi casa

no entran profanos...

SIMEÓN. La tengo  
de poner en el Hospicio,  
por zoronguera.

CURRA. ¿Qué es eso?  
Vecinos; séanme testigos  
que me ha llamado el casero  
ramera. Voy a poner  
una querella al momento.  
(*Entra corriendo en su cuarto.*)

SIMEÓN. ¡Qué embustera!

EUSEBIA. He de escribir  
a mi tío el Consejero  
para que me la castiguen.

Sale CURRA corriendo, poniéndose la mantilla.

CURRA. Yo haré que tenga respeto  
a las mujeres casadas. (*Vase.*)

SIMEÓN. Oiga usted.

BLASA. No tengas miedo.

SIMEÓN. ¿Yo miedo? Ni lo conozco;  
tráeme al instante el sombrero  
de tres picos y el bastón  
de jurisdicción. Veremos  
quién se lleva el gato al agua.  
(*Entra Blasa.*)

Salen ALBERTO, y LORA deteniéndolo.

LORA. No salga usted, don Alberto.

ALBERTO. ¿Quién es el tuno atrevido  
que agravia a usted?

SIMEÓN. Caballero;  
don Simeón de las Cuevas,  
como absoluto casero,  
tomará las providencias  
oportunas.

Sale BLASA con el sombrero y bastón.

BLASA. Toma presto.

SIMEÓN. Para más autoridad  
me colgaré del pescuezo  
(*Se cuelga las llaves al cuello.*)  
la llave de la secreta,  
y de la puerta; veremos  
si los vecinos ahora  
osan perderme el respeto.

BLASA. Mantente firme.

SIMEÓN. Un Norueste  
no me cimbra.

ALBERTO. Me contengo  
por estar usted delante,  
que si no...

EUSEBIA. No haga usted aprecio  
de gentezuela.

ALBERTO. ¿Y qué ha sido?

EUSEBIA. Que me ha dicho mil dicterios  
la Curra.

ALBERTO. ¡Picaronaza!  
Pues como agarre al trastuelo  
del marido, he de romperle  
con el garrote los sesos.

EUSEBIA. No, por Dios.

- ALBERTO. Vaya; si entrara  
por la puerta...
- BLASA. Ya está bueno;  
cállese usted.
- ALBERTO. ¡Si lo había  
de patear contra el suelo!
- MARÍA. ¡Que llega, que llega!  
(*A este grito, don Alberto arranca a correr  
y se mete en el cuarto de doña Eusebia.*)
- LORA. Vaya;  
como lo dijo lo ha hecho.
- PEPE. (*Saliendo.*)  
¿Qué ha habido, que el Montañés  
dice que salió corriendo  
mi mujer por esas calles?
- EUSEBIA. ¿Qué ha de haber? Que nos ha puesto  
como unos trapos.
- PEPE. Darían  
ustedes causa para ello.
- EUSEBIA. No; sino que es su mujer  
una insolente.
- PEPE. Silencio;  
yo no quiero platicar  
con naguas. Si está allá dentro  
el señor currutaquito,  
que salga y platicaremos.  
Verá usted cómo al instante  
le hago dar sobre este dedo  
más vueltas que un molinete.
- SIMEÓN. Oiga usted, Pepe; callemos,  
y respete usted la llave  
que ha puesto en mi mano el dueño

de la casa.

PEPE. ¡Si con ella  
parece usted un carcelero!

SIMEÓN. Más valiera se dejara  
de chistes y contoneos,  
y se supiese poner  
los calzones.

PEPE. ¿Pues son éstos  
algunas hojas higueras?

SIMEÓN. No, señor; no son ni aun eso,  
supuesto que aguanta usted  
que su compadre don Diego  
se lleve a comer melones  
a la Curra.

PEPE. ¿Y qué tenemos?  
¿Hay en eso algo de malo?

SIMEÓN. Ya; para usted todo es bueno;  
sí, señor; como ve entrar  
por las mañanas al cuervo  
con la despensa, discurre  
que son presentes del cielo.  
¡Qué maridos! Si hoy en día  
son de pasta de muñecos.

PEPE. ¡Qué lengüita tiene usted,  
don Simeón!

SIMEÓN. Yo la tengo  
para reprender infamias.

PEPE. ¿Conque infamias?

SIMEÓN. Por supuesto.

PEPE. Estoy por darle a usted un soplo  
en esa cara de enfermo  
agonizante.

- SIMEÓN. Insolente;  
ya verás si te escarmiento.  
(*Éntrase corriendo.*)
- BLASA. Váyase usted con mil santos.
- MARÍA. Por estos cuatro evangelios  
se lo suplico.
- PEPE. Que salga;  
verán si me lo meriendo  
con el casacón y el gorro.
- EUSEBIA. Hijo, váyase al momento,  
no busque su perdición.
- PEPE. No me da gana; no quiero.  
(*Sale don Simeón a la ventana de su cuarto con una escopeta y le apunta.*)
- SIMEÓN. Apártense, que le tiro.
- MUJERES. No tire usted.
- SIMEÓN. ¡Que doy fuegol
- EUSEBIA. Yo me encierro en mi vivienda. (*Vase.*)
- LORA. ¡Ay qué susto! (*Vase.*)
- PEPE. Seor casero,  
salga usted afuera.
- SIMEÓN. Bergante;  
como a un judío te quemo.
- MARÍA. ¡Válgame San Telesforo!  
(*Cae desmayada.*)
- BLASA. No me apuntes.
- PEPE. Nos veremos,  
don Simeón.  
(*Vase por detrás de Blasa, que siempre ha estado con los brazos abiertos delante de Pepe.*)
- SIMEÓN. Desde aquí

- le haré cara a un Regimiento.
- BLASA. Abre la puerta.
- SIMEÓN. ¿Se fué?
- BLASA. Sí, ya se fué.
- SIMEÓN. Desde lejos  
desafío yo a Sansón  
y a todos los filisteos. (*Retírase.*)
- BLASA. Yo no gano para sustos;  
ésta no es casa, es infierno.  
El diablo me hizo casera;  
¡maldito sea el empleo! (*Vase a su cuarto.*)
- MARÍA. (*Levantando la cabeza.*)  
¡Ah, ah, ah! Qué lindos lances  
para reir, si el recuerdo  
de la muerte no me aguara  
continuamente el contento.  
(*Saca la cabeza, por la puerta del cuarto,  
Tadeo.*)
- TADEO. ¡Mariquita!
- MARÍA. ¿Quién me llama?
- TADEO. ¿Cuándo quieres que tratemos  
del casorio?
- MARÍA. Ahora no es hora.  
A retirarte corriendo,  
que viene gente.
- TADEO. En pasando  
saldré entonces, y hablaremos. (*Se retira.*)
- CIRILO. (*Saliendo.*) Beatita; pues está solo  
todo el patio, entremos dentro  
de mi cuarto.
- MARÍA. Estoy ahora  
meditando en el infierno.



CIRILO. Déjese de eso, y medite  
en la gloria de querernos.  
Venga usted.  
(*La agarra por la mano, y Tadeo saca la cabeza.*)

TADEO. ¡Hola, que quiere  
el musiquito bureo!

MARÍA. ¡Ay, que el Ángel de la Guarda  
nos está mirando!

CIRILO. Tengo  
amistad con él. Si siempre  
le estoy haciendo gorjeos...

MARÍA. Yo quisiera..., pero como  
soy doncella...

CIRILO. Pensaremos  
en casarnos.

MARÍA. ¡Ay, abate  
de mi alma y de mi cuerpo!  
Si hablara usted seriamente...

CIRILO. Pues entre usted y hablaremos.

MARÍA. Entremos. Bien sabe Dios  
que son buenos mis deseos.

(*Sale Tadeo sin muletas, con un cuchillo en la mano que era manca, y cogiendo a don Cirilo por detrás le hiere, volviéndose a meter en su cuarto, a tiempo que Lora sale del suyo y vuelve a entrarse.*)

TADEO. Antes te sacaré el alma.

CIRILO. ¡El Santolio, que me han muerto!

LORA. ¡Ay, Dios mío! (*Vase.*)

MARÍA. Yo me escondo. (*Éntrase.*)

CIRILO. ¡Confesión!

Salen DON SIMEÓN con la escopeta.

- SIMEÓN.                               ¿Quién arma estruendo?  
Pero ¡qué miro? Vecinas,  
salgan ustedes corriendo.
- BLASA.                               (*Saliendo.*)  
¿Qué es esto? Mas ¡ay, Dios mío!  
¡La Justicia; presto, presto!
- EUSEBIA.                           (*Saliendo.*) ¿Qué es lo que tiene, casera?  
Mas ¡ay, qué horror!
- CIRILO.                                       ¡Que me muero!
- TODOS.                               ¡A la guardia!

Salen el CABO y DISFRAZADOS.

- CABO.                                       ¿Qué alboroto  
es éste? Pero ¡qué veo?  
¿Quién lo ha herido?
- TODOS.                                       No se sabe.
- CABO.                               Retíradle a su aposento,  
y busque usted a un cirujano.  
(*Vase un disfrazado.*)
- CIRILO.                           Señor Rondín, que me hirieron  
por detrás. (*Lo entran.*)
- CABO.                                       ¿Nadie lo ha visto?
- EUSEBIA.                       Yo estaba con don Alberto  
en mi estrado, y sólo oí  
los clamores del casero.
- CABO.                               Vengan todos los vecinos.
- BLASA.                           ¡Señá María! (*Llamando.*)
- SIMEÓN.                               ¡Tadeo!

Salen el DISFRAZADO y DON MARCOS, cirujano.

CIRUJANO. ¿Dónde está el herido?

CABO. Allí.

CIRUJANO. No traigo los instrumentos.  
¿Hay por ahí un rascamoños  
o un escarbadientes? Presto;  
que no tengo lezna.

CABO. ¡Cómo!  
¿Con qué cura sus enfermos?

CIRUJANO. Es que aunque soy cirujano  
romancista, sólo ejerzo  
la medicina, por ser  
más aseada.

CABO. Me alegre.  
Ea, pues; ¿qué determina?

CIRUJANO. El cortaplumas...; lo tengo;  
ya está todo remediado. (*Éntrase.*)

MARÍA. (*Saliendo.*) Sea loado, en tierra y cielo,  
el Señor de los señores.

Sale TADEO con muletas, cojo y manco.

TADEO. ¿Hay algún cristiano pecho  
que me quiera socorrer?

CABO. Digan ustedes si oyeron  
voces, disputa y, en fin,  
lo que sepan del suceso.

MARÍA. Yo, señor Rondín, estaba  
encorvada contra el suelo  
delante de un crucifijo,

pidiendo por todo el pueblo,  
cuando de repente escucho  
un escopetazo... Tiemblo;  
me santiguo; «Ave María,  
Ave María; ¿qué es esto?  
Sal, Patillas, de mi cuarto.»  
Lo conjuré, y al momento  
volví otra vez a quedarme  
en un divino embeleso.

CABO. ¿Conque escopetazo?

MARÍA. Sí.

CABO. Muy bueno, señor casero.

SIMEÓN. ¿Cómo, señor?...

BLASA. ¿Mi marido?

CABO. Tengan ustedes silencio.

Diga usted lo que supiere.

TADEO. Yo, señor Rondín, me siento  
algo malo; porque, como  
no están muy buenos los tiempos,  
me alimento con «perdones»;  
«Dios nos dé; no llevo suelto.»  
Hoy, por fin, habré juntado  
en ochavos un realejo;  
y estando en mi covachuela  
contando, sentí el estruendo  
de la escopeta; mas como  
de un soplo me echan al suelo,  
no quiero meterme en bulla;  
y así seguí disponiendo  
de mi corto caudalillo:  
un cuarto para pimientos,  
cuatro para pan y aceite,

dos de vino, uno de queso...

CABO. Eso no es del caso ahora.

A ver; prendan al casero.

BLASA. ¿A mi marido?

SIMEÓN. Señor,

que cuanto han dicho es incierto.

¿Yo disparar? ¿Tengo, acaso,

cara de cazar conejos

rationales?

CABO. ¡Qué sé yo!

La verdad es que lo encuentro

con la escopeta en la mano.

SIMEÓN. Fué para meterle miedo

a un vecino.

CABO. ¿Y quién le manda

valerse de tales medios?

SIMEÓN. Soy el jefe de la casa.

CABO. Mas no tiene tales fueros.

SIMEÓN. ¿Cómo no? Si yo creía

que eran todos los caseros

señores de horca y cuchillo.

CABO. Pues se engañó. Venga preso.

BLASA. ¡Maldita sea la hora

en que entraste en el empleo!

SIMEÓN. Sí, Blasa; maldita sea.

Mira tú qué lindo premio,

después que por mis afanes

es esta casa un colegio,

de donde salen las novias

como el día en que nacieron.

CIRUJANO. (*Saliendo.*) Ya el caso está remediado.

CABO. ¿Pero es la herida de riesgo?

CIRUJANO. Mi pronóstico es mortal;

pues como dice Galeno  
en el célebre tratado  
de afeitar, *nula es redentio*.

CABO. ¿Y con qué especie de arma  
lo han herido?

CIRUJANO. Según creo,  
fué sin duda cuerpo duro,  
capaz de romper los nervios.  
La figura, en mi dictamen,  
era polígona, puesto  
que participa del cono,  
del cilindro, del...

CABO. No entiendo  
esa jerga. ¿Ha sido bala?

CIRUJANO. Sí, señor; bala, en efecto.  
Le entró rozando la quinta  
costilla falsa, hasta el hueso  
dorsal; rechazó al instante  
y penetró el mesenterio;  
de allí, por su gravedad,  
cayó al intestino recto;  
pasó al fémur, resbalóse  
por la tibia, y se la dejo  
entre el cutis y la carne  
sobre el tobillo derecho.

CABO. ¿Declarará usted eso mismo  
por escrito?

CIRUJANO. No me atrevo;  
porque yo no sé escribir  
sino recetas. (*Hace cortesía y vase.*)

SIMEÓN. Apelo

de ese informe a todo el proto-  
medicato.

CABO. Yo no puedo  
resolver; allá en la cárcel  
apele, si quiere hacerlo.

Sale DON ALBERTO, sacando por fuerza a LORA.

ALBERTO. Ven a declarar.

LORA. Señor,  
suélteme usted.

CABO. ¿Qué es aquello?

ALBERTO. Esta moza, que ahora mismo  
me dijo con gran misterio  
que había visto hacer la muerte.

CABO. ¿Por qué callabas?

LORA. Por miedo.

CABO. Vaya, dime cómo ha sido.

LORA. Yo sólo vi que Tadeo  
le hirió al cantor por detrás  
con un cuchillo, y corriendo  
se volvió a entrar en su cuarto.

CABO. ¿Éste corría?

TADEO. ¡Qué enredo!

Si no me puedo mover...

LORA. Señor Rondín, yo no miento.  
Corría con sus dos pies,  
y no era manco.

CABO. Veremos.

*(Le empieza a registrar y desliar el brazo;  
y un soldado, el pie.)*

Regístrele usted esa pierna.

- TADEO. Si yo mismo vi el entierro  
de mis miembros... Por más señas  
que mi tío el rosquetero  
les mandó decir tres misas,  
y hubo tres días de duelo.
- CABO. ¿Y este brazo ha retoñado?  
(*Le desenvuelve el brazo.*)
- TADEO. Usté es santo. ¡Qué portentoso!  
¡Milagro, milagro! Sepan  
que el Rondín me ha puesto bueno.
- SIMEÓN. Tú lo mataste, bribón.  
Señor Rondín...
- CABO. Ya le entiendo;  
usté se queda en su casa,  
que yo al señor me lo llevo.
- SIMEÓN. Preciso es que haya algún santo  
que ruegue por los caseros.
- MARÍA. ¡Pobrecito!
- TADEO. Adiós, beatita.
- MARÍA. Todos los días prometo  
encomendarlo al Señor.
- TADEO. No lo hagas, porque temo  
que oiga el Cielo tus plegarias  
y me aprieten el pescuezo. (*Se lo llevan.*)
- BLASA. De lindo susto salimos.
- EUSEBIA. Don Simeón, yo me alegro  
que triunfase su inocencia.
- SIMEÓN. No se maraville de eso,  
porque los caseros tienen  
tres ángeles: uno de ellos  
para custodiar las llaves,  
otro para defenderlos



de asesinos y borrachos,  
y el otro para el gobierno  
del ganado femenino.

Salen el JUEZ y MINISTROS, CURRA y PEPE.

- CURRA. Señor Juez, ese hombre seco  
y larguirucho es el dicho.
- JUEZ. Venga usted conmigo preso.
- SIMEÓN. ¿Yo preso? ¿Cómo? ¡San Dimas!  
¿Se ha conjurado el infierno  
contra mí? Mas ¿por qué causa?
- CURRA. Vaya por mi cuenta y riesgo,  
que después lo probaré.
- JUEZ. Está bien; venga al momento.
- BLASA. ¡Ay, Simeón de mi vida!
- SIMEÓN. Mas ¿no sabremos qué es esto?  
¿Hay acaso algún Herodes  
que degüelle los caseros?
- JUEZ. Va preso por malhablado.
- SIMEÓN. ¿Yo malhablado? Es incierto;  
en esta casa no hay nadie  
más cortés ni más discreto;  
y si alguna vez les digo  
desvergüenzas, las floreo  
de modo que las aplauden  
y no forman sentimiento.
- JUEZ. La señora lo ha formado.
- SIMEÓN. No la he tocado un cabello.  
Aquí prometo probarlo.
- CURRA. Señor, por mi cuenta y riesgo.
- JUEZ. Cállese usted. ¿De qué modo

lo probará?

SIMEÓN.

Todos éstos

son otros tantos testigos  
que aquí mismo le presento.

JUEZ.

Está muy bien. Señorita (*A Eusebia.*)  
sírvasse usted de exponernos  
lo que hubo aquí.

EUSEBIA.

Sepa usted

que soy doña Eusebia Cueto,  
hija de don Pedro Juan,  
comendador de Mochuelos,  
barón de Culanchigordo  
y señor de los Cangrejos.

JUEZ.

Sea para bien.

EUSEBIA.

Esa bestia...

CURRA.

Por mayor la reverencio.

JUEZ.

Tengan más modo.

EUSEBIA.

... recibe

en su casa un chuchumeco,  
al cual le llama compadre  
y será...

CURRA.

Cuenta con eso;

no me obligue usted a decirle  
que el señor es su cortejo.

ALBERTO.

Miente usted.

PEPE.

Si no estuviera

aquí el señor, ahora mismo  
le tomaba yo a usted el molde  
del hocico.

JUEZ.

¿Cómo es esto?

EUSEBIA.

Me querello de este agravio.

PEPE.

Y yo también me querello,

que aunque Curra no sea santa,  
no me gusta a mí saberlo.

JUEZ. Eso no es del caso ahora;  
yo sólo saber deseo  
lo que le dijo este hombre  
a esa mujer.

EUSEBIA. No me acuerdo.

SIMEÓN. Eso prueba mi inocencia.

CURRA. Señor Juez, tienen comercio:  
ella lo regala, y él  
la tapa.

SIMEÓN. ¿Lo hará usted bueno?

CURRA. Sí lo haré.

SIMEÓN. Pronto.

CURRA. Al instante.

JUEZ. Señores, tengan silencio.  
Usted dirá lo que ha sido;  
pues según muestra el aspecto  
parece mujer juiciosa.

MARÍA. Mucho trabajo por serlo;  
pero esta maldita carne,  
por más que la atenaceo,  
siempre está tiesa que tiesa.

JUEZ. Somos débiles. Al hecho.

MARÍA. La señora y el señor  
se han dicho tantos excesos,  
que no es posible acordarme.  
Ya se ve; tengo en el cielo  
mis sentidos y potencias,  
y a lo que pasa no atiendo.  
Sin embargo, me parece  
que lo que más sentimiento

le dió a la señora fué  
que la llamara el casero  
churrulera.

BLASA. No hay tal cosa.

CURRA. Fué mucho peor.

LORA. No es eso;  
si le dijo zoronguera...

SIMEÓN. Mucho; me mantengo en ello,  
pues desde que Dios arroja  
sus luces, se arma el jaleo;  
se araña la guitarrilla,  
comienza el repiqueteo  
de los palillos y sale  
a todo trapo ese cuerpo  
dando continuos balances,  
levantando y sumergiendo  
toda la popa, de modo  
que para tener los huesos  
tan süaves es preciso  
que se los unte con sebo.

CURRA. ¡Qué tonto es don Simeón!  
Señor, por mi cuenta y riesgo.

JUEZ. La cuenta que yo he sacado  
es que todo es un efecto  
de la mala educación  
de este país, donde vemos  
perecer entre resabios  
los más felices talentos.  
Enmiende, pues, su conducta; (*A Curra.*)  
y usted advierta que si vuelvo (*A Simeón.*)  
a recibir otra queja  
lo meteré en un encierro.

SIMEÓN. Seguro está; en este instante  
prometo entregar al dueño  
de la casa la gran llave  
de la puerta, porque temo  
que venga la Inquisición  
a prenderme por hebreo.

BLASA. No más casera.

CURRA. Pues yo  
he de tomar el empleo  
por rifar con doña Eusebia.

EUSEBIA. Yo me mudaré al momento,  
pues en la casa de Pinto  
ya tengo alquilado el cuerpo  
principal.

MARÍA. María; vamos  
a visitar a este enfermo,  
pues nos lo mandan las obras  
de misericordia.

SIMEÓN. ¡Fuego  
en el oficio! Mañana,  
con mi carpeta y tintero,  
me colocaré a la sombra  
de Cabildo, en cuyo puesto  
manejaré mil embrollos  
que me produzcan dinero.

TODOS. Y aquí da fin el sainete;  
perdonad sus muchos yerros.



LA CASA NUEVA

SAINETE

## PERSONAS

DON BLAS.	PETRA.
DON NARCISO.	PINTOR.
DON LORENZO.	ESCRIBANO Y MINISTROS.
DOÑA TECLA.	OFICIALES DE PINTOR.
EL CONDE.	DON CRISTÓBAL.
LAURA.	



## LA CASA NUEVA

---

Sala. El PINTOR y tres OFICIALES, pintando las paredes y acomodando la sillería; cómodas y mesas.

PINTOR. Antonio; remata pronto  
ese zocalillo, mientras  
yo doy cuatro pinceladas  
a esta pilastra. Baeza;  
coloca ese canapé  
en el testero. Tú, Sierra,  
arrima la sillería.  
Vamos; que es tarde y desean  
esta noche los señores  
dormir en la casa nueva.

NARCISO. (*Saliendo.*) Conque, maestro, ¿podremos  
estrenar la casa?

PINTOR. Aun queda  
bastante que hacer.

NARCISO. Pues no;  
mi esposa quiere, y es fuerza  
darle gusto.

PINTOR. Seis días ha  
que ya la casa estuviera

concluída, si no hubiese  
cambiado tantas ideas.

NARCISO. ¿Qué he de hacer, si los amigos,  
conforme vienen a verla,  
me las sugieren, y yo,  
ciertamente, no quisiera  
que nadie le hallase pero?

PINTOR. Pues prevenga usted talegas,  
si ha de complacer a todos.

NARCISO. Seguro está que se mueva  
un taburete. Maestro,  
dé usted a la gente priesa.

PINTOR. ¿Cómo, si usted no me da  
dinero?

NARCISO. De aquí a hora y media  
les pagaré.

PINTOR. ¿No habrá falta?

NARCISO. No la habrá.

PINTOR. Muchachos, ea;  
trabajemos, que hay dinero.

BLAS. (*Saliendo.*) Amigo, ¿da usted licencia?

NARCISO. Pase usted, señor don Blas.  
Vamos, diga con franqueza:  
¿qué le parece la casa?

BLAS. Muy mal.

NARCISO. ¿Por qué?

BLAS. Por cincuenta  
bestialidades que ustedes  
han cometido: una de ellas  
es haber puesto la cama  
en esa segunda pieza  
que mira al Oriente.

- NARCISO. Pero  
¿qué importa?
- BLAS. ¿Qué? ¡Bagatela!  
Todo el que duerme al Oriente,  
al año y medio revienta.
- NARCISO. ¿Lo oye usted, Pedro?
- PINTOR. Mas ¿dónde  
han de dormir?
- BLAS. ¿Dónde? En esta  
sala que está al Occidente.  
Sí, señor. Galeno observa  
que, cuando descende el sol  
al Océano, se quiebran  
sus rayos con los vapores,  
y pierden aquella fuerza  
resecante que consume  
el jugo nutricio.
- NARCISO. Apriesa;  
que se traiga aquí la cama.
- PINTOR. ¿A qué vendría este bestia?  
Ven tú conmigo, Melchor.  
*(Entran el Pintor y el Oficial por la iz-  
quierda, y sacan la cama; otros llevan  
el canapé.)*
- BLAS. El maestro es un trompeta.
- NARCISO. Un pedazo de animal.
- BLAS. Cuando pasé por la puerta  
de la cocina, sentí  
un olorcillo a pimienta  
que vivificaba. ¿Acaso  
se estrena la casa nueva  
con algún banquete?

- NARCISO. Vienen  
a comer unas parientas  
de mi mujer, y unos cuantos  
amigos.
- BLAS. Usted me tenga  
por uno de los más finos.
- NARCISO. Así lo creo.
- BLAS. Yo fuera  
un hombre ingrato si no  
lo acompañase en la mesa.
- NARCISO. Si usted quiere honrarnos...
- BLAS. Mucho.  
*(Se quita la espada y el sombrero.)*  
¿Para qué son etiquetas?  
Ya tiene usted un sobrestante  
todo el día.
- LAURA. *(Saliendo.)* Con licencia  
de ustedes, ¿dónde está el maestro?
- PINTOR. Señorita, ¿qué me ordena?
- LAURA. ¡Se ha portado usted; mil gracias!  
¡Sobre que todos se esmeran  
conmigo!
- NARCISO. Laura, ¿qué tienes?
- LAURA. ¿Qué tengo? Que me destierran  
a un cuarto con un balcón  
que mira a una callejuela  
por donde no pasa un alma.
- NARCISO. Mas si la casa es estrecha...
- LAURA. ¿Estrecha? ¡Linda disculpa!  
¿Quién ocupa esas tres piezas  
principales?
- NARCISO. Mi mujer.

LAURA.       ¿Y que tu hermana se meta  
                  en aquel zaquizamí?

No, hijo mío; no lo creas.

NARCISO.    ¿Es posible que te quejes?  
                  ¿No tiene el balcón dos puertas  
                  de cristales?

LAURA.       ¿Y qué importa,  
                  si sólo miro por ellas  
                  perros, gatos e inmundicias?

BLAS.         Dice muy bien. Las solteras  
                  deben tener a la vista  
                  de todo el mundo la muestra,  
                  pues en habiendo mirones  
                  no hay cosa que no se venda.

LAURA.       Ea; vaya a chancearse  
                  con quien aplauda simplezas.

BLAS.         Si yo abogo por usted...

LAURA.       Yo tengo muy buena lengua  
                  para defender mi causa.

Sí, lo digo, y diré treinta  
mil veces, si es necesario.

No quiero aquella vivienda;  
no la quiero, no. ¡Mal haya  
la casa! ¡Si se cayera;  
si se la llevara el diablo!...

NARCISO.    Ya me falta la paciencia.  
                  Voime, por no reventar  
                  de rabia. (*Vase.*)

LAURA.       ¡Que no le diera  
                  un tabardillo a la loca  
                  de mi cuñada! Ella, ella  
                  tiene la culpa de todo.

- BLAS.           ¡Toma! Si es una coqueta.  
LAURA.       Una tonta vanidosa.  
BLAS.       Si no hay mujer más soberbia.  
LAURA.       Y mi hermano es un Juan Lanas.  
BLAS.       Un simple de cuatro suelas.  
LAURA.       Así se arruina.  
BLAS.                               Y así  
                  a todo el mundo trampea.  
PETRA.       *(Saliendo.)* ¿Ésta es la casa? Parece  
                  un palomar.  
LAURA.                           ¿Oyes, Petra;  
                  vienes sola?  
PETRA.                           Con el ama.  
LAURA.       ¿Quién la acompaña?  
PETRA.                               El postema  
                  del señor Conde Ruibarbo.  
BLAS.       Ya se ve; si la corteja...

Sale DOÑA TECLA con el CONDE, de bracero.

- TECLA.       ¿Qué es esto? ¿Quién ha mandado  
                  que se ponga en esta pieza  
                  la cama?  
PINTOR.                           El amo, señora;  
                  porque el señor le aconseja  
                  que se ponga aquí.  
TECLA.                               ¡Qué chiste!  
                  El señor es una bestia,  
                  si tal mandó.  
BLAS.                               Muchas gracias,  
                  madama, por su fineza.  
TECLA.       Sepa usted, señor maestro,

que aquí ninguno gobierna  
sino yo. Pronto, a su sitio.

PINTOR. No me atrevo, hasta que venga  
Su Merced.

TECLA. ¡Cómo, bribón,  
mis órdenes no respeta?

CONDE. Obedezca prontamente  
o le rompo la cabeza.

BLAS. Vaya la cama allá adentro.

PINTOR. Ya irá; pero mejor fuera  
que no se hubiera sacado.

BLAS. No me despliegue la lengua.

PINTOR. Sólo por ver si me pagan,  
no tomo al punto la puerta.

*(Comienzan a desbaratar la cama y la van  
entrando; sacan el canapé, y vuelve a  
quedar la escena como primero.)*

TECLA. Si mi marido es un tonto...  
Señora, ¿está usted indisputa?

LAURA. No, señora.

TECLA. Como usted  
no nos saluda...

LAURA. A quien entra  
le corresponde.

TECLA. Por fin  
ya tengo en casa maestra  
de política.

LAURA. Usted sabe  
demasiada.

TECLA. ¡Puf! Me apesta  
la conversación.

LAURA. Y a mí.

- TECLA. Si no mirara...
- LAURA. ¿Qué hiciera?  
(*En acción de embestirla.*)
- TECLA. Le diría...
- CONDE. Señorita...
- BLAS. Vaya, madama; prudencia,  
templanza; que este palacio  
no se estrene con quimeras.
- TECLA. ¿Palacio? Ya; si lo habita  
mi señora la Princesa  
doña Laura...
- LAURA. Si ese honor  
me viene de doña Tecla,  
Reina de Estarambumbug...
- TECLA. Oiga usted. Si no soy Reina,  
soy tan ilustre que a muchos  
he honrado con mi nobleza.
- LAURA. Es verdad. Mi hermano es uno.
- TECLA. Tan sólo en eso no yerra.
- CONDE. Se acabó ya.
- BLAS. (*Aparte.*) Yo no he visto  
mamelucas más completas.
- TECLA. ¡Qué sofoco!
- LAURA. ¡Qué furor!
- TECLA. Para esto no hay paciencia.
- CONDE. Ya basta. (*Mediando.*)
- BLAS. Que las palabras  
se enredan como cerezas;  
y pensarán que aquí vive  
gentuza de la Caleta.
- LAURA. Pues si dice que a mi hermano  
ha ennoblecido, ¿no es fuerza



que responda?

TECLA. Lo repito;  
y ustedes todos debieran  
agradecer que mi mano  
le diese la preferencia  
entre un millón de señores  
de la primera nobleza.  
Y usted lo sabe muy bien. (*A don Blas.*)

BLAS. Eso es una cosa cierta.  
Es fijo que la señora  
le negó la mano bella  
a un Marqués, porque dijeron  
que a sus abuelos, en Ceuta,  
los conocieron vendiendo  
tomates y berenjenas.  
La verdad debe decirse.

LAURA. Si quiere se lo agradezcan,  
agradezcamos también  
el no tener la molestia  
de sazonar el potaje  
que daba la Providencia

TECLA. ¡Desvergonzada...; insolentel

LAURA. Ea; reprima la lengua,  
porque si no...

CONDE. Señorita... (*Deteniéndola.*)

BLAS. Basta que un hombre de prendas,  
como yo, medie...

TECLA. Tomad  
(*Le da un bofetón.*)

y volved por la respuesta.

BLAS. ¡Santa Polonia bendita!  
(*Llaman, y Petra va a abrir.*)

¡Ay, qué dolor!

CONDE. Doña Tecla...

TECLA. ¿No ve usted que me amenaza?

Vamos, señora, ¿qué espera?

Arránqueme los cabellos.

LAURA. Si yo no soy corralera,  
como muchas que presumen  
de señoras...

TECLA. Ya es vergüenza  
que yo sufra...

PETRA. (*Saliendo.*) Las vecinas  
del cuerpo bajo desean  
hacerles una visita.

LAURA. ¿A quién?

PETRA. A las dos.

LAURA. No, Petra;  
o a la señora o a mí. (*Vase.*)

TECLA. Pues di que ni a mí ni a ella. (*Vase.*)

PETRA. Pues será a mí. Yo no he visto  
dos mujeres más soberbias. (*Vase.*)

CONDE. ¿Qué decís de esto, don Blas?

BLAS. Que yo he pagado la fiesta.

¡Qué par de locas! No sé  
cómo usía tiene fuerzas  
para sufrir a una dama  
tan ruidosa.

CONDE. Si no fuera  
porque están malos los tiempos...

BLAS. ¡Yal! ¿Tendrá usía las rentas  
interceptadas?

CONDE. Sí, amigo;  
con estas lluvias tan recias

se ha desplomado la torre  
de mi título.

BLAS.                      Mi hacienda  
tampoco está muy boyante,  
porque tengo en esta pierna  
cierta humedad que me impide  
hacer pagar la inocencia  
a muchos bobos.

NARCISO. (*Saliendo.*) ¡Mal haya  
una y mil veces mi estrella!  
Estoy por ahorcarme.

CONDE. Amigo;  
sepamos por qué se queja.

BLAS. Vamos a comer, que luego podrá contarnos sus penas.

NARCISO. ¡Qué comer! Si los cubiertos, todo el servicio de mesa y los baúles, que estaban en la otra casa, se quedan en poder del dueño.

CONDE. ¿Cómo?

BLAS. ¡Pero que usted lo consienta!

NARCISO. Si le debo dos mil pesos  
de alquileres.

CONDE. De manera  
que habiendo amigos...

NARCISO. No encuentro  
nadie que me favorezca;  
y así espero, señor Conde,  
que usted de mí se conduela  
en este lance.

CONDE. Veremos...

(*Mirando el reloj.*)

Ya han dado las dos y media.

NARCISO. Advierta usted que no sufre  
demora alguna la urgencia  
en que me hallo.

CONDE. Veremos;  
hasta luego. (*Vase.*)

NARCISO. ¡Así me deja  
un hombre que me ha debido  
tanto aprecio!

BLAS. Y que corteja  
a madama. ¡Vaya, vaya;  
si el más amigo la pega!

LAURA. (*Saliendo.*) Hermano; vengo a decirte  
que yo no tengo paciencia  
para sufrir a tu esposa.

NARCISO. Y ¿qué remedio?

LAURA. Que veas  
lo que has de hacer, porque yo  
no vivo una hora con ella.

NARCISO. Déjame, y no me atormentes.

TECLA. (*Saliendo.*) Ya es preciso que resueles.  
Narciso; tu hermana o yo  
hemos de tomar la puerta.

NARCISO. ¿Se ha conjurado el infierno  
contra mí?

TECLA. Mas que lo sientas,  
te digo que la aborrezco.

LAURA. ¡Yo la detesto!

TECLA. ¡Es soberbial

LAURA. ¡Es vanidosal

TECLA. ¡Es un tigre!

NARCISO. ¿Dónde encontraré una cuerda?...

BLAS. No lo despechen ustedes.  
Vamos a ver si nos prestan  
las vecinas los cubiertos,  
el mantel, las servilletas,  
los platos, y...

NARCISO. ¿Qué dirán?  
No, señor; aunque supiera  
no comer, no haría tal cosa.

LORENZO. (*Saliendo.*)  
*¡Deo gratias!*

NARCISO. ¿Quién es quien entra?

LORENZO. ¿Está en casa don Narciso  
Peranzules?

NARCISO. ¿Qué me ordena?

LORENZO. Caballerito; el señor  
canónigo, a usted le besa  
la mano; le hace presente  
que hasta el día de la fecha  
van dos meses y dos días  
que tiene usted por su cuenta  
la casa; que cuatro veces  
(y cinco serán con ésta)  
*urbaniter* le ha pedido  
los mil quinientos y treinta  
reales, y un maravedí,  
que importan *rationem certam*  
los alquileres; que usted  
*mirum in modum* desprecia  
sus peticiones. Por tanto,  
*ipso facto*, le amonesta  
que se sirva de pagarle

en *numerata* moneda  
*statem et immediate*  
*aliter*, que usted se atenga,  
*facto sequestro*, a los daños  
y a las costas, *etcetera*.

NARCISO. Amigo, usted con su idioma  
me ha deshecho las orejas.

LORENZO. Señor; *habeo tibi gratiam*  
del afecto que me muestra.

NARCISO. Diga usté a Su Señoría  
que pagaré.

LORENZO. Pero sepa...

NARCISO. ¡No hay que saber!

LORENZO. *Ergo*, ¿usted  
manifiesta resistencia?

NARCISO. ¡Váyase usted con los diablos!

LORENZO. Pues, señor, *si michi negas*  
*debitam pecuniam, ego*  
*ostendam justiciam mean.* (*Vase.*)

NARCISO. Lo sensible es que no hay  
en qué comer.

PINTOR. Usted vea  
cómo pagar a la gente,  
pues dicen que no menean  
una mano sin dinero.

TECLA. ¡Está buena la insolencia!

OFICIAL. Sin plata no se trabaja.

BLAS. Vaya usted de puerta en puerta  
pidiendo, porque ya es hora  
que los convidados vengan.

NARCISO. Si mi tío no me hubiese  
abandonado por esta

fatal boda, me sacara  
de esta aflicción.

TECLA.                                ¿A qué esperas?

Hoy se ha de acabar la casa;  
conque toma providencia.

NARCISO. ¡Voy a tomar un cordel,  
para terminar mis penas!... (*Vase.*)

BLAS.       Esto va malo; yo voy  
a tomar alguna presa  
en la cocina... (*Vase.*)

TECLA. Un sonrojo  
como éste, ¿quién lo creyera?  
¡Qué vergüenza!

CONDE. (*Saliendo.*) Madamita,  
¿qué es esto? Si por mi ausencia  
está usted tan enfadada...

TECLA. Mi congoja es muy diversa.

LAURA.     ;Petra!

PETRA. (*Saliendo.*) ¿Qué me manda usted?

LAURA. Ven conmigo.

PETRA. ¿Adónde?

LAURA. Es fuerza

remediar el infortunio  
de mi hermano. (*Vanse.*)

PINTOR. Hasta que venga,  
vámonos al corredor. (*Vanse con él.*)

CONDE. Vaya; idolatrada Tecla,  
no se abandone usted tanto  
a una profunda tristeza.

TECLA. ¡Ah, Conde; que la que siente lo que yo, no se consuela tan fácilmente! (*Se sienta.*)





semejante cosa? Usted  
será respetada mientras  
haya marqueses y condes.

TECLA. ¡Ah!, que en no habiendo una mesa  
de estado, desaparece  
al instante la caterva  
de los hambrones.

CONDE. A usted  
se dirige esa vareta.

BLAS. Yo discurro que a los dos.

TECLA. Pero ¿dónde está ese bestia  
de mi marido? ¿Se ha ido?  
¿Se ha ocultado? Qué, ¿me deja  
en el cenagal?

CONDE. Señora;  
usted misma se atormenta.

TECLA. ¿Y dónde está mi cuñada?  
¿Me ha plantado también ella?  
¡Todos me abandonan, todos!  
¿Quieren que, rabiosa y ciega,  
me desespere y me mate? (*Se sienta.*)

CONDE. Aquí estoy yo, doña Tecla.

BLAS. Y yo también.

CONDE. Para ahora  
es el valor.

BLAS. Bueno fuera  
que tomara usted alimento.

TECLA. Otra cosa me interesa  
más que la comida.

BLAS. No;  
mire usted que es mal sistema.  
Antes que todo es el vientre.

- TECLA.           Tráigame, ya que se empeña,  
                  rejalgar, veneno..  
PLAS.                               No;  
                  voy a traerle una presa  
                  de la cocina... (*Vase.*)  
TECLA.                               Narciso  
                  me ha burlado. ¡Qué vileza!  
                  ¡Qué indignidad! ¡Yo me muero!  
                  ¡Yo rabio! ¡Que no vinieran  
                  mil furias a destrozarme!  
                  (*Se tira de los cabellos.*)  
NARCISO.       (*Saliendo.*) ¡La pobrecita me quiebra  
                  el corazón!  
TECLA.                               Hombre infame,  
                  ¿dónde has estado? ¿En qué piensas?  
                  ¿Para qué me has engañado?  
NARCISO.       Toma este cuchillo, Tecla,  
                  y pásame el corazón. (*Se lo da.*)  
TECLA.                               ¡Hombre loco, sin vergüenza,  
                  sin reputación!..  
PINTOR.                               ¿Qué hacemos?  
                  ¿Se trabaja?  
NARCISO.                               No me muelan;  
                  no tengo un cuarto.

Salen LORENZO, ESCRIBANO y MINISTROS.

- LORENZO.                               Señor,  
                  *ex toto corde* le besa  
                  la mano este servidor.  
NARCISO.       ¿Qué es lo que ustedes me ordenan?  
ESCRIB.       Traemos orden de embargar

la casa y cerrar la puerta  
hasta que usted satisfaga  
los alquileres.

TECLA. ¡Qué afrenta!

¡Qué bochorno! ¡Yo no sé  
cómo no me caigo muerta!

NARCISO. Pero, señor, ¿es posible  
que por tan pequeña deuda  
se atropelle a un caballero?

LORENZO. Sí, señor: *tuta concientia  
unisquisque semper potest  
a cualquiera que le deja  
capere pignus*, si acaso  
*ullam pecuniam* no encuentra.

ESCRIB. Mañana temprano haremos  
inventario de las prendas.  
Conque, caballeros; vamos  
a la calle.

TECLA. ¡Qué vergüenza!  
Señor Conde; usted es mi amigo,  
y espero que no consienta  
que sufra yo esta ignominia.

NARCISO. Ahora es tiempo resplandezca  
su generosidad.

CONDE. Bien;  
veremos. Las dos y media.  
Ya es hora de ir a comer  
en casa de la Marquesa  
de Aguas Turbias. Pensaremos...  
Beso sus pies, doña Tecla... (*Vase.*)

TECLA. ¡Falso, indigno, petardista!...

ESCRIB. Vengan las llaves.

TECLA.

¡Qué pena!

¡Ay, que me muero! (*Cae en una silla.*)

Salen DON CRISTÓBAL, DOÑA LAURA y PETRA.

CRISTÓBAL.

¿Qué es esto?

NARCISO. ¡Qué miro! ¡Tío; clemencia!...

TECLA. Señor; tenga usted piedad  
de nosotros...NARCISO. ¡Que nos echan  
de la casa, y nos hallamos  
en la calle!...CRISTÓBAL. ¡Ha sido cierta  
mi predicción! ¿No te dije  
que por la loca y soberbia  
de tu mujer te verías  
arruinado?TECLA. Sí; me pesa  
de haber sido yo la causa  
de su desgracia. ¡Qué necia,  
qué loca he sido! ¡Qué tarde  
reconozco mi flaqueza!  
Pero ¿qué digo? Señor;  
no es tarde, no, pues mi estrella  
me tiene a sus pies. En ellos  
juro mil veces la enmienda;  
y en ellos espero hallar  
el consuelo que me niega  
todo el mundo.

CRISTÓBAL.

Vamos claros.

¿Se olvidarán las promesas  
en saliendo del ahogo?

- TECLA. No, señor; si faltó a ellas,  
que me encierren en un claustro;  
que hagan de mí lo que quieran.
- CRISTÓBAL. Pues a mi casa al instante.  
Mi sobrina Laura, a fuerza  
de lágrimas y de ruegos,  
me ha traído. Denle a ella  
las gracias.
- NARCISO. ¡Querida hermana!  
(*Se abrazan.*)
- TECLA. Perdone usted las ofensas  
que ha recibido de mí.
- LAURA. Olvidemos bagatelas.
- BLAS. (*Saliendo.*) Vamos; coma este aloncito,  
y perdone la cazuela;  
que a bien que todas son gentes  
de confianza.
- TECLA. No sea  
importuno.
- CRISTÓBAL. ¿Es usted, acaso,  
el cocinero?
- BLAS. No es esa  
mi profesión. Otros guisan  
y yo devoro.
- CRISTÓBAL. Pues, ea;  
váyase usted con los grajos  
a devorar a las selvas.
- BLAS. ¿Conque no hay banquete?
- CRISTÓBAL. No.
- BLAS. Pues a llenar la talega  
en casa de cierto indiano  
que ahora tiene plata fresca.

(Por si acaso llego tarde,  
me he echado en la faltriquera  
una gallina dorada.)

Señores, hasta la cena. (*Vase.*)

CRISTÓBAL. Yo saldré con un garrote a recibirte.

PINTOR.                        ¿Hay moneda  
para este gente?

NARCISO. Señor...

CRISTÓBAL. Yo soy quien pago tus deudas.  
Vengan todos a mi casa.

LORENZO. Con razón decir pudiera:  
*Veni, vidi, vici. Vamos*  
*ad pecuniam accipiedam.*

NARCISO. ¡Qué regocijo! En efecto:  
no hay mal que por bien no venga.

Todos. Y aquí concluye el sainete;  
perdonad las faltas nuestras.

FIN

# LOS CÓMICOS DE LA LEGUA

SAINETE

## PERSONAS

SARGENTO.	COSME.
TREMENDO.	ROSA.
ROQUE.	ROMO.
BERNARDO.	GADITANA
PASCUAL.	ROJO.
REMIGIO.	MOSCA.
BARTOLO.	BELICA.
SIMÓN.	CLARA.
MARQUESA.	NIÑO.



## LOS CÓMICOS DE LA LEGUA

---

El teatro representa la plaza de un lugar; en el foro habrá una puerta grande; encima una tablilla que diga: «Mesón»; a la izquierda, una puerta que figure la taberna; y salen el SARGENTO, TREMENDO, ROQUE y BERNARDO, de soldados, de camino, cantando seguidillas.

*(Cantan.)*

Donde llega la tropa  
con su bandera,  
a todas las muchachas  
las vuelve lelas.

Pues con sus bromas  
recluta en todas partes  
mozos y mozas.

TREM. Mi Sargento, ¿qué lugar  
es éste, que no se encuentra  
en la plaza ni en la calle  
una persona siquiera?  
Yo no sé a qué nos envían  
a este pueblo, de Bandera.

SARGENTO. Vamos a ver si al Alcalde  
hablamos, que las boletas

de alojamiento nos dé.

BERN. Vamos; porque ya las piernas quieren descansar un poco.

ROQUE. Hacia aquí un ganso se acerca, y podemos preguntarle.

PASCUAL. (*Saliendo.*)

¿Ya hay soldados? ¡Quién pudiera solamente con la vista echarlos a Cartagena!  
Haré que no los he visto;  
y por esta callejuela  
me escurriré sin...

SARGENTO. Paisano,  
¿nos hace usted la fineza  
de decirnos dónde vive  
el Alcalde?

PASCUAL. ¡Quién tuviera  
los ojos de basilisco  
y a todos los consumiera!  
¿Ve usted esa tapia de enfrente?  
Pues pegue usted de cabeza  
contra ella, y hallará  
hacia la mano derecha,  
al revolver de la plaza,  
al Cristo de Zalamea;  
no haga caso dél y tome  
la casa donde se encierra  
trigo; después topará,  
contra una esquina, una cuesta;  
tírese por ella abajo,  
que en pasando una bodega,  
la botica, el herrador,

la espartería, la tienda,  
el estanquillo, la noria  
y el huerto de Juan Melenas,  
vive en la primera casa.

SARGENTO. Póngase usted la montera.

TREM. ¿Dónde venden que mascar?

PASCUAL. Mire usté allí la taberna;  
allí hay chorizos, sardinas  
y tóo lo que ustés quieran.

ROQUE. No tiene muy mala talla.

BERN. Éste caerá en ratonera.

PASCUAL. Señores, hasta la vista.

TREM. Calla; que como no sea  
casado, si no cayere,  
he de perder las orejas.  
Vaya; venga usted, paisano;  
tomará una friolera,  
que los soldados, clarito,  
en teniendo una peseta,  
es, sin gastar cumplimiento,  
para servir a cualquiera.

PASCUAL. Estos hombres son el diablo  
si empiezan a meter gresca.  
Por no despreciar favores,  
vamos muy enhorabuena.

Entran todos en la taberna; y salen REMIGIO, de militar ridículo,  
y BARTOLO y SIMÓN, de capa, con varas.

BARTOLO. Conque digo, compañero,  
¿no se concede licencia  
para que, como otros años,

- se disponga soldadesca  
entre los mozos solteros?
- REMIGIO. Así está la gente quieta,  
y nos ahorramos nosotros  
quebraderos de cabeza.
- BARTOLO. Pero los usos antiguos  
es razón que se mantengan.  
*(Salen los soldados de la taberna y se sientan a la puerta.)*
- SARGENTO. Mejor estamos sentados  
en un banco aquí a la puerta.  
Tremendo; echa de beber  
al paisano.
- TREM. Norabuena.
- PASCUAL. Allí están los dos Alcaldes.
- SARGENTO. Las estampas tienen buenas.  
A hablarlos me llego yo,  
porque luego forman queja  
si saben que hemos llegado  
y uno no se les presenta.
- TREM. Sí, vaya usted; y nosotros  
bebamos, y afuera penas.
- SARGENTO. Señores; aquí venimos  
a fijar nuestra Bandera.  
Sírvanse ustedes de darnos  
correspondientes boletas  
para cuatro hombres que somos,  
ínterin mañana llegan  
otros tres y un Oficial.
- REMIGIO. Pues entremos en la Audiencia  
a despachar al señor.  
Tómese usted la molestia

de esperar.

SARGENTO. Con mucho gusto;  
así como así, me espera  
la gente para almorzar.

BARTOLO. Al punto damos la vueltá. (*Vase.*)

PASCUAL. Señores; poquito a poco,  
que se me va la cabeza  
calentando demasiado.

TREM. ¡Qué mozo para la guerra!  
Capaz soy yo, en una broma,  
de agotar una taberna.

Sale COSME con casaca a la chamberga, montera alta, pañuelo  
de color al cuello, chaleco negro, calzones blancos, botines  
alpargatas, unas alforjas, y una espada en la mano.

COSME. Como soy, vengo cansado;  
que en ayunas cuatro leguas,  
y a pie, me parece a mí  
que es una diversión buena.  
Quiero descansar un poco  
sentado en aquesta peña,  
y después desayunarme,  
porque ya el hambre me aprieta.

TREM. ¿Quién será aquel fantasmón?

ROQUE. Será algún purichinela.

SARGENTO. Tal vez será Don Quijote  
con espada y sin rodela.

TREM. Ustedes no han reparado  
en la casaca que lleva.

PASCUAL. ¿A que acierto yo quién es?

TREM. Que no; vaya una peseta.

PASCUAL. Es el paje de Malbruc  
con botas y sin espuelas.

COSME. ¡Ellos se ríen de mí!  
Mas si estoy de esta manera,  
¿qué maravilla será  
se ría de mí cualquiera?

PASCUAL. Démosle calma.

SARGENTO. Embromarlo.

TREM. Démosle vaya.

ROQUE. Que sea.

SARGENTO. Don Terencio.

TREM. Don Canuto.

BERNARDO. Don Líquido.

ROQUE. Don Lamprea.

COSME. ¡Eh, que se están divirtiendo  
conmigo! Cosme, paciencia.

SARGENTO. Chicos; dejad al pobrete,  
y bebamos.

TODOS. Norabuena.

PASCUAL. Como soy, que no creía  
que fuese vida tan buena  
la de ustedes, pues pensaba  
yo que los soldados eran  
lo mismo que la langosta,  
que destruye cuanto encuentra.

SARGENTO. Eso tienen los paisanos  
encajado en la cabeza.

TREM. No encontraréis en el mundo  
gente que más se divierta.  
Aquí el trabajar no mata;  
nunca falta una peseta  
(al que la tiene, que a veces

no hay para un cuarto de yesca);  
se come pasmosamente  
(menos cuando se anda a dieta),  
y en llegando a cualquier pueblo,  
regularmente se encuentra  
quien lave a uno sus trapillos,  
le recosa a uno las medias,  
dé para comprar tabaco,  
aguardiente y etcetera.  
Se dice a todas las mozas  
que, en tomando la licencia,  
con ellas se ha de casar;  
llega la marcha, y se quedan  
ellos con lo que han chupado,  
y ellas con la boca abierta.

ROQUE. ¡Cuánto mejor es llevar  
uno rópa como ésta,  
que no ir hecho un estropajo  
con ésa tan sucia y fea!

TREM. A ver; ponte este sombrero  
y verás qué bien te sienta.

PASCUAL. (*Se lo pone.*) Pesa mucho.

ROQUE. Es aprensión.

Aun no llega a libra y media.

PASCUAL. Pero en esta religión  
son las reglas muy estrechas.

TREM. ¡Qué han de ser! Yo cada día  
estoy más contento en ella.

PASCUAL. Pues yo quiero sentar plaza,  
señor Sargento; mas cuenta  
que quiero ser Capitán,  
si puede ser.

- SARGENTO. Norabuena:  
¿cómo te llamas? (*Saca tintero y papel.*)
- PASCUAL. Pascual.
- SARGENTO. Tu apellido.
- PASCUAL. Villaseca.
- SARGENTO. ¿De dónde eres?
- PASCUAL. De la Habana;  
hijo de la Ingalaterra,  
sobrino de Veracruz,  
hermano de las Cabezas  
y nieto de Guatemala.
- SARGENTO. Pero supongo que entras  
en el servicio gustoso.
- PASCUAL. Con mi voluntad entera.
- SARGENTO. Basta; ya estoy informado.  
¿Sabes firmar?
- PASCUAL. Ni una letra  
he podido conocer;  
pues aunque fuí a la escuela  
más de tres años y medio,  
sólo aprendí a hacer monteras  
y pájaras de papel.  
Que firme por mí cualquiera.
- TREM. Pues yo firmaré por ti. (*Firma.*)  
Ya está: Pascual Villaseca.

Salen BARTOLO, REMIGIO y SIMÓN.

- REMIGIO. Señor Sargento; aquí tiene  
por su orden las boletas.
- SARGENTO. Pues, chicos, vamos a ver  
si las patronas son buenas.



- TREM. Dice usted bien, mi Sargento;  
vamos muy enhorabuena;  
y en estando usted contento,  
ande la marimorena. (*Vanse.*)
- COSME. Pues ya hemos tomado aliento,  
y los Alcaldes se encuentran  
aquí juntos, empecemos  
la pretensión; mas las piernas  
apenas pueden conmigo.  
Señores, a la obediencia.
- REMIGIO. Perdone por Dios, hermano.
- BARTOLO. Dios le amparé.
- COSME. ¡Tómate ésa!  
Señor, no pido limosna;  
le suplico que me atiendan.
- REMIGIO. Pues ¿qué se le ofrece a usted?
- BARTOLO. ¿Qué pretende, o qué desea?
- COSME. Señores; mi Compañía,  
que va de paso, quisiera,  
aunque fuese poco tiempo,  
que se le diese licencia  
para poder trabajar  
en el lugar.
- BARTOLO. Poca arenga.  
¿De qué Regimiento es?
- COSME. Señores; que hablo de veras;  
mi Compañía no es tropa.
- REMIGIO. Pues si no, ¿a qué es la simpleza  
de llamarla Compañía?  
Se viene con buena fresca.
- COSME. Yo no falto a la verdad.  
Es Compañía de veras.

- BARTOLO. Pero sepamos de qué.  
COSME. De cómicos de la legua.  
REMIGIO. Pues, amigo, este lugar  
no necesita comedia;  
lo que necesita es gente  
que cave y are las tierras;  
conque ya estáis despachado.  
MARQ. (*Saliendo.*) Señores, a la obediencia.  
LOS TRES. Tenga usía buenos días.  
COSME. Ésta parece Marquesa,  
y de ella me he de valer  
para lograr la licencia.  
REMIGIO. ¿Conque al fin, según han dicho,  
parece que usía piensa  
irse esta tarde sin falta?  
MARQ. Sí, señor; ya estoy violenta,  
y me voy.  
BARTOLO. ¡Voto al demonio!  
¿Ahora que a usía pudiera  
proporcionársele cosa  
que tal vez la divirtiera  
otros tres o cuatro días,  
nos quiere dejar?  
MARQ. ¿De veras?  
¿Pues qué tenemos de nuevo?  
BARTOLO. ¡Ahí que no es nada! Comedias.  
El señor viene a pedirnos  
la licencia para hacerlas.  
MARQ. ¿Supongo que usted traerá  
una Compañía buena?  
COSME. Que es buena no diré yo,  
ni que le haga competencia

a ninguna de Madrid;  
pero verá usía en ella  
que, no siendo más de cuatro  
las partes, nada se deja  
por hacer.

MARQ. Es imposible;  
y si no, en una comedia  
que haya ocho o nueve papeles,  
¿cómo es posible que pueda  
ejecutarse entre cuatro?

COSME. No hay cosa más fácil que ésa:  
sólo hablan los personajes  
de más viso y consecuencia,  
como galán, dama, barba,  
gracioso u otro cualquiera  
que no se pueda omitir  
por el argumento de ella;  
los demás todos se atajan;  
las relaciones se dejan,  
si tienen doscientos versos,  
en algunos veinte o treinta;  
y, en fin, usía verá,  
si nos conceden licencia,  
hacer *El Cid Campeador*  
sin que salga el Cid en ella.

MARQ. Tan sólo eso puede hacer  
que yo la marcha suspenda  
y no me vaya esta tarde.  
Es menester se conceda,  
si vale mi intercesión,  
a este buen hombre, licencia  
para trabajar.



que ya tenemos licencia  
y hemos de trabajar hoy.

MARQ. ¡Caramba, y qué petimetras!

ROJO. No más volver a salir  
en Compañía como ésta.

GADITANA. La culpa te tienes tú.  
Teniendo mil conveniencias,  
venimos a lo peor. (*Éntranse.*)

COSME. Empecemos con quimeras,  
para que después nos hagan  
cargar con el hato a cuestras.

MARQ. Pues son muy buenas muchachas,  
como soy, las compañeras.

COSME. Ahora vienen de camino  
despeinadas, descompuestas.  
En llegando el equipaje,  
que viene en una carreta  
más atrás, ya verá usía  
otra cosa muy diversa.

SIMÓN. Me parece que la mona,  
aunque se vista de seda...

MARQ. Y ¿cuál de las dos mujeres  
es primera dama?

COSME. Aquella  
que venía en el borrico:  
canta, baila y representa;  
es mi mujer, y la pobre  
está ya fuera de cuenta,  
esperando por instantes  
el dar a luz parte nueva;  
y la que venía a pie  
es la graciosa, y muy buena:

canta tiranas, y toca  
con tal chiste la vihuela,  
que es capaz con su salero  
de hacer bailar a las piedras.  
Yo soy autor y gracioso,  
bailo el fandango y la inglesa;  
también hago de galán,  
y compongo varias piezas,  
como loas y sainetes,  
entremeses y comedias;  
hago adentro los papeles  
que dicen: «¡Al arma; guerral!»;  
toco el tambor por las calles;  
enciendo las candilejas,  
y teniendo tantas gracias,  
jamás tengo una peseta.

MARQ. Usté es un cajón de sastre,  
que se hallan de todas telas.

NIÑO. (*Saliendo.*) Padre; que dice mi madre  
que me dé usté una peseta.

COSME. Dila que ya voy allá.

NIÑO. Venga usted pronto, que espera  
Su Merced; y lleve algo  
con que entretener las muelas. (*Vase.*)

MARQ. Supongo, señor Alcalde,  
que tomará por su cuenta  
un asiento para mí,  
decente y con conveniencia.

REMIGIO. Señora; se pondrá usía  
donde la Justicia mesma.

MARQ. Muchas gracias; yo me voy,  
que ya la hora se acerca

de comer; hasta la tarde. (*Vase.*)

LOS TRES. Vaya usía enhorabuena.

COSME. Señores, lo mejor falta.

REMIGIO. Decid, por que se prevenga.

COSME. Paraje en que trabajar.

BARTOLO. No faltará; usted se venga  
con nosotros (1). (*Vase.*)

COSME. Norabuena;  
vaya, que hoy se nos ha entrado  
la fortuna por las puertas.  
De esta hecha voy a Madrid  
con un costal de pesetas,  
y formo una Compañía  
para Murcia y Cartagena. (*Vase.*)

Salón corto con sillas; y salen la tía MOSCA, de vieja de lugar,  
hilando, y BELICA y CLARA, una haciendo calceta, y la otra  
con una almohadilla, cosiendo; y se sientan.

MOSCA. Ya digo que no me gusta  
que me gastes cuchufletas  
con los soldados. ¡Cuidado!

BELICA. ¡Qué genio tiene usté, abuela!

CLARA. Nosotras no los hablamos  
una palabra siquiera.

MOSCA. ¿Que no los habláis? ¿Pensáis  
que no he sabido la gresca  
que se armó cuando me fuí;  
insolentes, mocosuelas?

---

(1) Entre estos versos asonantados, el autor debió poner uno libre.

- No; pues como yo me enfade,  
yo las haré andar derechas.
- BELICA. Bien se conoce que usted  
ya, con los años, chochea.
- MOSCA. No me seas desvergonzada,  
que te abriré la cabeza.
- BELICA. Pues si nos hemos estado  
callando como unas muertas,  
y nos viene usted diciendo  
que hemos andado de gresca.
- MOSCA. ¿Conque yo mentiré? Miren,  
sepan que si no se enmiendan  
sabré yo muy bien quitarme  
de escrúpulos de conciencia;  
que lo primero es mi alma.  
Las niñas son como yesca,  
y los hombres son el fuego;  
Patillas es la pajuela;  
y a poco viento que sople,  
todo el edificio vuela.
- CLARA. ¿Qué edificio?
- MOSCA. El del honor;  
que como una vez se pierda,  
no hay tesoro en este mundo  
con que restaurarse pueda.
- CLARA. ¿Para qué queremos ir  
a oír sermón a la iglesia,  
si cada día del año  
nos echa usted una docena?
- MOSCA. No hay cosa que más amargue  
que la verdad.
- BELICA. Vaya, abuela;



no nos reniegue usted más;  
nosotras seremos buenas.

MOSCA. ¿Pensáis que en esto que digo  
me echo algo en la faltriquera?  
No por cierto; que esto es sólo  
que sepáis la diferencia  
de crianza que tenían  
en mi tiempo las doncellas.

Salen el SARGENTO y SOLDADOS.

SARGENTO. Alabado sea el que cría  
los hombres para la guerra.

MOSCA. Vaya, niñas; allá dentro  
a hacer su labor.

LAS DOS. Paciencia. (*Vanse.*)

TREM. ¿Cuándo vendrá un tabardillo  
por esta maldita vieja?

SARGENTO. Patrona, ¿no sabe usted  
cómo tenemos comedia  
en el lugar esta noche?

MOSCA. Sea muy enhorabuena.

SARGENTO. Pero es menester que usted  
a las niñas dé licencia,  
si no tiene inconveniente,  
que vayan un rato a verla.

MOSCA. ¿Quién, mis nietas? No, señor;  
ni pensarlo. Las doncellas,  
encerraditas en casa  
y quebraditas las piernas.

TREM. Yo te quebraría a ti  
la nuca, vicja perversa.

- SARGENTO. Vaya, que esto se reduce  
a que vaya usted con ellas.
- MOSCA. No sean ustés el diantre.  
Yo me alegrara de verla.  
¿A qué hora se acabará?
- SARGENTO. A eso de las nueve y media.
- MOSCA. ¿Y la casa está muy lejos?
- ROQUE. No, señora; aquí a la vuelta.
- MOSCA. Pero ¿qué dirán las gentes?
- TREM. ¡Habrá demonio de vieja!  
Tal vez rabiara por ir,  
y se está haciendo de pencas.
- PASCUAL. ¿Qué es lo que pueden decir?  
Qué, ¿será usted la primera  
que guste de divertirse?
- MOSCA. Bien, iremos; pero cuenta  
que hemos de ir y venir solas;  
porque hay aquí malas lenguas  
que murmurarán de vernos,  
sin caridad ni conciencia.
- SARGENTO. Sea lo que usted quisiere.  
Pascual; lleva unas silletas,  
por si no hay donde sentarse.
- MOSCA. Llévase usted esas más viejas,  
porque allí suelen trocarlas.  
Ya que no gane, no pierda.
- TREM. ¿Si sabrá la tía a qué hora  
se ha de comer la merienda?
- SARGENTO. Vamos, hasta que sea hora,  
a dar por ahí cuatro vueltas.  
Abuelita, hasta después... (*Vanse.*)
- MOSCA. Vayan ustés norabuena.

¡Clara; Belica!

LAS DOS. (*Saliendo.*) ¡Señoral

MOSCA. Vaya, tomad esta rueca  
y recoged la labor,  
que vamos...

CLARA. ¿Adónde, abuela?

MOSCA. ¡Qué presto que os entonaís  
al vamos! A la comedia.  
Ahora en mí se verifica  
aquel adagio de veras  
de «Calentémonos todos,  
ya que la casa se quema».

Vanse, y se descubre mutación larga de salón o casa pobre; de parte a parte del foro, cortinas de algodón; en medio una araña de palo con velas de sebo; en el suelo dos o tres candilejas; y, detrás, los cómicos. Sale un mozo con bancos, que coloca a la izquierda; y se asoman por las cortinas y dicen:

COSME. Ya son cerca de las siete,  
y no hay un alma siquiera.

Salen el SARGENTO y SOLDADOS.

SARGENTO. Somos cuasi los primeros.  
Aun no ha venido la abuela.

PASCUAL. Voy a poner a este lado  
colocadas las silletas.

COSME. Ya han venido los soldados.

Salen MOSCA y las dos MUCHACHAS.

MOSCA. Lo que tengo dicho: cuenta.

TREM. Ya viene la tía Culpas.

PASCUAL. Yo digo que la tía Penas.

Salen BARTOLO, REMIGIO, SIMÓN y otros, acompañando a la MARQUESA.

REMIGIO. Señora; usía aquí en medio.

MARQ. Muy bien; donde ustedes quieran.

REMIGIO. Regidor; vaya usted adentro y diga por qué no empiezan, que ya está aquí la Justicia.

SIMÓN. Voy, señor... (*Éntrase.*)

MARQ. Está muy buena la pieza, y está el teatro con demasiada decencia.

BELICA. Abuelita, ¿está usted bien?

MOSCA. Ya me empieza la jaqueca a retentar.

SIMÓN. (*Saliendo.*) Al instante, señor, me han dicho que empiezan. (*Suena dentro guitarra.*)

SARGENTO. Ya suenan los instrumentos.

TREM. ¡Si no es más que una vihuela!...

BARTOLO. Señores; al que no calle al punto se le echa fuera.

ROSA. (*Dentro.*) ¡Ay, ay; no puedo, no puedo; los dolores me atraviesan!

COSME. (*Dentro.*) ¡Mujer, por amor de Dios!

ROSA. (*Dentro.*) Si mil pedazos me hicieran, yo no salgo.

BARTOLO. ¿Qué es aquello?

MARQ. ¿Quién allá adentro se queja?

REMIGIO. ¿A que se dan de sopapos?

MARQ. Los pedirá la comedia.

- ROSA. (*Dentro.*) ¡Ay, ay, ay!
- TODOS. ¿Qué será esto?
- COSME. (*Saliendo.*) ¡Que este lance me suceda!  
¡Por vida de...!
- TODOS. Autor, ¿qué es eso?
- COSME. Señores, mi mala estrella.  
Mi mujer, que hace de dama,  
de segunda y de tercera,  
en este instante le ha dado  
un dolor...
- REMIGIO. ¿Será jaqueca?
- COSME. No, señor; dolor de parto.  
Vaya; no es dable que pueda  
hacerse ya la función.
- MARQ. ¡Pobrecita!
- REMIGIO. ¿Y esta fiesta  
se acabó?
- COSME. Si ustedes gustan,  
yo les haré una comedia  
unipersonal.
- MARQ. ¡Qué risa!  
Yo no sé de qué manera.
- COSME. A más de representarles  
las tres jornadas completas,  
he de hacerles un sainete  
y una tonadilla nueva,  
sin necesitar que salga  
más que mi persona misma.
- REMIGIO. ¿Qué dice usted?
- COSME. Lo que escuchan.
- MARQ. Pues ya tiene usted licencia.  
Diga usted: ¿cómo se llama

- o se titula esa pieza?
- COSME. *La brevedad sin substancia.*
- MARQ. A chabacano me suena.
- COSME. Después de que acabe yo,  
bailarán unas boleras  
la Gaditana y su hermano,  
y se concluirá la fiesta.
- TODOS. ¡Viva, viva; que se empiECE!
- COSME. Allá va; toque la orquesta.

Tocan un poco; y después de las voces, sale COSME vestido de turco, y el alfanje desnudo.

- COSME. (*Dentro.*) ¡Arma, arma; guerra, guerra!  
¡Españoles, a las armas!  
¡El rey baja despeñado!  
¡Españoles, a las armas!  
(*Sale.*) ¿Adónde corréis, cobardes?  
Volved, perrazos, que os llama  
vuestro general Gandulfo.  
¡Ah Mahoma! ¿Ahora me faltas?  
Mas ¡qué miro? Por el monte  
la caballería salta:  
allí braman los clarines;  
allí retumban las cajas;  
¡todo es horror, todo asombro!  
ya se acercan, ya me agarran;  
pues a correr; y dé aquí  
fin la primera jornada. (*Vase.*)
- TODOS. ¡Bravo, bravo!
- REMIGIO. ¿Si habrá, acaso,  
casamiento en esta pieza?

MARQ. Bien puede ser que se casen  
la izquierda con la derecha.

Sale COSME, después que tocan un poco, con capa y sombrero,  
espada en una mano y en la otra una luz.

COSME. Por el ojo de la llave  
he visto un hombre en la sala.  
¡Matarélo, vive el cielo!  
¡Honor, límpiame la mancha  
que te han echado! Mas ya  
se apagó la luz. ¡Qué rabia!  
Pasos siento. ¿Quién resuella?  
¿No responde? Traidor, habla.  
¡Que no te encuentre mi furia;  
que no te alcance mi rabia!  
Agradece, infiel, que da  
fin la segunda jornada... (*Vase.*)

REMIGIO. ¡Excelente pensamiento!

MARQ. ¡Qué enredada es la comedia!  
Rabiando estoy por saber  
si acaba el paso en tragedia.

SARGENTO. Yo no sé cómo le puede  
caber tanto en la cabeza.

Vuelven a tocar, y sale COSME de militar, con reloj.

COSME. ¿Qué hora tendremos?  
El reloj toca y lo sabremos.  
(*Tocan siete horas: 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7.*)  
Y pues esto va largo, y son las siete,  
mejor será dar fin a este sainete.

- MARQ. ¡Qué gracioso! Me parece  
composición de Comella.  
REMIGIO. Me parece que está en prosa.  
MARQ. Nada menos; que son berzas.  
REMIGIO. Pero él acciona muy bien.  
MARQ. Parece una palanqueta  
cada brazo.  
BARTOLO. No lo entiendo;  
pero es muy buena comedia.

Tocan otra vez; empieza el *ritornello* de la tonadilla, y sale  
COSME de maja.

- COSME. (*Canta.*)  
Yo soy una real maja  
que vengo de Sevilla;  
y aquí acaba, señores,  
la tonadilla... (*Vase.*)  
TODOS. ¡Viva!  
REMIGIO. ¡El hombre es un estuche!  
BARTOLO. ¡Qué bien ha cantado el bestial  
MARQ. Esa música es de invierno,  
pues he tenido muy cerca  
un aguacero de babas.  
REMIGIO. Tendrá el pobre muchas flemas.

Vuelven a tocar, y sale COSME con manto imperial, corona  
y cetro.

- VOCES. (*Dentro.*) ¡Viva el rey; nuestro rey viva;  
que viva nuestro monarca!  
COSME. (*Saliendo.*) Ya, vasallos valerosos,



que mi frente coronada...  
¡Vasallos! Qué, ¿no hay ninguno?  
¡Vasallos! Si no hay un alma;  
mas pues me han dejado solo  
y soy rey de mojiganga,  
la comedia aquí acabó;  
perdonad sus muchas faltas.

TODOS. ¡Viva, viva!

MARQ. Me parece  
que le falta a la comedia  
la última hoja.

REMIGIO. Los mirones  
acábenla como quieran.

MARQ. Que salgan los dos hermanos  
a principiar las boleras.  
(*Tocan boleras, y bailan Gaditana y Rojo.*)

TODOS. ¡Que vivan los dos boleros!

MARQ. Vaya para un par de medias.  
(*Les tira una onza.*)

LOS DOS. ¡Viva usía muchos años!

MARQ. Ha estado buena la fiesta.

SARGENTO. Chicos; le ha echado al teatro  
una onza la Marquesa.

TREM. Bien lo merecen los pobres.

MARQ. Con dificultad se encuentra  
quien baile con tanta gracia.

COSME. (*Dentro.*) Lo que ha dado la Marquesa  
se ha de repartir con todos.

ROJO. (*Dentro.*) Se lo ha dado para ella,  
y no reparte con nadie.

MARQ. ¿Qué es esto? ¿Es otra comedia  
aquestas voces que dan?

Salen COSME con el tambor y ROJO con la vihuela, riendo.

COSME. ¡Atrevido!

ROJO. ¡Mala lengual!

COSME. ¿Tú darme con la guitarra?

ROJO. ¿Y tú darme en la cabeza  
con el tambor, atrevido?

SIMÓN. Señores, ¿qué bulla es ésta?

TODOS. ¡Que se matan!

MOSCA. Vámonos,  
niñas, de aquí.

REMIGIO. ¡Qué insolencia,  
delante de la Justicia!

BARTOLO. Vaya, ¿por qué es la quimera?

ROJO. Señor, porque...

REMIGIO. Hable el autor  
que es quien aquí hace cabeza.

COSME. Señor; viendo que teníamos  
de entrada cuatro pesetas,  
y que le tiró una onza  
al teatro la Marquesa,  
dijeron que era razón  
que con los demás partiera;  
su hermano le respondió  
que no lo hiciese, y que era  
para ella solamente;  
y al fin me obligó dijera  
que era un género de estafa  
echó mano a la vihuela,  
y sin reparar en nada  
me la encajó en la cabeza;

encontré a mano el tambor,  
y por que no se riera,  
por montera se lo puse.  
La cuestión ha sido ésta.

ROJO. Señor, él es un...

REMIGIO. Silencio,

que tengo yo una cadena  
para amansar a los guapos.

COSME. ¡Que a mí esto me suceda!

MARQ. Señores; a la verdad,  
todo es una friolera;  
y pues yo he sido la causa  
de semejante pendencia,  
ahí va ese doblón de a ocho  
para que la marcha emprendan.  
Éste le doy para todos;  
cuidado no haya quimera.

LOS DOS. Damos a usía las gracias  
por el favor que dispensa.

TODOS. Y aquí acaba este sainete;  
perdonad las faltas nuestras.

FIN



# EL CORTEJO SUBSTITUTO

SAINETE

## PERSONAS

DON PEDRO, cortejo substituto.

DON JOSÉ, cortejo de DOÑA ANA.

DON JUAN, cortejo de DOÑA TECLA.

DON HILARIO, cortejo de DOÑA ISABEL.

DOÑA ISIDORA.

FELIPA, criada.

BENITO, criado.

## EL CORTEJO SUBSTITUTO

---

Habitación de DON PEDRO, con sillas, mesa con libros, papeles y escribanía. BENITO aparece en el teatro y DON JOSÉ sale por la derecha.

JOSÉ.                   ¿Está ahí tu amo?

BENITO.   Ahí está.

JOSÉ.                   Pues dile que aquí lo aguardo.

BENITO.               Está muy bien. (*Vase.*)

JOSÉ.   Mientras viene,  
estos papeles veamos.

*La Casandra.* ¡Puf, qué peste!

No hay paciencia para tantos  
traductores de novelas

y romances. *El Diario*

*de Cádiz;* si dura más

pienso que hasta los serranos  
hubieran zampado cartas

en el cepillo. Leamos:

*La Magdalena cautiva,*

comedia nueva en tres actos.

Dale que han de ser poetas,

y dale que son naranjos.

Pero ¡tate!: *Observaciones*

*de don Pedro Montefalco  
sobre el mérito de varias  
currutacas. Yo lo guardo.*

¡Don Pedro escritor! ¿Por dónde?  
Pero él sale.

PEDRO. (*Saliendo.*) Adiós, Pepazo.  
¿Tú por acá? ¿Qué hay de nuevo?  
¿Te ausentas, o estás acaso  
de entredicho con doña Ana?

JOSÉ. No es nada de eso. Otro enfado  
vengo a darte.

PEDRO. ¿Qué se ofrece?  
Despachemos; que ahora acabo  
de recibir diez esquelas  
de diez damas que han quebrado  
con sus cortejos; y es fuerza  
asistir a su despacho  
mientras dure el interregno.

JOSÉ. Pues, Periquito; mi encargo  
se reduce a que esta noche  
acompañes a un sarao  
a mi doña Ana.

PEDRO. No puedo;  
eso es ya mucho trabajo.  
¿Qué pretenden los cortejos?  
¿No consuelo, no acompaño  
sus damas en las ausencias  
y enfermedades?

JOSÉ. Es claro.

PEDRO. Pues si quieren más, que busquen  
un substituto de palo;  
que yo no puedo con tantas



obligaciones.

JOSÉ. Un rato  
más o menos...

PEDRO. No es posible;

y si no mira el estado  
de los cortejos del día.  
Doscientos hay embarcados;  
quinientos están enfermos;  
trescientos andan viajando;  
ciento y ochenta suspensos,  
y diez que han abandonado  
sus puestos cobardemente.

*(Guarda el papel.)*

Sobre que en catorce años  
que desempeño mi empleo,  
nunca he visto en los estrados  
tan grande revolución.

Mucho asunto en este ramo  
hallarán los escritores  
de nuestro siglo.

BENITO. *(Sale con un papel.)* Un criado  
viene con este billete.

PEDRO. ¡Ay!, ya no puedo con tanto  
cortejo con tabardillo.  
*(Lee.)* «Junto a los Desamparados;  
número cuarenta y tres,  
doña Leonarda Camacho.»  
Esto es morir.

JOSÉ. Yo no sé  
cómo puedes dar abasto.

PEDRO. Pediré que me jubilen  
si aprieta más el trabajo;

y si no que me señalen  
un compañero.

BENITO. (*Saliendo.*) En el patio,  
licencia espera una dama.

PEDRO. Dile que suba, pelmazo.  
Vete al punto; que sin duda  
éste es caso reservado.

JOSÉ. Cumple con tu obligación.  
Adiós. (*Vase.*)

PEDRO. Escribe en llegando.  
¡Cáscaras! Sólo faltaba

que por irse a picos pardos  
me encajase a mí la pupa.

ISIDORA. (*Saliendo.*) Don Pedro, beso su mano.

PEDRO. Señorita; este favor  
fuera sin ese recato  
más apreciable.

ISIDORA. Si en eso  
consiste, ya me destapo.

PEDRO. ¡Hermosa cara! ¿Y quién rinde  
adoración a ese cuadro?

ISIDORA. Don Ignacio Argamasilla.

PEDRO. ¡Oh, qué lindo pajarraco!  
Ése muda más cortejos  
que camisas. ¡Cuánto, cuánto  
me da el tal hombre que hacer!  
Pero, en fin, vamos al caso:  
¿qué ha sucedido?

ISIDORA. Que ayer,  
estándome yo peinando,  
vino serio a preguntarme  
de qué color era el lazo

del prendido; respondíle  
que de cielo, y alterado  
me replicó: «No ha de ser  
sino verde guacamayo.  
—Será cielo. — No será.  
— Pues yo quiero. — Yo lo mando.»  
Al oír esta terrible  
palabra, le tiré un ramo  
de flores a la cabeza;  
pasóle un jazmín rozando  
la patilla, y como un tigre  
comenzó a pisotearlo.  
Yo, más airada, le arrojé  
el peine, después un paño  
de cara, cuatro plumeros,  
y al levantar luego el brazo  
con la borla de los polvos  
me dijo tal dicharacho,  
que, del bochorno, un minuto  
estuve con un desmayo.

PEDRO. ¡Qué perverso! Yo discurro  
que no hay en el gremio cuatro  
cortejos tan insufribles.  
Mire usted: habrá dos años  
que riñó con doña Clara  
Falcón, por unos zapatos;  
y, porque la pobre dama  
le estampó algunos araños,  
le pegó tal bofetón  
que le hizo un desconchado  
en la mejilla derecha,  
de tres pulgadas en cuadro;

de modo que el lance fué  
muy ruidoso en los estrados;  
y estuvo cuatro minutos,  
y un segundo, arrodillado  
para conseguir que fuese  
aquella noche a un sarao.

ISIDORA. El traidor tomó la puerta  
sin hacer el menor caso  
de mis suspiros, después  
que lo antepuse a un hidalgo  
portugués, nieto del rey  
don Sebastián, que prendado  
de mis gracias me mandó  
un día cinco lacayos  
con un papel en estilo  
metafórico... Mas cuando...  
¿Qué es esto? ¡Jesús mil veces!...

PEDRO. ¡Pobre señora! Un desmayo.  
Apliquémosle el succino.

ISIDORA. ¡Ay de mí!

PEDRO. Remedio santo.

ISIDORA. Desde anoche estoy así.

PEDRO. ¡Vaya, que estoy espantado!  
Yo no he visto un accidente  
más violento. Le ha durado  
medio minuto. ¡Qué horror!

ISIDORA. ¡Ay, don Pedrito; en sus manos  
pongo mi vida!

PEDRO. (*De rodillas.*) Bien mío;  
usted disponga a su agrado  
de mi terneza. Yo juro  
idolatrarla, entretanto

que un cortejo en propiedad  
corte el interino lazo.

ISIDORA. Eso sólo me conforta.

PEDRO. Pero es fuerza que sepamos  
qué servicios quiere usted;  
¿los visibles, o privados?

ISIDORA. Explíqueme usted.

PEDRO. Señora;  
como mi empleo es tan vasto,  
no es posible enteramente  
cumplir con empeños tantos.  
Con unas sólo me obligo  
a llevarlas al teatro,  
al paseo, a la visita;  
y con otras me contrato  
para el tocador, la mesa,  
la tertulia y el estrado.  
Ya ve usted que sólo así  
puedo servir las con garbo,  
y aun, con todo, no me libro  
de araños y abanicazos.

ISIDORA. Pues, don Pedrito, conmigo  
tendréis muy poco trabajo,  
porque la Alameda es sitio  
de polvareda y codazos;  
el Arrecife es paseo  
de coches y de caballos;  
y sólo la calle Ancha,  
entre once y doce, es el campo  
donde puede una mujer  
soltar las riendas al garbo.

PEDRO. Ya se ve; como que están

las tiendas llenas de argos,  
y al olor de una basquiña  
salen más de mil gazapos  
fuera de sus madrigueras.

ISIDORA. Yo espero enjugar el llanto  
muy pronto.

PEDRO. No tiene duda;  
pues en yendo yo a su lado,  
conocerán que está vaca  
la prebenda, y a dos manos  
recogerá memoriales  
de tiernos enamorados.

ISIDORA. Pues cuenta con no faltar  
a su deber.

PEDRO. Ni pensarlo.

ISIDORA. ¡Ay, que me da, que me da!...  
(*Se desmaya.*)

PEDRO. ¡Qué dolor! ¿Otro desmayo?  
Pues salga el succino.

ISIDORA. ¡Cielos,  
yo fallezco!

PEDRO. Es un milagro  
el succino. Ea, mi bien,  
tenga usted valor...

ISIDORA. El paso  
no es para menos.

PEDRO. Ponerse  
una pítima en llegando.

ISIDORA. Ya me vuelve. (*Se desmaya.*)

PEDRO. ¿Otro deliquio?  
Pues el pomo.

ISIDORA. Ya ha pasado.

- PEDRO. Señora; tres accidentes  
en tan cortísimo espacio  
me tienen fuera de mí.
- ISIDORA. Véngame usted acompañando.
- PEDRO. Vamos, mi bien; y el succino  
se lo llevaré aplicado.

Sala con sillas, y salen DOÑA ISABEL y FELIPA.

- ISABEL. ¿Has visto pasar, Felipa,  
por la calle a don Hilario?
- FELIPA. Nada menos que seis veces.
- ISABEL. Eso, sí; pene el ingrato,  
que bastantes sinsabores  
su inconstancia me ha costado.
- FELIPA. Hételo por dónde viene. (*Vase.*)
- ISABEL. Pues me ha de encontrar de mármol.
- HILARIO. (*Saliendo.*) No pienses que vengo, ingrata,  
a solicitar tu lado,  
pues llegaron a su colmo  
tu injusticia y mis agravios;  
hoy sólo vengo a volverte  
tus papeles; estos rasgos  
que besaba en otro tiempo,  
ya no quiero aun conservarlos.
- ISABEL. Caballero; usted pudiera  
mandarlos con un criado.  
¡Válgame Dios! Cuánto siento  
que se tome ese trabajo.
- HILARIO. ¿Ves, inconstante; ves cómo  
fueron falsos tus halagos,  
cuando estás con tal frescura?

- ISABEL.       ¿Pues qué quiere, don Hilario;  
                  que me dé cuatro sangrías  
                  en despique de haber dado  
                  a doña Clara de Rivas  
                  su corazón, olvidando  
                  antiguas obligaciones?
- HILARIO.       ¿Yo a doña Clara? ¡Qué engaño!
- ISABEL.       Yo lo sé de buena tinta,  
                  mi señor, mas no me espanto;  
                  doña Clara es una dama  
                  de mérito, por su garbo,  
                  por su chiste, por el gusto  
                  de su aliño y el boato  
                  de su casa; finalmente,  
                  la tal dama fuera un pasmo  
                  si no tuviera la falta  
                  de un si es no es de desgarro,  
                  mucho de coquetería  
                  o ligereza de cascos;  
                  defectos que, ciertamente,  
                  jamás podrá dispensarlos  
                  un galán de tanto punto,  
                  tan constante, tan honrado,  
                  y sobre todo tan firme,  
                  como puedo yo jurarlo.
- HILARIO.       ¡Vive Dios que esa ironía  
                  me desespera! Di: ¿cuándo  
                  he dado el menor motivo?
- ISABEL.       La otra noche en el sarao,  
                  después de la contradanza,  
                  hubo el excelente paso  
                  de abanicar y limpiarle



el sudor de cuando en cuando.  
Hubo aquéllo... Mas ¿qué importa?  
¿Para qué nos fatigamos?  
Ya he mandado yo el billete  
a don Pedro. Aquí le aguardo;  
conque usted tiene licencia  
para marcharse en gustando.

HILARIO. ¡Ya sufrir tanto es baja!za!  
¡Vive el cielo!...

PEDRO. (*Saliendo.*) Si he tardado,  
madamita, dispensadme.  
¿Pero qué es esto? Tú, Hilario,  
¿eres el enfermo?

HILARIO. Estoy  
por hacer un atentado.  
(*Se tira en una silla.*)

PEDRO. Hombre, ten pecho; estos lances  
en amor son ordinarios.  
Mira; ayer substituí  
siete veces a don Fausto,  
porque doña Juana y él  
otras tantas se enfadaron  
e hicieron las amistades;  
de modo que seis lacayos  
anduvieron todo el día  
detrás de mí, destacados.

ISABEL. ¡Don Pedro!

PEDRO. Con tu licencia  
desempeñaré mi encargo.  
¡Dueño mío! (*Se arrodiilla.*)

ISABEL. Con más gracia  
se requiebra.

- PEDRO. ¡Dueño amado!  
Seré tierno, seré dulce,  
seré...
- ISABEL. Vaya usted en un salto,  
y tráigame un alfiler.
- PEDRO. Iré lo mismo que un rayo.  
(*Entra corriendo.*)
- HILARIO. Mujeres, todas son falsas.
- ISABEL. Los hombres son unos santos.
- PEDRO. (*Saliendo.*)  
Aquí está, mi bien.
- ISABEL. Más pronto  
se ha de hacer lo que yo mando.  
(*Le tira un pellizco.*)
- PEDRO. ¡Ay, mi bien; que ésta es mi carne!
- ISABEL. Pues cuidado con mis manos.
- PEDRO. (*A Hilario.*) Haz las paces, por tu vida,  
que esta mujer es el diablo,  
y en dos días enterró  
al substituto.
- HILARIO. No trato  
de humillarme.
- ISABEL. Don Pedrito,  
aquel libro...
- PEDRO. Voy volando.  
(*Corre a la mesa y se lo trae.*)  
Ya está aquí, mi dulce dueño.
- ISABEL. No sea usted tan atronado. (*Lo pellizca.*)
- PEDRO. ¡Mis ojos; que no soy piedra!
- ISABEL. Así lo iré yo amoldando.  
Lea un poco.
- PEDRO. Sí, señora.

«Capítulo veinte y cuatro.  
Desapareció la noche  
y salió el alba en su carro...»

ISABEL. Ni aun para eso tiene gracia.  
*(Le tira el libro.)*

PEDRO. ¡Ay, que me ha descalabrado!  
Hombre; desenójala,  
que ya estoy descuartizado.  
Yo te serviré de empeño.

HILARIO. No te canses; ni pensarlo.

PEDRO. ¿Si será martes? ¡Jesús  
y qué día tan aciago!

ISABEL. Corra usted por la labor.  
¡Qué cortejo tan pelmazo!

PEDRO. Hoy rodaré por la sala,  
si no hace Dios un milagro.  
*(Vase corriendo.)*

HILARIO. Puede ser que se arrepienta.

ISABEL. Me salvaré en ese caso.

PEDRO. *(Saliendo con la almohadilla.)*  
Aquí está.

ISABEL. ¿Adónde va usted?

PEDRO. Estoy, señora, citado  
para las ocho.

ISABEL. No quiero  
que se vaya usted.

PEDRO. Me marchó,  
porque es fuerza.

ISABEL. ¡Vil cortejo!  
*(Le tira la almohadilla.)*

HILARIO. Todos huyen de su trato;  
todos la dejan.

- ISABEL. Prometo  
mañana desengañarlo.
- HILARIO. ¿De qué suerte?
- ISABEL. Como guste  
de venir, verá en mi estrado  
la flor de Cádiz; mil niños  
que, a mis pies arrodillados,  
estarán de un sí pendientes.
- HILARIO. Siempre ha gustado de trapos.
- ISABEL. Ya se ve; no son sujetos  
de su carácter.
- HILARIO. No aguanto,  
mi señora, tales zongas.  
Si usted prosigue...
- ISABEL. Mil cantos  
hay en la calle; lo sé...
- HILARIO. ¡Por vida!...

Salen JUAN, DOÑA TECLA y DOÑA ANA.

- TECLA. Ya estáis votando.  
¿Qué es esto, Isabel?
- ISABEL. No es nada.  
Las cosas de don Hilario.  
Dime, Anita, ¿y don José?
- ANA. En casa dejé encargado  
que le enviasen acá.
- ISABEL. Sí; pasaremos el rato.
- JOSÉ. (*Saliendo.*) Señoras; beso los pies  
de ustedes.
- ISABEL. Vamos tomando  
asiento.

- JOSÉ. ¡Qué buena obra  
vengo a leerlas!
- ISABEL. ¿Es rasgo  
de erudición?
- JOSÉ. No, señora;  
es un profundo tratado  
de crítica que ha compuesto  
don Pedro de Montefalco.
- TODOS. ¿Y qué tal?
- JOSÉ. Yo no sé más  
sino que es curioso.
- ISABEL. Vamos;  
diviértanos usted un poco.
- JOSÉ. Hoy he logrado pillarlo,  
revolviendo sus papeles.
- ISABEL. Veremos su entendimacho.
- JOSÉ. Pues dice así: «Observaciones  
de don Pedro Montefalco  
sobre el mérito de varias  
currutacas.»
- TODOS. ¡Bravo, bravo! (*Aplaudiendo.*)
- JOSÉ. «El día 22 de julio  
cortejé a doña Ana Claros;  
la mujer más melindrosa  
que habrán visto los humanos.»
- ANA. ¡Qué insolente!
- JOSÉ. Escuche usted:  
«Siempre lleva guantes blancos,  
porque las manos parecen  
unas suelas de zapatos.»
- ANA. ¡Qué infame! Si lo pillara...
- TODOS. ¡Vaya, que está bueno el chasco!

- JOSÉ. «A doña Tecla Domínguez  
cortejé en el mes de mayo;  
la mayor tonta de Cádiz.»
- TECLA. ¡Que hable de mí el perdulario!  
He de sacarle los ojos.
- JOSÉ. Oiga usted: «En el calzado  
tiene toda su manía,  
y parecen los zapatos  
unas lanchas cañoneras,  
según son anchos y largos.»
- TECLA. La cólera me sofoca.
- ISABEL. ¡Vaya, que el lance es pesado!
- JOSÉ. «De doña Isabel de Parra,  
aunque no la he cortejado,  
tengo sobradas noticias  
de su manía.»
- ISABEL. Veamos.
- JOSÉ. «Quiere parecer hermosa;  
y como en sus tiernos años  
unas malignas viruelas  
el cuero la socavaron,  
se dió a la albañilería,  
y su ejercicio diario  
es echar pellas de cal  
en hoyos y desconchados.»
- TODAS. Mira, mira cuál te pone.
- ISABEL. Por eso yo no me enfado;  
sólo, sí, le pronostico  
sus ciento y cincuenta palos.
- HILARIO. Esos yo se los daré.
- ISABEL. También eso es excusado.  
Nosotras, las agraviadas

somos y tenemos manos.

¡Muchacha!

FELIPA. (*Saliendo.*) ¿Qué manda usted?

ISABEL. ¿Hay muchas escobas?

FELIPA. Cuatro.

ISABEL. Pues ve a traerlas. Ustedes

(*A los hombres.*)

escóndanse en ese cuarto

cuando venga.

HOMBRES. Está muy bien.

ISABEL. Y ustedes, a mis mandatos

estén atentas.

(*Sale Felipa con las escobas y caga cual  
coge la suya.*)

FELIPA. Pues vayan

las escobas.

ISABEL. Ten cuidado

de ponerte en esa puerta,

de centinela; en entrando

don Pedro...

FELIPA. Quedo enterada.

ISABEL. Callad, que he sentido pasos.

ANA. Él es.

ISABEL. A esconderse pronto.

HOMBRES. A la vista nos quedamos. (*Se entran.*)

ISABEL. El papel.

JOSÉ. Tómelo usted.

Salen ISIDORA y DON PEDRO.

ISIDORA. Isabelita, ¿qué cuadro  
es éste?

*(Felipa se pone a la puerta, y todas están con las escobas alzadas.)*

PEDRO. Qué, ¿van ustedes  
a barrer el Campo Santo?

ISABEL. A barrerle esas espaldas,  
amado cortejo, vamos.

PEDRO. ¿Tiene usted algún martirio  
de nueva invención?

ISABEL. *(Le agarra por una oreja.)* ¡Villano,  
maldiciente, baladí!  
¿Cómo tiene, el mentecato,  
valor de satirizar  
a las damas?

PEDRO. ¿Cómo o cuándo?

ISABEL. Este papel, de su letra,  
lo condena.

PEDRO. ¡San Macario!  
Mi bien; si éstas son mis obras  
póstumas. ¿Quién las ha dado  
al público?

ISABEL. ¿Quién? Un duende  
que me dice todo cuanto  
hacen mis cortejos.

ISIDORA. Vaya,  
que está muy pesado el chasco,  
y no quiero que prosiga  
viniéndome acompañando.

ISABEL. Puede ser que tú también  
estés en lista. Veamos.

ISIDORA. No es posible que don Pedro  
procediese tan ingrato  
con una dama que admite



sus interinos halagos.

ISABEL. En efecto; ya te hallé,  
y dice...

ISIDORA. Detén el labio  
y no leas..., pues del pecho...  
el corazón... a pedazos...  
quiere salirse..., y no tengo  
ánimo para escucharlo.  
Denme un succino, señoras,  
porque el mío no lo traigo.  
(*Se desmaya sobre el hombro de don Pedro.*)

ISABEL. En leyendo estas dos líneas  
acudiré a su desmayo:  
«A doña Isidora Soto,  
aunque no la he cortejado,  
sé que le apesta el sudor  
continuo de los sobacos.»

ISIDORA. (*Vuelve en sí y embiste a don Pedro.*)  
¿A mí, perro?

PEDRO. Dueño mío,  
¿tiene usted dedos o garfios?

ISABEL. Detente, Isidora.

ISIDORA. Tengo,  
con las uñas, de sajarlo.  
¿Olerme mal el sudor?  
¡Miren qué embustero! Cuando  
en agua de azahar y rosa  
todos los días me baño.  
¡Jesús! Mañana ha de darme  
testimonio un escribano  
de la ropa que me quite,  
y haré al punto publicarlo

en las tertulias.

ISABEL.

Queréis

hacer este asesinato

con todas sus ceremonias?

TODAS.

Como quieras.

PEDRO.

¿Qué he escuchado?

¡Matarme quieren! Mis dueños;

acordaos de mis halagos,

de las carreras en pelo

que por vuestro amor he dado.

¿Quién en vuestras soledades

os asistirá, si falta?

Yo soy remedio y figura

de un cortejo propietario;

yo soy la llave capona

del amor; el secretario

de los antojos; el simple

cubierto de los estrados;

y, en fin, soy el bastonero

perpetuo de los saraos.

ISABEL.

No sirve alegar servicios,

después de tantos agravios.

Hínquese aquí de rodillas.

PEDRO.

Las tengo llenas de granos.

ISABEL.

¡Hínquese, o si no...!

PEDRO.

(*Se arrodilla.*) Ya estoy.

ISABEL.

Ahora levantad en alto

las escobas, y a la seña

de este pañuelo, aplastadlo.

(Doña Isabel da su escoba a Isidora y saca un pañuelo para hacer las señas. Todas tienen las escobas levantadas.)

PEDRO. ¿Cómo es esto? ¿Soy araña,  
que me matan a escobazos?

ISABEL. Atención.

PEDRO. Un poco, esperen.  
Moriré como cristiano.  
¡Santos cielos! ¡Que no salga  
un ratón de algún armario,  
para ver este escuadrón  
desaparecer chillando!

HOMBRES. (*Saliendo.*) ¿Qué ruido es éste, señoras?

PEDRO. Pepito, Juanito, Hilario,  
favorecedme.

MUJERES. ¡Que muera!

PEDRO. Apelo, apelo a los machos.

ISABEL. Está bien; que lo sentencien;  
pero, señores, cuidado,  
que está confeso y convicto.

JUAN. Pues en virtud de esos autos,  
sentencio que lo degüellen.

PEDRO. Pues a fe que es lindo pago,  
después que, siendo tan feo,  
tan tonto y tan perdulario,  
te presenté a doña Tecla.

HILARIO. Yo sentencio lo contrario;  
pues la mujer que en su casa  
da silla a tal mentecato,  
eso y mucho más merece;  
y así, por mí, perdonado.

PEDRO. Hombre, ¿para qué te precias  
de filósofo, si cuando  
riñes con doña Isabel,  
por la boca arrojas sapos

y culebras?

JOSÉ. Pues, señores,  
yo elijo un medio entre ambos;  
y así, sentencio que salga  
con vida, pero a escobazos.

PEDRO. ¿Son carreras de baquetas?  
Miren que no soy soldado.

ISABEL. ¡Sentencia justa! Muchachas,  
deshollínadle los cascós.

PEDRO. Déjenme tomar siquiera  
la delantera cien pasos.

TODAS. ¡Salga el pícaro!

PEDRO. ¡A la guardia!

TODAS. ¡Duro con él!

PEDRO. Que estos diablos  
me matan.

*(Le persiguen hasta el bastidor con las  
escobas.)*

ISIDORA. Los escalones  
los salta de cuatro en cuatro.

ISABEL. En las tertulias mañana  
se publicará este caso,  
para que ninguna admita  
tales muebles; pues es claro  
que el crédito de una dama  
corre peligro en sus labios.

ISIDORA. Yo a mi casa me retiro,  
pues me he sofocado tanto,  
que temo me den doscientos  
accidentes en llegando.

TODOS. Y aquí da fin el sainete;  
perdonad defectos tantos.

FIN

# LA CURA DE LOS DESEOS <sup>(1)</sup>

SAINETE

(1) En la colección publicada por el Sr. Castro, este sainete se intituló *La cura de los deseos y varita de virtud*.

## PERSONAS

MARCOS, zapatero.

ROSA, su mujer.

SEBASTIANA, su madre.

HERNANDO.

DON PEDRO, viejo.

DON TEODORO, médico.

## LA CURA DE LOS DESEOS

---

La escena representa tienda de zapatero. Aparece MARCOS trabajando en su mesilla.

MARCOS. ¡Que me pariera mi madre  
para que en el mundo sea  
zapatero remendón!  
¡Ah fortuna! ¿No pudieras  
haber trocado mi suerte?  
¡Qué le hemos de hacer! Paciencia.

ROSA. (*Saliendo.*) Marcos, hijo, ¡qué deseos  
me han dado!

MARCOS. Mujer, revienta.

¿Qué se te antoja? Despacha.

ROSA. Ahora me asomé a la reja,  
y vi pasar por la calle  
una señora... ¡Si vieras  
qué bien calzada que iba!  
¡Qué hermosa saya de seda,  
con dos andanas de flecos  
y muchas borlitas sueltas!  
Mas, sobre todo, el mantón,  
¡ay qué riquísimo era!

Lo menos, menos, tenía  
el encaje sus dos tercias.  
Vaya, me quedé asombrada.  
¡Ay Marquitos, hijo! Es fuerza  
que me compres otro igual.

MARCOS. Tú has perdido la chaveta,  
mujer. Me ves sin camisa,  
y que a estas horas no hay yesca  
para encender el anafe,  
¿y se te antoja una prenda  
de tanto valor? ¿Acaso  
falsifico yo moneda?

ROSA. Pues, hijo, falsificarla,  
y saldremos de miseria.

MARCOS. ¿Y que en la plaza me cuelguen?

ROSA. ¿Y qué importa? Si te cuelgan,  
morirás por haber hecho  
las debidas diligencias  
para tener a tu esposa  
con decoro y con decencia.

MARCOS. Pues, hija mía, si aguardas  
a vestirme con la renta  
de monedero, andarás  
como nuestra madre Eva.

ROSA. Pues buscar otros arbitrios.

MARCOS. Pero dime cuál.

ROSA. Cualquiera.

Sal a robar.

MARCOS. Gran demonio,  
¿tú quieres que vaya a Ceuta,  
después de haberme molido  
las costillas con la penca?



- ROSA. Pues quiero mantón, mantón.
- MARCOS. Pues háztele de la estera,  
y échale su guarnición  
de cascabeles.
- ROSA. So bestia,  
¿de mí te burlas?
- SEBAST. *(Sale con un niño en brazos.)*  
¡Qué es esto!  
Bribón, ¿siempre con quimeras?  
¿Quieres matarme a mi hija?
- MARCOS. Al contrario; ella desea  
verme pernear.
- ROSA. Sí, mucho.  
¡Ojalá que yo te viera  
en las manos del verdugo!
- MARCOS. Antes cíegues que tal veas.
- SEBAST. No me insultes a mi hija;  
porque si doy cuatro vueltas,  
te he de pudrir en la cárcel.
- MARCOS. Pues al punto; que me prendan,  
que me quemen; que lo manda  
mi señora la Condesa  
del Remiendo.
- SEBAST. Qué, ¿te burlas?  
¿Conque, según eso, piensas  
que yo y Rosa no tenemos  
sujetos que nos protejan?
- ROSA. ¡Jesús! Mil veces me ha dicho  
don Blas Gariticochea:  
«Niña, no sea usted tonta;  
en queriendo quedar suelta  
se le seguirán los pasos

- a su marido; y apenas  
se revuelva irá a parár  
a Melilla o a Alhucemas.»
- MARCOS. ¡Qué buenas almas! Di: ¿cómo  
entonces te mantuvieras?
- ROSA. Nadie se muere de hambre.  
¡Toma! En esta calle misma  
vive un señor que, en llegando  
una mujer a sus puertas,  
al punto le da una onza  
de limosna.
- MARCOS. ¿Y cuando llegan  
hombres?
- ROSA. Esos que se vayan  
al Hospicio, o que se mueran.
- PEDRO. (*Saliendo.*) Felices, señor maestro.  
Adiós, señora maestra.
- ROSA. Dios guarde a usted, caballero.
- PEDRO. ¿Ha cosido usted la oreja  
del zapato?
- MARCOS. Sí, señor;  
mírela usted.
- PEDRO. Está muy buena.  
Tome usted.
- MARCOS. ¿Cómo, señor!  
¿No ve usted que me da media  
onza de oro? Sin duda  
usted se equivoca.
- PEDRO. Ea;  
guárdela usted y no replique.
- MARCOS. Pero, señor, en conciencia...
- PEDRO. Usted es un hombre cargado

de obligaciones, y es fuerza  
que los hombres de posibles  
socorramos sus miserias.

MARCOS. Dios le pague a usted, señor,  
la caridad; y usted vea  
en qué puedo...

PEDRO. Basta, basta;  
no quiero gracias. ¿Es esta  
señora, madre de usted?

SEBAST. No, señor; que soy su suegra.

PEDRO. ¡Ay qué niño tan bonito!  
¿Es varón?

ROSA. No, señor; hembra.

PEDRO. ¡Cuál se parece a su madre!

MARCOS. Tan solamente las cejas  
son de su padre.

ROSA. Alma mía,  
regalo de mis potencias,  
ven con tu mamá. (*Tómalo.*)

PEDRO. ¡Qué madre  
tan dulce y tan halagüeña!  
Es un dije. ¡Co, mi vida!  
Haz un pinito, mi prenda...  
¡Cómo se ríe! Chiquillo;  
toma ese par de pesetas  
para rosquetes.

MARCOS. Señor,  
Dios le pague a usted la buena  
obra.

PEDRO. Déjese de gracias,  
y ocúpeme en cuanto quiera.  
Luego le traeré un zapato,

y le echará una puntera.  
Sea usted agradecido,  
y eso me basta. Maestra,  
lo mismo le digo a usted.

SEBAST. Rosita es una cordera.

ROSA. En mí tendrá usted una esclava.

PEDRO. Pues adiós; hasta la vuelta.

MARCOS. Dios se lo pague...

PEDRO. No más...

MARCOS. ... y le dé la gloria eterna.

PEDRO. Adiós. (*Vase.*)

LAS DOS. Vaya usted con Dios.

MARCOS. ¡Qué hombres tan buenos se encuentran!

¡Yo estoy pasmado! ¡Qué santo!

No quiere se lo agradezcan.

ROSA. Toma tú, pronto, este niño.

SEBAST. ¿Adónde vas tan de prisa?

ROSA. Marcos; dame ese dinero,  
que voy en una carrera  
a comprar catorce varas  
de cinta color de perla  
para unos lazos.

MARCOS. ¡Demonio!

¿Conque no hay pan, y ahora piensas  
en perendengues?

ROSA. ¿Qué importa,  
si se ha entrado por las puertas  
la fortuna?

MARCOS. ¿Cómo ha entrado?  
¿Adónde está esa doncella,  
que no la veo?

ROSA. Ya es tiempo

que hablemos, hombre, de veras.  
Siéntate.

MARCOS. Mientras que hablas  
compondré yo estas chinelas. (*Siéntase.*)

ROSA. Pues, hijito, bien conozco  
que cuanto sudas y agencias  
lo gastas en mantenerme.

MARCOS. Ya ves que ni el día de fiesta  
suelto el cerote.

ROSA. Es verdad;  
mas, aunque sudas y velas  
trabajando, cada vez  
padecemos más miserias.

MARCOS. Si el oficio está perdido...  
Ayer a una petimetra  
le remendé unos zapatos;  
y yendo por la peseta,  
la encontré en cueros, lavando  
una camisa más negra  
que mi corazón. La pobre  
se escondió tras de la puerta  
de la cocina, gritando :  
« No tengo aquí faltriqueras.  
La moza la llevará  
cuando acabe las haciendas. »

ROSA. ¡Están perdidos los tiempos!  
Mas, volviendo a la materia,  
ya sabes tú que en mi casa  
me han criado con decencia.

SEBAST. Mucho; tu padre el Marqués,  
aunque cargado de deudas,  
nos tenía como un dije,

hasta que Antonia la tuerta  
lo engatusó; y, ya se ve,  
quedamos a la inclemencia.

MARCOS. Vaya, vaya; no sé cómo  
hay mujeres que se atrevan  
a indisponer amistades;  
y mucho más cuando median  
circunstancias, y hay ganado...  
¡Qué, si no tienen conciencia!

ROSA. Pues, hijo mío; supuesto  
que no te encuentras con fuerzas  
para mantenerme como  
corresponde a mi nobleza,  
será preciso tomar  
otros arbitrios...

MARCOS. ¿Intentas  
echar en la Lotería?

ROSA. Yo no fío en papeletas.  
¿Ves ese viejo?

MARCOS. ¿Qué viejo?

ROSA. Ese que nos dió la media  
onza.

MARCOS. Mujer; no merece  
un sujeto de sus prendas,  
tan bueno y caritativo,  
tratarlo de esa manera.

ROSA. No seas tonto. Si ese viejo  
me ha dicho que, como quiera  
corresponderle, a los dos  
nos ha de vestir de seda.

MARCOS. ¡Jesús! ¡Jesús!

ROSA. ¿Qué te espantas,

hijo mío? En esta tierra  
muchos maridos tomaran  
semejante conveniencia.

MARCOS. ¿Conque la limosna ha sido  
para que ciegue?

ROSA. ¿Tú piensas  
que hoy se dan palos de balde?

MARCOS. ¡Miren qué bondad! ¡Desea  
ayudarme a sostener  
esta cruz! ¡Ay qué culebra  
es el dichosito viejo!

ROSA. Agradece a las sesenta  
navidades, que le obligan  
a entrar haciendo promesas;  
porque los mozos del día  
tienen tanta desvergüenza,  
que a la segunda visita  
nos piden las asistencias.

MARCOS. Pues, hija mía; ni viejo,  
ni mozo, ni macho, ni hembra  
pondrán los pies en mi casa.

ROSA. Pues mantenme con decencia.

MARCOS. Con la que pide tu clase;  
y así, Rosa, no me muelas.

ROSA. ¿Conque yo he de ver a otras  
con encajes de una terciá,  
mientras voy amortajada  
con mi saya de franela?

MARCOS. Hija mía, consolarse,  
que así van las de tu esfera.

SEBAST. Mientes; que muchas conozco  
cubrirse de plata y seda.

- MARCOS.   Comerciarán sus maridos,  
              y yo les temo a las quiebras.
- ROSA.       ¿Conque tengo de salir  
              con mantilla de bayeta?  
              ¿Qué dirán de mí en el mundo?  
              ¡Infame! ¿No te avergüenzas?  
              ¡Yo me ahorco! ¡Vengan pronto!  
              ¡Denme al instante una cuerda!  
              ¡Ay, que me muero! ¡Qué rabial  
              ¡Que se me anuda la lengua!  
              ¡Un confesor! ¡Ay, que expiro!  
              ¡Ay, ay, que me caigo muerta!
- SEBAST.     ¡Rosa de mi corazón!  
              ¡Que se me muere! ¡Ay qué pena!  
              Tú, perro, tienes la culpa.
- MARCOS.    ¿Yo la he tocado siquiera?
- SEBAST.     Ve a la botica de al lado  
              por un doctor.
- MARCOS.                               ¡Santa Tecla!  
              Que halle un médico de aquellos  
              que asesinan a docenas... (*Vase.*)
- ROSA.       ¿Se fué ya?
- SEBAST.                               Sí, ya se fué.
- ROSA.       Veremos si con la treta  
              de los accidentes puedo  
              trastornarle la cabeza.
- SEBAST.     Él es bonazo, y los teme.
- ROSA.       Déjate, que a pocas de éstas,  
              yo le pondré como un guante.
- SEBAST.     Vuelve a fingir, que ya llega.



Salen TEODORO y MARCOS.

TEODORO. Lan, larán, larán, larán.

¿Es esta niña la enferma?

SEBAST. ¡Ay, mi señor don Teodoro,  
que imagino que está muerta!

TEODORO. Me alegro. Veamos el pulso.  
Lan, larán, larán, larán.  
Viva está. Veamos la lengua:

SEBAST. ¿Cómo? Si no puede abrir  
la boca.

TEODORO. Traiga usted apriesa...

MARCOS. ¿Qué he de traer?

TEODORO. Unas tenazas.

MARCOS. Aquí las tengo en la mesa.

SEBAST. Ya abrió la boca; detente.

TEODORO. ¿A ver? Lan, larán... La lengua  
manifiesta claramente  
que están todas las arterias  
medio punto, sí, más bajas  
que los tendones y venas;  
y como el cuerpo del hombre,  
según Rapsis y Avicena,  
sólo es un arpa viviente,  
cuando el tiempo la destempla,  
pulsa la sangre, supongo  
en la vena cava, y suena  
el tono de *la mi re*;  
corre luego por la arteria  
pulmonar, y da *la mi*;  
entonces todas las venas

y los vasos capilares,  
desconcertados, comienzan  
*ut, re, mi, fa, sol, sol, la;*  
de modo que el alma queda  
aturdida, y tiene entonces  
que taparse las orejas.

MARCOS. Todo eso será así;  
pero, en resumidas cuentas,  
¿qué es lo que tiene?

TEODORO. Deseos.  
Éste es el mal que la aqueja.

MARCOS. ¡Qué maldita enfermedad!

TEODORO. ¿Va de noche a la retreta  
esta niña?

SEBAST. No, señor.

TEODORO. ¿Pues cómo puede estar buena,  
si le falta la armonía?  
¿No quieren creerlo? Apriesa  
traiga usted cien clarinetes,  
ocho tamboras, sesenta  
platillos, catorce trompas,  
y que toquen hora y media  
al lado de esta mujer.  
Con eso cobrará fuerzas,  
se templarán sus deseos  
y la verá usted contenta.

MARCOS. Señor, son otros deseos  
los que mi mujer desea.

TEODORO. ¿Qué sabe usted? Haga pronto  
lo que el médico le ordena.  
En la botica de junto  
le dejaré la receta.

MARCOS. ¿Pero dónde he de llevarla?

TEODORO. Al cuartel de Santa Elena.

ROSA. ¡Ay de mí!

TEODORO. ¡Miren si ha vuelto!

Sólo el nombre de retreta  
la ha reanimado. Señora,  
tenga usted valor; ya queda  
dispuesta su curación;  
yo luego volveré a verla.  
Hasta entonces. Lan, larán,  
lan, larán, larán, larera. (*Vase.*)

MARCOS. ¡Qué doctor tan herbolario!

¡Maldita sea tu receta!

SEBAST. Ven, hija, y te acostarás  
un ratito... Ya ves, bestia,  
que la enfermedad de Rosa  
son deseos; conque piensa  
en cumplírselos; si no,  
esto acabará en tragedia.

ROSA. Llévame tú de las manos,  
que se me doblan las piernas.  
(*Vanse las dos.*)

MARCOS. ¡Vaya, yo estoy aturdido!  
¡Jesús! Catorce trompetas,  
veinte timbales... ¿Qué diablos  
de cataplasma es aquésta?

HERN. (*Saliendo.*) Vecinito, buenos días.  
¿Cómo es esto? ¿Es día de huelga?  
Parece que no trabaja.

MARCOS. ¡Qué trabajar! Si mi suegra,  
mi mujer, esos demonios  
con naguas, me traen vuelta

la cabeza.

HERN. ¿Pues qué ha habido?

MARCOS. ¿Qué ha de haber? Que se halla enferma de deseos, y me pide un mantón, cuando la perra sabe que para comer apenas me da la lezna.

HERN. No comprárselo.

MARCOS. ¿Usted sabe quién es la niña? Ahora queda casi expirando, porque yo no bajo la cabeza.

HERN. ¿Quiere usted hacer un remedio?

MARCOS. ¿Se compone de trompetas, tamboras, flautas, platillos...?

HERN. ¿Usted es loco, o se chancea?  
No es eso. Voilo a traer.  
Al instante doy la vuelta. (*Vase.*)

MARCOS. ¿Si irá a traer mi vecino cuatrocientas castañuelas?  
Yo, entre música y deseos,  
voy perdiendo la chaveta.  
¡Ah modistas! Vuestros moños  
son la causa de que tengan  
mil inocentes maridos  
calentura en la cabeza.

Sale HERNANDO con un mazo de varas; y en la punta de cada una, una cedulita atada.

HERN. Vecinito; aquí le traigo  
en este mazo la prenda,

la receta, o el remedio  
con que curar la dolencia  
de su mujer.

MARCOS.                               ¿Es acaso  
zarzaparrilla?

HERN.                               Son ciertas  
varas que tienen, amigo,  
mil virtudes estupendas.  
Leamos las cedulitas  
para ver cuál aprovecha:  
«Vara para las mujeres  
que tan solamente piensan  
en diversiones.»

MARCOS.                               ¡Qué vara  
tan socorrida! Una de éstas  
debe haber en cada casa.

HERN.                               «Vara para las soberbias,  
que en su casa llevar quieren  
los calzones.»

MARCOS.                               ¡Qué gran pieza!  
¡Y qué nudillos que tiene!  
Ya; si es medicina recia...

HERN.                               «Para las que siempre están  
con patatús y jaqueca.»

MARCOS.                               ¡Qué linda vara! Me acuerdo  
que mi madre estaba enferma;  
mas mi padre la tendió  
una vara como ésta  
desde el cogote a las ancas,  
y así se puso tan buena,  
que trabajaba después  
como una mula gallega.

HERN. «Para las que son amigas  
de cortejo.»

MARCOS. ¡Brava pieza!  
Ésta debiera ir encima  
de las demás. Dos talegas  
dieran muchos por tal vara.

HERN. «Para las largas de lengua.»

MARCOS. A ésas, si no se las cortan,  
otra cura será eterna.

HERN. «Para las que son muy vanas  
y tienen deseos.»

MARCOS. ¡Ésta,  
ésta es la que necesito!  
¿Pero cómo se usa de ella?  
¿Se debe aplicar al vientre,  
al pecho o a la cabeza?

HERN. Nada de eso. Mire usted:  
cuando mi vecina tenga  
algún deseo, al instante,  
según las horas que sean,  
déla usted tantos varazos  
en los lomos con gran fuerza;  
verá cómo de rodillas  
le agradece la fineza.

MARCOS. Mas diga usted: ¿le parece  
que en dando las doce y media  
le haga la primera cura?

HERN. Mientras más las horas sean,  
mejor.

MARCOS. ¿Y si tiene cuartos  
el reloj, entran en cuenta?

HERN. Mucho. Vecino, hasta luego;

apriete usté y nada tema. (*Vase.*)

MARCOS. Seguro está. ¿Yo temer  
cuando la salud se arriesga?  
Nada de eso. Pero ya  
mi mujer aquí se acerca.  
San Marcos haga este día  
que la vara no se tuerza.

ROSA. (*Saliendo.*)  
Por fin, hombre, ¿qué resuelves?  
¿Qué determinas? ¿Esperas  
a que me dé otro accidente?  
Vaya; respóndeme, bestia.  
¿No te he dicho que deseo  
un buen mantón?

MARCOS. ¿Lo deseas?  
Pues toma deseos; toma. (*Le pega.*)

ROSA. ¡Que me matas! ¡Cesa, cesa;  
no más! (*De rodillas.*)

MARCOS. ¿No quieres mantón?

ROSA. Ni mantilla de bayeta.

MARCOS. ¿Conque no tienes deseos?

ROSA. No. Me has roto esta cadera.

MARCOS. ¿Serás soberbia?

ROSA. Tampoco.

Seré como una cordera.

MARCOS. Me alegro; besa la vara;  
vete ahora a tus haciendas;  
y, cuenta, porque esta vara  
cura también la pereza.

ROSA. Ya lo sé. Adiós, mi Marquitos.  
¡Maldita tu vara sea! (*Aparte.*)  
De nada valdrán mis gritos

en dándome esta respuesta. (*Vase.*)

MARCOS. ¡Válgame Dios! ¡Quién creería  
que hubiera tales maderas  
en el mundo! He de colgarla  
con una colonia inglesa.

SEBAST. (*Saliendo.*) ¿Por qué está llorando Rosa?  
¿Tú no haces la diligencia  
del mantón? Menea los pies;  
sal a la calle; trampea;  
que deseo verla alegre.

MARCOS. ¿Deseos? Pues toma, suegra;  
toma los deseos, toma. (*Le pega.*)

SEBAST. ¡Yerno mío, ten clemencia!

MARCOS. No tener deseos.

SEBAST. Hijo;  
repara que soy tu suegra.

MARCOS. ¡Buen reparo! Por lo mismo  
debo apretar las muñecas.

SEBAST. ¡Ay, que me matan, Dios mío! (*Vase.*)

MARCOS. ¡Ojalá fuera de veras!  
Un prodigio es la varita.  
En una bolsa de tela,  
o tisú, la guardaré  
como reliquia estupenda.

¿Si será de palo santo?

¡Jesús, qué bella madera!

TEODORO. (*Saliendo.*) Lan, larán... ¿Y la señora?

MARCOS. Adentro está.

TEODORO. Voy a verla;  
porque el mal es de cuidado.  
¿Qué tal probó la receta  
de la música, del bombo,



platillos y panderetas?...

Porque deseo...

MARCOS. ¿Deseos?

Vaya contra esa epidemia. (*Le pega.*)

TEODORO. ¿Qué haces, pícaro, bribón!

MARCOS. ¿Qué? Tocarle la retreta para curarle el deseo.

TEODORO. Preciso es tomar la puerta.

¡Infame, ya lo verás! (*Vase.*)

MARCOS. Seguro está que acá vuelva,  
aunque por cada visita  
una onza se le diera.

PEDRO. *(Saliendo.)* Aquí están estos zapatos.

MARCOS. Está bien.

PEDRO.                   ¿Y la maestra?

MARCOS. Algo mala.

PEDRO. Dígala  
que deseo socorrerla.

MARCOS. ¿Conque deseos?

PEDRO. Lo he dicho,  
y lo deseo de veras.

MARCOS. Pues tome usted contra todos esos deseos... (*Le pega.*)

PEDRO. ¿Qué intentas?

¿Así me pagas, infame,  
la caridad?

MARCOS. Si son friegas  
para curar el deseo...

PEDRO. Si no corro, me derrenga. (*Vase.*)

MARCOS. Vaya; es un gusto curar a estas gentes. ¡Qué comedia!

HERN. (*Saliendo.*) Vecinito, ¿cómo va?

¿La medicina aprovecha?

Porque, amigo, yo deseo...

MARCOS. ¿Deseos? Pues con madera  
se curan... (*Le pega.*)

HERN. Que soy yo, Marcos.

MARCOS. Está usted enfermo, y es fuerza...

HERN. ¡Que se le ha vuelto el juicio! (*Vase.*)

MARCOS. Todos sin deseos quedan.  
Si alguien de los que me escuchan  
necesitare de aquesta  
varita para curar  
a sus mujeres, que venga  
a mi casa, y prestaré  
por caridad esta prenda;  
pues, como sepan usarla,  
la mujer más altanera,  
aunque se le salte un ojo,  
no deseará una camuesa;  
conque así, el que la quisiere  
dé dos palmadas en muestra;  
ínterin que pido a todos  
perdón de las faltas nuestras.

FIN

# EL CHASCO DEL MANTÓN

SAINETE

## PERSONAS

DON TESIFÓN, figurón.

DON PEDRO, majó.

DON JUAN.

DOÑA INÉS.

DOÑA ISABEL.

PEPA, criada.

NICOLASA, predera.

## EL CHASCO DEL MANTÓN

---

Salón largo, con mesa y sillas. DOÑA INÉS sentada, tomando chocolate; y PEPA en pie, delante de ella, con un vaso de agua en la mano.

INÉS. ¡Qué malo es el chocolate!

PEPA. Siempre le encargo a Lorenzo  
que lo compre del mejor.

INÉS. Luego que tome dinero  
lo labro en casa. (*Lllaman.*)

PEPA. Que llaman.

INÉS. Deja el vaso y abre presto.

TESIFÓN. (*Saliendo.*) Madama, Dios le dé a usted  
muy buenos días.

INÉS. Corriendo,  
tráele, al señor, chocolate.

TESIFÓN. No gusto de sorbeteos.  
A estas horas tengo ya  
en el vientre un par de huevos  
con jamón y una botella  
de Pajarete; lo aprecio.

INÉS. Agua.  
(*Pepa le da el vaso y toma el pocillo.*)

- TESIFÓN.                    ¡Qué gana de aguararse  
las entrañas! Yo recelo  
que se nos vuelva usted raha.
- INÉS.                    Estoy hecha.
- TESIFÓN.                    ¿Conque puedo  
hablarle a usted sin testigos?
- INÉS.                    ¿Testigos? ¿Quiénes son esos?
- TESIFÓN.                    Infinitos; nunca falta  
quien venga a contarle un cuento.  
Aquí se junta una turba  
de mozuelos a recreo.  
Se sabe si fulanita  
ha estrenado traje nuevo;  
si a zutanita le ha dado  
una tollina el cortejo;  
si menganita ha elegido  
para marido un camello.  
Ésta baila, aquélla brinca,  
estotra entona el bolero;  
unas entran y otras salen,  
charlan, ríen tan sin freno,  
que es imposible no tengan  
mil legiones en el cuerpo.
- INÉS.                    ¡Ja, ja, ja! Bien se conoce  
que es madera de otros tiempos.  
¿Conque, en fin, los cargos son  
que en mi casa me divierto  
con mis amigas?
- TESIFÓN.                    No es ése  
su mayor divertimento.  
Un majito sin jüicio,  
con más moños que un borrego

de Pascua, la tiene a usted  
en un continuo embeleso.

INÉS. ¡Jesús, y qué disparate!  
¿Lo dice usted por don Pedro?

TESIFÓN. Pues ¿por quién lo he de decir?  
Cada vez que aquí le veo  
con aquella monterilla  
que parece un solideo;  
aquel pedazo de chupa  
respingada, con más flecos  
y con más cascabelitos  
que caballo calesero,  
me admiro que una mujer  
que presume de talento,  
tenga dares y tomares  
con semejante muñeco.

INÉS. ¿Yo? ¡Jesús, qué disparate!  
Si no hubiera otro sujeto  
en el mundo, me parece  
que no le hiciera mi dueño.

TESIFÓN. Siendo así, yo me descaro  
y se acaban cumplimientos.

INÉS. Diga usted lo que gustare.

TESIFÓN. Si yo fuera algún monuelo  
enturbiara los ojitos,  
y torciendo luego el cuerpo  
como un garabato, diera  
un suspirillo de enfermo  
moribundo; después, fino,  
le dijera: «Dulce dueño:  
sepa usted que yo la adoro,  
que me abraso, que me quemo»;

y a sus pies me arrodillara  
haciendo dos mil pucheros;  
pero como soy un hombre  
de faldón largo y sombrero  
encanutado, no gasto  
más mimos, ni más requiebros,  
que decirle con franqueza  
solamente que la quiero.

INÉS. La bondad de usted... Mas llaman.  
Luego despacio hablaremos.  
Abre, Pepa.

PEPA. (*Saliendo.*) Voy, señora.  
Ahora empieza el jubileo. (*Abre.*)

Sale NICOLASA con un mantón envuelto en un pañuelo; y  
PEPA se va por la izquierda.

NICOLASA. Buenos días.

INÉS. Nicolasa,  
siéntate aquí; ¿qué hay de nuevo?

NICOLASA. Déjeme usted que respire.  
¡Qué calor hace! Me quemo.  
Vaya; no sé cómo puede  
sufrir este caballero  
ese casacón de marca.

TESIFÓN. Yo tengo frío.

INÉS. Silencio;  
y no vengas con locuras.  
Dime: ¿qué traes aquí envuelto?

NICOLASA. Un mantón de venta.

INÉS. ¿A ver?

NICOLASA. Es riquísimo.



- INÉS. En efecto.  
¿Y qué pides?
- NICOLASA. Veinte onzas.
- TESIFÓN. ¿Veinte onzas? ¡Yo estoy lelo!  
Quizás son de chocolate.
- NICOLASA. Saque usted los espejuelos,  
y mire usted si este encaje  
es malla de un par de pesos.
- TESIFÓN. ¡Pero gastar veinte onzas  
en tales drogas, a riesgo  
de que un perrito meón,  
una astilla, un clavo viejo  
las inutilice el día  
que se estrenan! ¡Si no hay seso  
en las gentes! Plata u oro;  
que siempre valen dinero.
- NICOLASA. Vaya, vaya, que el señor  
es genovés; y aun me acuerdo  
de haberle visto vender  
longanizas de podenco.
- INÉS. Pero siempre harán rebaja.
- NICOLASA. ¿Bajar? Ni un ochavo menos.  
Su ama tiene qué comer.
- INÉS. ¿Y quién es?
- NICOLASA. Doña Ana Cueto.  
Se lo regaló un compadre  
de cédulas, caballero  
que arrastra coche, y que tiene  
un escudo todo lleno  
de animales y aguiluchos;  
pero como el diantre ha hecho  
que ahora venga su marido

de Lima con muchos pesos,  
habrá registro, y es fuerza  
el quitar sombras de en medio.

TESIFÓN. ¡Qué infame lengua! Allá va  
esa honra por los suelos.

INÉS. Si tuviera, lo comprara.

NICOLASA. ¿Pues de qué sirve, salero,  
ese petimetre antiguo  
en esa silla tan tieso?  
Que sacuda sus bolsillos;  
y, por fin, que les dé el viento  
a sus roñosos doblones.

INÉS. Yo nunca ocupo a quien quiero.

NICOLASA. Y con razón; porque tiene  
ese gorro tan bien puesto...;  
y luego, como le ha dado  
esos colores el cielo...  
¡Vaya si es prenda de gusto!  
Bien haya, amén, tu pergeño,  
rosa de mayo, ¡y qué lindos  
ojillos de terciopelo!

TESIFÓN. ¡Qué pícara zalamera!  
Cielos santos, ¿no hay encierros  
para enjaular a estas maulas?

INÉS. Si me hiciera juramento  
el señor don Tesifón...

NICOLASA. ¿Se llama así el caballero?

INÉS. Así se llama.

NICOLASA. ¡Gran nombre!  
El sonido está diciendo  
que será algún Infanzón.

INÉS. Pues digo que, en el supuesto

de volverlas a tomar,  
me atreviera...

NICOLASA.                               Pues por hecho.

TESIFÓN.   Adiós; caí en el garlito.

NICOLASA.   Don Tesifón; este empeño  
es digno de un montañés.

TESIFÓN.   Yo, señora, soy gallego.

NICOLASA.   Mucho mejor; veinte onzas  
necesita este lucero  
prestadas.

INÉS.                               Calla la boca.

NICOLASA.   ¡Mal haya sean los genios  
encogidos! Ya el señor  
podrá formar sentimiento  
si no las recibe usted.

TESIFÓN.   Seguro está; ni por pienso.

NICOLASA.   ¿Para qué es disimular,  
si se está usted deshaciendo  
porque las tome? Cuidado,  
que soy yo la que me empeño;  
mas esto será mejor.

Ahí queda el mantón. Salero,  
de aquí a un rato volveré  
a recoger mi dinero... (*Vase.*)

INÉS.                               Usted viva muchos años.

TESIFÓN.   De modo que, en este tiempo,  
veinte onzas... Ya se ve;  
el pan está a tanto precio,  
el aceite cuesta un ojo,  
el vino se va subiendo,  
y como son veinte onzas  
más de cuatrocientos pesos...

PEDRO. *(Sale, toma una silla y se sienta.)*

Señores, felices días...

INÉS. Adiós, mi señor don Pedro.

TESIFÓN. No puedo ver a este mono.

PEDRO. ¡Qué suerte, qué suerte tengo  
tan endiablada! ¡Tres sotas  
a perder! Me recondeno.

INÉS. ¿Qué tiene usted? ¿Ha tenido  
algún disgusto?

PEDRO. Me siento  
un poco malo. ¡Qué sotas  
tan malditas!

TESIFÓN. El sereno  
le habrá resfriado. ¡Ya!  
¡Si esos cucuruchos negros  
sólo tapan la piojera!

PEDRO. Me han dejado sin dinero.  
¡Vaya; si no he visto manos  
como las de aquel banquero!  
Jamás dió la chirimía  
ni la facha, que es mi juego.

INÉS. Diga usted: ¿qué le parece  
este mantón?

PEDRO. Que es muy bueno.

INÉS. Veinte onzas me ha costado.

PEDRO. Si fuera mío, ¡qué presto  
le trasmudara yo en oro!

INÉS. No esté usted, por Dios, tan serio.

PEDRO. Tengo dolor de cabeza.

TESIFÓN. Si lleva sobre el cerebro  
una cola de caballo,  
¿no ha de dolerle?

- PEDRO. ¡Qué necio!  
¿Por qué no se mira usted  
con ese gorro?
- TESIFÓN. Confieso  
que el gorro ya no está en moda;  
pero traigo el casco fresco.
- PEPA. (*Saliendo.*) Señorita; doña Tecla  
dice que, por un momento,  
suba usted.
- INÉS. Voy al instante.  
Señores, al punto vuelvo.
- PEDRO. ¡Si pudiera desquitarme!  
¿Pero con qué, si no tengo  
para comprar una sogá?...
- TESIFÓN. Por que este don Majadero  
no enrede conversación  
conmigo, voy al momento  
a plantarme en la del Rey.  
Si enderezaran el cuello  
los del bigote y la pera,  
¿qué dirían al ver estos  
matachines, ni bien moros,  
ni bien castellanos viejos?
- PEDRO. Solo me miro, y el diablo  
me está tentando. ¿A que vendo  
el mantón? Con quince onzas  
que me den, me voy al juego;  
pongo cuatro sobre el Rey;  
cayó a la izquierda; le tuerzo  
un poquito; vino al golpe;  
paz de doce; dicho y hecho;  
cobro veinte y cuatro onzas;

tomo la puerta; le merco  
a doña Inés un mantón  
mucho más rico, y me quedo  
con diez o doce medallas  
para ganar otras ciento.  
Yo le echo el guante. Ya está  
en franquía. Pues larguemos  
las gaviás, y buen viaje.

PEPA. *(Saliendo.)* ¿Adónde va usted corriendo?

PEDRO. Voy tras de don Tesifón,  
pues se lleva...

PEPA. ¿Qué, don Pedro?

PEDRO. El mantón. Vuelvo al instante. *(Vase.)*

PEPA. ¿Qué intentará ese estafermo?  
¡Señoral! ¡Señora!

INÉS. *(Saliendo.)* Pepa,  
¿por qué das voces?

NICOLASA. *(Saliendo.)* Mi dueño;  
¿adónde está ese elefante,  
para que me dé el dinero?

INÉS. Ya se fué.

PEPA. Si se ha llevado  
el mantón...

INÉS. ¿Qué estás diciendo?

PEPA. Que don Pedro lo atisbó  
y partió tras él...

INÉS. ¡Que un viejo,  
un mueble tan despreciable,  
me haya burlado! Más siento  
el chasco que aun el mantón.

NICOLASA. ¡Miren el don Esqueleto,  
cómo supo ser tunante!

¿Si acaso será su abuelo  
el Rey de Angola? ¡Zarazas!,  
que la indignidad se ha hecho  
arte liberal.

INÉS. Si logro  
echarle la vista, tengo  
de ponerle como un trapo.

NICOLASA. Y dígame usted, salero:  
¿quién me paga a mí la prenda?

INÉS. Él la pagará.

NICOLASA. Ese pleito  
a usted le toca, mis ojos;  
porque yo no quiero cuentos  
con la señora Justicia.

INÉS. Pues yo no tengo dinero.

NICOLASA. ¿No tiene usted, y me parece  
la Emperatriz de Marruecos?  
Vaya, vaya; muchos moños,  
muchos polvos en el pelo,  
y estarán hasta las moscas  
en ayunas.

INÉS. ¿Cómo es eso?  
¿A mí tales insolencias?

NICOLASA. ¿Ya se atufa, y ahora empiezo?  
¡Caramba con las usías;  
que porque tienen dos dedos  
de color en el hocico,  
quieren les tengan respeto!

INÉS. Advierte que estás hablando  
con doña Inés Mondoñedo,  
viuda de un Capitán...

NICOLASA. ... de gallinas. Fué un sujeto

muy conocido en su casa.  
¡Puf, cómo apesta un regüeldo  
de nobleza de avería!  
Por Dios, niña; que doblemos  
esa hoja, que está puerca;  
y hablemos de mi dinero.  
¿Quién me paga?

INÉS. Yo no pago;  
y así, ve a un juez.

NICOLASA. Ya estoy viendo  
que el mantón se ha de volver  
sotana.

PEPA. ¿A mi ama?

INÉS. Presto;  
vete a la calle.

NICOLASA. La trenza  
he de cortarla primero. (*Se agarran.*)

TESIFÓN. (*Saliendo.*) ¿Qué ruido es éste, señora?

NICOLASA. Sólo esa cara de cielo  
serenará la borrasca.

INÉS. Usté es causa de este exceso.

TESIFÓN. ¿Yo la causa?

INÉS. Sí; pues, falso,  
mezquino, vil y grosero,  
se ha llevado usté el mantón,  
dejándome en el empeño  
de pagarlo.

TESIFÓN. ¿Yo, señora?

¿Tengo cara de ratero?

NICOLASA. De ratero, no; de galgo,  
según la carrera en pelo  
que dió usted con el mantón.



TESIFÓN. Hoy es día de bureo.

Vaya, sóplenme este ojo.

NICOLASA. Con la boca de un mortero.

TESIFÓN. La verdad: ¿cuánto ha caído?

¿Para qué son los misterios?

Ya se ve; se seca el pico,

y es preciso un refrigerio.

Entonces, ¿qué mejor cosa

que un trompetazo de enebro

o cinamono? Un caudal

hay de frasquillos adentro.

INÉS. Váyase muy noramala,

deslenguado, desatento.

¿Cómo viene a chancearse

después de un hecho tan feo?

TESIFÓN. Si ustedes no hablan de veras...

INÉS. ¿Cómo no, cuando don Pedro

vió que tomó usted el mantón?

TESIFÓN. Don Pedro es un embustero.

Él le habrá echado la uña;

y aun, a estas horas, apuesto

que lo tiene encapillado

la sota de copas.

PEPA. Bueno;

don Pedro llega.

PEDRO. (*Saliendo.*) Señora,

beso a usted los pies.

INÉS. Me alegro

que haya usted venido.

TESIFÓN. Y yo.

NICOLASA. Dígale usted cuántos dedos

destacó contra el mantón.

- PEDRO. Aun me parece lo veo  
levantarse de la silla  
después de dar un bostezo;  
dar a la mesa tres pasos;  
quitarse el gorro; y abriendo  
las diez uñas, cepillarse  
la calavera en tres credos.  
Entonces dejó caer  
con disimulo el sombrero;  
y, al levantarlo, cogió  
el mantón al mismo tiempo;  
luego, sacando la caja,  
tomó la puerta muy serio,  
marchando al compás de un sorbo  
de rapé, mayor que un trueno.  
Diga usted que no lo vi.
- TESIFÓN. Basta ya de manoteo;  
que me parece usté un mico.  
¡Habrà mayor embustero!
- PEDRO. ¿Yo embustero?
- TESIFÓN. Sí, señor.  
Ya lo he dicho, y lo mantengo.
- PEDRO. Si no estuviera en la casa  
de una señora...
- INÉS. Don Pedro,  
téngase usted.
- TESIFÓN. Pues que saque  
el cuchillito, y veremos  
si de una coz no le sumo  
el ombligo para dentro.
- NICOLASA. Antes que venga la Guardia  
dème usté aquí mi dinero.

- ISABEL. (*Sale con el mantón puesto.*)  
¿Qué es esto, Inés? Me parece  
que disgustada te encuentro.
- INÉS. Ha sido con la criada.  
¿No te sientas?
- ISABEL. Sólo vengo  
a que veas el mantón  
que hoy me ha llevado un sujeto.
- INÉS. ¡Qué miro?
- PEDRO. Ahora se habrá  
de descubrir el enredo.
- INÉS. Es muy rico, Nicolasa.  
¿Qué te parece?
- NICOLASA. Estupendo.  
Mi niña, perdone usted,  
y en un instante saldremos  
de una duda. (*Se lo quita y lo mira.*)
- ISABEL. En hora buena.
- NICOLASA. El mismísimo; me alegro.  
(*Lo empieza a doblar.*)  
Pan perdido, vuelve a casa,  
y cuélgale a San Alejo  
el milagro.
- ISABEL. ¿Qué hace usted?
- NICOLASA. Doblarlo; que así su dueño  
me lo entregó.
- ISABEL. Venga acá;  
que con nadie me chaneo.
- NICOLASA. Ni yo tampoco, señora;  
y, para otra vez, le advierto  
que no se ponga jamás  
prendas robadas, a riesgo

de que en medio de la calle  
la deje su dueño en cueros,  
y represente usté entonces  
la blanca del cuerpo negro.

ISABEL. ¿Qué es esto, Inés?

INÉS. Una prueba

de tu vil procedimiento.  
¿Cómo te atreves, traidora,  
a recibir los obsequios  
de un hombre que me visita?

ISABEL. ¡Recibir! ¿De qué sujeto?

INÉS. De este infiel, de este voltario  
que, mientras con fingimientos  
me pretende, a ti te lleva  
los regalos que me ha hecho.  
Cúbrase usted de vergüenza,  
mirando ya descubiertos  
sus engaños.

TESIFÓN. En mi vida  
he gastado chicoleos  
con esa niña; y si no  
diga usted si en algún tiempo  
le eché paja ni cebada.

ISABEL. Ni mi gusto es tan perverso,  
que a semejante espantajo  
le entregara yo mi afecto.

TESIFÓN. Hace usted bien; porque yo  
enamorara primero  
a la Paruleta (1), que  
a usted con aquesos quiebros.

---

(1) Otro manuscrito dice «a la Pezuleta».

- ISABEL. No me importa, don Fantasma.  
TESIFÓN. Tampoco a mí, doña Escuerzo.  
Conque pata.  
INÉS. ¿De qué sirven  
los disimulos?  
PEDRO. Yo pienso  
escurrirme poco a poco.  
ISABEL. Satisfacerte no quiero.  
Venga mi mantón, y adiós.  
NICOLASA. ¿El mantón? Ya tiene pelos  
el asunto. Veinte onzas  
me parece mucho peso  
para su cabeza.  
ISABEL. Venga;  
que ya se me va encendiendo  
la sangre.  
NICOLASA. Pues, vida mía;  
a bien que hay pozo allá dentro  
para echarse de cabeza;  
y si no tome al momento  
la calaguala, que es fresca.  
ISABEL. Ya esto es mucho. ¡Vive el cielo  
que de mí no han de burlarse!  
NICOLASA. So puerca, ya lo veremos... (*Agárranse.*)  
INÉS. Nicolasa...  
PEDRO. Paz, señoras.  
TESIFÓN. Dejarlas que se den recio.  
JUAN. (*Saliendo.*) ¿Qué es esto, doña Isabel?  
ISABEL. Ha venido usted a buen tiempo,  
don Juan mío.  
PEDRO. Ya hemos dado  
con el embrollo en el suelo.

JUAN. ¿Qué es el disgusto?

ISABEL. Que dicen  
que el mantón ha sido obsequio  
del señor, y que es robado.

JUAN. No es así, porque a don Pedro  
se lo compré en quince onzas,  
y aquí le traigo el dinero.

TESIFÓN. Acabáramos con tantos  
gritos, embrollos y enredos.  
Señor don Pedro o don Diablo,  
píntenos usted el suceso  
con todas sus circunstancias,  
pues tan bien sabe usted hacerlo.

PEDRO. Yo estoy aturdido.

NICOLASA. ¡Vaya  
que es usted, en el comercio,  
desgraciado! ¡Pobre hombre!  
Ea; busque usted un barbero  
que le afile bien las uñas,  
pues ya no agarran al vuelo.

INÉS. Si hubiera yo conocido  
quién era usted, nunca asiento  
le hubiera dado en mi casa.  
Ya le conozco, y le ordeno  
que no pise mis umbrales.

PEDRO. Esto yo me lo merezco.  
Ya que elegí aquella sota  
maldita, de mí reniego. (*Vase.*)

ISABEL. ¿Estás satisfecha?

INÉS. Sí.

¡Ay don Tesifón! Mi yerro  
perdone usted.

- TESIFÓN. ¡Ay doña Inés,  
que ya escarmentado quedo!  
Vaya usted con Dios, y busque  
un majito, un chuchumeco,  
que la anime y que la estafe.
- INÉS. Desde este instante prometo  
no darle silla a ninguno.
- TESIFÓN. Yo juro no ser cortejo,  
pues conozco que es oficio  
solamente de muñecos.
- ISABEL. ¿Y con qué mantón me voy?
- JUAN. Con el que trajiste puesto,  
que yo lo compro.
- NICOLASA. La plata  
por delante, caballero;  
que este mantón se hizo en martes,  
y es día aciago.
- JUAN. Ya entiendo.  
Tenga usted esas quince onzas,  
y venga usted por el resto.
- Todos. Y aquí se acaba el sainete;  
perdonad sus muchos yerros.





# EL DESAFÍO DE LA VICENTA

SAINETE

## PERSONAS

ORTEGA.

TIBURCIO.

CISNEROS.

IBÁÑEZ.

VALDIVIA.

VICENTA.

MUÑOZ.

HERMOSILLA.

RODRIGO.

FERMÍN.

MANUELA.

## EL DESAFÍO DE LA VICENTA

---

Salón. Sale TIBURCIO con el peinador puesto, y un espejo en la mano.

TIBURCIO. El diablo del peluquero  
ha tardado una hora larga  
en peinarme. ¡Qué brutazo!  
(*La orquesta hace como que temple.*)  
Mas la orquesta... ¡Virgen santa!,  
y yo no tengo espadín  
para salir. ¡Oh, qué rabia!  
¡Cisneros!

CISNEROS. (*Saliendo.*) ¿Qué quieres, hombre?

TIBURCIO. Préstame, por Dios, tu espada.

CISNEROS. Y yo ¿qué me he de poner?

TIBURCIO. Pídela a Flores prestada;  
pues a bien que no haces Rey  
ni persona de importancia.

CISNEROS. Hijito mío; yo a nadie  
quiero prestar mis alhajas.

ORTEGA. (*Saliendo.*) Señor Tiburcio, ¿es posible  
que se ha de vestir la dama  
primero que usted? ¿No mira

que ya templan?

TIBURCIO. Si me falta  
un espadín...

ORTEGA. ¿Y el de usted?

TIBURCIO. Se le ha perdido la vaina.

ORTEGA. Usted es un descuidado.

TIBURCIO. ¿Y quién lo mete a usted en danza?

ORTEGA. Me meto porque yo soy  
el sotaautor; y mañana  
he de hacer que le cercenen  
el diario.

CISNEROS. ¡Que se pasa  
el tiempo!

TIBURCIO. ¡Que me sucedan  
a mí estos chascos! ¡Gualdrapa!  
(*Éntrase gritando.*)

ORTEGA. Yo haré que el telón levanten;  
y, después, caiga el que caiga.

Vanse; y sale la VICENTA mirando a todas partes.

VICENTA. Sola está la escena; y todos  
se enjalbegan y acicalan  
para empezar la comedia.  
¡Furores míos; al arma!  
¿Es posible que sin mí  
se hagan funciones? ¡Qué rabia!  
¡Así se exceptúa el garbo,  
las agudezas, la gracia  
de una bufá! Aqueste nombre  
es propio a mis circunstancias,  
pues no puede pronunciarse

sin un salpicón de babas.  
¡Muero de pena! ¡Ah tiranos  
compañeros, alimañas,  
cocodrilos, hipopótamos,  
esfinges, tigres hircanas;  
vosotros me pagaréis  
este desprecio, y mi saña  
sabrà hacer comiquicidios  
en vuestras fieras entrañas.  
Mas, ¡cielos!; ¿qué es lo que miro?  
Junto al agujero (¡ay ansias!)  
tiene ya el apuntador  
la comedia. Pues ¿qué aguarda  
mi furor, que no la rompe  
y en más tiras no la rasga  
que presumidas y tontas  
hay desde Cádiz a Albania?  
¡Ah tiranos! Ya veréis  
que una mujer irritada  
es peor que el basilisco;  
pues si, aun cuando nos halagan,  
damos, como el alacrán,  
con la cola la picada,  
¿qué será cuando, ofendidas,  
queramos tomar venganza?  
Esto ha de ser. Hoy, agüemos  
la función. ¡Manos, al arma!  
¡Muera la comedia, y rabien  
los ingratos que me agravian!  
Letras viles, caed a tierra (*La rompe.*)  
como racimos de pasas.  
Tened sepulcro debajo (*Pisa los pedazos.*)

de mis tacones, ¡villanas!;  
y el baboso apuntador  
escriba en papel de estraza  
el epitafio, que diga:  
«Aquí la comedia acaba  
a las manos de Vicenta,  
entre cuyas fieras garras  
ni aun para echar un cigarro  
ha quedado tira sana.»  
Eso sí; bufen, revienten,  
y sean de mi venganza  
testigos, palcos, cazuelas  
y luneta, mientras trata  
mi enojo de hacer en ellos  
la más horrible matanza. (*Vase.*)

IBÁÑEZ. (*Saliendo.*) Adiós, Vicentita. ¡Hola!  
¿Por qué va tan colorada?  
¿Si habrá reñido con alguien?  
Pero ¡qué veo? Las tablas  
están llenas de papeles.  
¿Serán, sin duda, las cartas  
del novio? Curiosidad  
me pica; quiero juntarlas.  
Sed, tablas, lámina verde  
donde leyéndolas vaya.  
Aquí dice, pues: «Comedia»;  
aquí, «famosa». ¡Zarazas!  
Aquí dice... ¿Cómo es esto?  
¿No es la función ensayada  
para hoy? ¡Ah!, ¡ah! Chuscona,  
que la ha rasgado de rabia.  
Daré cuenta al sotaautor

para que castigue tanta  
demasía. ¡Sotautor!  
¡Compañeros! ¡Ah muchachas!  
Hoy no hay comedia.

TODOS. (*Saliendo.*) ¿Qué es esto?

IBÁÑEZ. Que la Vicenta, irritada,  
sin duda porque no tiene  
papel, ha roto de rabia  
la comedia.

TIBURCIO. Ya no tengo  
que buscar por hoy espada.

CISNEROS. Voime un ratito al billar.

VALDIVIA. A pie me voy a mi casa.

ORTEGA. Señores, ténganse todos.  
¿Así me dejan en tanta  
aflicción, cuando ya están  
encendidas las arañas,  
y la legión cazuelesca  
ha empezado a dar palmadas?

TODOS. ¿Qué hemos de hacer?

ORTEGA. ¡Qué sé yo;  
pues tengo un horno en la calva  
de tanto pensar!... ¿Qué haré?  
Dadme un consejo, muchachas.

VALDIVIA. Mire usted; salga usted a echar  
todo el rimero de octavas  
que ha dicho en los besamanos,  
y daré una miscelánea.

ORTEGA. ¡Ah caribe! ¿Así te burlas?

IBÁÑEZ. Que por Hermosilla vayan,  
y hará la comedia de  
*La brevedad sin substancia.*

- ORTEGA. No os moféis de mi pesar  
cuando doy las boqueadas.  
¿Qué he de hacer?
- TIBURCIO. Cobrar aliento.  
¿Ese corazón desmaya?  
Cuenta a público tan pío  
lo que ha pasado; y su gracia  
impetrando, procuremos  
servirle con lo que haya  
más a mano.
- TODOS. Dice bien.
- ORTEGA. Aunque tengo mala gracia  
para llorar, pues parezco  
león dentro de la jaula,  
esta vez he de regar  
con mis lágrimas las tablas.
- TODOS. Ánimo, y principie usted.
- ORTEGA. Público de toda mi alma:  
la graciosa, enfurecida  
porque fuera la dejaban  
de la presente función,  
la hizo pedazos...
- MUÑOZ. *(De soldado, desde el patio.)*  
Que vayan  
por otra; que hace hora y media  
que estoy hecho una fantasma;  
y sin que vea la comedia  
no voy al cuerpo de guardia.
- TIBURCIO. Señor militar, paciencia.
- ORTEGA. Señor soldado, cachaza,  
y esperarse.
- MUÑOZ. Que no quiero.



- IBÁÑEZ. De soldados y de majas  
no es pagada con dinero  
la cortedad con que hablan.
- MUÑOZ. Mire usted, señor vejete;  
diga usted a esa madama,  
de mi parte, que es usted  
un majadero de a marca.
- HERM. (*Al otro lado, sentado en un banco, vestido  
de payo.*)  
Digo, compadre comico.
- ORTEGA. Diga, compadre polainas.
- HERM. ¿Hay junción o no hay junción?
- ORTEGA. Amigo; por más que haga,  
por hoy no es posible.
- HERM. ¡Toma!  
Está buena la chanada  
de haber pagado yo el banco  
y salir con que no hay nada.
- MUÑOZ. Comedia o morir.
- HERM. Lo mismo  
digo yo que el camarada.
- VALDIVIA. Señor payo, si no hay otra...
- IBÁÑEZ. Si no hay otra, señor guardia...
- HERM. Mas que hagan cualquiera cosa,  
porque yo he dado mi plata;  
y, así, quiero ver y oír  
todo cuanto ustedes hagan.
- MUÑOZ. Comedia, comedia, pronto.
- ORTEGA. Si no hay ninguna estudiada.
- RODRIGO. (*De tuno, en un asiento.*)  
Oiga usted, seor comediante:  
ya me está doliendo el alma

de esperar en este asiento  
sin tomar una fumada.

Al avío; una comedia  
que me dé golpe, ¡canastas!,  
que ya me voy enfadando.

ORTEGA. Haráse una miscelánea.

RODRIGO. Haga usted, ¡so mascarón  
de urca!, lo que le manda  
un hombre de forma. Cuenta  
que tengo yo a mi Tomasa  
en la cazuela, y le ha dado  
ahora mismito la gana  
de ver comedia. ¡Churrús!  
Ya lo dije; y Santas Pascuas.

MUÑOZ. Comedia, y buena.

HERM. Comedia.

Y mire usted; que se haga  
aquella, aquella... Ya sé:  
adonde mata la dama  
a todo el mundo.

ORTEGA. Las señas  
que me da usted son bien claras.

TODOS. Función, y buena.

IBÁÑEZ. No es fácil  
de repente ejecutarla.

FERMÍN. (*De vieja, en la cazuela.*)

Pues, señor mío, que sea;  
que hay aquí una embarazada,  
y por fuerza quiere ver  
la función que mencionaba  
hoy el cartel.

ORTEGA. No es posible.

- FERMÍN. Pues es preciso. No nazca  
el inocente muchacho  
con la comedia estampada  
en medio de la barriga.
- TIBURCIO. Pues, abuela, que malpara;  
y, supuesto que está clueca,  
que del gallinero salga.
- HERM. Señor; que hagan cualquier cosa.  
¿Habrá gente más machaca?
- RODRIGO. Sobre que estoy ya atufado  
de mirarle a usted la cara  
de perro mastín. ¿Me hace  
usted la concomitancia  
de hacernos una comedia?
- ORTEGA. No se puede, en dos palabras.
- RODRIGO. Pues a bien que usted algún día  
irá a la Viña.
- ORTEGA. ¡Zarazas!;  
que si me voy a bañar,  
me tirará una pedrada.  
¿Qué hacemos?
- VALDIVIA. Que cante usted  
la tonadilla de marras.
- RODRIGO. Mire usted; si canta usted  
le pego fuego a la casa.
- TODOS. Comedia.
- VALDIVIA. Que el auditorio  
grita.
- ORTEGA. Mas que griten, Paca;  
que acá otras veces gritamos  
y no oye ni una palabra.
- IBÁÑEZ. También es bueno, señores,

- que todos los palcos callan.
- MUÑOZ. A veces es porque en ellos  
no se suele ver un alma.
- ORTEGA. ¿Y ustedes han de hablar solos?
- MANUELA. (*En un palco.*)  
También de los palcos claman  
que la función prometida  
y en las esquinas fijada,  
se ejecute. Qué, ¿no hay más  
que alquilemos cualquier dama  
la silla para venir,  
y hallarnos después burladas?
- ORTEGA. Pero, señora, por Dios.
- FERMÍN. Dice bien doña Escofaina.
- MUÑOZ. Y cómo que ha dicho bien.
- HERM. El Evangelio en substancia.  
Ustedes habían de ver  
que lo pide una madama  
con tres arrobas de harina,  
muy compuesta y emplumada.
- TODOS. Función buena. Fuera, fuera.
- TIBURCIO. ¡Si un torozón os ahogara!...
- ORTEGA. ¡Que me vea sonrojado  
por una loca! Me aspara  
si no le dijese que era...

Sale VICENTA por el patio, a caballo.

- VICENTA. Quedo con esas palabras;  
pues ha llegado ya el fin  
de todas vuestras bravatas.
- ORTEGA. ¡Qué miro? ¿Sueño o deliro?

¿Qué haces ahí, buena alhaja?

VALDIVIA. El diablo de la fachenda...

IBÁÑEZ. Ésta es la mosca que ara.

TIBURCIO. Yo me voy a la platea,  
para ver en lo que para. (*Vase.*)

VICENTA. A espacito y buena letra,  
dice un adagio; cachaza.  
Boquigrande sotautor,  
cuya reluciente calva  
es un plato de natillas,  
por lo lisa y jaspeada;  
y vosotros, turba infiel  
de comicales fantasmas,  
atended a mis acentos,  
escuchad las bocanadas  
que este corazón furioso  
por el aire desparrama.  
Yo soy la Vicenta, yo.  
¿Qué me miráis, africanas?  
Yo soy aquella que nunca  
habló seria una palabra.  
Pues ¿cómo, si soy yo misma,  
habéis tenido la audacia  
de haber dispuesto comedia  
sin que mi sal la salara?  
¿No sabéis que sin graciosa  
es el teatro una plasta?  
¿Ignoráis que, cuando lloro,  
se ríen a carcajadas;  
al paso que, a vuestro llanto,  
son todos unas estatuas?  
Pues ¿cómo, si esto sabéis,

me habéis dejado plantada  
y ejecutáis la función  
sin la Vicenta? ¡Canallas!  
Este agravio está pidiendo  
la más sangrienta venganza.  
Y así, armada de un lanzón,  
del morrión y de la espada,  
os desafío, os provooco  
y os reto a campal batalla.  
Salid todos, o salid  
como os diere la regana,  
que a todos o a cada uno  
os espero en la estacada  
desde el día de la fecha  
hasta el domingo de Pascua.  
Salid, traidores; y tú,  
so narices de tenaza,  
boca de serón de esparto,  
sal el primero a campaña,  
y verás cómo el ombligo  
te paso de una lanzada.  
Y en prueba de que yo soy  
capaz de tan gran hazaña,  
voy a subir al teatro  
a poneros una maza,  
para que digan las viejas,  
loros, cotorras y urracas,  
desde Cádiz a Medina  
y desde el Puerto a Chiclana,  
que sois unos estafermos,  
puercos, sucios y panarras.  
Esto he dicho y esto digo;

mi lengua no se retracta;  
salid al campo, cobardes;  
salid, viles; y al que salga,  
mientras que logro matarle,  
idos todos noramala. (*Vase.*)

ORTEGA. Aguárdate, picotera.

LOS OTROS. Espera, desvergonzada.

FERMÍN. ¡Bien haya tu boca, amén!  
¡Quién te diera en esa cara  
una docena de besos!  
Si es un dije esa muchacha.

HERM. ¡Oiga usted, el de la peluca!

ORTEGA. ¿Qué quiere usted?

HERM. ¿Esta madama  
ha rotpido la comedia?

ORTEGA. Sí, señor.

HERM. Tiene tal gracia,  
que aunque le rompiera a usted  
en cuatro partes la calva,  
no se me diera ni esto.

ORTEGA. Lo estimo, señor polainas.

RODRIGO. Vaya, díganos; la gente,  
cuando está la circunstancia  
mal puesta, como ahora a usted  
le sucede, *verbi gratia*,  
tira siempre a quedar bien;  
si quiere usted una compaña,  
iré yo para, en cayendo,  
arrastrarlo por las patas.

ORTEGA. ¡Viva usted cuatro mil años!  
Vaya; si todos me halagan.

IBÁÑEZ. Es vergüenza que mujeres

que atarse saben las naguas,  
hayan sufrido este ultraje.

VALDIVIA. Diera un brazo por pillarla.

Sale la VICENTA con una navaja y corre tras de todos.

VICENTA. Pues aquí está la Vicenta,  
¡cobardetes!

TODOS. ¡Que nos mata!

HERM. Allá va mi cachiporra.

RODRIGO. ¡Vivan las mozas de chapa!  
(*Los de fuera*):  
¡A ellos, Vicenta!  
(*Los de dentro, de rodillas*):  
¡Perdón!

VICENTA. Sí perdonaré, canallas,  
como hagáis pleito homenaje,  
sobre esta misma navaja,  
de que nunca habéis de hacer  
función sin mi personaza.

TODOS. Sí juramos.

VICENTA. Pues con eso,  
aquí paz y después gracias.  
(*Los de adentro y fuera*):  
¡Viva la Vicenta; viva!

VICENTA. A todos les doy las gracias.

ORTEGA. Vaya, señores, al caso.  
Ved que el tiempo se nos pasa.  
¿Se va la gente o hacemos  
algo con que contentarla?

HERM. Si hay función, allá voy yo.

RODRIGO. Pues yo también entro en danza.



FERMÍN. Fermín también.  
MUÑOZ. Y Muñoz.  
MANUELA. También la segunda dama.  
ORTEGA. ¿Cómo es esto? Yo estoy tonto.  
IBÁÑEZ. ¿Habrán mayores guitarras?  
Miren ustedes quién eran  
los cinco que nos gritaban.  
TODOS. Vaya, ved qué se dispone.

Sale TIBURCIO y saca en la mano como una comedia.

TIBURCIO. La función que antes se echaba.

TODOS. ¿Cómo, di?

TIBURCIO. Un apasionado  
que en un asiento se hallaba,  
mirando lo que ha pasado  
partió al instante a su casa  
por una copia, que acaso  
tenía; y ahora acaba  
de traerla al vestuario,  
por que supla a la que falta.

ORTEGA. ¡Cuánto estimo su favor!  
Dale, en viéndole, mil gracias.

VICENTA. Pues si hay comedia, adiós, chuscos  
mosqueteritos del alma;  
que yo, para despedirme  
de todos cuantos me amparan,  
gustosa diré: ¡que viva  
ciudad tan noble y bizarra!

HERM. Y todos repetiremos  
entre festiva algazara:

TODOS. ¡Que siempre gloriosa viva  
ciudad tan noble y bizarra!



EL DIA DE TOROS EN CADIZ

SAINETE

## PERSONAS

CLARA.	AMBROSIO.
SIMEONA.	EUSEBIO.
IGNACIA.	CANUTO.
PEPA.	NORBERTO.
CARMEN.	DON LUCIO.
DOÑA BLASA.	UN CABO DE ESCUADRA.

## EL DÍA DE TOROS EN CÁDIZ

---

Salón corto, con sillas. Salen CLARA y SIMEONA.

CLARA. ¡Déjame, mujer; que estoy  
como una loca! ¡Qué rabia!  
¡Encontrarme un día de toros  
sin tener un real en casa!  
No sé cómo no me mato.

SIMEONA. Señora, por Santa Clara;  
tenga usted paciencia.

CLARA. ¡Cómo!  
¡Buena quedara mi fama  
si vieran los petimetres  
que yo no estaba en la Plaza!  
Vaya; yo no sé qué hacer (*Lllaman.*)  
en este apuro... Que llaman.

SIMEONA. Ya van.

CLARA. La sofocación  
me ha de hostigar a que haga  
un desatino. ¿Quién es?

Sale IGNACIA, petimetra.

IGNACIA. ¿No vienes; no vienes, Clara,  
a los toros?

- CLARA. No.
- IGNACIA. ¿Qué es esto?  
¿Estás, por ventura, mala?
- CLARA. No.
- IGNACIA. ¿Pues qué tienes, Clarita?
- CLARA. Que no tengo ni una blanca.
- IGNACIA. Vaya, vaya; que está Cádiz desconocido; aun las damas de nuestro mérito iremos muy pronto por *la gandaya* (1).
- CLARA. Yo me muero.
- IGNACIA. Y con razón; porque no es decible cuánta reputación en los toros una buena moza alcanza.

---

(1) En la comedia *El mejor par de los doce*, obra de D. Juan de Matos Fragoso y D. Agustín Moreto, se dice:

¿Qué es *gandaya*? Es una flor  
a modo de la del berro;  
pero pienso que lo yerro;  
yo te lo diré mejor.

Buscar *la gandaya* es ir,  
quien no tiene ocupación  
ni oficio, ni pretensión  
ni modo para vivir,  
a buscar con qué comer;  
y todo el lugar andado,  
le anochece a este cuitado  
como suele amanecer.

Y el que, cuando lo desmaya  
el hambre, se va a acostar  
sin comer y sin cenar,  
es quien *haya la gandaya*.

(NOTA DE DON A. C.)

CLARA. Ya se ve; como que entonces  
la más pobrecita carga  
con todo el cofre; después,  
como ocupamos las tablas  
delanteras, y las flores,  
el arrebol, la distancia,  
todo alucina, la gente  
(cual si fuéramos estampas  
de venta) nos examina  
tan absorta y elevada,  
que después de hecho el despejo  
se ven lagunas de babas.

SIMEONA. (*Saliendo.*) Señora, los silleteros.

CLARA. No hay remedio; que se vayan;  
pero mira...

SIMEONA. Mande usted.

CLARA. ¿Qué sé yo?... Querida Ignacia,  
dame un consejo.

IGNACIA. Que vendas  
o empeñes cualquier alhaja.

CLARA. ¿Qué he de vender, si mis prendas  
nunca ha querido sellarlas  
el Contraste, y de vergüenza  
se me ponen coloradas?

IGNACIA. ¿No tienes maltés?

CLARA. Sí tengo;  
pero todas las mañanas  
me quita el sueño, maullando  
por una cuenta atrasada.

IGNACIA. Pues piensa lo que has de hacer;  
y adiós, hija, que me aguarda  
don Pedrito.

CLARA. Espera un poco.

IGNACIA. Si tú no resuelves nada...

CLARA. ¿Te parece, di, que venda  
aquel colchón de la cama?

IGNACIA. Yo, aunque durmiera en el suelo,  
lo vendiera.

CLARA. Ea; pues llama,  
Simeona, al ropavejero  
de aquí junto.

SIMEONA. ¡Adiós! Mi ama  
da, la corrida que viene,  
de costillas en las tablas... (*Vase.*)

IGNACIA. Hija mía, penitencia.

CLARA. ¿Y qué se ha de hacer, Ignacia?  
Los tiempos están perversos,  
y es preciso usar de maña  
para aparentar decencia.  
Yo conozco muchas damas  
que llevan en las mantillas  
encajes de media vara,  
y sólo comen tres cuartos  
de pescado en una salsa  
que llaman *zámpalo presto*;  
y aun días sé que le mascan  
dando saltos y carreras,  
porque la mesa es la palma  
de la mano.

Salen SIMEONA y AMBROSIO.

SIMEONA. Aquí está Ambrosio.

CLARA. Vaya, Ambrosio, ¿tienes plata?



AMBROSIO. ¿Cómo he de tener un cuarto  
si en día de toros no hay caja,  
no hay armario, ni silleta  
que a la tienda no me traigan,  
de manera que parece  
se muda el barrio a mi casa?

CLARA. Pues es preciso me compres  
el colchón que ha tres semanas  
me vendiste.

AMBROSIO. De manera  
que si usted me da la alhaja  
por la mitad...

CLARA. El dinero;  
y no se hable más palabra.

AMBROSIO. Allá van dos pesos fuertes.  
¿Dónde está el colchón?

CLARA. Mañana  
puedes mandar un gallego.

AMBROSIO. ¿Qué gallego ni qué haca?  
Yo le bajaré de un salto.

CLARA. Ve con Simeona; y despacha,  
no entre alguien.

IGNACIA. Yo me voy.

CLARA. ¿Vendrás esta noche, Ignacia?

IGNACIA. No; porque ceno en la fonda  
con un sujeto.

CLARA. Pues anda,  
y guárdame una fineza.

EUSEBIO. (*Saliendo.*) Felicísimos, madamas.

CLARA. Don Eusebio, ¡qué milagro?  
Yo le hacía a usted en la Plaza.

EUSEBIO. No perderé la corrida.

- CLARA. Pues vamos; porque se pasa el tiempo.
- EUSEBIO. (*Mirando el reloj.*) Las dos y cuarto. Aun es muy temprano. Vaya, siéntese usted, que tenemos que hablar cosas de importancia.
- CLARA. Entra, y di al ropavejero que todavía no salga.
- IGNACIA. No me puedo detener...
- CLARA. Vamos, que la tarde es larga, y allí podemos hablar a nuestro gusto.
- IGNACIA. Adiós, Clara.
- CLARA. Espera un poco, mujer.
- EUSEBIO. Siéntese usted.
- IGNACIA. Si me aguardan...
- CLARA. Vámonos, porque más tarde no habrá sitio.
- EUSEBIO. Nos lo guarda mi criado.
- CLARA. ¡Ay! El pañuelo se me olvidaba. ¡Muchachal Vuelvo pronto.

Va a entrar, y salen AMBROSIO con el colchón, y SIMEONA.

AMBROSIO. Con licencia de ustedes.

CLARA. Ya estás pagada, hija mía; conque, así, ponte al instante tu saya y tu mantilla; y adiós,

que no quiero yo criadas  
respondonas.

SIMEONA. (*Hace que llora.*) Pero yo...

CLARA. No me llores.

SIMEONA. Si por nada  
se pone usted como un tigre.

IGNACIA. Pero, mujer, ¿por qué causa  
la despides?

CLARA. Porque tiene  
una lengua como un hacha.

SIMEONA. Pues diga usted ¿en qué he podido  
ofenderla?

IGNACIA. Vamos, Clara,  
no te sofoques.

SIMEONA. Señor,  
suplique usted a mi ama  
que no me despida.

EUSEBIO. Yo  
me empeño por la muchacha.

CLARA. No sabe usted quién es ésta.  
Después que tiene sobrada  
la comida, y que jamás  
su salario se le atrasa,  
no cesa de murmurarme.

EUSEBIO. Por esta vez, perdonadla.

CLARA. Por el señor te recibo,  
insolente; ve y alcanza  
al mozo.

SIMEONA. Ya estará lejos.  
Después iré por la cama.

IGNACIA. Yo me voy. (*Vase, y llaman.*)

CLARA. Adiós, hijita;

- hasta luego. Ve quién llama.  
EUSEBIO. Vaya, mi doña Clarita;  
¡si supiera usted las ansias  
que me cuesta!
- CLARA. ¡Pobrecito!  
Se le conoce en la cara.
- SIMEONA. (*Saliendo.*) Un hombre busca al señor.  
EUSEBIO. ¿A mí buscarme?
- CLARA. Hará falta  
en otra parte.
- EUSEBIO. Yo pienso  
que me equivoca. ¿Qué traza  
tiene ese hombre?
- SIMEONA. Él es largo  
y angosto como sotana,  
moreno, mal encarado,  
y tiene unas patillazas  
que parecen dos orejas  
como de perro de aguas.
- EUSEBIO. No sé quién es.
- CLARA. Di que entre.  
Así la duda se acaba.
- CANUTO. (*Saliendo.*) Guarde Dios la gente buena.
- EUSEBIO. Canuto, ¿tú me buscabas?
- CANUTO. No, señor; pero me dijo  
el ropero que usted entraba,  
cuando sacaba el colchón  
de esa niña.
- CLARA. Usted se engaña;  
que era el colchón de la moza.
- CANUTO. Ya; se equivocó.
- EUSEBIO. Despacha.

¿Qué se ofrece?

CANUTO. Escuche usted,  
con licencia, una palabra.

EUSEBIO. ¿Qué me quieres?

CANUTO. La verdad;  
mire usted que si mi hermana  
llega a oler que esta gachí  
le jace sombra, la agarra  
y le arranca a usted los flecos  
del tustús a manotadas.

EUSEBIO. Pero si es una señora  
decente...

CANUTO. La circunstancia  
de decente me ha gustao.  
Sí, que mi hermana se espanta  
de manojos; mire usted:  
la otra tarde a una maama  
que llevaba una mantilla  
de soplillo y una saya  
de lustre, con más pingajos  
que una torre empavesáa,  
le pegó tal arañazo,  
que le arrancó de la cara  
una espuerta de caliza,  
y se le quedó la facha  
lo mismo que una careta,  
medio negra y medio blanca.

CLARA. ¡Vaya, que está bueno el chasco!  
Don Eusebio; si lo llaman,  
no se detenga por mí.

EUSEBIO. Perdone usted, doña Clara,  
que es otro asunto. Ya ves

- que se incomoda esta dama.
- CANUTO. ¡Qué dama; si la conozco  
lo mismito que a mi hermana!  
Ésta vivió hará tres años  
en la Viña, en una casa  
de vecindad, y tenía  
alquilada una covacha;  
después, una bienhechora  
le buscó mejor posáa;  
la vistió como un palmito,  
de modo que doña Clara  
no da un paso, si con ella  
dos genoveses no cargan.
- CLARA. Yo no tengo sufrimiento.  
No he visto historia más larga.
- CANUTO. Como que es un asuntillo  
de comercio.
- CLARA. ¿Y usted trata  
de cobrar el corretaje?
- EUSEBIO. Doña Clara, ya se acaba.  
Hombre; por amor de Dios,  
que Carmen no sepa nada.
- CANUTO. Seguro; yo no me precio  
de tener la lengua larga.  
Esto es tan sólo decirle  
lo que hace al caso.
- EUSEBIO. Pues anda,  
que a la noche veré a Carmen.
- CANUTO. Pero diga usted: ¿no hay nada  
para el múo?
- EUSEBIO. ¿Y qué he de darte?
- CANUTO. ¡Válgame Dios y qué entrañas!

¿Soy tan indino que yo  
no merezca ver la cara  
de mi Rey? Ande usted pronto  
con un estronque.

EUSEBIO. ¡Qué maula!

Toma, y márchate al instante.

CANUTO. Dios le pague a usted la santa  
cariá; que hoy todavía  
no he probado la manzana.

EUSEBIO. Anda con Dios.

CANUTO. Cara e cielo;  
bajo de una mala capa...  
(ya usted sabe). Aunque soy pobre,  
mande a Canuto Mojarra. (*Vase.*)

CLARA. Caballero, usted dispense,  
que yo me voy a la Plaza.

EUSEBIO. Yo iré al lado de la silla.

CLARA. ¡Y que alguna bribonaza  
nos venga a reconvenir  
en una calle!

EUSEBIO. Me agravia  
tan infundada sospecha.

CLARA. Esto es mirar por mi fama.  
Los hombres, con sacudir  
en cualquier lance la capa,  
quedan puros como el oro;  
pero nosotras las damas  
pagamos siempre las costas  
en tales pleitos. ¡Ni en chanza!  
¡Jesús! Si alguna mozuela  
se me plantara de jarras  
en un público, imagino

que al punto me desmayara.  
EUSEBIO. Juro a usted, doña Clarita,  
que con esa gente baja  
yo no me trato, y que sólo  
vuestro chiste y vuestras gracias  
me embelesan.

CLARA. Bien. El tiempo  
me dirá si usted me engaña.

EUSEBIO. Me conformo.

CLARA. Venga usted  
junto a la silla. Muchacha;  
cuenta con no abrir a nadie,  
que anda rodando la plata  
por esa cocina, y pueden  
llevarme alguna cuchara. (*Vase.*)

SIMEONA. Yo ni a mi madre le abro.  
¡Qué grandísima bellaca!  
Juzgará, el tonto, que lleva  
a su lado alguna Infanta. (*Vase.*)

Mutación de campo; a un lado se ve parte de la Plaza de Toros;  
a otro, un cuerpo de guardia; habrá dos filas de puestos con  
avellanas, naranjas, bocas, etc.

UNOS. ¡Bocas, bocas de la Isla!

OTROS. ¡Avellanas y naranjas!

Salen CANUTO y NORBERTO, marinero.

CANUTO. (*Borracho.*) Camaraílla, nenguno  
a buen mozo a mí me gana.  
Cabalito; cuantas mozas



han pasado hacia la Plaza  
me han guiñado el ojo. Ya;  
como yo tengo esta planta  
y este aire de taco, toas  
por mis huesos se esparraman.  
(*Pasa una sillã de mano con una dama.*)

NORBERTO. ¡Qué linda moza que llevan  
en esa silla!

CANUTO. ¡Saláa!  
¡Y cómo me gusta usted!  
¿No has visto tú la sotana  
que lleva con tantos pliegues?  
¡Qué, si parece una manga  
de camisola a la inglesa!

NORBERTO. ¡Pero cómo te miraba!  
¡Qué estrella tienes!

CANUTO. Verás  
como ésa que ahora pasa,  
se vuelve aquí una aljofifa  
por mi pechito.

NORBERTO. Abordarla  
sin miedo.

Salen IGNACIA y PEPA, paseándose.

CANUTO. Si aquí no hay jambre...  
Déjame poner la capa  
a lo caló. Maamita;  
si por la concomitancia  
quiere usted que la acompañe  
un hombre, mande en la plata  
y en la persona.

IGNACIA. Se estima.

Esto sólo me faltaba.

PEPA. Váyase usted a su camino.

CANUTO. Sobre que he de convidarlas...

Probaremos dos chiquitas.

IGNACIA. No sea bestia.

CANUTO. Han de tomarlas,

porque lo quiere Canuto

y porque le da la gana.

IGNACIA. Tome el majadero. (*Le da una bofetada.*)

CANUTO. ¿Ves

cómo me tomó la cara?

Si la pobre está perdida

por mi cuerpecito.

NORBERTO. Vaya;

si tú tóo te lo mereces.

CANUTO. Pero si nadie me gana

a salao. El otro día,

en la calle de la Palma,

se dieron por este cuerpo

dos mozas una sotana;

pero la más regordeta

le echó a la otra las garras,

y agachándole el cogote

le tocó por la peana

tal redoble, que al rüido

salían por las ventanas

pensando que un Regimiento

con el timbalón entraba.

NORBERTO. Bien hecho; pero ¿qué dices

del vino que nos despacha

el Montañés?

- CANUTO. La verdad,  
es un vino de substancia.
- NORBERTO. ¿No me convidas a medio?
- CANUTO. Acá no hay dolores. Anda.
- CARMEN. (*Saliendo.*)  
¿Dónde vas, hombre?
- CANUTO. A la tienda,  
a tomar una tisana  
para el estómago.
- CARMEN. ¡Endino!  
¿Conque ya estás con la traca?  
Vete a acostar, borrachón.
- NORBERTO. Señá Carmencita; vaya,  
que no es regular.
- CARMEN. Lo es;  
porque, aunque pobre, es honrada  
toda mi gente; y no quiero  
que me tiren cuchilladas  
las malas lenguas.
- NORBERTO. ¡Canastos!  
Que desde que usted se trata  
con caballeros, está  
que revienta.
- CARMEN. Envidia y rabia;  
muchito, con gente fina,  
que no huele a brea.
- CANUTO. Hermana,  
que te la pegan.
- CARMEN. ¿A mí?
- CANUTO. Remuchito; si te aguardas  
un poquito lo verás  
venir con una maama

en coche de pie, tirao  
de dos burros con casaca.

CARMEN. ¿Y tú lo sabes?

CANUTO. No pueo  
decirte ni una palabra,  
que estoy múo. Nobertillo,  
ven, que el Montañés me llama.

NORBERTO. ¿A tomar una epidemia?  
*(Pasa una tapada con saya y mantón.)*

CANUTO. ¡Viva ese cuerpo, y la saya  
con más flecos y borlitas  
que colgadura de cama!  
¡Ay, que se junde Canuto! *(Vase.)*

CARMEN. ¿Quién será la señoraza  
que va a los toros con ese  
endinote? Aunque me ahorcaran  
los he de esperar aquí,  
para cortarles la cara. *(Retirase.)*

Salen DOÑA BLASA, figurona, y DON LUCIO, lo mismo,  
extravagantes.

BLASA. ¡Jesús! Don Lucio, parece  
que el espíritu se ensancha  
el día de toros.

LUCIO. Es cierto  
que el campo parece un mapa.

BLASA. Usted viene embelesado  
con las mozuelas que pasan.

LUCIO. Doña Blasa, ¿quiere usted  
que diga lo que me encanta?

BLASA. Cuenta con lo que se dice.

- LUCIO. No es nada malo. Esa gracia,  
esos ojos retozones,  
esas narices romanas,  
ese talle, ese donaire...
- BLASA. ¡Ay, que este hombre me traga!  
¡Qué cortejo tan furioso!
- LUCIO. ¡Si la pasión me achicharral!
- BLASA. ¡Jesús, cuál tiembla!
- LUCIO. Este es lance  
de que saquemos las cajas.
- BLASA. Vamos andando.
- LUCIO. Primero  
vaya un polvo. (*Saca la caja.*)
- BLASA. Que reparan  
las gentes.
- LUCIO. Mas que reparen.  
Abra usted también su caja.
- BLASA. Dirán que es mucha llaneza.
- LUCIO. ¡Qué rico! ¡Parece un ámbar!  
Otro polvito.
- BLASA. ¡Qué hombre  
tan voraz!
- LUCIO. ¡Si no se cansan  
mis narices! Otro polvo.
- BLASA. Ved que peligra mi fama.
- LUCIO. ¡Si el amor se me ha subido  
a los sesos!
- BLASA. Tolerancia,  
mi don Lucio.
- LUCIO. No hay remedio.  
De ésta me sorbo la caja.
- BLASA. Las manos quietas.

Salen CANUTO, y NORBERTO con un pañuelo.

- CANUTO. Norberto;  
verás cómo junto plata  
pa los toros. Caballero,  
una limosna pa un alma  
que va e tumbo.
- BLASA. ¡Ay qué borracho!  
Mi don Lucio, que se vaya;  
que el tufo me da jaqueca.
- LUCIO. Váyase muy noramala,  
que yo lo mando.
- CANUTO. Lo mismo  
que si nadie lo mandara.  
Vaya, que es día de Corpus  
y ha salido la Tarasca.
- BLASA. ¡Qué infame!
- CANUTO. ¿De qué boegón  
han sacado esas dos caras?
- LUCIO. Conténgase el muy tunante.
- CANUTO. Soniche; porque si pasa  
por mi barrio el Sábao Santo,  
le cuelgo con la casaca.
- LOS DOS. Ea; váyase el borracho.
- CARMEN. Pues ya viene aquí la jaula  
con la mi señora. ¡Bueno!;  
nos encontramos los guardas  
con los metedores.

Salen CLARA en la silla, y EUSEBIO al lado.

- CLARA. Hombre,  
más poco a poco la marcha;

sin ese zangoloteo.

CARMEN. (*Se pone delante.*) Escucha, mula de lanza  
(puesto que tu oficio es  
romanear a las damas);  
dime aquí si esa señora  
es pesada o es liviana.

CLARA. ¡Hola! ¿Quién paró la silla?

EUSEBIO. Se cayó a cuestras la casa.

CLARA. ¡Digo! ¿Qué osadía es ésta?  
¿Qué quiere esa bribonaza  
deteniéndome la silla?

CARMEN. Oiga usted, so remilgada;  
no le arranco a usted los tufos,  
por tener tela cortada  
con este endino. (*Le embiste.*)

EUSEBIO. Detente.

CLARA. Dejadme, brutos, que salga.  
Abrid aquí. (*Abren la silla.*)

EUSEBIO. Óyeme, Carmen.

CARMEN. ¡Endino!; ¿así me engañabas?  
Te he de arañar.

CLARA. ¿Dónde está  
esa gran picaronaza?

CARMEN. Aquí estoy, doña Melindre.

CLARA. Mire usted bien lo que habla.

CARMEN. Pues no salga usted a la calle,  
mi señora, con alhajas  
ajenas.

CLARA. Los caballeros  
acompañan a las damas  
en público; y sus mancebas  
lo ven, lo saben y callan.

- CARMEN. Pues yo mando en el señor,  
y no me da a mí la gana  
que a nadie sirva de paje.
- CLARA. Ya yo me enciendo, ¡caramba!  
Múdese usted; que el señor  
viene conmigo a la Plaza.
- CARMEN. Es usía muy bisoña  
para salir a campaña  
conmigo; conqué chitito  
y tocar la retirada.
- CLARA. ¿Retirarme? ¿A que si toco  
el ataque de las majas,  
tiene usted sin dilación  
que volverme la culata?
- CARMEN. Me parece que usté ha sido  
halcón antes de calandria.
- CLARA. Cabalito; y si lo duda,  
le enseñaré aquí las garras  
de esta mano.
- CARMEN. ¿A que le pego?
- CLARA. ¿A que le corto la cara?
- CARMEN. ¿A quién, a mí?
- CLARA. A usted, so puerca.  
(*Saca una navaja.*)
- TODOS. ¡Señoras; paz, paz!
- CARMEN. Dejarla.
- CLARA. He de beberle la sangre.

Salen CANUTO y NORBERTO.

- CANUTO. ¿Quién se mete con mi hermana?  
Chitito, que habla Canuto;



cachirulo, que hay navaja.  
Doña Pánfila; ¿usted quiere  
que yo le diga en sus barbas  
lo del colchón?

CLARA. So borracho;  
si me vuelve a hablar palabra  
le abro del primer puntazo  
una canilla en la panza.

CANUTO. ¿Yo borracho? ¿A que le pego un sopapo en la maraña de los pelos?

CLARA. ¡Vive Dios!...

EUSEBIO. ¡Tunante!; ¿tú te propasas con una mujer?

CANUTO. Usté es  
el tunante.

EUSEBIO.                               ¿Tú me tratas  
de ese modo? He de matarte,  
gran picarón. (*Saca la espada.*)

CANUTO. ¡Santa Marta (*Cae.*)  
que me ha muerto! ¡Confesión,  
que me han pasao!

Todos. ¡A la Guardia,  
que lo han matado!  
(*Acuden el Cabo de la guardia y soldados.*)

CANUTO. El Santolio.

CABO. ¿Quién le dió la puñalada?

EUSEBIO. Nadie; si no le han tocado...

CANUTO. Me han pasado las entrañas como una breva.

CABO.                      Prended  
al señor.

CLARA. No le ha hecho nada.

CARMEN. Sí le ha hecho.

CABO. Lo veremos.

*(Le registran.)*

¿Dónde tenéis la estocada?

CANUTO. Aquí tengo un agujero  
mayor que toa la Plaza  
de los Toros.

CABO. ¿Dónde?

CANUTO. Aquí  
me sopló toa la espada;  
más abajo del riñón  
occidental.

CABO. ¡Si no hay nada!...

CANUTO. Pues será por otro lado.

CABO. ¿Dónde está?

CANUTO. Junto a la panza;  
más arriba del ombligo.

CABO. Por aquí tampoco hay nada.

CANUTO. ¿Ni por la tetilla izquierda?

CABO. Todo está limpio.

CANUTO. Pues vaya;  
no me daría.

CABO. ¡Bribón!

¿tú haces burla de la Guardia?

CANUTO. Yo no me burlo.

CABO. Llevarlo,  
para que duerma la tranca.

CANUTO. Norberto; ve a la taberna  
y di al Montañés que traiga  
la sosiega.

CABO. ¿La sosiega? *(Con un palo.)*

Marche el borracho.

- CANUTO. Cachaza,  
melitar; porque Canuto  
sabe muy bien la Ordenanza.
- IGNACIA. Que van a hacer el despejo.  
(*Tocan clarines.*)
- EUSEBIO. Vámonos, mi doña Clara.
- CLARA. Váyase con la señora,  
que pronto hallaré compañía.
- CARMEN. ¡Puf, qué asco! Busque usted  
otra señora empolváa.
- EUSEBIO. ¡Vaya, que he quedado fresco!
- CLARA. Eso tienen los que engañan  
a dos a un tiempo. ¿La silla?
- CARMEN. En otro tiempo iba a pata.
- CLARA. Ya se ve; cuándo era yo  
del gremio de las quebradas.
- CARMEN. Ya quisiera usted un zancajo.
- CLARA. Para salarlo.
- CARMEN. Tomara  
lo que me sobra.
- CLARA. Si todo  
en las morcillas lo gastan...
- IGNACIA. Vamos, mujer, a los toros,  
y dejarse de palabras.
- TODOS. Y aquí acaba este sainete;  
perdonad sus muchas faltas.

FIN



FELIPA LA CHICLANERA

SAINETE

## PERSONAS

ANTÓN GOLONDRINO, novio.

PEDRO RECHONCHO, alcalde.

CHAMORRO, sacristán.

Tío BECERRO, boticario.

FELIPA, novia, de Chiclana.

BENITO.

BLAS.

PAYA 1.<sup>a</sup>

PAYA 2.<sup>a</sup>

ALGUACIL.

SILVESTRA, alcaldesa.

## FELIPA LA CHICLANERA

---

Plaza del lugar. Al foro de la derecha estará la iglesia, con su campanario encima de la puerta; a la izquierda, puerta de taberna; en medio, fachada de la casa de ANTÓN GOLONDRINO, adornada con ramos y flores. Saldrán: BENITO, por la plaza, y SACRISTÁN, por la iglesia.

BENITO. ¡Chamorro! ¡Chamorro!

SACRISTÁN. ¿Qué?

BENITO. ¿Me dejas por un momento  
mirar desde el campanario  
si está la novia muy lejos?

SACRISTÁN. Ahora bajo yo de allá,  
y la vi entrar por el pueblo  
sobre una burra mohina  
del tamaño de un camello.  
¡Si vieras! Vienen con ella  
más de veinte chiclaneros  
con sus monteras caladas,  
sus cachiporras de fresno  
y las mantas en el hombro.  
Vaya; salto de contento.

¡Qué gustazo! Seis azumbres  
hoy me zampo en este cuerpo.

BENITO. Ya se ve; como que el novio  
es hombre que tiene pesos,  
habrá una fiesta que asombre.

SACRISTÁN. Por sentado; y fuera de eso  
hay su pique en el asunto;  
porque en Chiclana dijeron  
que eran los de Las Cabezas  
un hato de pordioseros,  
y que estaban amarillos  
de comer pan de centeno.  
Mira tú quién nos murmura:  
una gente que sabemos  
que, con la leche, padece  
de dolores flatulentos.

BENITO. Y si no fuera por Cádiz,  
¿qué sería?

SACRISTÁN. Por supuesto;  
como que en abril van todos  
a mudar allí el pellejo.

BENITO. Pero ¿cómo acá no vienen  
también esos caballeros?

SACRISTÁN. Porque el lugar está en alto  
y le tienen mucho miedo  
a las cuestras. (*Tambor dentro.*)

BENITO. Que ya llegan.

SACRISTÁN. Adiós; que voy en un vuelo  
a repicar las campanas.  
Oyes; dile al tío Becerro  
el boticario, que toque  
el almirez. (*Vase.*)



- BENITO. ¡Qué bureo!...  
¡Tío Becerro!  
BECERRO. (*Sale a la puerta.*) ¿Qué se ofrece?  
BENITO. La novia, la novia; presto,  
dé usted golpes a ese mueble.  
BECERRO. Ya verás qué ruido meto.  
Tú, entretanto, Benitillo,  
ve a espantar todos los perros  
para que ladren; verás  
qué bravísimo concierto.

El SACRISTÁN toca las campanas, asomándose al campanario; el BOTICARIO da golpes al almirez; BENITO hace que tira piedras, y ladran los perros; van saliendo: PAYOS de dos en dos con sus cachiporras al hombro; el ALGUACIL, TAMBORILERO, ALCALDE y GOLONDRINO, con flores en el sombrero; PAYAS y SILVESTRA, alcaldesa; y por último, FELIPA con una guirnalda de flores, sobre un borrico; y detrás más PAYOS. Dan una vuelta al tablado, y luego quedan en dos alas; y los personajes en medio.

- SACRISTÁN. ¡Que viva la novia!  
TODOS. ¡Viva!  
BENITO. ¡Qué famoso tino tengo!  
ALCALDE. Chitón; basta de ruido.  
Alguacil, dile a esos perros  
que no ladren; y tú, linda  
Felipa, pimpollo tierno  
de la famosa Chiclana,  
deja que de ese jumento  
te baje Pedro Rechoncho,  
como alcalde y molinero  
del lugar de Las Cabezas.  
SILVESTRA. Si la baja lo repelo.

- ANTÓN. Poco a poco, que yo soy  
en esta fiesta el santero.
- ALCALDE. ¿Qué dice? ¿Sabe que soy  
el Alcalde de este pueblo?
- ANTÓN. ¿Y sabe que soy el novio  
y Regidor a más de eso?
- ALCALDE. Pero yo debo bajarla,  
para que tenga derecho  
de revolcarse a su gusto  
en la tierra que gobiernó.
- ANTÓN. Está bien; pero yo soy  
caritativo y no quiero  
que ninguno se eche auestas  
la cruz que me ha dado el cielo.
- ALCALDE. ¿Pero quién la ha de bajar?
- ANTÓN. Yo, que en su persona tengo  
posesión matrimonial.
- ALCALDE. No será viviendo Pedro.  
Alguacil; ponte delante  
del borrico, y al primero  
que quiera bajarla ponle  
como una breva los sesos.
- FELIPA. ¿Conque me he de estar aquí  
lo mismo que un estafermo?
- ALCALDE. Así lo mando, señora.
- FELIPA. Pues yo me pondré en el suelo.
- ALCALDE. No puede ser.
- FELIPA. ¿Cómo no?  
¿Pues no mando yo en mi cuerpo?
- ALCALDE. No; que le tengo embargado  
para coserlo al proceso.
- FELIPA. ¡Dios mío, qué trasudores!

ANTÓN. Yo, de esta alcaldada apelo  
a estos prudentes patanes  
que aquí nos están oyendo.  
Decid, fuertes cabezones;  
decid, bravos chiclaneros,  
¿quién debe bajarla?

UNOS. El novio.

OTROS. El Alcalde.

FELIPA. Pues quedemos  
en una cosa; que ya  
me empiezan a dar mareos.

ALCALDE. Yo no cedo.

ANTÓN. Yo tampoco.

TODOS. Pues a palos disputemos.

ANTÓN. ¿Yo he de alzar la cachiporra  
contra mi patria? ¡En qué aprieto  
te ves, Antón Golondrino!  
¿Cómo podré, santos cielos,  
acogotar sin piedad  
a mis brutos compañeros?  
Pero mi novia... El honor...  
¡Ah! ¿Qué aguardo? Machaquemos  
las liendres a tanto ganso  
como se opone a mi esfuerzo.  
Amigos; hoy es el día  
que no quede en todo el pueblo  
cabeza sana. ¡Al avance!

ALCALDE. Son nuestros cascos de hierro.

UNOS. ¡Mueran, mueran!

(*Van a embestir y los detiene Becerro.*)

BE CERRO. Poco a poco.

Ténganse por un momento;

- y, aguzando las orejas,  
oigan todos el consejo  
de un hombre que sabe hacer  
purgas, jarabes y ungüentos.
- ALCALDE. Diga pronto lo que quiere.
- ANTÓN. Despáchese, tío Becerro.
- BECERRO. Seré breve. Digo, pues,  
que si emperrados y ciegos  
os abris media docena  
de ojales en el pellejo,  
no hay en mi botica aceite  
de palo para coserlos.  
Y así, soy de parecer  
que templéis vuestro ardimiento  
y se decida en Cabildo  
la cosa con más sosiego.
- ALCALDE. Dice bien; y hasta mañana  
cada cual guarde su puesto.
- FELIPA. ¡Dios mío! ¿Y he de pasar  
la noche sobre el jumento?
- ANTÓN. Eso no es razón. Aquí  
se ha de juntar el Concejo.
- BECERRO. Bien dice Antón Golondrino;  
lo mejor es lo más presto.
- ALCALDE. Pues, Alguacil, saca el banco  
de la taberna.
- BECERRO. Y seis medios,  
para que el Ojo de Gallo  
nos alumbre los cerebros.
- ANTÓN. ¡Oh! ¡Cuánto un hombre prudente  
vale en casos como éstos!  
(*Sacan el banco y se sientan todos.*)

- ALCALDE. Sentémonos. ¿Quién comienza?
- ANTÓN. Por más sabio, el tío Becerro.
- BECERRO. Diré lo que me parezca.  
Padres *concristos*, silencio.  
Habrá sesenta y dos años  
que sin cesar deletreo  
los rótulos de los botes,  
las recetas del barbero.  
En este penoso estudio...
- FELIPA. ¡Ay, que me escurro!  
(*Se deja caer del burro.*)
- ALCALDE. ¿Qué es esto?
- FELIPA. ¿Cómo has dejado, Felipa,  
al Cabildo boquiabierto?
- BECERRO. Pero si yo me escurrí,  
¿puedo remediarlo?
- ALCALDE. Ha hecho  
santamente, pues así  
queda cortado el empeño.
- ANTÓN. ¡Qué agudeza de mujer!
- FELIPA. Ven a mis brazos, portento  
de mujeres; pues, astuta,  
has sabido hallar un medio  
de sacar nuestras redondas  
cabezas de tanto riesgo.
- ANTÓN. Si aún dudas de mi agudeza,  
verás cómo te la pego,  
aunque te pongas, bien mío,  
cuatro pares de espejuelos.
- ALCALDE. No, mi bien; basta que tú  
lo digas, para creerlo.
- ALCALDE. Vamos, pues, a la taberna,

para que allí confirmemos  
estas paces.

BECERRO.

Cabezones;

que el Alcalde paga; entremos.

TODOS.

¡Viva el Alcalde y los novios!

ALCALDE.

Que vuelvan los instrumentos.

Entran todos en la taberna haciendo ruido de campanas,  
almírez, etc., y quedan SILVESTRA y PAYAS.

SILVESTRA. Escuchad, nobles matronas  
de Las Cabezas.

PAYA I.<sup>a</sup>

¿Qué es esto?

¿Por qué no vamos también  
a ver si el vino es añejo?

SILVESTRA.

¿Qué decís? ¿Cómo podréis

echaros el jarro a pechos,  
viendo que una chiclanera  
os usurpa los obsequios?

¿Imagináis, simplecillas,  
que volverán los mozuelos  
a cantar a vuestras rejas?  
Ni lo penséis; todos ellos  
rondarán desde esta noche,  
en verano y en invierno,  
las ventanas de Felipa;  
y tendidos como cerdos  
en el umbral, arañando  
las vihuelas y panderos,  
y estirando los gaznates  
a manera de becerros,  
le avisarán con un chino

de cinco libras de peso,  
que a ella sola se dirigen  
sus gustos y desconciertos.  
Yo no me engaño; ella misma  
ha dicho que viene al pueblo  
a dejaros para siempre  
doncellas.

TODAS.                               ¿Ha dicho eso?

SILVESTRA. No os alborotéis; lo ha dicho;  
mas todo tiene remedio.

TODAS.               ¿Y cuál es?

SILVESTRA.               El acebuche  
es el mejor que yo encuentro.

PAYA 1.<sup>a</sup>       Yo la arañaré la cara.

PAYA 2.<sup>a</sup>       Y yo llevaré un pimiento  
para ponerle la lengua  
como un zapato.

SILVESTRA.               Celebro  
vuestro valor. Compañeras;  
cuidado con el secreto.

TODAS.       Somos mujeres, y basta.

SILVESTRA. ¿Desmayaréis?

TODAS.                       Ni por pienso.

SILVESTRA. Pues ¡muera Felipa!

TODAS.                               ¡Muera!

SILVESTRA. Juradlo; pero silencio,  
que salen.

Salen todos los hombres y FELIPA de la taberna.

ALCALDE.               Es necesario  
emplear al tabernero.

ANTÓN. Que se le dé, por mi voto,  
el empleo de macero;  
y nos llevará delante  
un cántaro como un templo.

ALCALDE. Pues propóngase mañana.

ANTÓN. Vamos a casa.

ALCALDE. Marchemos.

BLAS. (*Saliendo.*) Señor Alcalde; al instante  
acuda usted; presto, presto,  
que se llevan...

TODOS. ¿Qué se llevan?

BLAS. Déjenme tomar aliento.

TODOS. Acaba.

BLAS. ... el buey del Alcalde.

ALCALDE. ¿Quién es el ladrón cuatrero  
que al buey de todo un Alcalde  
osa perder el respeto?

BLAS. Son dos mozos de Lebrija.

ALCALDE. ¿De Lebrija? ¡Vive el cielo  
que han de soñar con Rechonchol  
Suspendamos los festejos;  
y tú, fuerte Golondrino,  
ve sin pérdida de tiempo  
con un escuadrón de gansos  
a traerme prisioneros  
al Alcalde, a los ladrones,  
a los mozos, a los viejos,  
y si tienes buenos lomos,  
tráete a cuestras todo el pueblo.  
(*Vanse todos, menos Felipa, Golondrino y  
payos.*)

ANTÓN. ¡Qué golpel Yo rabio, como



si me pisara un gallego.

FELIPA.           ¿Conque vas a cazar gansos  
y me dejas en el riesgo  
de que el Alcalde...?

ANTÓN.                               Detente,  
no prosigas; pues yo mismo  
vi que te guiñó seis veces  
en la taberna.

FELIPA.                               El mostrenco  
me tiró cuatro pellizcos  
y dos golpes en el pecho,  
mientras bebías.

ANTÓN.                               ¿Qué dices?  
Ya esos golpes son requiebros  
declarados. ¿Quién jamás  
tuvo tan tristes agujeros  
en sus bodas?

FELIPA.                               Infinitos,  
mi bien, para tu consuelo.

ANTÓN.                               ¿Y viven éstos?

FELIPA.                               Y comen,  
sin que les cueste dinero.

ANTÓN.                               Yo no tengo esa constancia;  
pues antes, con estos dedos,  
con las uñas, con los dientes,  
con una estaca...

FELIPA.                               Mi dueño,  
no te irrites; todavía  
no me pareces muy feo,  
y, así, parte descuidado,  
que yo sabré convencerlo  
a bofetadas, si acaso

se viene con chicoleos.

ANTÓN. ¡Oh, asombro de chicleaneras;  
cómo se está conociendo  
que los señores de Cádiz  
te han dado buenos ejemplos!  
En fin...; te digo...; mas ¡ay! (*Caracol.*)  
que ya la señal han hecho  
de partir. Adiós, Felipa.

FELIPA. Espera un rato.

ANTÓN. No puedo.

FELIPA. Me da la gana.

ANTÓN. ¿Y mi fama?

FELIPA. ¿Y si te dan en los sesos  
una pedrada?

ANTÓN. No importa.

FELIPA. ¿Qué dices? ¡Ah! Si a lo menos  
viese correr por la plaza,  
poniendo mazas a perros,  
un tierno Golondrinito  
que en lo galán y discreto  
se pareciese a su padre  
como un pollo a otro polluelo,  
quizás no sintiera entonces  
que te fueras al infierno. (*Llora.*)

ANTÓN. Detén el llanto; suspende  
ese copioso aguacero;  
que tengo ya, como un pato,  
el corazón en el pecho.

FELIPA. Déjame que lllore, pues  
poco me cuesta el hacerlo.

ANTÓN. Esto es hecho. ¿Eres mujer?

FELIPA. El traje lo está diciendo.

ANTÓN. ¿Tendrás valor?

FELIPA. Si me caso  
contigo, ¿no he de tenerlo?

ANTÓN. Pues vente conmigo.

FELIPA. Vamos  
a mudar temperamento  
adonde gustes; pues muchas  
son golondrinas en eso.

ANTÓN. No te alejes, dueño mío;  
que al momento por ti vuelvo.

FELIPA. En la ventana estaré.

ANTÓN. Ten cuidado; y en oyendo  
un rebuzno, ése soy yo. (*Tocan caracol.*)  
Adiós, adiós.

FELIPA. Vuelve presto.

ANTÓN. Correré más que una liebre.

FELIPA. De gozo estoy que reviento.

LOS DOS. Y tomen de nuestro amor  
los animales ejemplo.

(*Vanse Antón y payos.*)

FELIPA. Mientras vuelve Golondrino,  
murmurar un rato quiero  
para divertir mis males.  
¡Qué horroroso es este pueblo!  
Las casillas me parecen  
madrigueras de conejos;  
los payos son tan peludos,  
tan chatos y tan horrendos  
que, a tener astas visibles,  
me parecieran carneros.  
Todo es triste y espantoso.  
Las mujeres son escuerzos.

¡Válgame Dios! ¿Si será  
este lugar el infierno?

Salen SILVESTRA y PAYAS, acechándola.

SILVESTRA. Ella está sola. Muchachas;  
pues todos están bebiendo  
con mi esposo en la bodega  
del tío Lucas, ahora es tiempo  
de zurrarle la badana.

PAYA I.<sup>a</sup> Lleguémonos con silencio.

FELIPA. Si lo miro bien, mi novio  
tiene cara de podenco,  
y el Alcalde... Pasa fuera;  
tentación..., que no consiento.  
(*La agarran.*)

SILVESTRA. Llevadla, amigas.

FELIPA. ¡Que el diablo  
me lleva!

SILVESTRA. Calla, o te meto  
esta zanca por un ojo.

FELIPA. ¡Que las brujas de este pueblo  
me quieren chupar la sangre!

SILVESTRA. Tapadle con un pañuelo  
la boca.

FELIPA. ¡Favor, favor!

SILVESTRA. Metedla en mi casa.

TODAS. Andemos.

(*La meten por la izquierda, y sale Antón.*)

ANTÓN. Di esquinazo a los patanes;  
y, como un gamo, aquí vuelvo  
por Felipa. ¿Si estará

en la ventana? No quiero  
rebuznar; porque al rüido  
podrá salir tío Lucero  
pensando que soy su burro,  
y como está medio ciego,  
se puede venir al bulto  
y quebrantarme los huesos.  
La cecearé. ¡Chis; Felipa!  
¿Si estará el Alcalde dentro?  
¿Qué será que de pensarlo  
se me erizan los cabellos?  
¿Si entraré? ¿Si no entraré?  
Allá me arrastran mis celos;  
aquí el honor me contiene;  
entremos, pues; mas no entremos;  
un pie quiere, otro no quiere;  
¡triste de mí, que me veo  
entre dos impulsos, como  
un borrico entre dos piensos!  
(Sale Felipa desgñada.)  
Pero ¡qué miro? ¡Felipa!  
dulce mona, amado dueño,  
¿qué gatos se han enredado  
en tu cabeza? Mas, ¡cielos!,  
¿tú resoplas y no hablas?  
¿Estás borracha? ¡Qué es esto?  
¿Por la boca arrojas babas  
y echas por los ojos ternos?  
¿Estás muda? ¡Cielos santos!  
¡Ya no cantará el bolero!  
¿Qué se ha hecho aquella lengua  
que rajaba por el medio,

como si fuera una sierra,  
la fama de todo un pueblo?  
¿Te la arrancaron acaso  
con tenazas? ¿Te la hirieron?  
¿Pues con qué? ¿Vas a pintar  
el cuchillo? ¿Sí? ¿Qué veo?  
(*Felipa saca un pimientito largo.*)  
¿No es un sapo? Mas ¡qué digo?  
¡Ay de mí, que es un pimientito!  
¿La lengua de mi Felipa  
salpimentada? No quiero  
ya vivir; con esta piedra  
me he de machacar los sesos;  
esto es hecho; yo levanto  
el brazo en alto; parezco  
un sayón en esta acción.  
¿Adónde me daré, cielos,  
que no me duela? Esta mano,  
como es hija de este cuerpo,  
tiene respeto a su padre.  
Pero ¡qué digo?, ¡qué temo?  
Me empezaré a dar quedito;  
que para apretar hay tiempo.  
(*Empieza a darse quedito; Felipa hace ex-  
tremos de sentimiento, hasta que, al verle  
darse más fuerte, le detiene el brazo y  
dice*):

FELIPA. Detente, mi bien.

ANTÓN. ¡Qué escucho?

¿Tú has hablado? ¿A quién le cuelgo  
el milagro?

FELIPA. A tu peligro.

ANTÓN.      ¿Pero quién así te ha puesto?  
FELIPA.      Endereza las orejas  
y sabrás todo el suceso :  
apenas en este sitio  
me dejaste haciendo gestos  
de dolor, y por tu vuelta  
quedé ofreciéndole al Cielo  
andar en camisa y gorro  
mientras que dure el invierno,  
cuando siento que me tientan  
por detrás; vuelvo, y me veo  
entre un biombo de caras  
pintadas por Asmodeo.  
La Alcaldesa, que mandaba  
esta legión, hizo luego  
señal de que me llevasen.  
Yo, por desasirme presto,  
a ésta le tiro un araño,  
a aquélla muerdo el pescuezo,  
y a estotra sumo el ombligo  
con una coz que le pego.  
Me agarran del pelo; grito,  
y atrancándome el garguero  
con el pañal de un muchacho,  
me llevan por esos cerros.  
Allí una maldita gansa,  
desenvainando un pimiento,  
me dió tal friega en la boca,  
que me dejó sin resuello.  
No brinca tanto una bestia  
cuando le aplican el hierro,  
como yo con la maldita

banderilla que me han puesto.  
En fin, vengo desgredada  
a decirte, amado dueño,  
que pues en tu tierra estilan  
hacer con las novias esto,  
cuando se quieran casar  
busquen diablos del infierno,  
que yo me vuelvo a la mía,  
donde contaré el suceso  
y haré que alisten al punto  
los niños, mozos y viejos  
para vengar este agravio  
que se ha hecho a los chiclaneros.

ANTÓN. Detente, dulce Felipa;  
detente; porque primero  
que te ausentes, mis enojos  
han de tocar a degüello.  
Yo, con esta peña, haré...

FELIPA. ¿Qué has de hacer?

ANTÓN. Romperle un hueso  
a la Alcaldesa.

FELIPA. ¿Qué dices?  
¿Tú les pierdes el respeto  
a las faldas?

ANTÓN. Que no agravien  
a los calzones.

SILVESTRA. (*Saliendo.*) ¿Qué es esto?  
¿Todavía no has partido?  
¿Cómo, contra el mandamiento  
de mi esposo, te detienes  
con Felipa?

ANTÓN. Porque quiero



castigar bellaquerías.

SILVESTRA. ¿Y de qué manera?

ANTÓN.

Haciendo

un mujercidio. (*Levanta la piedra.*)

FELIPA.

¡No tires!

TODAS.

(*Saliendo.*)

¡Tente, Antón!

FELIPA.

¡Que me derriengol

A este golpe salen todos, y forman un grupo de esta forma:

ANTÓN se queda con la piedra levantada; la ALCALDESA con una rodilla en tierra y las manos alzadas; los PAYOS con las cachiporras amenazando a Antón; el ALCALDE en medio, delante de su mujer; FELIPA desmayada en los brazos del SACRISTÁN; las MOZAS amenazando a Felipa con las piedras, y el tío BECERRO, con una botella y un vaso en la mano; y en esta acción quedan todos como medio minuto, sin hablar.

ALCALDE. ¿Qué haces, ganso?

ANTÓN.

¿Qué? A una loca

darle su merecimiento.

PAYAS.

Pues matememos a Felipa.

ANTÓN.

No la matéis, deteneos.

FELIPA.

Ni yo quiero estarme quieta.

ALCALDE.

Decidme: ¿qué ha sido esto?

ANTÓN.

Que la Alcaldesa, a mi esposa  
la ha refregado un pimiento.

BECERRO.

El picante pide vino;  
vaya un trago.

ALCALDE.

¿Por qué has hecho  
semejante desacato?

SILVESTRA. No es Pascua, y no me confieso.

ALCALDE.

¿Así me hablas? Prendedla.

- PAYAS. Nosotras la defendemos.
- BECERRO. Si las hembras se amotinan,  
los machos harán lo mismo.
- ALCALDE. La prudencia aquí me valga.  
Vete a la bodega luego  
arrestada, y no me veas  
en cinco meses y medio.
- SILVESTRA. No serán sino cuartillos  
los que me tire al colete. (*Vase.*)
- PAYAS. Vamos todas a ayudarla. (*Vanse.*)
- ALCALDE. ¿Estás, Antón, satisfecho?
- ANTÓN. Lo estaré dentro de un año.  
¿Y tú lo estás, dulce dueño?
- FELIPA. Mucho, y aún más lo estuviera  
si desterraran del pueblo  
esa maldita semilla.
- ALCALDE. Alguacil; haz fijar luego  
un bando para que nadie  
vuelva a sembrar más pimientos.
- FELIPA. Ahora sí que estoy contenta.
- ANTÓN. Dame un abrazo.
- FELIPA. Doscientos  
te daré de buena gana.
- ANTÓN. Ven acá, dulce embeleso.
- TODOS. Y aquí da fin el sainete;  
perdonad sus muchos yerros.

# LA FERIA DEL PUERTO

SAINETE

## PERSONAS

DON NARCISO.	CURRO.
DON IGNACIO.	BENITO.
DON ANSELMO.	ALCALDE.
DON BLAS.	PERIQUITO.
DOÑA EUFRASIA.	PATRÓN 1.º
LORA, maja.	PATRÓN 2.º
TERESA, maja.	BUÑOLERAS.
ZAPATETA.	VENDEDORES.
PEPILLO.	MINISTROS.

## LA FERIA DEL PUERTO

---

La escena será telón de marina con dos bastidores por banda. Salen dos PATRONES con las capas debajo del brazo, llamando a varias personas que se pasean; después salen PEPILLO por un lado y ZAPATETA por otro; y dando algunas vueltas, mientras duran los primeros gritos, llegan a encontrarse.

PATRÓN 1.º Oiga usted, caballerito:  
mi barco se da a la vela  
ahora mismo.

PATRÓN 2.º El mío se larga,  
si usted no se embarca apriesa.

LOS DOS. ¿Quién se embarca?

PATRÓN 1.º Atraca el bote,  
Marianillo.

PEPILLO. Zapateta,  
¿tú por estos andurriales?  
Yo te juzgaba en la feria.

ZAPATETA. Calla, Pepillo; que estoy  
echando chispas.

PEPILLO. Revienta;  
¿quién te ha ofendido?

ZAPATETA. A mí, nadie

PEPILLO. Pues ¿qué fatigas son esas?

ZAPATETA. Hombre, ya sabes que Lora  
hoy chorrea por mi cuenta,  
y que yo... Ya tú lo sabes;  
la requiero. Vaya; es prenda  
de gusto.

PEPILLO. Si te conozco;  
sobre que tú te amartelas  
al instante; pero al caso.

ZAPATETA. Pues si me conoces, piensa  
tú cuál estará mi alma  
sabiendo que va a la feria  
con un peluquilla.

PEPILLO. ¿Y cómo  
no vas a darle una felpa?

ZAPATETA. Nada menos; estas cosas  
requieren pecho; a esa jembra  
la he de pillar con la masa  
en las manos.

PEPILLO. ¿Tú te arrestas  
a ir al Puerto?

ZAPATETA. Aunque me ahogara.

PEPILLO. ¡Que me encuentre sin monea  
en este lance!

ZAPATETA. Pues yo  
tengo, en cobre, una peseta.

PEPILLO. ¡Vaya, que estamos lucíos!  
¿Y qué haremos, Zapateta?

ZAPATETA. En casos de honra, se vende  
todo el hato.

PEPILLO. En mí no hay prenda  
que se atreva a presentarse  
en el boquete.

- ZAPATETA. Me tientan  
ya los mengues por poner  
esta chupa en almoneda.
- PEPILLO. ¡El diablo son las mujeres!  
Adiós; voló la decencia.
- ZAPATETA. ¿Qué te parece la alhaja?
- PEPILLO. Que puede honrar una percha  
en la calleja de Soto.  
Sobre que está casi nueva...
- ZAPATETA. Como que aun estoy pagando  
la dita. Dos años lleva;  
y me faltan dos semanas.
- PEPILLO. ¡Vaya; si abobas con ella!
- ZAPATETA. Esto es hecho. A bien que yo,  
en meneando la lezna,  
soy un águila.
- PEPILLO. ¡Que viva  
el valor!
- ZAPATETA. Pues a venderla;  
que, en los calores que hacen,  
casi, casi es conveniencia  
ir en pechos de camisa.
- PEPILLO. Y aun a ti te tiene cuenta  
ir un poco disfrazado.
- ZAPATETA. Deja; que esa mala hembra  
ha de llevar un julepe  
de patáas, que no se vea  
libre de polvo en un año.
- PEPILLO. No te dejo, aunque me pierda.
- ZAPATETA. Pues sígueme, si eres hombre.
- PEPILLO. Pronto verás, Zapateta,  
quién es Pepillo.

ZAPATETA. Soniche;  
no te llares luego iglesia.  
PEPILLO. ¡Por vida!... Que tú me aburres.  
ZAPATETA. ¿Me sigues?  
PEPILLO. Muchito.  
ZAPATETA. Arrea.

Vanse; salen LORA, TERESA y DON NARCISO,  
y los PATRONES llegan.

LORA. Haga usted porque al instante  
pasemos el charco.

NARCISO. Deja;  
que yo fletaré un falucho.

PATRÓN 1.º Yo tengo un barco que vuela,  
caballerito.

PATRÓN 2.º Al señor  
siempre lo llevo a la feria.

DON NARCISO se entra con los PATRONES, y quedan LORA  
y TERESA.

LORA. Dios quiera nos embarquemos al punto; porque si ordena la Tarasca que tu Curro o el mueble de Zapateta nos encuentren, me recelo que se nos agüe la fiesta.

TERESA. Por mi Curro no haya miedo, que en dándole dos pesetas para tabaco y un trago, se amansa como una oveja.



LORA. Dicho y hecho : mira a Curro.

CURRO. (*Saliendo.*) ¿Conque usté, señá Teresa,  
sin decir oxe ni moxte,  
se va a bureo?

TERESA. No vengas  
jinchando el buche, caramba;  
que pensará quien te vea  
que tú me engordas.

CURRO. Chitito;  
¿para qué mover la lengua  
sin substancia? Yo no quiero  
quitarte tus conveniencias;  
pero, a lo menos, sepamos  
quién suda.

LORA. Pues usted sepa  
que por mí sudan ahora;  
y que, si viene Teresa,  
es porque de sus empleos  
disfruto también las rentas.

CURRO. Aelante. Con dos palabras  
queda la cosa compuesta.  
¿Y quién es ese gachón?

LORA. El mismísimo que llega.

NARCISO. (*Saliendo.*) Ya tengo barco fletado.

CURRO. Una palabrita, prenda.

NARCISO. ¿Qué quiere usted?

TERESA. ¿Qué tramoya  
armará este calavera?

CURRO. Servidor de usted.

NARCISO. También  
lo soy de usté.

CURRO. Usted me tenga

por su criado.

NARCISO. Lo estimo.

CURRO. ¿Conque usted ya no se acuerda...?

NARCISO. ¿De qué?

CURRO. De cuando nos vimos.

NARCISO. ¿Pero en qué parte?

CURRO. A ver; venga

un papel para un cigarro.

NARCISO. Veré si en la faltriquera  
encuentro algún sobrescrito.  
Tome usted.

CURRO. Pues usted sepa  
que soy Curro, el de la Tripa,  
y quería de Teresa.

NARCISO. Lo celebro.

CURRO. ¿Tiene usted  
tabaco?

NARCISO. Cuanto usted quiera.  
Tome usted.

CURRO. ¿Conque ustés tres  
se van ahora a la feria?

NARCISO. En este instante.

CURRO. Crea usted  
que lo quiero bien.

NARCISO. Se aprecia.

CURRO. Tóo se lo merece un hombre  
de circunstancias; de veras.

NARCISO. Mil gracias.

CURRO. ¿Tiene usted avíos  
para encender una yesca?

NARCISO. No, amiguito.

CURRO. Pues después

fumaremos.

NARCISO. Norabuena.

CURRO. Pues, señor; esa Lorilla  
es lo mismo que una perla.  
¿Usted le ha visto bailar  
el zorongo?

NARCISO. Nunca.

CURRO. ¡Ea;  
sí, cuando lo baila, aboba!  
Y lo mismo ella maneja  
su cuerpo cuando lo baila,  
que si corriera tormenta  
un barco.

NARCISO. Me alegro mucho.

CURRO. Pero ha dado un calavera  
en perseguirla; y no hay duda  
que si con usted la encuentra,  
habrá un jollín, que los diablos  
anden sueltos en la feria.

NARCISO. ¡Carambola! ¿Y quién es ése?

CURRO. Él es un tal Zapateta,  
que suele picar tabaco  
con un navajón de a terciá.

NARCISO. (*Aparte.*) Tercianas me dan de oírlo.

CURRO. Pero como usted quisiera  
que le acompañase yo,  
no movería la lengua  
ese mandria.

NARCISO. Sí, amiguito;  
justo es que usted se divierta,  
que yo pago.

CURRO. Pues churrús;

- yo marchó por la torera.
- NARCISO. No se tarde.
- CURRO. No hay cuidado.
- NARCISO. Búsqueme usted en la feria.
- CURRO. No se hable más. Déme usted unas dos o tres pesetas para el barco.
- NARCISO. Tome usted.
- CURRO. Hasta luego. Adiós, Teresa.
- TERESA. Adiós, hombre.
- LORA. ¿Qué le ha dicho ese maldito tronera?
- NARCISO. No es nada; cierto asuntito.
- PATRÓN 2.º Vaya, señores, ¿qué esperan? ¿Nos largamos?
- LORA. Al instante.
- NARCISO. Me parece que recelas algún encuentro.
- LORA. ¿Han venío a llenarle la cabeza de viento? Pues no, ¡caramba!; que si yo suelto la lengua..
- TERESA. ¿Lo dices eso por Curro?
- LORA. Cabal.
- TERESA. No te ensoberbezcas, mujer, que luego te pones más alta que las estrellas.
- NARCISO. No haya disgusto.
- LORA. Si nunca ha de haber para mí fiesta en donde no haya un demon que meta la pata.

- NARCISO. Cesa,  
mujer.
- LORA. Ya está por cesao.  
Vamos; y lluevan carretas. (*Vase.*)
- IGNACIO. (*Saliendo.*) Ella acaba de pasar  
con Narciso y con Teresa  
por la plaza. Sí, no hay duda;  
se van al Puerto. ¡Que tenga  
ese tonto la osadía  
de competirme! A la feria  
voy a quitarle la moza  
o romperle la cabeza.
- PATRÓN I.º ¿Va usted al Puerto, caballero?
- IGNACIO. Sí, amigo.
- PATRÓN I.º Pues a la vela.  
Vamos al muelle; verá  
qué falucho tengo.
- IGNACIO. Cuenta  
que no hemos de detenernos.
- PATRÓN I.º Ni un minuto.
- Salen ZAPATETA y PEPILLO.
- ZAPATETA. ¡Tío Ginebra!
- PATRÓN I.º ¿Qué se le ofrece, amiguito?
- ZAPATETA. ¿Ha visto usted si Teresa  
la Crestona se ha embarcao?
- PATRÓN I.º Se fueron con tío Viruelas  
ahora mismo.
- ZAPATETA. ¿Con quién iba?
- PATRÓN I.º Con Lorilla, la Lucena,  
y un caballero.

- ZAPATETA. ¡Por vida  
que a esa endina no la hubiera  
topao en el muelle!
- PEPILLO. A bien  
que ahora nos vamos tras ella.  
Diga usted: ¿cuándo se larga?
- PATRÓN I.º Ahora mismo.
- ZAPATETA. Pues najencia,  
que se pierde el tiempo.
- PATRÓN I.º Vamos.
- IGNACIO. Patrón, ¿baja la marea?
- PATRÓN I.º ¡Qué ha de bajar, si hay más agua  
que en el diluvio!
- IGNACIO. Pues ea;  
vamos al muelle.
- ZAPATETA. Pepillo;  
ya verás qué tunda lleva.
- PEPILLO. Si sé; que donde tú vayas,  
nenguno, nenguno llega. (*Vase.*)

Vista de la feria, con toda la mayor propiedad. BUÑOLERAS,  
VENDEDORES, etc., y salen DON BLAS y DON ANSELMO.

- ANSELMO. Por cierto, don Blas, que está  
cual ningún año la feria.
- BLAS. Mucho; en el ramo de vinos  
ha habido grande cosecha.
- BENITO. (*Sale de payo.*)  
¡Jesús, cuánto figurín!  
¿Si será la Nochebuena  
en este pueblo, que ponen  
tanto Nacimiento?

- BLAS. Espera;  
que este patán ha de darnos  
un buen rato. Hacia él te acerca.
- ANSELMO. ¿Qué hay, amigo? Me parece  
que aquesta es la vez primera  
que usted viene a esta función.
- BENITO. En mi vida vine a ella.  
Pero, diga usted, señor:  
¿aquí qué es lo que se reza?
- ANSELMO. ¿Rezar? ¡Buena devoción!  
¿Está usted acaso en la iglesia?
- BENITO. Pues diga: ¿qué significa  
tanto altarito?
- ANSELMO. ¡Ésa es buena!  
No son altares; son puestos  
donde se venden diversas  
mercancías.
- BENITO. ¿Mercancías?  
¿Y quién compra esas frioleras?  
Yo sólo veo guitarras,  
figurines, cornamentas,  
aventaos de caña,  
buñuelos y bagatelas  
buenas para los muchachos.
- BLAS. Pues todas esas cosuelas  
se aprecian en tales días.
- BENITO. Vaya, vaya; que esta feria  
debe causar a las gentes  
como en mi pueblo a las viejas,  
que a los ochenta años tornan  
a jugar con las muñecas.

Salen DOÑA EUFRASIA, figurona, y PERIQUITO, paje  
ridículo.

EUFRASIA. Oyes, Perico; esos pies  
con las puntas hacia fuera;  
cuenta no encorves el cuerpo;  
endereza esa cabeza.  
¡No he visto niño más terco,  
ni más incurioso!

PERIQUITO. Ea;  
yo no puedo andar mejor.

EUFRASIA. ¿Y a mí con tal insolencia  
me respondes, vil insecto?

PERIQUITO. ¡Ay! ¡Señora, que me quiebra  
usted el brazo!

EUFRASIA. Estos dedos  
han de ser, si no escarmientas,  
tus perennes torcedores.

PERIQUITO. Yo me enmendaré.

EUFRASIA. Pues cuenta,  
y avísame si percibes  
por esta verde alameda  
a don Ignacio.

PERIQUITO. Está bien.

EUFRASIA. Oyes; vapula esa piedra  
para sentarme.

PERIQUITO. Ya está.

EUFRASIA. Yo lo veré. Allí se observan  
dos partículas de polvo.

PERIQUITO. Ya no hay nada.

EUFRASIA. No estés cerca,



que los efluvios que exhalas  
me trastornan la cabeza.

PERIQUITO. ¡Maldita sea tu cara!

*(Se sienta Eufrasia, y Perico se queda en  
pie con el sombrero en la mano.)*

BENITO. Vaya; sobre que me tienta  
el diablo, por ser yo niño.

ANSELMO. Amigo mío; a la tierra  
donde fueres, has de hacer  
lo que vieres.

BENITO. Me aconseja  
muy bien. Yo quiero comprar  
una baratija de éstas.  
¿Qué vende usted?

VEND. Tengo cosas  
primorosas: Santa Elena,  
San Macario, el Paraíso  
con la Sierpe, Adán y Eva,  
cuernos de todos tamaños.

BENITO. Espere usted; ¿y qué menestra  
es esa última?

VEND. Son  
unos pititos, que suenan  
como un clarín. Oiga usted. *(Pita.)*

BENITO. ¿Y quién compra esa madera?

VEND. Pues ¿qué tiene?

BENITO. Que esos muebles  
en un toro se respetan,  
y en un hombre causan risa  
si en público se los cuelgan.

VEND. Eso es porque los letreros  
son graciosos.

- BENITO. A ver, lea.
- VEND. Aquí dice: «Éste te pongan.»
- BENITO. A tu padre y a tu abuela...
- TODOS. ¡Ah, ah!
- BENITO. Vaya; me ha gustao.  
¿Y cuánto vale esa pieza?
- VEND. Dos cuartos.
- BENITO. Tome usted, amigo.
- BLAS. ¿Se lo lleva usted a su tierra?
- BENITO. No, señor; allá estos muebles  
no se estiman, ni aun siquiera  
de burlillas. Yo lo compro  
para regalarlo a esta  
señorita.
- BLAS. ¿Qué intentáis?  
(*Llégase Benito a doña Eufrasia con la  
montera en la mano; en la derecha el  
pito.*)
- BENITO. Señora; si la pobreza  
de mi endinidá merece  
colgar en su reverencia  
este pequeño cuernico,  
que ojalá tan grande fuera  
como el de un buey de diez años,  
yo sería...
- EUFRASIA. Ruda bestia. (*Le empuja.*)  
¿Cómo a burlarte te atreves  
de una mujer de mis prendas?  
¡Ah, paje; saca la espada!
- BENITO. Señora; si usted se emperrea  
porque es de poco valor  
el regalillo, paciencia.

Cada uno da lo que tiene.

EUFRASIA. No he de menester ofrendas.

Vete, o hago que te ensarte  
mi paje por una arteria.

BENITO. ¿Será cirujano el niño;  
y eso que es él la lanceta?

EUFRASIA. Vaya el indómito al bosque  
a propalar indecencias  
con las rudas aldeanas.

ANSELMO. ¿Veis, en fin, cuánto se arriesga  
en no recapacitar  
con quién se trata?

BENITO. De veras  
que, para sierpe, le faltan  
tan sólo escamas y aletas.

Salen NARCISO, LORA y TERESA.

NARCISO. No estés triste, que tu majó  
vendrá muy pronto.

LORA. Teresa,  
¡qué calma hace! Parece  
que el señor no está de fiesta,  
o que tiene humores gruesos,  
según lo mucho que pesa.

NARCISO. Ya; no quieres te lo nombre.

LORA. Oiga usted: cuando se arriesga  
mi personaza a salir  
en público con muleta,  
es porque está el campo limpio  
y a nadie cogen de leva.

NARCISO. ¡Ah falsa!

- LORA. No venga usted  
con pasitos de comedia.  
La verdad; ¿usted pretende  
que le regalen la oreja?  
Teresa, dile al señor  
si lo quiero.
- TERESA. Y que se extienda.  
¡Ya se ve, pues!
- NARCISO. Si vosotras  
no sabéis querer.
- LORA. Mi prenda;  
sepa usted que por acá  
de otro móo se manejan  
los quereres: las usías  
se remilgan, se lamentan  
y manifiestan su amor  
con el flato y la jaqueca.  
Pero acá la gente basta  
grita, bota y patalea,  
y el que logra que lo arañen  
puede creer que lo aprecian.
- BENITO. ¿Qué dice usted? ¿Le regalo  
el cuernico a esta doncella?
- BLAS. Que os exponéis.
- BENITO. Ésta tiene  
la cara de cuchufletas.  
Yo me arremango. Señora :  
aunque usted tendrá cosecha  
de esta fruta, le suplico  
que se lo cuelgue en la oreja.
- LORA. Mire usted, seor espantajo;  
ése que usted me presenta

está todavía verde.  
Cuando estén los de su testa  
maduros, le estimaré  
me regale una docena,  
que quiero a tóos sus parientes  
mandárselos en conserva.

TERESA. Ea; la ida del humo.

LORA. Al instantito; najencia.

BLAS. ¿Qué le dijimos a usted?

BENITO. Calle usted; si tiene ésa  
una sal para espantar  
pitos, que a todos eleva.

Sale IGNACIO, y así que ve a NARCISO da vueltas, tirando  
de la mantilla a LORA cada vez que pasa junto a ella.

IGNACIO. Aquí está Lora y el bruto  
de Narciso. ¡Huy, qué piernas!  
Mejores son las del Diablo  
Cojuelo. Mas con reserva  
es necesario jugar  
el lance. (*Le tira.*)

BENITO. En aquesta tierra  
deben, por lo irregular,  
nacer las mujeres ciegas.

BLAS. ¿Por qué, hombre?

BENITO. Porque toas,  
paráas o andando, se pegan  
lo mismo que garrapatas  
al señorón que las lleva.

EUFRASIA. ¡Ay, Periquito, allí está  
don Ignacio! ¡Quién pudiera,

sin eclipsar su decoro,  
indicarle alguna señal!

LORA. Teresilla, ¿no es Ignacio?

TERESA. El mismito; y da más vueltas  
que un molino.

LORA. Ya, con éste,  
van tres tirones.

NARCISO. ¡Es buena  
la confianza! Ignacito,  
¿fué antojo, o vienes de rejas  
verdes, de empinar el brazo,  
y se te anda la cabeza?

IGNACIO. Eso es decir que estoy ebrio.  
Salvaje, si no estuvieras  
en este sitio, el garrote  
te quebrara en la mollera.

NARCISO. No lo haces por el sitio,  
sino porque de una buena  
bofetada no te arroje  
al suelo la cabellera  
postiza, y salga la luna  
por la mañana en la feria.

IGNACIO. ¿Tú me tratas de imperfecto,  
so Arlequín? Mira, contempla  
tu figura, que este espejo (*Lo saca.*)  
lo traigo en la faltriquera  
para escarmiento de feos.

(*Se lo pone delante de la cara, y Narciso  
de un golpe se lo echa a rodar; se amena-  
zan con los bastones; las mujeres se me-  
ten en medio; y doña Eufrasia agarra a  
don Narciso.*)

NARCISO. ¡Por vida!...

LORA. Narciso; deja,  
y no hagas caso de mandrias.

EUFRASIA. Que usted, don Ignacio, sea  
tan estulto que propale  
con aquesa gentezuela...

LORA. ¡Hola, doña Remilgada!  
Cuenta lo que dice, cuenta;  
que si tercio la mantilla,  
ha de hacer con la paleta  
del espinazo un saludo  
a cuantos hay en la feria.

EUFRASIA. Haga usted por inhibir  
esos modales; y advierta  
que doña Eufrasia no es un  
gusarapo como ella.

TERESA. A ver; deja que le arranque  
los grifos.

LORA. Quitá, Teresa;  
que ahora verás cómo barre  
el suelo con la peineta.

*(Lora embiste a doña Eufrasia; los dos pe-  
timetres se amenazan con los bastones,  
sin darse; acuden las gentes de los pues-  
tos; el paje salta de alegría viendo que  
arañan a su ama.)*

EUFRASIA. ¡Ah vil gusano!

IGNACIO. No impidan  
que le rompa la cabeza.

TODOS. Deténganse.

IGN. y NAR. ¡Vive Dios!

ANSELMO. Dame tu espada.

BLAS. ¿Qué intentas?

ANSELMO. Divertirme.

BLAS. Tómala.

ANSELMO. (*Toma la espada de don Blas; a sus voces se contienen; él se pone en medio; y todos hacen círculo.*)

Señores; todos atiendan.

Entre señores de honor,

sin duda es una bajeza

pretender darse de palos;

y, así, para que esto sea

en forma de duelo, aquí

están dos espadas. Ea;

yo soy padrino de entrambos;

a combatir; hagan rueda.

NARCISO. De modo que yo, en pasando  
el primer impulso...

IGNACIO. Fuera

reñir así, desafío;

y las leyes lo condenan.

ANSELMO. ¿Conque ya esto se acabó?

NARCISO. Yo perdono las ofensas  
como noble.

IGNACIO. Yo no guardo  
rencor.

BENITO. ¡Miren qué prudencial!

Esta acción vendrá mañana

descrita por la *Gaceta*.

ANSELMO. Ea; pues háganme el gusto  
de abrazarse.

NARCISO. Como él quiera.  
Yo estoy pronto.



Salen ZAPATETA y PEPILLO.

ZAPATETA. Si no quiere,  
yo tomo el brazo, mi prenda.

ANSELMO. Entre éstos no meto paz.

BENITO. ¡Qué cara tiene de Gestas!

NARCISO. Pero, amigo, usted...

ZAPATETA. Chitito;  
ven acá tú, calavera.  
¿Pensabas que no vendría  
a echarte el guante?

LORA. ¿Usted? ¡Deja!  
¿Es usted acaso alguacil,  
o me trae una talega  
para taparme la boca?  
Vaya, vaya; que quien vea  
ese modo y ese traje,  
pensará que ha hecho usted quiebra  
por mantenerme.

BENITO. ¡Qué pico!  
Vaya, vaya; ¡si una lezna  
no es más agudal

ZAPATETA. Lorita;  
cuidado que, aunque no pueda  
cascarte a ti, he de vengarme  
con el futraque que llevas.

LORA. Ese hombre viene conmigo;  
y, así, múdate, y no muelas  
a la gente.

ZAPATETA. No he de irme  
sin ti.

LORA. Si tengo una pierna  
entumía...

ZAPATETA. ¿A que te llevo?

LORA. ¿Y cómo?

ZAPATETA. De esta manera.  
Arree usted por otra parte.

NARCISO. Amigo, por Dios, advierta...

ZAPATETA. La cara le he de cortar.

LORA. Detente, endino.

ZAPATETA. Tú, perra,  
me la has de pagar también.

*(Zapateta con el navajón, y lo mismo Pepillo, corren detrás de todos, a tiempo que sale Curro con la torera debajo del brazo; da un grito; se suspenden todos; mira a todas partes fumando un cigarro, y después de una pausa, dice):*

CURRO. Soniche; ¿qué bulla es ésta?

PEPILLO. Zapateta, nájate,  
porque trae la torera.

ZAPATETA. ¿Qué le he hecho yo a Currillo?

BENITO. ¿Es éste que se presenta  
el Alcalde?

BLAS. No; ¿por qué?

BENITO. Como todos le respetan...

CURRO. ¿No respondes?

NARCISO. Señor Curro;  
con la mayor insolencia  
me ha tratado...

CURRO. ¿Quién?

NARCISO. Aquel  
mocito de la montera.

CURRO. Está bien. Tóo se compone  
al punto con la torera.  
Pongamos la circunstancia  
en su lugar; nadie mueva  
el jocico.

TERESA. Tente, Curro.

CURRO. ¿Y de mí qué se dijera?  
Basta que seas de la Tripa  
para que yo no consienta  
que ninguno de otro barrio  
desaire a tu compañera.  
Ven acá.

ZAPATETA. ¿Quién, yo?

CURRO. Tú, sí.

ZAPATETA. Señor Curro, usted no crea...

CURRO. Chito; no vale jacer  
el *mondiú*; prevén la jeta,  
que te voy a castigar  
para que otra vez no seas  
atrevío.

ZAPATETA. Señor Curro,  
escúcheme usted siquiera.

LORA. Déjele usted.

CURRO. No hay remedio;  
te vas a quedar sin muelas.  
Y pues le ha ofendido a usted...  
Ya no es bien tener prudencia.

ZAPATETA. Si yo no he sío...

CURRO. Silencio.

Mira, traigo la torera;  
mas no la quiero ensuciar  
en una mona. Con ésta

te voy a tomar el molde  
del jocico.

ZAPATETA. De manera  
que yo...

CURRO. Ponte de rodillas  
sin resollar; y antes besa  
la mano al señor.

TERESA. Currito...

ZAPATETA. Pero si yo...

CURRO. ¿A que te quedas  
en el tiro? (*Empuña.*)

ZAPATETA. (*Se arrodilla.*) Ya estoy puesto.

CURRO. Di, pa que túos lo entiendan:  
«Señor, yo soy un endino  
desgalichao, tronera;  
y así, perdóneme usted.»

ZAPATETA. Yo no lo digo, aunque sepa  
que usted me mata.

CURRO. Tunante;  
espichas como arpa vieja,  
si no te hincas.

ZAPATETA. ¡Que me matan!

TODOS. ¡A la Guardia!

BENITO. ¡Buena gresca!

Sale el ALCALDE con MINISTROS.

ALCALDE. Ténganse aquí a la Justicia.  
¿Qué alboroto y bulla es ésta?

NARCISO. Señor Alcalde, ese hombre,  
que a todo el mundo atropella.

ALCALDE. ¿Quién eres tú?

- ZAPATETA. Yo, señor,  
soy Perico Zapateta.
- BENITO. Vaya; si de oír su nombre,  
me tiemblan las faltriqueras.
- ALCALDE. ¿Conque tú insultas a todos?
- ZAPATETA. Yo no he chistao siquiera.  
El señor Curro es quien quiso  
matarme.
- CURRO. Calla esa lengua,  
monicaco; señor Juez,  
es verdad que si usted llega  
más tarde, sobre la trompa  
le toco yo la retreta.  
¿Pero yo matar un mandria?  
Vaya; si me da vergüenza.
- ALCALDE. Antes sabré yo estorbar  
alborotos y quimeras;  
amarren a esos dos tunos.
- BENITO. ¡Que siempre por las mozuelas  
se pierda la gente honrada!
- ZAPATETA. La culpa tiene esa hembra.
- CURRO. A bien que otro mal no pueden  
hacerme que echarme a Ceuta.
- BENITO. ¡Toma! Conque para usted  
el ir allá es conveniencia;  
porque por fin le han de dar  
agua, pan y mucha leña.
- EUFRASIA. Señor Juez, dé usted la orden  
de que estas mujeres sean  
arrestadas.
- ALCALDE. ¿Pues qué han hecho?
- EUFRASIA. Haber con manos groseras

- profanádome el peinado  
y herídome con la lengua.
- LORA. ¿Quién es ella, para que  
por su causa a mí me prendan?
- EUFRASIA. Una nieta del Rey Chico  
de Granada.
- LORA. Enhorabuena.  
¿Conque es usía morisca?  
Señora mía, usted sepa  
que nadie es mejor que nadie.
- EUFRASIA. ¡Miren ustedes la ineptal  
¿No he de ser mejor que tú,  
cuando corre por mis venas  
la sangre de los Gazules?
- LORA. ¿Azul? Pues podrá venderla,  
cuando le falten dineros,  
a cualquiera pintarrejas.
- EUFRASIA. Esto pasa ya de insulto.
- ALCALDE. Señoras, haya prudencia;  
cese el escándalo, y vayan  
a divertirse a la feria  
sin que se metan con nadie.
- EUFRASIA. Don Ignacio; usted me venga  
consolando, que si no  
ha de darme la jaqueca.
- IGNACIO. Yo siempre soy su criado.
- ALCALDE. Cuidado; que si se encuentran  
no haya cuestión.
- LORA. Segurito;  
porque soy como una oveja.  
Don Narciso; ya ve usted  
que cesó la competencia.

- NARCISO. Siempre soy tuyo.
- ZAPATETA. Endinota,  
yo saldré de en cas de abuela...
- LORA. Para un presidio; y así,  
muy buen viaje, Zapateta.
- TERESA. Adiós, Curro.
- CURRO. No te aflijas,  
que esta no es la vez primera  
que por mis grandes acciones  
con este triunfo me llevan.
- ANSELMO. Vamos a nuestra posada.
- BENITO. Y yo me voy a mi tierra,  
que no quiero pueblo donde  
se venden las cornamentas.
- TODOS. Y aquí acaba este sainete;  
perdonad las faltas nuestras.

FIN





EL FIN DEL PAVO

SAINETE

## PERSONAS

DON AGAPITO.

DON JUANITO.

DON PEDRITO.

DON ANTOÑITO.

DON PEPITO.

TOMASA.

PETRA, criada.

JUANA.

MARIQUITA.

MARTÍN, tuno.

FELIPE, majó.

UN CABO DE BARRIO.

DOS DISFRAZADOS.

## EL FIN DEL PAVO

---

Calle. Salen DON PEDRITO y DON JUANITO, de petimetres.

JUANITO. Adiós, Pedrito. ¿Qué haces en esta calle parado?

PEDRITO. Aguardo aquí unos amigos.

JUANITO. ¡Qué bien hueles! Por los labios exhalas ámbar... ¿Ha sido fontañán o jerezano?

PEDRITO. En la fonda nunca bebo sino tinto.

JUANITO. ¡Bravo, bravo!  
¿Conque has tenido banquete?

PEDRITO. Mucho.

JUANITO. ¿De a doce realazos?

PEDRITO. De a peso fuerte por barba.

JUANITO. ¡Carambola!

PEDRITO. Y un gran pavo,  
que vino a dárme las Pascuas  
de parte de cierto indiano,  
me cortejó hasta la fonda  
y ocupó también su plato.

JUANITO. Te has regalado, hijo mío,  
como un canónigo. ¿Y cuántos  
han sido los concurrentes?

PEDRITO. Tres muchachas y un anciano.

JUANITO. ¿Y a qué lleváis vejestorios  
a esas bromas?

PEDRITO. Si es un pasmo  
para jalear...

JUANITO. ¿Quién es?

PEDRITO. Don Agapito.

JUANITO. Ya caigo;  
mucho que es hombre de humor;  
y aun a pesar de sus años,  
en descubriendo una moza  
la da caza como un galgo.

PEDRITO. Pero no les dice nada.

JUANITO. Las mira y pasa de largo.  
Cada cual tiene su gusto.

PEDRITO. Si quieres acompañarnos,  
tendrás una bella tarde.

JUANITO. ¿Hay entruchada? Sepamos.

PEDRITO. Sí; porque como eran muchos  
los principios, todos hartos  
y acalorados un poco  
con el tintillo, votamos  
que en casa de algunas mozas  
se diese sepulcro al pavo;  
por lo cual don Agapito  
tomó el cadáver debajo  
de la capa de vicuña,  
y viene a depositarlo.

JUANITO. ¿Y quiénes son esas ninfas?

PEDRITO. Yo me adelanté, en un salto,  
a ver si Pepa Trespuentes  
estaba en casa.

JUANITO. Es buen paño.  
¿Y le hablaste?

PEDRITO. ¡Qué, si abrió  
el postiguello el retrato  
de Lucifer!

JUANITO. ¿Quién, la vieja?

PEDRITO. Ese demonio; y chiflando  
como una sierpe me dijo:  
«Señor don Pedro, no abro  
porque ha venido del Puerto  
esta mañana su hermano  
el Coronel, y no gusta  
de ver en casa espantajos.»

JUANITO. ¿Qué Coronel? Si es Tambor;  
y es capaz por un cigarro  
de vender su parentela.  
¡Vaya, vaya, que has quedado  
fresco! Pero ya está aquí  
don Agapito.

Salen PEPITO, y AGAPITO con el pavo.

AGAPITO. Acorchado  
tengo el brazo de traer  
nuestro difunto.

JUANITO. Veamos  
si está gordo.

AGAPITO. Yo imagino  
que era padre jubilado

- en la manada. ¡Qué hermoso!  
¡Oh qué venturoso empachol!
- JUANITO. ¡El animal es alhaja!
- AGAPITO. Conque, Pedro mío, ¿vamos  
a presentar a esas mozas  
este plenipotenciario?
- PEDRITO. Amigo; tienen visita.
- AGAPITO. ¿Conque se dió el golpe en vago?  
Ya se ve; como es domingo,  
se juntan en los estrados  
a santificar las fiestas.  
Paciencia. Yo había pensado  
introducirme en la gracia  
de Pepita con el pavo.  
¡Pero qué le hemos de hacer!
- ANTOÑITO. (*Saliendo.*) Vamos al punto, muchachos,  
que ya tengo yo unas mozas,  
y nos están aguardando.
- AGAPITO. ¿Dónde viven?
- ANTOÑITO. En la calle  
de la Rosa, sobre mano  
derecha, como quien va  
al corralón de los carros.
- AGAPITO. ¿Es una moza gordita,  
con un ojo remellado,  
la cara llena de pecas  
y los dos dientes de abajo  
medio podridos?
- ANTOÑITO. La misma.
- AGAPITO. ¿Qué culebrón! ¡Guarda, Pablo!  
Hijo mío, es un dolor  
que participe de un pavo

tan excelente esa ardilla.

PEDRITO. En casa de Antonia Ganchos  
podemos ir.

AGAPITO. ¿Quién? ¿Aquella  
que a todos quiere colarnos  
que es hija de un Intendente;  
y que, por no dar la mano  
a un caballero algo viejo,  
se huyó con uno muchacho?

PEDRITO. La misma.

AGAPITO. ¡Pobre pavito,  
qué destino te habían dado!  
Primero lo rifaré.

ANTOÑITO. Mas ¿dónde hemos de llevarlo?

AGAPITO. Pensemos en una casa  
de estas mozas de recato  
que tienen algún compadre,  
padrino o apoderado  
que les lleva la mesada  
de un marido o de un hermano  
que tienen allá en las Indias;  
porque si nos encajamos  
en casa de una culebra  
que hable lenguajes extraños,  
se arrimarán a comer  
el moro y el italiano,  
el judío y el chulito,  
que es un mono derrengado,  
con la cola en la mollera,  
la montera y un cigarro.

ANTOÑITO. No es fácil lo que tú quieres.

PEPITO. Vamos pronto. Discurramos

PEDRITO. Tú entiendes muy bien la aguja.



AGAPITO. Si hay culebrones que al paso  
limpian, con sólo el aliento,  
el polvo de los zapatos.

JUANITO. ¡Qué finas son!

AGAPITO. Son terribles.

Mira: siendo yo muchacho,  
una de estas lagartijas  
se tragó en cuatro bocados  
un paquebote holandés  
con anclas, jarcias y palos.

Salen a la ventana DON PEPITO y TOMASA.

PEPITO. Muchachos, mirad qué ángel.

AGAPITO. Mucho; de los que bajaron.

TOMASA. ¿Qué dice usted, caballero?

AGAPITO. Que usted no comerá el pavo.

TOMASA. ¿Por qué no suben?

AGAPITO. ¿Es gana?

Porque estamos despachados.

TOMASA. ¡Buena frescura! Otra vez  
no venga con tales trapos  
si quiere usted que le abran.  
¡El demonio de los trastos! (*Vase.*)

AGAPITO. ¡Caramba y qué culebrón!  
De buena te has escapado,  
pavito de mis entrañas.

ANTOÑITO. Pero ya ves que es un chasco  
para el otro.

AGAPITO. Calla, tonto.

¿No le viste sucio el blanco  
de los ojos? Pues es hambre.

- Lo menos habrá dos años  
que ésa no come caliente.  
¡Cuerniquiquis, qué lagarto!
- PEPITO. (*Saliendo.*) ¡Hombre; vaya, que bochorno  
mayor jamás lo he pasado!
- AGAPITO. ¿Bochorno porque esa tonta  
se atufó? ¡Qué simplonazo!
- PEDRITO. ¡Todas son tontas, son feas  
para ti! ¿Quieres acaso  
alguna diosa?
- AGAPITO. No quiero.  
Mas podemos con el pavo  
hacer una gran conquista.  
¡Mira qué gordo y qué sano!  
¡Y que yo lo he de tocar  
con estos indignos labios!
- PEPITO. Prontito; ¿qué es lo que hacemos?
- ANTOÑITO. Vamos a depositarlo  
en la puerta de una escuela.
- PEDRITO. Yo, por mí, que vaya al saco  
del primer lego que pase.
- AGAPITO. ¡Y que le diese al hermano  
un insulto, de ir oliendo  
carne muerta! ¿Estás borracho?
- JUANITO. Si quieren, yo tengo casa  
donde pasemos el rato.
- AGAPITO. ¿Pero qué casa?
- JUANITO. Venid  
y veréis ¡qué gran boato,  
qué muchachas, qué graciosas!
- AGAPITO. No me las ponderes tanto,  
que ya te conozco. Tú,

en viendo cuatro moñajos,  
aunque sea un mascarón,  
como muchas que encontramos,  
le dices, hecho un almíbar,  
con la baba entre los labios:  
«Madrecita mía; yo  
me muero por sus pedazos.  
¿Me chere usted?»

JUANITO. No me muelas,  
y digan si quieren.

PEPITO. Vamos.

AGAPITO. ¿Está lejos?

PEDRITO. Que lo esté.

JUANITO. Sólo habrá cuarenta pasos.

AGAPITO. Vamos allá; que si es fea,  
a bien que yo tengo el pavo. (*Vanse.*)

Sala adornada con sillas y una mesa. Salen JUANA y PETRA.

JUANA. ¿Se fué mi hermano?

PETRA. Ahí está.

JUANA. ¡Martín!

MARTÍN. (*Saliendo.*) ¿Qué se te ha antojado?

JUANA. Vete, que voy a salir.

MARTÍN. ¿Acaso te impido el paso?

Vete donde te dé gana,  
que yo esta tarde no salgo.

JUANA. No quiero que me registres  
el baúl con esas manos  
de gavilán; conque, así,  
toma la puerta volando.

MARTÍN. ¿Y adónde quieres que vaya

no teniendo pa un cigarro?  
Ea; yo no me meneo  
si no me das pa tabaco  
y tres chiquitas. Lo dicho;  
y no me muevo, ¡canastos!  
JUANA. Mira; por vida de Juana  
que te he de poner, por vago,  
en la Carraca.

MARTÍN. No vengas  
a calentarme los cascós.  
Ya te he dicho que no quiero  
tomar la lezna en la mano;  
pues no es regular que tú  
andes con tantos moñajos,  
y que tengas a tu sangre  
cosiendo siempre zapatos.

JUANA. ¿Y eso qué importa?

MARTÍN. Muchito;  
que no tengo cara e palo.  
Y si tú tuvieras honra,  
me habías de haber comprado  
un futraque pa rozarme  
con gente de tiros largos.

JUANA. Un demonio para ti.

MARTÍN. ¡Qué descastáa te ha criado  
el Señor! (*Lllaman.*)

JUANA. Petra, que llaman.

PETRA. Ya van.

JUANA. Vete, estrafalario.

MARTÍN. No me da gana.

JUANA. ¡Jesús!

¡Yo no sé cómo te aguantol

Salen PETRA, AGAPITO, JUANITO, PEDRITO, ANTONITO  
y PEPITO.

TODOS. Dios guarde a ustedes, señores.

AGAPITO. Señorita... ¡Malo!, ¡malo!

JUANITO. Adiós, tocayita.

JUANA. ¡Bueno!  
Tocayito, ¿qué milagro?...  
Siéntense ustedes.

AGAPITO. Juanito;  
¿y ésta ha de comer del pavo?

JUANITO. Si es la dueña de la casa...

AGAPITO. ¿Conque no hay más que este diablo?

JUANITO. ¿Quieres que haya un Escuadrón?

AGAPITO. No, hijo mío; yo me planto  
al instante en la del Rey,  
no me huela el contrabando;  
porque la tal tiene cara  
de roer huesos.

JUANA. Tocayo,  
¿no se sienta ese señor?  
Venga usted. (*A Agapito.*)

AGAPITO. Ya me olió el pavo;  
mas no te dará en los dientes.

JUANITO. Fumaremos un cigarro.  
Siéntate.

AGAPITO. Si así estoy bien.  
Escucha, escucha; ya caigo.  
Ésta, toditas las noches  
corretea como un galgo  
la ciudad; y cuando vuelve

a su casa, trae debajo  
de la mantilla: turrón,  
chocolate, tazas, platos,  
monteras, gorros, sombreros,  
y en una ocasión se trajo  
el bastón de un Brigadier.

JUANA. Siéntense ustedes.

AGAPITO. Me marchó.

JUANITO. Yo estoy cansado de andar.

AGAPITO. ¡Ah, qué ojos que me está echando!  
Por más que me mires, hija,  
no comerás tú del pavo.

JUANA. ¿Y adónde van de paseo?

PEDRITO. Veníamos a ver si acaso  
nos hacía usted el favor  
de que se coma acá un pavo  
que trae el amigo.

JUANA. Al instante.

*(Martín se levanta, deja caer la capa, y  
corre adonde está Agapito.)*

MARTÍN. Camaráa; suelte usted el jato,  
y vamos a divertirnos.

AGAPITO. Usted viva muchos años,  
que yo me voy a mi casa,  
porque me siento algo malo.

MARTÍN. ¿Qué le duele?

AGAPITO. La cabeza.

MARTÍN. ¡Toma! Cantando y bailando  
se quita el dolor.

AGAPITO. No es eso.

MARTÍN. ¿Pues qué es? Vaya.

AGAPITO. Que he tomado

- una purga, y es preciso...
- MARTÍN. Acá hay tóo lo necesario;  
venga el pavo.
- AGAPITO. (*Aparte.*) ¡Que no fuera  
un cañón de a veinte y cuatro!
- JUANA. Siéntese usted.
- TODOS. No seas, hombre,  
ridículo.
- AGAPITO. Mas si el pavo  
lo tengo ya prometido  
al Hospicio...
- MARTÍN. ¡Buen regalo!  
Aquí estoy yo, que soy pobre  
por todos cuatro costados.
- PEDRITO. Siéntate, hijito.
- MARIQ. (*Saliendo.*) Juánita,  
¿quieres venir a un fandango?
- JUANA. Mejor lo tengo ya en casa,  
porque el señor trae debajo  
de la capa la merienda,  
y vamos a festejarnos.
- MARIQ. Pues adiós.
- AGAPITO. Oiga usted, niña;  
si usted quiere acompañarnos,  
habrá merienda; si no,  
en este instante me marchó.
- MARIQ. ¿Conque, por fin, yo solita  
me merezco este agasajo?
- AGAPITO. Como que me gusta usted.
- MARIQ. Y usted también me ha gustado.
- AGAPITO. Ea; vámonos allá.
- MARIQ. Padrecito, ¿adónde vamos?

AGAPITO. ¿Y qué queremos nosotros?

MARIQ. ¡Viva la sall

AGAPITO. Vaya el pavo.

*(Se lo presenta.)*

PEDRITO. Gracias a Dios que te vemos  
contento.

AGAPITO. Con ese encanto,  
¿quién no se encanta?

MARTÍN. Yo soy  
quien toma el pavo a su cargo.

AGAPITO. Cuidado con algún perro.

MARTÍN. ¡Oh! No tenga usted cuidado;  
que yo lo pondré en paraje  
donde no llegue ni el gato.  
*(Vase con el pavo.)*

MARIQ. Vamos, señor; ¿qué se hace  
mientras viene ese guisao?

ANTOÑITO. Agapito, las boleras.

MARIQ. Qué, ¿cantas, cielo estrellao?

AGAPITO. Un poquito.

MARIQ. Desde luego  
que te vi con ese cacho  
de peluca, dije yo  
que eras un estuche. Vamos.

Sale MARTÍN con capa y montera, por la izquierda, y un bulto  
debajo.

MARTÍN. Dé usted para el pan y el vino.

AGAPITO. No tengo suelto; esos cuatro  
son mis cajeros.

PEDRITO. Ahí va



un duro.

AGAPITO. Escucha, muchacho:  
cuenta que me des la vuelta.

MARTÍN. Váyase usted preparando  
para cambiar esa onza,  
porque un duro es un ochavo  
de vino para mi cuerpo. (*Vase.*)

AGAPITO. Anda y bebe agua del caño.

JUANA. Pon entretanto la mesa.

PETRA. Voy, señora.

(*Pone en la mesa los manteles.*)

MARIQ. En este lado  
nos pondremos. Arrimarse.  
Dime, mi alma: ¿cuántos años  
tienes?

AGAPITO. No me acuerdo bien.

JUANA. Tendrá veinticinco escasos.

MARIQ. ¡Tú echas por largo, mujer!

AGAPITO. Eso será, porque cuando  
se labró San Sebastián,  
jugaba yo con mi hermano  
a chicha la jaba.

MARIQ. ¿Ves?  
¿No lo dije? Veinte y cuatro.  
Si esa carita de rosa  
lo está diciendo, salao.  
Ya se ve; ¡si es tan finito!  
¡Jesús, cuál le está sudando  
el bigote! Ven, mi vida,  
Santiaguito de alabastro,  
te quiero a ti.

AGAPITO. Vaya, vaya.

¡Si está por mí delirando  
esta mujer!

PETRA. Ya está puesta  
la mesa.

AGAPITO. ¿Conque ha llegado  
el deseado momento?  
Pues a sentarse, muchachos.  
(*Se arrima a la mesa.*)

PEPITO y }  
PEDRITO. } Juanita, venga usted acá.

MARIQ. Pues yo me siento a su lado.

AGAPITO. ¡Ay! ¿Qué queremos nosotros?

JUANA. Muchacha; baja en un salto,  
y mira si Martín viene.

PETRA. Apuesto que está borracho. (*Vase.*)

AGAPITO. ¿En qué piensa usted, mi vida?

MARIQ. En usted estaba pensando.

AGAPITO. ¿De veritas?

MARIQ. La verdad;  
porque es usted más salao  
que Morales, el gracioso  
de la Comedia.

AGAPITO. ¿Son garfios  
esos ojos? Sobre que  
me los está usted clavando  
por las entrañas.

TODOS. ¡Ja, ja!

AGAPITO. ¿De qué os reís?

MARIQ. No hagas caso,  
niño mío.

AGAPITO. ¡Ay qué gachonal!  
Con el niño me ha matado.

Sale FELIPE y se llega a MARIQUITA.

FELIPE.       ¿Es este móo, Mariquita,  
de tratar con hombres blancos?

AGAPITO.     Ya vino el arrendador.

MARIQ.       Hombre, escucha, y no hagas malos  
juicios; que yo vine aquí  
para llevar al fandango  
a Juanita. ¿No es verdad?

JUANA.       Y como tenemos pavo  
que merendar, le rogué  
se quedase a acompañarnos.

AGAPITO.     Muchachos, nadie se mueva.

PEDRITO.     ¿Le conoces?

AGAPITO.                 Si ha seis años  
que le mandaron a Ceuta  
por ser jugador de manos...

JUANITO.     ¡Caracoles, y qué mueble!

FELIPE.       Pero ¿por qué no ha avisado,  
y no hubiera estado yo  
hecho un demonio esperando?

JUANA.       Vaya; pelillos al mar,  
y entre usted en rueda.

FELIPE.                         No gasto  
yo convites.

MARIQ.                 Niño mío;  
toma siquiera un bocado  
de pechuga.

AGAPITO.                 Ya hay dos niños  
en la fiesta. De aquí a un rato  
ha de ser esto una escuela.

FELIPE. ¿A qué diablos aguardamos?  
¿Quiere usted que le levante  
la ternilla, de un sopapo?

MARIQ. Hombre, no te encolerices.

JUANA. ¡Jesús, qué genio tan raro!

MARIQ. ¿Qué se ha de hacer? Adiós, hija;  
que no quiero disgustarlo.

FELIPE. Manden ustedes.

*(Vase Felipe, y Mariquita dice al oído a Juana):*

MARIQ. Ya vuelvo,  
así que le dé esquinazo.

JUANA. No te tardes.

MARIQ. Hasta luego... *(Vase.)*

AGAPITO. Nosotros también nos vamos.  
Conque hágame usté el favor  
de darme al instante el pavo.

PEPITO. Hombre, ¿qué dices?

PEDRITO. No seas  
— ridículo.

JUANITO. ¡Estoy rabiando!

AGAPITO. Y yo también; pues estoy  
en un puerto bloqueado  
de tunos; y si me espero,  
quizás saldrá otro corsario  
que nos deje sin merienda.

JUANA. Yo no espero ningún majo.

AGAPITO. ¿Cómo es eso? ¿Conque ya  
no viene acá aquel soldado  
que comerciaba en chinelas  
alagartadas?

JUANA. Despacio;

que de mí nadie se burla.

AGAPITO. ¿Burlarme yo? Ni pensarlo;  
lo que quiero es mi pavito,  
y verá como me marchó.

PETRA. (*Sale acelerada.*) Señora, ¡qué picardía!

JUANA. ¿Qué traes, mujer?

PETRA. Que su hermano  
de usted, con otros tunantes,  
se estaba comiendo el pavo  
en la taberna.

AGAPITO. ¿Lo veis?  
¡Si me lo estaba a mí dando  
el corazón! Yo no sé  
como muerto no me caigo.

JUANITO. Tocayita; yo no siento  
la merienda, sino el chasco.

TODOS. Esto ya pasa de burla.

JUANA. ¿Y puedo yo remediarlo?

AGAPITO. Ya se ve que usted no puede,  
porque descende de gatos,  
y *quot natura dat, nemo  
negare potest.*

ANTOÑITO. Nos vamos.

AGAPITO. Dame la mano, que estoy  
sin fuerzas, alicortado  
y hecho todo una basura.

Sale MARTÍN con un hueso de pavo, royendo.

MARTÍN. ¿Quién de ustés me da un cigarro?

AGAPITO. Mirad a ese picarón.

JUANA. ¿Cómo vuelves, bribonazo,

con ese descoco; di?

AGAPITO. ¡Ladrones! (*Gritando al bastidor.*)

MARTÍN. ¿Pues yo he matado  
a algún cristiano?

AGAPITO. ¡Ladrones!

JUANA. ¡Qué dirán de mí en el barrio!  
Infame; mira el bochorno  
en que me pones.

Salen AGAPITO, el CABO y dos DISFRAZADOS.

AGAPITO. Don Pablo;  
mande usted que me lo amarren  
como un cohete.

CABO. ¿Qué ha hurtado?

AGAPITO. Un pavo de quince libras,  
más grande que un dromedario.

CABO. Picarón, ¿dónde le tienes?

MARTÍN. De aquí a poco en los zancajos.  
Yo he robado; pero ha sido  
pa comer, que no es pecado.

AGAPITO. Por ahí se empieza, bribón.  
Además de eso, es un vago,  
pues no quiere trabajar,  
por vivir de los regalos  
que hacen a esta señorita  
muchos pobres mentecatos,  
como los señores.

LOS CUATRO. ¡Viva!

AGAPITO. Cabal; yo quiero hablar claro.

MARIQ. (*Saliendo.*) Cariño, ya estoy aquí;  
conque vámonos sentando

a merendar.

AGAPITO. Si ese pillo  
nos ha dejado colgados.

MARIQ. ¿Cómo es eso?

AGAPITO. Que él y otros  
borrachones se han mamado  
el pavito.

MARIQ. Para darme  
la nueva no es necesario  
que me ponga usted ese hocico  
de mastín.

AGAPITO. ¡Vaya, yo rabio!  
Señor don Pablo; que esté  
donde no coma en un año.

CABO. Muy bien; tráiganlo al vivaque.

JUANA. ¡Ay mi pobrecito hermano!

MARTÍN. Pero, señor, ¿dónde dicen  
los artículos que es malo  
el comer lo que se encuentra?

AGAPITO. ¿No oyes, perro, a los muchachos  
cantar a gritos tendidos  
en las escuelas: «El cuarto,  
no desear la mujer  
ajena.» Pues ahí va el pavo.

JUANA. Señor don Pablo; que tiene  
su oficio.

PEDRITO. Señor don Pablo;  
hágame usted el favor  
de dejarlo perdonado.

CABO. ¿Has de trabajar?

MARTÍN. Mañana  
me tiro un par de zapatos.

- CABO. Pues vete.
- AGAPITO. ¿Cómo?
- MARTÍN. Corriendo. (*Vase.*)
- AGAPITO. ¡A la Guardia!
- TODOS. Ten el paso.
- AGAPITO. ¿Cómo deja que se escape  
ese infame, ese pillastro?
- CABO. Señores; la educación,  
que es el alma de un Estado,  
está viciada; y, así,  
si la Ley levanta el brazo  
para castigar severa  
aun los menores resabios,  
quedarán pronto desiertos  
las ciudades y los campos.
- AGAPITO. Yo no sé de educación;  
sólo sé que traje el pavo  
a cuestras toda la tarde  
para esos perros borrachos.  
¡Ay Mariquita de mi alma!
- MARIQ. No venga usted con halagos,  
porque tengo asco.
- AGAPITO. ¿Qué dices?
- MARIQ. Que me da grima escucharlo.
- AGAPITO. ¿Así tratas a tu niño?
- MARIQ. ¡Y que, con trescientos años,  
creyese que lo quería!
- AGAPITO. Pues ¿qué hay en eso de extraño?
- MARIQ. ¿No mira usted que esa cara  
no es de moda; que esos cuartos  
tienen ya los muelles flojos  
y que están jediendo a rancio?



- AGAPITO. ¿Esto escucho y no me ahorco?  
MARIQ. ¡Jesús! Mujer, yo me marchó.  
JUANA. ¿Que te vas?  
MARIQ. Voy por un fraile  
que me conjure a este diablo. (*Vase.*)  
JUANITO. Vámonos a pasear.  
AGAPITO. No me llevéis por el campo,  
si no queréis que me arroje  
por la muralla.  
TODOS. Don Pablo;  
usted mande.  
JUANITO. Adiós, tocaya.  
JUANA. Vaya usted con Dios, tocayo.  
AGAPITO. Siempre que la encuentre a usted,  
seis maldiciones la encajo.  
TODOS. Y aquí da fin el sainete;  
perdonad defectos tantos.

FIN



# EL GATO

SAINETE

## PERSONAS

NICOLÁS, sastre.

MARÍA, amiga de

PABLO, compadre de Nicolás y Rita.

CURRILLO, hijo de Nicolás.

RITA, mujer de Nicolás.

ATANASIO, zapatero, hermano de Rita.

## EL GATO

---

Casa pobre: una silla baja con espuerta; otras varias sillas de paja. Salen: NICOLÁS con capotón y montera pobre, y detrás RITA.

RITA.           ¿Adónde va usted, señor,  
tan de prisa?

NICOLÁS.               No me tardo;  
porque voy aquí a la vuelta,  
y después hacia esta mano,  
como quien va en derechura...;  
en fin, pronto vuelvo.

RITA.                               ¿Cuándo?  
¿Te parece que ese es modo  
de cumplir, picaronazo,  
con tu obligación?

NICOLÁS.               Mujer,  
¿qué dices? ¿Pues en qué falto?

RITA.           ¿En qué faltas? ¡Ciertamente  
que está muy bueno el descaro!  
No han dado las once, y ya  
sueltas la aguja; echas mano  
a la monterilla, y vas...,  
¿quién lo sabe?, a picos pardos  
con alguna pelandusca,  
o a gastar los pocos cuartos

que ganas, en la taberna;  
y mas que se lleve el diablo  
a tu mujer y a tu hijo.

Mira, Nicolás, que aguanto  
porque soy mujer de bien;  
pero el día que a los cascós  
se me suba el berrenchín,  
he de hacer una...; cuidado,  
que las mujeres podemos  
a cada instante vengarnos.

NICOLÁS. Vaya, mujer, que tu genio  
es capaz de hacer a un santo  
darse contra las paredes.  
Si voy no más de aquí abajo,  
por dos adarnes de seda  
para el fraquetón de paño.

RITA. Pues yo no quiero que salgas;  
larga el capotón, volando,  
y remata los calzones  
del señor don Laureano  
Molinete.

NICOLÁS. (*Tira montera y capotón al suelo.*)

Hasta mal haya  
el día en que me casaron.  
¡Que no me hubiera mordido  
un perro rabioso cuando  
entré a tomarme los dichos!  
(*Se sienta a trabajar.*)

RITA. Echa, infame, echa más sapos  
y culebras. La infeliz  
fuí yo, que le di la mano  
a un borracho, a un holgazán,

y desprecié un Mayorazgo  
que tenía diez olivos  
y una casa con dos patios  
en Lebrija. ¡Qué locura  
venir a pasar trabajos,  
cuando pudiera rodar  
coche!

NICOLÁS. Si quisieres carro,  
el capataz es mi amigo;  
verás cómo te lo planto  
a la puerta, y en dos horas  
visitas a todo el barrio.

RITA. Eres un tonto, un jumento.  
Yo me voy; porque si agarro  
un demonio, te he de abrir  
la cabeza en dos pedazos. (*Vase.*)

NICOLÁS. Ésta no es mujer, que es sierpe.  
¡Que me hubiera yo casado!  
Los primeros ocho meses,  
vaya; parecía el majo  
de mi mujer; pero luego  
que arrojó al mundo un muchacho  
que me ensuciara, empecé  
a encorvar el espinazo;  
se acabó la guirindola  
almidonada, el zapato  
pespunteado, y quedé  
un almacén de guiñapos.  
¡Ay qué vida! Nicolás;  
si no fuera por los tragos  
que te tiras, a estas horas  
ya te hubieran enterrado.

Sale PABLO con gorro, chupa larga, sombrero gacho y capa.

PABLO.        Compadre, ¿no sabe usted  
la noticia que me ha dado  
un sujeto inteligente?

NICOLÁS.      Nada sé, compadre Pablo.

PABLO.        Pues, compadre; este sujeto  
me dijo que habían llegado  
dos botas de Manzanilla  
a la tienda de ahí abajo,  
que puede beberla un Rey.

NICOLÁS.      Vaya, déme usted un abrazo.  
En dando las doce, iremos  
los dos a paladearlo.

PABLO.        ¿A las doce? ¡Y yo creí  
que bajase usted volando  
la escalera; vaya, vaya,  
que tiene usted lindo cuajo!

NICOLÁS.      Por una hora más o menos...

PABLO.        Yo soy pronto en estos casos.  
Cuando estaba mi mujer  
(que Dios haya) agonizando,  
salí con una receta  
como a las once y tres cuartos  
de la mañana; y al pie  
de la torre de Recaño  
encontré a Miguel Perales,  
que venía en su caballo  
de la Isla: « — ¡Adiós, Miguel!  
— Dios guarde a usted, señor Pablo.  
— ¿Qué hay de nuevo por la Isla?



— Que en la tienda del Naranjo  
hay un vino para hombres  
de gusto. » Pasó de largo,  
y yo tomé el arrecife  
hasta la Isla, pian, piano.  
¡Compadre, si viera usted  
qué néctar! Hasta las cuatro  
me tiré cuarenta medias;  
y a no ser por el cuidado  
de mi mujer, hago noche  
en la taberna. Mas, cuando  
volví a Cádiz, la encontré  
amortajada. ¡Qué paso  
tan doloroso! ¡Ojalá  
no hubiera vuelto en un año,  
pues, a lo menos, hubiera  
pasado el dolor a tragos!

NICOLÁS. ¡Compadre; qué feliz fué  
usté en haber enviudado!  
Usted trabaja si quiere;  
bebe, pasea, hace cuanto  
le da la gana, sin que  
nadie le cuente los pasos;  
pero yo, ¡pobre de mí!,  
tengo una mujer al lado  
que no me deja siquiera  
respirar.

PABLO.                   Usté es muy blando,  
compadrito. Mi mujer  
(téngala Dios en descanso)  
era lo mismo que un tigre;  
pero yo, con mis halagos,

mi prudencia y mi dulzura...  
y una vara de a dos cuartos,  
en poco tiempo logré  
que no moviera los labios.

NICOLÁS. Amigo; bien se conoce  
que no tuvo usted un cuñado  
que por cualquier friolera  
quisiese desafiario.

PABLO. Es verdad; pero hay mil modos  
de manejarse. Atanasio  
es de los nuestros; le gusta,  
como es regular, un trago  
de buen vino; conquese todo  
se reduce a convidarlo;  
y por dos o tres chiquitas  
será siempre su abogado.

NICOLÁS. Dice usted bien; y aun por eso,  
cuando me ha visto borracho  
se ha encolerizado más.

PABLO. ¡Pues!, la envidia. Si yo calo  
a las gentes. Los que tienen  
un olfato delicado,  
no se pueden contener.  
¿Qué hacemos, compadre; vamos  
a probar aquella bota?

NICOLÁS. Escurrámonos volando,  
antes que Rita nos sienta.  
(*Toma la montera y capotón.*)

RITA. (*Saliedo.*) ¿Adónde te vas?

NICOLÁS. No tardo  
tres minutos.

PABLO. Comadrita;

usted no tenga cuidado,  
que va conmigo.

RITA. Primeró

es atender al trabajo  
que salir a emborracharse.

PABLO. Comadre, ¿qué está usted hablando?

¡Válgame Dios! ¿Tengo cara de bebedor? Tomo un trago cuando se ofrece un bautismo, y si voy a algún fandango, si me llevan a una boda, un entierro, o cuando salgo con la demanda; y no más. Fuera de esto, ni probarlo.

RITA. ¿Pero dónde van ustedes?

PABLO. Mire usted, comadre; vamos a tener a una señora casada que está de parto; y como he dado palabra...

RITA. Pues vaya usted solo.

NICOLÁS. Abajo

le espero a usted... (*Vase.*)

RITA. Mira, infame...

PABLO. Déjelo usted con mil santos.

RITA.       Usté es su alcahuete.

PABLO. Vaya,  
que la ha cogido a usted el diablo  
por ahí.

RITA.                      Vejete loco.

PABLO.      Usté es una... Pero callo;  
 porque si no... Usté agradezca  
 que está esa mujer de parto. (*Vase.*)

RITA. ¡Qué pícaro! Ya no puedo  
sufrir la vida que paso.

MARÍA. (*Saliendo.*)  
Tenga usted muy buenos días,  
vecinita.

RITA. ¡Qué milagro!  
¿Usted en mi casa?

MARÍA. Oí voces,  
y como me sobresalto  
de nada, vine a saber...

RITA. No era cosa de cuidado.  
Me enfadé con mi marido,  
y alcé la voz.

MARÍA. Me hago cargo.  
¡Ay qué martirio es luchar  
con un vicioso!

RITA. No hay clavo  
más agudo que un marido  
mala cabeza.

MARÍA. ¡Qué ratos  
pasará usted! ¡Pobrecita!  
Vaya; merecen mil palos  
esas mujeres chuponas  
que emboban a los casados.

RITA. ¡Qué dice usted? ¿Nicolás  
también anda en malos pasos?

MARÍA. ¿Lo ignoraba usted? ¡Jesús!  
Me pesa de haber hablado  
sin reserva... ¡Dios me libre!  
Por mi causa, ni pensarlo,  
no quiero que se indispongan  
los matrimonios. ¡Qué cargo

de conciencia! Si su esposo  
es jugador, si es borracho,  
si mantiene una manceba  
y hace otras cosas que callo,  
allá se las haya. Usted  
no lo sabrá de mis labios.

¡Jesús, no quiero infernarme!  
RITA. Eso es hacerme un agravio.  
Siendo usted mi amiga, debe  
advertirme todo cuanto  
me perjudique.

MARÍA. ¿Y que luego  
digan que yo he sido el diablo  
que ha sembrado la cizaña  
entre ustedes? No; no trato  
de tener que confesar  
culpas ajenas. ¿Qué gano  
con decirla a usted que ayer  
lo encontraron merendando  
en no sé qué ventorrillo  
con una moza del barrio?  
No, señora; yo no quiero  
andar en chismes; yo gasto  
mucho prudencia. ¡Caramba!  
¡Matrimonios! ¡Guarda, Pablo!  
Rabian, patean, se arañan;  
se arma una gresca del diablo,  
pero luego hacen las paces,  
y carga todo el nublado  
sobre el que habló y el que dijo.  
¡Dios me libre! Ni pensarlo.

RITA. No es menester que me diga

las gracias de ese villano,  
que bien le conozco. ¡Infamel  
¡Vive el cielo!...

Sale CURRILLO a caballo en una caña, corriendo.

- CURRILLO. ¡Arre, caballo!
- RITA. ¿Oyes, pícaro; no miras  
que hay gente?
- CURRILLO. Si estoy domando  
este potro...
- RITA. Ven acá.
- CURRILLO. ¿Qué quiere usted?
- RITA. Di, pillastro:  
¿adónde está la cartilla?
- CURRILLO. Si me la rompió un muchacho...
- RITA. No sé cómo no te ahogo.  
Habrá lo menos tres años  
que está en el Jesús. ¡Maldito!,  
¿cuándo aprendes? (*Le da un pellizco.*)
- CURRILLO. ¡Ay mi brazo! (*Llora.*)
- RITA. Miren qué cara de dogo  
pone cuando llora. El diablo  
es contigo un Narcisito.  
Marcha de aquí. (*Le amenaza.*)
- CURRILLO. Ya me marchó;  
no me pegue usted. (*Vase llorando.*)
- RITA. En lo feo  
y en lo maula, es un retrato  
de su padre.
- ATANASIO. (*Saliendo.*) Buenos días.
- RITA. Esto ya es vivir rabiando. (*Llora.*)

MARÍA. ¡Pobrecita!

ATANASIO. ¿Qué hay de nuevo?

RITA. Que tu bendito cuñado  
no piensa más que en beber  
y enamorar. ¡Bribonazo!

ATANASIO. Pero ¿para qué es matarse?  
¿Acaso hay más que plantarlo  
en medio de la corriente  
con el lío de sus trapos?

MARÍA. Ese es el mejor remedio.  
¡Jesús! Si hubiera yo dado  
con un hombre de esta clase,  
ya no estuviera a mi lado.  
¡Pícaros!; que los tolere  
la que los parió.

RITA. Yo aguanto,  
porque no tengo a mi madre.

ATANASIO. ¿No tienes aquí a tu hermano?  
Pues ¿para qué es afligirse?  
Mientras yo cosa zapatos  
no te puede a ti faltar  
que comer.

MARÍA. San Cayetano  
es un santo milagroso.  
Fuera de eso, a cada paso  
se hallan en Cádiz señores  
tan buenos y tan humanos  
que, por devoción, socorren  
uno, o dos, o muchos años  
a mujeres desvalidas  
que están sin ningún amparo.

ATANASIO. Si me crees, mándalo pronto

a escardar lana.

[illegible]

RITA. Pues, en viniendo, le planto  
en la del Rey.

ATANASIO.                                ¿Dónde está  
su ropa?

RITA. Sus pocos trapos  
los tiene en una talega.

ATANASIO. Pues ve al instante a sacarlos.  
(Vase Rita.)

MARÍA. Eso es lo mejor. Más vale ir pobremente, pasando con sus puntadas, que estar lidiando con un borracho.

ATANASIO. ¡Ya se ve! Toma; si en Cádiz  
es la aguja un mayorazgo;  
y si no, que se examinen  
las papeletas del barrio;  
y si la mitad no son  
costureras, pierdo un brazo.

RITA. *(Sale con un saco.)*  
Aquí están los arambeles  
de mi esposo.

MARÍA. Con tío Pablo  
viene aquí.

Salen NICOLÁS, y PABLO con una botella debajo de la capa.

NICOLÁS.                      Mujer, ¿qué haces  
con mi ropa?

RITA. Te la sako



para que cargues con ella,  
y te vayas con mil diablos  
adonde jamás te vea.

NICOLÁS. Pero ¿qué motivo he dado  
para echarme de esta suerte?

RITA. ¿Qué motivo, bribonazo!  
El ser un hombre perdido,  
un holgazán, un villano  
mal entretenido. Presto;  
carga con esos harapos,  
y vete con la chupona  
que cortejas.

NICOLÁS. ¿Cómo o cuándo?  
¡Válgame Dios, qué calumnia!

RITA. ¡Tunante!, ¿quieres negarlo?  
¿Conque no vienes ahora  
de casa de Juana Gancho?

NICOLÁS. Es mentira. Que lo diga  
mi compadre.

PABLO. Ese es un falso  
testimonio. Mi compadre  
viene de beber un trago,  
y eso no es ningún delito;  
porque hoy se ven en los bancos  
de las tabernas, Marqueses,  
Vizcondes y Mayorazgos;  
y yo conocí a un señor  
muy decente que, en el claro  
de dos pipas, se ponía  
el peluquero a peinarlo.

RITA. Qué, ¿también usted lo tapa?

ATANASIO. Pues si su compadre Pablo

lo alcahuetea...

PABLO. ¿Quién? ¿Yo?

¿Alcahuete un hombre blanco?

RITA. ¿Qué se admira, si los hay con casaca y empolvados?

PABLO. No serán hombres; serán  
figuras de tres al cuarto.  
¿Yo alcahuete? ¿Pues es cierto  
que le servía a buen amo!

RITA. Dejemos conversaciones,  
y cargue usted con sus trapos.

NICOLÁS. ¿Pero es posible, mujer?...

ATANASIO. Si no te marchas te arrastro,  
y aljofifo con tu cuerpo  
los ladrillos.

PABLO. Atanasio;  
¿conque cuando yo venía  
(*Saca botella y vaso.*)  
a que tomases un trago  
de mi pipa, ahora te extremas?

ATANASIO. ¿Yo podía adivinarlo?  
¿Qué tal es?

PABLO. Si yo en mi vida  
he bebido vino malo...  
Vaya una uvita.  
(*Le echa, y Atanasio bebe.*)

RITA. Por cierto  
que tengo yo un buen hermano.

ATANASIO. ¡Qué buena boca!

PABLO. Es un néctar.  
Yo no tengo por pecado  
emborracharme con él.

NICOLÁS. Que quiero paladearlo.

PABLO. Dos deditos.

RITA. Ya no sufro  
tales infamias.

MARÍA. ¡Buen chasco!

RITA. A emborracharse a otra parte.  
Hijito mío, volando;  
échate el ajuar a cuestras.

ATANASIO. Rita; ya esto se ha acabado.  
Vayan pelillos al mar,  
y dense al punto un abrazo.

RITA. Primero me tiraría  
por la muralla.

PABLO. Despacio;  
que esto se ha de componer.

NICOLÁS. Yo te juro no dar paso  
sin tu licencia.

RITA. No quiero;  
ya lo he dicho, y ni los diablos  
me convencerían; vete,  
o yo soy la que me marchó.

PABLO. ¿Es posible, comadrita?

ATANASIO. ¡Qué duros tienes los cascos!

NICOLÁS. Déjala; pues ella quiere  
separación, ya me najo;  
pero mira, puede ser  
que me echés menos. (*Llorando.*)

ATANASIO. Ea, vamos;  
coge tu ropa, y no llores  
por esa loca.

PABLO. Atanasio;  
arrópanse usted, que el tiempo

está fresco. (*Le da el vaso.*)

RITA. ¡Qué borrachos!

Vamos, Nicolás, acaba  
de marcharte.

NICOLÁS. Ya este trato  
pasa de raya. ¡Indinota,  
permita el Cielo que un rayo  
me parta cuando yo pise  
tus umbrales! Venga el saco.  
Ya esto se acabó, compadre;  
sígame usted.

ATANASIO. Yo no largo  
a los amigos.

PABLO. Derechos  
a la taberna, muchachos.  
(*Hacen que se van y vuelven.*)

NICOLÁS. Esperarse. Rita, dame  
al momento el relicario  
que te regalé la Pascua.

RITA. Pero si ya me lo has dado...

NICOLÁS. No quiero, infame, que tengas  
prenda mía.

MARÍA. ¡Qué villano!

RITA. Hijo mío, dices bien;  
toma, y márchate volando.

NICOLÁS. Vamos, compadre.

PABLO. A beber,  
porque me va dando flato.  
(*Hacen que se van.*)

NICOLÁS. Escucha; venga mi hijo.

RITA. Me libras de un espantajo.  
¿Dónde estás, cara de cielo?

¡Currillo!

CURRILLO. (*Saliendo.*) ¿Quién me ha llamado?

RITA. Niño, vete con tu padre.

NICOLÁS. Prontito, dame la mano;  
vámonos de aquí.

PABLO. Comadre,  
¿es posible que mi ahijado  
no le tire a usted?

RITA. Ni esto.

PABLO. ¡Vaya, si usted es de mármol!  
¡Aborrecer a su hijo!  
Si fuera de contrabando  
lo debiera usted querer.

ATANASIO. Véngase usted, señor Pablo.

NICOLÁS. Lo mejor se me olvidaba.  
Mira, Rita, dame el gato.

RITA. ¿El gatito? No; primero  
carga con todos los trastos.  
¡Si me estoy mirando en él!

NICOLÁS. Y mas que te estés mirando;  
yo lo traje; por más señas,  
que me dió cuatro arañazos.

RITA. ¿Y qué importa? Para eso  
me he desvelado en criarlo.

NICOLÁS. El gato es mío, y sin él  
no me muevo.

RITA. Un rejonazo.

PABLO. Comadrita; mire usted  
que está el gato vinculado.

ATANASIO. Venga el animal, prontito.

MARÍA. Désele usted con mil santos.

RITA. Si eso es arrancarme un ala

del corazón...

NICOLÁS. Venga el gato.

PABLO. Vaya, saque usted ese micho.

MARÍA. Resolución.

RITA. Bribonazo;

por no verte en mi presencia  
un instante, me deshago  
de la cosa que más quiero. (*Entra.*)

PABLO. Bien se conoce que el gato  
no es hijo de usted, compadre.  
Vaya, yo estoy admirado.  
Sobre que el ser animal  
es hoy día un mayorazgo.

NICOLÁS. Puede ser que ella se acuerde.

ATANASIO. Aunque arroje los livianos,  
de pena, no te me ablandes.

NICOLÁS. ¿Yo ablandarme? ¡No, canastos!  
Donde yo fuere ha de ir  
el gatito.

PABLO. De ermitaño  
se quedará en la taberna.

RITA. (*Sale con el gato.*) Monomío, dulce encanto,  
¿cómo viviré sin ti?

NICOLÁS. Venga mi alhaja, volando.

RITA. Déjame darle mil besos.  
(*Lo besa y se lo da a Nicolás.*)

NICOLÁS. Compadre, a usted se lo encargo.

PABLO. Bien; yo cuidaré del micho.

RITA. ¡Ay mi gatito! ¡Qué trago  
de amargura! Yo me muero;  
yo he perdido mi descanso,  
mi consuelo, mi delicia.

¡Ay qué dolor!

*(Se tira en una silla.)*

NICOLÁS. Rita; hagamos

las paces, y te lo vuelvo.

PABLO. Comadrita, ¿suelto el gato?

RITA. No lo suelte usted; no quiero

vivir con este borracho;

más quiero morir de pena.

¡Infeliz de mí; qué ratos,

sin mi gatito, me esperan!

NICOLÁS. Límpiate los ojos; vamos,

yo me enmendaré, Ritita.

PABLO. Comadrita, ¿suelto el gato?

RITA. No, señor; es un perdido,

un bribón, un perdulario,

y le aborrezco de muerte.

NICOLÁS. Vámonos, compadre Pablo,

que esto no puede sufrirse.

RITA. Espérate. Mas ¿qué hago?

¡Yo no sé lo que me digo!

¡Ay triste; que me desmayo,

que me vuelvo loca!

NICOLÁS. Niña,

los enojos se acabaron.

Vaya, ¿largo la talega?

PABLO. Comadrita, ¿suelto el gato?

RITA. Suéltelo usted; que no puedo

resistir.

NICOLÁS. Dame un abrazo.

RITA. No; primero es mi gatito.

Ven, bien mío, mi regalo;

ven con tu ama. ¡Ay qué monol

- PABLO.       Tenga usted mucho conato  
              con ese animal, compadre;  
              pues, mientras que viva el gato,  
              no le faltará padrino.
- RITA.        Pero Nicolás; cuidado,  
              que te enmiendes.
- NICOLÁS.                               Yo prometo  
              atender a mi trabajo.
- MARÍA.       ¡Qué tonta es usted, vecina!
- RITA.        Usté hace oficio de diablo,  
              pues procura indisponer  
              los matrimonios. Volando,  
              váyase usted de mi casa.
- MARÍA.       Bien temía yo este pago.  
              Por fin, gente sin crianza. (*Vase.*)
- RITA.        Déjame que de un sopapo  
              le quite los moños.
- NICOLÁS.                               Tente,  
              Rita mía, y no hagas caso  
              de chismosas.
- ATANASIO.                              Tío Pablito,  
              ¿qué hacemos nosotros?
- PABLO.                                       Vamos  
              a la tienda del Cañón.  
              Haremos la salva entrambos,  
              pidiendo primero a todos...
- TODOS.       Perdón de defectos tantos.



LA INOCENTE DOROTEA

SAINETE

## PERSONAS

DON JACOBO, tutor de  
DOROTEA.

DON NARCISO, amante de dicha.

PEDRO, criado de Narciso.

FELIPA, aya de Dorotea.

NOTARIO.

## LA INOCENTE DOROTEA

---

Salón corto. Salen DON NARCISO y PEDRO.

NARCISO. Escucha, Pedro.

PEDRO. Entre usted,  
que el viejo no se halla en casa.

NARCISO. ¿Y si viene?

PEDRO. Si viniere,  
abriré la puerta falsa,  
y se irá usted.

NARCISO. ¿Y qué has hecho?

PEDRO. Todo cuanto deseaba.  
Ya soy criado del viejo,  
y sé toda la maraña  
que hay en el asunto.

NARCISO. ¿Cómo?

PEDRO. Ya supo usted, por el ama  
que despidió don Jacobo,  
cómo cría una muchacha  
en lo interior del jardín,  
con tal recato y tal maña  
que la infeliz, hasta ahora,  
no sabe si el hombre anda

en dos pies, o es, por ventura,  
animal de cuatro patas.

NARCISO. Pero bien; ¿has descubierto  
para qué tanto la guarda?

PEDRO. Mire usted : como de un año  
quedó la desventurada  
huérfana de padre y madre,  
con una herencia que pasa  
de treinta talegas, ese  
vejancón que la desgracia  
le dió por tutor, formó  
el proyecto de criarla  
para su esposa, y quedarse  
para siempre con la plata.  
Mas temiendo que la niña,  
cuando a los quince llegara,  
no prefiriese un buen pelo  
a su reluciente calva,  
se la entregó a una mujer  
de toda su confianza;  
y tomó tal providencia,  
que a estas horas la muchacha,  
con diez y seis primaveras,  
no conoce más que al aya.

NARCISO. ¿Y él la visita?

PEDRO. Tampoco.

NARCISO. ¿Qué dices? ¿Y por qué causa?

PEDRO. ¿Quién es capaz de saber  
lo que tal vejete traza?

NARCISO. ¡Quién la viera!

PEDRO. Yo la he visto;  
y cuanto dijo a usted el ama,

es nada en comparación  
de su belleza y su gracia.

NARCISO. Mas ¿cómo pudiste verla?

PEDRO. Si me escondió entre unas ramas  
la preceptora...

NARCISO. ¿Qué dices?

PEDRO. ... y ya la tengo ganada...  
Escuche usted: la tal es  
una mujer fresconaza;  
muy regulares bigotes;  
bien dispuesta y vivaracha;  
conque yo (¿qué había de hacer?)  
le hice mis carantamaulas;  
y entre amorosos halagos  
le introduje en las manazas  
dos onzas, que fueron dos  
cañonazos de metralla;  
de modo que, enternecida,  
escuchó las tiernas ansias  
de usted, y juró servirle  
de alcahueta o, como llaman  
los cultos, de zurcidora.

NARCISO. Tú animas mis esperanzas.  
Di: ¿con qué podré pagarte?

PEDRO. Con sólo que a mí y al aya  
nos dé usted, para casarnos,  
salario, comida y casa.

NARCISO. Yo, Pedro, te lo prometo.

PEDRO. Chito; que viene a esta sala.  
Mire usted qué hermosas pellas  
de carne. Vaya, me encanta.

FELIPA. (*Saliendo.*) ¿Quién está aquí?

PEDRO. No te asustes,  
dulce prenda idolatrada;  
que el señor es el amante  
(ya me entiendes) que derrama  
las onzas y...

FELIPA. Quedo impuesta.  
Supongo que aquí se trata  
de casamiento.

NARCISO. Señora;  
¿un hombre de circunstancias  
pudiera con otro objeto  
mirar a una niña honrada?

FELIPA. Ya se ve; pues de otro modo  
hiciera yo en esta farsa  
un papel poco decente.

PEDRO. No escrupulices, mi alma;  
seguro está que te llamen  
correvedile. Es alhaja;  
¿no se lo dije yo a usted?

NARCISO. Haces muy bien en amarla.

PEDRO. ¿Y tú me quieres?

FELIPA. En siendo  
por delante de la Santa  
Madre Iglesia...

PEDRO. Por supuesto.

FELIPA. Pues hablaremos mañana.  
Conque, en fin, ¿usted querrá  
que lo presente?

NARCISO. Mis ansias  
son arrojar me a sus pies.  
Mas temo que mi desgracia  
me haga sentir los rigores

de un desdén.

FELIPA. ¡Jesús! ¡Qué infaustas  
son sus ideas! Ya veo  
que no ha tratado con damas;  
pues ellas le hubieran hecho  
adquirir mil confianzas.  
Vamos, señor; venga usted.

NARCISO. No me atrevo, no. Expirara  
de dolor si me mirase  
desairado.

FELIPA. Usted me espanta.  
¡Qué amante tan encogido!  
Si de plan usted no cambia,  
desde ahora le predigo  
que lo enterrarán con palma.

NARCISO. La timidez es efecto  
del amor.

FELIPA. Esa palabra,  
en el idioma del día,  
ya no significa nada;  
y, así, sólo algún poeta  
miserable suele usarla  
cuando sin desayunarse  
escribe algunas octavas  
a su Lisis, y divierte  
el hambre por requebrarla.  
Conque déjese de ideas  
tan quijoteskas y rancias,  
pues hoy en día el amor  
se ha convertido en substancia.

NARCISO. Yo no iré contra mi genio.

FELIPA. Pues si no echa el pecho al agua

y no imita a los amantes  
del día, que se declaran  
y antes que les den respuesta  
echan manos a las gazas,  
sólo será perder tiempo.

NARCISO. Yo quiero usar una traza.

PEDRO. ¿Cuál es?

NARCISO. Traeré mi retrato;  
y si vemos que le agrada,  
entonces me atreveré  
a declararle mis ansias.

PEDRO. ¡Gran pensamiento!

FELIPA. ¡Ayl, que el amo  
tosió.

PEDRO. Por la puerta falsa  
puede usted salir.

NARCISO. Adiós.

*(Vase corriendo por la izquierda.)*

FELIPA. Lo que siento es que una mala  
lengua se ponga a decir  
que yo he sido, en esta danza,  
la tercera.

PEDRO. ¿Quién había  
de poner en ti esa tacha?

JACOBO. *(Saliendo.)* Pedro; toma este bastón  
y este sombrero.

FELIPA. ¡Qué cara  
tan encendida! ¡Y sudando!  
¿Viene usted de alguna fragua?

JACOBO. ¡Qué calor! ¡Ya! Si he corrido  
casi toda la mañana  
*(Se quita el gorro y se limpia.)*



haciendo las diligencias  
para casarme hoy sin falta.

PEDRO. ¿Casarse?

FELIPA. ¿Qué dice usted?

JACOBO. Es preciso que lo haga.  
La niña, como usted sabe,  
en muy pocos años anda;  
y, aunque es una inocentona,  
como es algo vivaracha,  
cargaría mi conciencia  
si más tiempo le privara  
del consuelo de un marido  
y de la dulce esperanza  
de una numerosa prole.

PEDRO. ¿Numerosa?

JACOBO. Qué, ¿te espantas?

PEDRO. Si ya tiene usted setenta,  
¿no he de espantarme?

JACOBO. Panarra;

los varones de otro siglo  
somos de tan buena masa,  
que a los cien años tenemos  
como una rosa la cara;  
y, si no, mira qué dientes  
tan blancos; los seis que faltan  
todavía los conservo  
enteros en una caja.  
El cuerpo, ya tú lo ves,  
no es más derecha una lanza;  
y eso que siendo muchacho  
cargué con una tinaja  
de lejía, y me quebré;

pero no me estorba nada.  
Pasan los días, y yo  
me encuentro cada mañana  
lo mismo que una azucena.  
Mas ya, amiga, nuestra casta  
degeneró. ¡Es un dolor!  
Hoy los jóvenes se casan  
a los veinte; y a los treinta  
el viento los desbarata.

FELIPA. Pero con todo...

JACOBO. Señora;  
aquí no hay pero que valga.  
Yo apostaré cien mil pesos  
a que no hay en toda España  
un mozalbete que tenga  
robustez, brío y constancia  
para enterrar seis mujeres,  
como tengo yo enterradas.

PEDRO. Esa razón me convence.

JACOBO. Si es una cuenta sin falta...  
Pero no perdamos tiempo.  
Vaya usted, y a la muchacha  
fórmele un breve bosquejo  
de la dicha que le aguarda.

FELIPA. Voy al punto... a buscar medios (*Aparte.*)  
de que te soplen la dama. (*Vase.*)

JACOBO. Hijo Pedro; discurramos  
entre los dos una traza  
para prender a mi esposa.

PEDRO. Sólo su presencia basta.

JACOBO. Con todo, Pedro, ya sabes  
las raras extravagancias

de las mujeres. ¡Qué locas!  
A las más se les va el alma  
por esos petimetritos  
que no estudian ni trabajan  
más que en intentar adornos  
para ocultar muchas lacras,  
como fuentes y apostemas  
(adquiridas o heredadas).  
Y a un hombre formal, a un hombre  
como un Hércules le tachan  
de alhamel, de ganapán  
y otros apodos que sacan  
de sus vacías cabezas.  
Ya se ve; piensan las damas  
que un hombre, para ser fino,  
ha de estar hético; y andan  
tras de un necio porque tiene  
como un galgo las quijadas.  
PEDRO. Pero bien; ¿y qué remedio?  
JACOBO. Yo he leído que la causa  
de estas razones está...  
¡Si daré con las palabras?  
Ya me acuerdo... en las primeras  
impresiones que se graban  
en el cerebro... Por eso,  
si una niña, por desgracia,  
al abrir los ojos ve  
un asno, la idea se arraiga;  
y, en siendo moza, se muere  
por unas orejas largas.  
Si es papagayo el que mira,  
no hay remedio, no le agradan

los amantes que no tienen  
la nariz acaballada.  
De aquí nacen tantos gustos;  
de modo que cierta dama,  
a quien mientras era niña  
divertía mucho su ama  
con un *Cuadro del Juicio*,  
cuando quisieron casarla  
le dijo al padre, resuelta,  
que hasta que no la buscaran  
un mozo muy parecido  
al diablo, no se casaba.

PEDRO. ¿Y qué se saca de ahí?

JACOBO. Escucha lo que se saca:  
Dorotea es una niña  
que no ha visto ni en estampa  
una figura de hombre;  
conque si yo tengo maña  
para robar su atención  
cuando baje a visitarla,  
es cierto que yo seré  
el modelo de las Gracias  
allá en su imaginación;  
y aunque la cerque una parva  
de Cupidos, a sus ojos  
parecerán cucarachas.

PEDRO. ¡Es famosísima idea!  
¡Jesús! ¡Jesús! No pensara  
que usted penetrase tanto.  
Pero vamos; ¿con qué gala  
o qué traje piensa usted  
sorprenderla y arrobarla?

- JACOBO.        Todavía no he resuelto.  
Mas tú, que tanto te jactas  
de entendido, ¿cómo piensas  
que me vista?
- PEDRO.                Con casaca  
es una cosa común.
- JACOBO.        El asunto es admirarla.
- PEDRO.        Mire usted: yo me vistiera  
como un Hércules, con barba,  
en cueros, y una gran piel;  
y en la derecha una maza.
- JACOBO.        Esa figura sería  
muy buena para una dama  
instruída en el gran mundo;  
mas no para una muchacha  
simplezuela y encogida  
que se horroriza de nada.  
Yo quiero un traje bonito,  
que indique ternura y gracia;  
una cosa...
- PEDRO.                Sí, ya entiendo.  
Mire usted: para elevarla  
no hay cosa como vestirse  
de angelito, con sus alas,  
su tuniquita prendida,  
su pelito a la romana  
y su...
- JACOBO.        ¡Bravo pensamiento!
- PEDRO.        ¡Cuál se le caerá la baba!  
Ya parece que lo miro  
recostadito en sus faldas,  
mientras la niña le oxea

los mosquitos de la cara.

JACOBO. ¡Ah, ah, ah! ¡Qué bella escena!

PEDRO. ¡Ah, ah, ah! Para una estampa  
es cuanto cabe.

JACOBO. Mas, tate;  
¡qué imaginación tan rara  
me ha dado Dios! Me parece  
que, para que sobresalga  
mucho más mi gallardía,  
vengas tú con la botarga  
y los cuernos de diablillo...

PEDRO. ¿Yo de diablo? ¡Santa Paula!

JACOBO. ¡Verás qué bello contraste!

PEDRO. Yo no quiero.

JACOBO. Tonto, calla.

Ya verás cómo después  
se celebra la chulada.

PEDRO. De modo que por usted  
soy capaz de hacer...

JACOBO. ¡Qué capa  
te he de regalar! Ven, hijo;  
compraremos nuestras galas,  
y en dos minutos verás  
cómo el sastre las hilvana.

PEDRO. Vamos allá. ¡Pobre niña!;  
brava visita le aguarda. (*Vanse.*)

Ameno jardín con verja y macetones de flores. Salen DON  
NARCISO, y FELIPA con un retrato enrollado.

FELIPA. Sí, señor; a don Jacobo  
se le ha metido en la calva

casarse con Dorotea.

NARCISO. Si no desdeña mis ansias,  
yo la libraré del riesgo.

FELIPA. Vamos prontito; no salga...  
Escóndase usted detrás  
de esas murtas.

NARCISO. Mi esperanza  
se cifra en usted.

FELIPA. Yo sé  
mi papel. No sea machaca.  
(*Escóndese Narciso.*)  
En uno de esos jarrones  
pondré el retrato. (*Cuélgalo.*) ¡Qué brava  
será la escena! Yo temo  
el soltar la carcajada.

DOROTEA. (*Saliendo.*) Ama mía, ¿ha visto usted  
qué hermosas están las varas  
de azucenas?

FELIPA. Ya las vi.

DOROTEA. ¡Ay!

FELIPA. ¿Qué tienes?

DOROTEA. ¡Una gana  
de ver el mundo!...

FELIPA. Muy pronto  
lo verás.

DOROTEA. Esta mañana  
me levanté muy temprano  
y vi encima de una tapia  
dos palomas. Oiga usted:  
las picaronas estaban  
murmurando allá mil cosas;  
una de ellas, muy ufana,

hinchaba el buche y, con pasos  
muy graves, tendía el ala,  
bailándole alrededor.

Yo celebraba la gracia,  
cuando de repente vi  
que empezaban las taimadas  
a besarse con los picos.  
¡Vaya; si me dió tal rabia  
de verlas tan divertidas,  
mientras yo aquí encerrada  
no tengo con quien jugar,  
que corté al punto una rama  
de romero, y si no vuelan,  
les pego muy bien a entrambas!

FELIPA. Mañana tendrás quizás  
con quien charlar.

DOROTEA. Dios lo haga.

Ahora voy a entretenerme  
en tejer una guirnalda  
de alhelíes y mosquetas.  
¿Si tendré con qué cortarlas?  
Aquí tengo las tijeras...  
Voy a ese jarrón... ¡Ay, ama!  
*(Corre hacia el jarrón donde está el retrato y, al verlo, grita dejando caer las tijeras, y da algunos pasos hacia atrás.)*

FELIPA. ¿Qué tienes?

DOROTEA. ¿No mira usted  
qué figura está colgada  
de ese rosal?

FELIPA. Ya la miro.  
¿Y es por eso la algazara?



De poco te asustas.

DOROTEA. Como  
me cogió tan descuidada,  
grité, como es natural.

FELIPA. Corta las flores; ¿qué aguardas?

DOROTEA. Yo no quiero.

FELIPA. ¿Por qué no?

DOROTEA. Se me ha quitado la gana.  
Dígame usted: ¿qué animal  
es el que tiene una cara  
tan parecida a la nuestra?

FELIPA. Ése es el hombre.

DOROTEA. ¡Qué gracia  
tiene en los ojos! Parece  
que a mí sola me los clava...  
Y, dígame usted, los hombres,  
¿para qué sirven?

FELIPA. ¡Ay mi alma!,  
que esos avechuchos son  
la alegría de las casas.

DOROTEA. Yo lo creo, porque sólo  
de ver su imagen me baila  
el corazón de placer.  
¿Y abundan mucho?

FELIPA. No faltan;  
cada mujer tiene el suyo,  
aunque también hay mil damas  
que los tienen a docenas.

DOROTEA. Pues haga usted que me traigan  
uno siquiera.

FELIPA. Ten pecho;  
¿y si acaso no te agrada

el que te traiga?

DOROTEA.

Si tiene,

ama mía, tanta gracia  
como éste, le doy a usted  
desde luego la palabra  
de cuidarlo más que a mí,  
y de hacerle tantas, tantas  
caricias... Ya verá usted  
qué ratitos nos aguardan;  
porque él y yo jugaremos,  
mientras usted con su caja  
tomará su par de polvos,  
contenta como una Pascua.

FELIPA.

¿Tanto te gusta, mujer?

DOROTEA.

Pues si tiene unas pestañas  
tan rizadas, y unas cejas  
tan negras, tan arqueadas...  
¡Mire usted qué linda boca!  
¡Ríete, ríete, mi alma!

Yo te lo ruego... ¡Qué serio  
está su merced! ¡Qué cara  
tan graciosa! Sí, mi vida;  
tu Dorotea te ama;  
tú serás mío; yo, tuya;  
ven a mi pechito...

*(Quiere abrazarle y la detiene Felipa.)*

FELIPA.

Aguarda.

¿Te has vuelto loca?

DOROTEA.

Ama mía;

yo no sé lo que me pasa;  
pero desde que lo vi  
siento en el pecho unas ansias,

un ardor, pero tan dulce,  
tan suave, que me halaga  
y me conmueve. ¡Ay de mí,  
que ya me van dando ganas  
de llorar! Vaya usted pronto;  
tráigalo usted sin tardanza;  
quizá él me consolará;  
si no mi vida se acaba;  
moriré, sí, moriré,  
si el hombre no me acompaña.

FELIPA. Vaya, mujer, no te aflijas;  
que ahora me pondré la saya  
para traértelo.

DOROTEA. ¿Sí?

Pues ya no lloro. ¡Ay qué ama  
tan hermosa tengo yo! (*La abraza y besa.*)

FELIPA. ¡Mujer, que me despedazas!

DOROTEA. Le he de dar a usted cien besos.

FELIPA. No quiero más; basta, basta.

DOROTEA. Si estoy loca de contento...  
¡Qué gusto!... ¡Ja, ja, ja!... ¡Vaya!  
¡Cuál me río!... Me parece  
que la miro entrar cargada  
con mi hombrecito, y que viene  
a ponérmelo en mis faldas.  
Cuenta no se tarde usted.  
¡Jesús, y cómo me salta  
el corazón!... Ahora voy  
a tejer una guirnalda  
para adornarle el cabello.  
¡Válgame Dios, y qué casta  
de animales! Si uno solo

tanto trastorno nos causa,  
¿cuál estará la infeliz  
que maneja una manada? (*Vase.*)

FELIPA. ¡Cáspita con la inocente!  
Ya veo que las muchachas  
tienen más fino el olfato  
que el mejor perro de aguas.  
Don Narciso, salga usted.

NARCISO. (*Saliendo.*) No hallo, señora, palabras  
para ponderarle a usted  
el regocijo que baña  
mi corazón.

FELIPA. Bien lo creo.  
Y pues sus desconfianzas  
habrán cesado, es forzoso  
que asalte al punto la plaza,  
mientras yo voy a espiar  
si el enemigo se avanza. (*Vase.*)

NARCISO. Amor, préstame expresiones  
para pintarle la llama  
que me consume. Escondamos  
el retrato entre estas ramas. (*Lo esconde.*)  
Ahora en el ameno lecho  
que estas murtas me preparan,  
recostado... Mas ya vuelve;  
fingiré que duermo.

DOROTEA. (*Saliendo.*) Mi ama  
fué sin duda por el hombre.  
Mientras que vuelva, sentada  
junto a la imagen, haré  
dos primorosas guirnaldas  
para ceñirnos...; mas ¡ay!

¡Qué miro? No está en la jarra.

¡Que me fuera yo de aquí!

¡Qué mujer; miren qué mala  
intención! Se lo ha llevado  
por que me mate de rabia.

¿Si lo habrá escondido? Voy  
a registrar... ¡Dios me valga!

*(Repara en Narciso.)*

¡Ay!, que es el hombre... La chusca  
en el jardín lo ocultaba,

y ha querido sorprenderme...

Vaya, vaya; que son chanzas  
muy pesadas...; con el susto  
tiemblo como una azogada...

Yo me acerco, a ver si duermo...

¡Ay!, que tiene las pestañas  
cerraditas... Mas ¡qué grande!...

¡Si me lleva media vara  
de cuerpo!... ¡Quién lo creyera;  
y pintado aparentaba  
ser un animal pequeño!...

¿Si tendrá la piel muy blanda?

*(Le toca.)*

¡Ay qué suavita! La seda,  
en comparación, es basta.

Yo no me canso de verlo.

¡Mas, sobre todo, la cara  
qué halagüeña, qué amorosa!  
Eres hermoso, me encantas...

¡Ay, cómo te adoro! Y tú,  
¿me quieres mucho? ¿Me amas  
como yo a ti?



porque, desde este momento,  
adondequiera que vaya  
te he de llevar a mi lado.

Aquí nada te hará falta:  
el ama trae cuanto pido;  
cuando haga frío, en la sala,  
sentados junto al brasero,  
jugaremos a las cartas.

La primavera, vendremos  
al jardín por las mañanas,  
y haremos ramilletitos  
de azahar, jazmín y albahaca;  
y el verano, por las siestas,  
a la sombra de unas parras  
dormiremos, disfrutando  
la frescura de las auras.

Ya verás, amado mío,  
qué vida tan regalada  
pasamos; sí, viviremos  
sin afanes y sin ansias.

NARCISO.

Esa pintura, mi bien,  
es muy bella; mas te aguardan  
placeres mucho más gratos  
cuando de este encierro salgas  
para gozar del bullicio  
de la sociedad. Las galas,  
los paseos, los teatros,  
banquetes, bailes y tantas  
diversiones como ocupan  
el corazón de las damas,  
darán mayores realces  
a nuestra dicha...

DOROTEA.

Te engañas;

ese tumulto, esas fiestas  
y todita esa algazara  
turbarían nuestras dichas.  
Sí; contigo más me agrada  
la soledad. Cuando esté  
mirándote embelesada,  
me molestará el susurro  
del aire, me dará rabia  
el murmurio de la fuente,  
y aun reñiré a la pintada  
mariposilla que entonces  
con sus giros me distraiga.  
Fuera de eso; ¿y si le gustas  
a otra mujer, y te cambia  
por su hombrecito? ¿Qué hiciera  
Dorotea en tal desgracia?  
¿Imaginas que al instante  
mi pecho se consolara,  
aunque me trajesen otro?  
Pues si lo piensas te engañas;  
porque irritada y llorosa  
me arrojaría a la cara  
de mi enemiga, y asida  
de su cuello así exclamara:  
«Este es mi hombre, mi hombre»,  
aunque después me mataran.

NARCISO.

¡Ah bellísima inocentel  
La candidez de tu alma  
más me enamora. ¿Es posible  
que con tanto ardor me amas?

DOROTEA.

¿Que si te amo? ¿Qué hiciera



para que no lo dudaras?  
¡Que no tuviera en el pecho  
un postiguito! Si basta  
jurarle, juro mil veces  
por tus ojos, por tu gracia,  
que te quiero y te querré,  
aunque tu amor me costara  
la vida, y lo mismo fuera  
si otra vez resucitara.

NARCISO. Deja, mi bien, que mis labios  
sellen en tu mano blanca  
la terneza...

DOROTEA. Si soy tuya,  
¿por qué, mi bien, no me abrazas?

NARCISO. ¡Feliz suerte!

DOROTEA. ¡Yo no sé  
por qué estoy tan azorada!

FELIPA. (*Saliendo.*) Don Jacobo viene...

NARCISO. ¡Oh cielos!

DOROTEA. ¿Qué es esto? ¿Quién viene?

FELIPA. Vaya

y tome sus providencias;  
porque, si un punto se tarda,  
se quedará usted en el aire.

DOROTEA. Yo no entiendo lo que me hablan.

NARCISO. Sí; yo parto...

DOROTEA. ¿Adónde vas?

NARCISO. No receles, prenda amada;  
pronto volverá mi afecto  
a sacarte de las garras  
de este monstruo.

FELIPA. ¡Que ya siento

los pasos!

NARCISO. Adiós... (*Vase corriendo.*)

DOROTEA. Aguarda...

¿Qué es esto? ¿Viene a tragarme  
alguna fiera?

FELIPA. No es nada;  
no te asustes.

Salen JACOBO vestido de ángel, con alas muy grandes,  
y PEDRO de diablo.

JACOBO. ¡Bella niña!

DOROTEA. ¡Ay Dios mío de mi alma! (*Retirándose.*)

JACOBO. Si acaso la donosura  
de mi presencia...

DOROTEA. ¡Ay qué cara  
tan horrorosa! ¡Qué feo!

JACOBO. (*A Pedro.*) Retírate, que la espantas.

PEDRO. Quien la ha espantado es usted.

JACOBO. ¿Un ángel puede espantarla,  
gran borracho?

PEDRO. No es el ángel;  
es esa endiablada cara.

JACOBO. ¿Qué dices?

PEDRO. Que aunque la mona  
se vista...

JACOBO. Demonio, calla,  
que lo echas todo a perder.  
Si mi admirable y gallarda  
presencia, feliz doncella,  
te sorprende, y si te causa  
pavor, como es regular,

la fiera y horrible traza  
de ese malvado enemigo  
de toda la especie humana,  
yo haré al punto que a mi voz  
a los infiernos se vaya,  
para que escuches sin susto  
mis celestiales palabras.

DOROTEA. ¡Pero si usted me horroriza  
más que esotro!

JACOBO. ¿Por qué causa?

DOROTEA. Porque me parece usted  
mucho más feo.

JACOBO. (*A Pedro.*) ¡Caramba,  
que si le gustan los diablos,  
andaré siempre cargada  
de familiares!

PEDRO. Lo dije;  
si las mujeres se pagan  
de lo peor.

JACOBO.

¿Es posible  
que no te rindas, ingrata,  
al amor de un parainfo  
que, sostenido en sus alas,  
viene halagüeño y amante  
a suspirar a tus plantas?  
¿No te mueven mi belleza,  
mi tierna edad y las gracias  
de estos ojos?

DOROTEA. ¡Ay qué ojos,  
con dos libras de legañas!

PEDRO y } ¡Ah, ah, ah!  
FELIPA. }

FELIPA. ¡Famoso paso!

JACOBO. ¿Qué es lo que dices, tirana?

DOROTEA. Que es usted feo y muy feo.  
¿No se ha visto usted la cara  
llena de arrugas; la tez  
color de papel de estraza;  
y, finalmente, esos ojos,  
que, por más que los alaba,  
parecen dos agujeros  
cercados de telarañas?  
Sí, señor; es usted feo,  
y el hombre que a mí me ama  
es muy hermoso.

JACOBO. ¿Qué dices?

¿Qué hombre es ése? Hay aquí trampa.  
Doña Felipa, ¿qué es esto?

FELIPA. También estoy admirada  
de oirla; mas deje usted,  
que yo la pondré más blanda  
que una cera. (*Le habla aparte.*)

JACOBO. ¿Qué hago, Pedro?

PEDRO. Háglele usted alguna gracia.

JACOBO. ¿Yo hacer gracia? Si las mías  
están ya todas mojadas...

PEDRO. Qué, ¿no puede usted volar?

JACOBO. Me pesan mucho las ancas.  
Dile tú algo; quizás  
conseguirás ablandarla.

PEDRO. No tengo licencia.

JACOBO. Yo  
me doy de calabazadas.  
Dile que vengo volando

por esa esfera estrellada;  
dile que los angelitos  
tienen arrugas y canas;  
dile...

PEDRO.                    ¿Le digo también  
que tienen atiborradas  
las narices de tabaco?

ACOBO. ¡Maldito; tú me achicharras!

FELIPA. Ya la tengo convencida.  
Pero ella ha visto una estampa  
de Cupidillo, y me ha dicho  
que no hablará una palabra  
si no le permite usted  
ponerle la venda.

JACOBO. *(Se arrodilla, y Dorotea le ata un lienzo a los ojos.)*

Mi alma,  
 haz de mí lo que gustares,  
 pues me tienes a tus plantas.

PEDRO. Si él se ha vuelto Cupidillo,  
yo seré Plutón.

DOROTEA. ¡Qué cara  
tan peregrina!

JACOBO. ¿Te gusto? (*Se pone en pie.*)

DOROTEA. Ahora sí que usted me agrada.

JACOBO. ¿Conque tengo de ser ciego, teniendo la vista clara?

NARCISO. (*Saliendo. Al oído.*) Doña Felipa; ya traigo la gente para sacarla.

FELIPA. ¡Chitón!

JACOBO. Dime: ¿serás mía?

(Narciso se pone al lado de Dorotea.)

DOROTEA. Esta mano lo afianza.

*(Se la da a Narciso.)*

JACOBO. ¿Dónde está que no la encuentro?

FELIPA. Acérquela usted. ¡Qué pava!

*(Le da la suya a Jacobo.)*

JACOBO. ¿Por qué tanta cortedad?

¡Ay manita idolatrada!

Di: ¿me quieres, dulce prenda?

DOROTEA. *(A Narciso.)* Te quiero con toda el alma.

JACOBO. ¡Ay qué gusto! Amado dueño,  
pues dices que me idolatras,  
da un abrazo a tu Cupido.

DOROTEA. Tómalo, mi bien.

JACOBO. ¡Qué rara  
fortuna! Aprieta, mi bien.

FELIPA. Apriétale más, muchacha.

JACOBO. ¡Mi niña, que me revientas!

DOROTEA. Te quiero mucho.

JACOBO. ¡Caramba!

Quiero verte la carita,  
que estarás muy colorada.

*(Dorotea abraza a Narciso, y Pedro se mete en medio de Felipa y Jacobo, y lo abraza; a este tiempo se baja don Jacobo el lienzo, y se queda admirado viendo entrar al Notario con dos o tres testigos.)*

¿Qué es esto?

PEDRO. Voy al infierno  
a llevármelo en volandas.

JACOBO. ¿Qué gente es ésta? ¿Qué buscan?  
¡Picarón!... Y tú, villana,  
¿qué haces abrazando a un hombre?

NARCISO. Señor don Jacobo, basta;  
que esta señora es mi esposa.

JACOBO. ¿Esposa de usted, y acaba  
de darme la mano?

FELIPA. Es falso;  
que yo fui la desgraciada.

JACOBO. ¿Pues qué picardía es ésta?

NOTARIO. Pues, don Jacobo, aquí salga  
la verdad. Usté ha tenido  
encarcelada a esta dama  
desde sus primeros años,  
a fin de sacrificarla  
a su avaricia.

JACOBO. Y usted  
¿qué tiene que ver?...

NOTARIO. Cachaza.  
Yo, señor, vengo con orden  
de conducirla y dejarla  
depositada, hasta que  
con don Narciso Miranda  
se despose.

JACOBO. ¿Cómo es esto?  
Conque, infame, ¿tú te casas?

DOROTEA. Yo no sé lo que es casarse;  
mas si la cosa remata  
en quedarme para siempre  
con mi hombre, sin tardanza  
me casaré, y aun haré  
cuanto le diere la gana.

JACOBO. Y usted, señora alcahueta,  
¿qué dice?

FELIPA. Si se propasa,

lo contendrá mi marido.

JACOBO. ¿Qué marido, di, malvada?

PEDRO. Un demonio, que sabrá  
azufrarle bien la calva.

JACOBO. ¿Tú su marido, bribón?  
Mira, si agarro una estaca...

NARCISO. Delante de mí, ninguno  
a mis criados ultraja.

JACOBO. ¿Este su criado? ¡Cielos!  
¿Qué es aquesto que me pasa?

FELIPA. Sí, señor; todos de acuerdo  
hemos urdido esta trama  
para arrancar de sus uñas  
a esta inocente.

JACOBO. Me ahorcara  
si tuviera aquí un cordel.

PEDRO. Trate usted de abrir el arca  
para entregarle su dote,  
que tanto le enamoraba.

JACOBO. Primero daré una oreja.

NARCISO. Eso se verá mañana.

DOROTEA. Vaya; yo estoy aturdida,  
sin entender lo que hablan.

PEDRO. Ea; vuela usted al infierno,  
pues ya se acabó la farsa.

JACOBO. Yo volaría si a todos  
conmigo me los llevara.  
Despreciarme por ser viejo...  
No siento las calabazas,  
sino largar las talegas;  
y es preciso que al largarlas  
me den el último ataque



la gota y las almorranas.

NARCISO. Ven, amado dueño.

DOROTEA. Vamos

donde quieras; pero daca  
la manita, no te agarre  
alguna de las que andan  
tras de los hombres ajenos,  
y yo me quede burlada.

NARCISO. ¡Qué inocencia!

PEDRO. Y tú ¿qué dices?

FELIPA. En dejando la botarga  
seré tuya.

PEDRO. Pues pidamos...

TODOS. El perdón de nuestras faltas.

FIN



# EL LETRADO DESENGAÑADO

SAINETE

## PERSONAS

DON TADEO.

ISIDORA.

DON PEDRO.

GREGORIO.

DON AMBROSIO.

DON ROQUE.

DON CALIXTO.

## EL LETRADO DESENGAÑADO

---

Calle corta. Salen: por un lado, TADEO con fraque; y por otro, ISIDORA con saya y mantilla.

TADEO.     ¿Adónde bueno, Isidora,  
vas con todo ese poleo?

ISIDORA.    Voy a ver a una amiguita.

TADEO.     No será sino a don Pedro.

ISIDORA.    Calla, bobo; si te he dicho  
que a ti solito te quiero.

TADEO.     No lo dudo; pero como  
lo has tratado tanto tiempo,  
es fuerza que algún cariño  
le cobrases; fuera de esto,  
don Pedro es un abogado  
que maneja muchos pesos,  
y yo sólo soy un pobre  
pasante que ni dinero,  
ni otra cosa que lo valga,  
para regalarte tengo.

ISIDORA.    ¿Y qué importa, saleroso,  
si el gusto no tiene precio?  
Además, que aquel que suda,

por más plata que eche al viento  
de nuestra gran vanidad,  
tan sólo adquiere el derecho  
de llamar a todas horas  
y entrar muy grave, tosiendo;  
pero, a la verdad, ni pizca  
de cariño le tenemos.  
Ya se ve; tienen el mando;  
es preciso complacerlos;  
y lo que huele a prisión  
causa a todo el mundo tedio.  
Por eso, en enfermedades  
y ausencias, ocupa el puesto  
un figurín que, con cuatro  
trapitos que le ponemos,  
deja el pobre manejarse  
como si fuera un muñeco.  
De aquí podrás conocer  
que los tres años de empeño  
con don Bestía, poco golpe  
le han de haber dado a mi genio;  
porque si el gusto se cansa  
a los dos años y aun menos,  
¿qué será el disgusto? ¡Puf!  
Asco me da si lo pienso.  
TADEO. ¿Conque sacamos en claro  
que tiene plazo el afecto  
que me profesas?

ISIDORA. ¿Acaso,  
en el mundo, es algo eterno?  
Pero deja reflexiones  
melancólicas, y luego

vete a casa.

TADEO. Cuando acabe  
de escribir un pedimento  
iré a verte, prenda mía.

ISIDORA. Dentro de muy poco espero  
no volverte a ver, cariño,  
con la tinta entre los dedos.

TADEO. A la verdad, no quisiera  
que descubriese don Pedro  
si tiene rival o no.

ISIDORA. Que lo sepa. ¿Y qué tenemos?

TADEO. Yo por ti lo sentiría;  
pues dice que si no ha hecho  
un disparate contigo,  
es por no saber de cierto  
si lo has plantado por otro.

ISIDORA. ¿Eso dice? ¡Qué sujeto!  
¿A que hoy te saco de allá?

TADEO. No te expongas a ese riesgo.

ISIDORA. ¡Canario! ¿Si no eres hombre,  
por qué enamoras?

TADEO. ¿Qué es eso?  
En tocándome al honor,  
todo al punto lo atropello.  
Ya puedes ir cuando quieras.

ISIDORA. Pues bien; luego lo veremos.

TADEO. ¿Y qué harás?

ISIDORA. Si lo has de ver...

TADEO. Está bien.

ISIDORA. Pues hasta luego. (*Vanse.*)

Estudio del letrado, con mesa, sillas, etc. Salen DON PEDRO y GREGORIO.

PEDRO. Abre esa puerta, que llaman.

GREGORIO. ¿Quién es? (*Abre.*)

AMBROSIO. (*Saliendo.*) Mi señor don Pedro, buenos días.

PEDRO. Don Ambrosio, siéntese usted. ¿Qué tenemos?

AMBROSIO. Yo venía a ver si, acaso, me forma usté el pedimento que le dije.

PEDRO. ¿De la casa?  
Ya hago memoria; en viniendo el pasante, en tres minutos lo hilvanaré. ¡Qué; si tengo la cabeza como un loco!

AMBROSIO. No estudiéis tanto.

PEDRO. No leo  
cuatro renglones al día.  
Otro es mi mal. ¡Yo fallezco!

AMBROSIO. Vamos; ¿qué os ha sucedido?

PEDRO. ¡Que he perdido mi sosiego, mi fortuna, mi delicia, mi esperanza y mi consuelo!

AMBROSIO. Ya es eso mucho perder.

PEDRO. Pues aún yo no lo exagero, porque sólo me ha quedado la vida para tormento.

AMBROSIO. Sepamos ese infortunio.

PEDRO. Si usted me guarda secreto,



le descubriré mi pena.

AMBROSIO. Hábleme usted sin recelo,  
pues sabe que soy honrado.

PEDRO. Eso, amigo, me da aliento.  
¿No sabe usted que Isidora  
me ha plantado?

AMBROSIO. ¡Justo cielo!  
¿Eso origina sus quejas?  
Yo creí que era usted reo  
de Inquisición o de Estado.

PEDRO. A usted le parece juego,  
porque tiene ya sesenta  
Navidades sobre el pelo.

AMBROSIO. Eso será. ¿Y cómo ha sido?  
¿Usted la tenía afecto?

PEDRO. Sí, señor. ¡Quién lo creyera!  
Después de tan largo tiempo,  
en que la infiel me ha comido  
las *Pandectas*, el *Digesto*  
y tantos libros en folio  
como contiene el Derecho,  
tuvo ayer la avilantez  
de decirme que ya huelo...

AMBROSIO. ¿A qué huele usted?

PEDRO. A miseria;  
y dice bien, pues no tengo  
ni cerilla en los oídos.

AMBROSIO. Amigo mío, escarmiento.

PEDRO. Vaya; yo me muero pronto.

AMBROSIO. Olvídela usted.

PEDRO. No puedo,  
don Ambrosio. Si parece

que la infiel me ha dado sesos  
de mosquitos...

AMBROSIO.                               Haga usted  
por poner otra en su puesto.

PEDRO.                               ¿Poner otra? Si ninguna  
puede tener su salero...  
Sobre que es la quinta esencia  
de las mozas de este pueblo.

TADEO.                               *(Saliendo.)* Señores; muy buenos días.

PEDRO.                               ¡Válgame Dios, don Tadeo;  
que sabiendo usted que estoy  
rabiando aquí como un perro,  
venga tan tarde al estudio!

TADEO.                               Yo también, señor don Pedro,  
me siento malo.

PEDRO.                               Paciencia;  
hagamos un pedimento.  
¡Ay don Ambrosio! ¡Yo expiro!

AMBROSIO. No sabe usted cuánto siento  
molestarlo.

PEDRO.                               A bien que es cosa  
que se despacha en un vuelo.  
¿Está ya el margen?

TADEO.                               Ya está.

PEDRO.                               Pues bien; vaya usted poniendo:  
Don Antonio de Oropesa...

TADEO.                               Oropeza.

PEDRO.                               Dicho y hecho:  
con zeta lo ha puesto usted.

TADEO.                               Ya verá usted cuál lo enmiendo.

PEDRO.                               Vaya usted a escribirle al Rey  
de Argel, andaluz podenco,

- que yo noto en castellano.
- TADEO. De suerte, señor don Pedro,  
que yo no debo pagar  
sus disgustos o sus celos.
- PEDRO. ¡Ay don Tadeo del alma!  
¿Sabe usted acaso si tengo  
substituto?
- TADEO. Me parece  
que hay, en la jaula, jilguero.
- PEDRO. Otro canta, y yo suspiro.  
No puede ser, don Tadeo;  
y sí es cierto, ¡vive Dios!,  
que en llegando a conocerlo  
le he de hacer ver que Minerva  
tiene morrión y peto.
- AMBROSIO. Vaya; sasiéguese usted,  
que mañana el pedimento  
se acabará.
- PEDRO. No, señor;  
ahora lo haré, aunque eche fuego.  
Escriba usted.
- TADEO. Ya está el nombre.
- PEDRO. Lo demás, hasta que entremos  
en materias. Don Ambrosio;  
dichoso usted, que es ya viejo  
y se reirá del amor.

Salen DON ROQUE y DON CALIXTO.

- ROQUE. Amigo; con sentimiento  
venimos a visitarte.
- PEDRO. Calixto, Roque, ¿qué es esto?

¿Conque ya de mi desgracia  
corre la nueva en el pueblo?

CALIXTO. Todos tus amigos saben  
tu infortunio.

PEDRO. Yo me muero.

ROQUE. ¿Tú lloras?

PEDRO. ¿No he de llorar?

Hércules hacía lo mismo,  
y se comía un león  
como si fuera un carnero.

CALIXTO. Perico, conformidad.

ROQUE. Vaya; formemos el duelo.

PEDRO. Siéntense ustedes.

TADEO. ¿Se deja  
el trabajo?

PEDRO. Esto es primero.  
Arrímese usted a llorar.

ROQUE. ¿Por qué ha sido el rompimiento?

PEDRO. Yo no lo sé; puede ser  
que ya le parezca feo.  
Ved aquí el caso: ayer noche  
fuí a su casa con intentos  
de sacarla a pasear.  
Llamé seis veces; me abrieron,  
y hallé a Isidora que estaba,  
junto a un bufete, leyendo.  
Dejó el libro sin mirarme;  
volvióme la espalda, y luego  
comenzó a abrir y cerrar  
el abanico. Me acerco  
y le digo con dulzura:  
«¿Qué tienes, mona? — No tengo

nada», respondió con aire.  
Díjale entonces: «Mi dueño,  
¿no miras a tu Perico?»  
Y me respondió torciendo  
el hocico: «¡Linda cara!»

CALIXTO. Eso sería un requiebro.

TADEO. Una fineza. ¡Ah, ah, ah!

PEDRO. ¿Qué fineza ni embeleco?  
¿Y el tono con que lo dijo?

AMBROSIO. Y bien; ¿cómo acabó el cuento?

PEDRO. Preguntéle por qué causa  
me trataba con tal ceño;  
y la infame, con descoco,  
me respondió: «Caballero,  
hasta aquí tuvo su plata  
dentro de mi casa asiento;  
parece que ya la veta  
no produce; otro minero  
aguarda licencia. Agur;  
que está usted perdiendo tiempo.»

CALIXTO. ¿Y tú qué hiciste?

PEDRO. La rabia  
me puso entonces tan ciego,  
que no sé si la embestí;  
pues cuando volví en mi acuerdo  
me hallé en medio de la calle  
tropezando con un perro.

ROQUE. De aquí a dos días harás  
las paces.

PEDRO. ¿Paces? Primero  
he de dar las boqueadas.  
¿A mí tales vilipendios,

después que por sostenerla  
he enredado al Universo?

No, señor; aunque me ruegue,  
he de estar tieso que tieso.

ROQUE. Pero ¡qué linda muchacha!

TADEO. Se le derrama el salero.

CALIXTO. Ninguna pisa la calle  
con más poder.

PEDRO. ¡Qué recuerdos!

Cuando yo salía con ella,  
el aire que hacía su cuerpo  
me servía de abanico.

AMBROSIO. Yo no le encuentro defecto.

CALIXTO. Yo le hallo uno.

ROQUE. ¿Cuál es?

CALIXTO. Que tiene el tobillo izquierdo  
dos dedos más levantado  
que el otro. ¿No es verdad, Pedro?

PEDRO. No lo niego. Fué un esguince,  
bailando un día el bolero  
en la calle de la Bomba.

TADEO. Eso tienen los bureos.

CALIXTO. En verdad que no has de hallar  
otra Isidora.

PEDRO. Lo creo.

¡Ah, si vieras qué sutiles  
son sus manos! En dos Credos  
me limpiaba los bolsillos  
cuando llevaba dinero.

GREGORIO. (*Saliendo.*) Doña Isidora Bermúdez  
por usted pregunta.

PEDRO. ¡Cielos!

¡Isidorita me busca!  
Amigos míos; yo tiemblo  
lo mismo que un azogado.

TADEO. (*Aparte.*) ¡Yo no penetro el enredo  
de Isidora!

PEDRO. ¿Qué he de hacer?

ROQUE. Vaya; sositégate, Pedro;  
¿qué temes?

PEDRO. ¿Qué he de temer?  
Quebrantar el juramento  
de no tratar más con ella.

CALIXTO. Pues despídela con ceño.

PEDRO. ¿Cómo? Si así que me dice:  
«Periquito, mono, negro,  
yo te chero», me trastorno;  
y hombre al agua sin remedio.

AMBROSIO. Decidle que no está en casa.

CALIXTO. Pues que salga don Tadeo  
a despedirla.

TADEO. Muy bien;  
le diré que está en el Puerto.

PEDRO. No vaya usted; que es capáz  
de embestirle a un Granadero.  
Se conoce que usted ignora  
a lo que saben los dedos  
de estas ardillas. Mirad  
cómo tengo yo el pescuezo;  
pues sólo en curarme araños  
he gastado, cuando menos,  
seis botes de ungüento blanco  
y tres de bálsamo Alcedo.

CALIXTO. Pues ¿qué se ha de hacer?

- PEDRO. Que entre.  
(*Vase Gregorio.*)  
Amigos: en conociendo  
que voy a dar un zarpazo,  
tosan ustedes a un tiempo.
- ISIDORA. (*Saliendo.*) Señores; felices días.
- TODOS. Beso a usted los pies.
- PEDRO. Asiento.
- TADEO. Yo quiero servir de paje.
- ISIDORA. Espérese usted. Don Pedro  
tiene cara de lacayo.
- PEDRO. No trate con tal desprecio  
a un hombre de mi carácter.
- ISIDORA. Yo juzgué favorecerlo;  
porque servir a las faldas  
es propio de caballeros.
- PEDRO. Ya sé que es obligación. (*Se arrima.*)
- ISIDORA. Señor don Pedro; me alegro  
de ver esa real persona.
- PEDRO. No ha mucho que, en otro puesto,  
me comparó usté a Holofernes.
- ISIDORA. Si yo siempre me chanceo  
con quien estimo...
- PEDRO. Ya; chanza.
- TODOS. ¡Je, je, je, je, je! (*Tosen.*)
- ISIDORA. ¿Qué es esto?  
Parece que en esta casa  
todos padecen de muermo.
- TADEO. Vaya, que el lance es gracioso.
- ISIDORA. Miren qué tres estafermos  
para un tablado en la plaza  
de San Antonio.



- PEDRO. ¡Qué ojuelos  
tan lindos! Mas resistencia.  
Y bien, señora; ¿en qué puedo  
servir a usted?
- ISIDORA. No soy digna  
de ese honor; porque un sujeto  
me ha puesto el clavo y la ese  
en la carita.
- PEDRO. ¿Está lejos  
el dichoso?
- ISIDORA. Está tan cerca  
que me escucha y yo lo veo.
- PEDRO. Isidora, no me mientas;  
porque yo...
- TODOS. ¡Je, je, je!
- ISIDORA. Presto;  
muchacho toma un real;  
cómprales a estos enfermos  
un poco de lamedor  
de azofaifas para el pecho.
- TADEO. Como hace Norte, sin duda  
se han resfriado.
- ISIDORA. Lo siento;  
que se arropen y les pongan  
esta noche en el cerebro  
una rueda de molino  
para que suden. ¡Qué gestos!
- PEDRO. (*Se levanta.*) Señora, usted me perdone;  
que ahora tengo cuatro pleitos  
entre manos, y es preciso  
no desperdiciar el tiempo.
- ISIDORA. No me prive usted del gusto

de mirar lo que más quiero.

Siéntese usté otro ratito.

PEDRO. Si aprieta más, me blandeo.

Vaya, ¿qué me quiere usted? (*Se sienta.*)

ISIDORA. Decirle a usted lo que siento;

sobre que no he de negar

que es esta casa mi centro.

PEDRO. ¡Qué palabras! Cada una

es un puñal. No te creo,

traidora; porque ya he visto

que todos son fingimientos. (*Muy blando.*)

TODOS. ¡Je, je, je, je!

ISIDORA. ¡Pobrecitos;

qué lástima de gargueros

para un dogal!

PEDRO. No hagas caso.

¡Ah crüel; si fuera cierto

lo que dices!...

ISIDORA. Pues lo es;

porque en este sitio tengo

al dueño de mis potencias.

PEDRO. Mira: ¡si vieras mi pecho;

si tú vieras los estragos

que hacen en mí tus despegos!...

TODOS. ¡Lan, larán, larán, larán!...

PEDRO. De vuestras bocas reniego.

ISIDORA. Vaya; mudaron de tono.

¿Tienen estos caballeros

algún fuelle para darles,

como a los órganos, viento?

Cuenta que ya yo me atufo.

PEDRO. Señores; basta de juego.

Déjenme ustedes hablar,  
que este es un asunto serio.

CALIXTO. Pues ¿por qué nos suplicaste  
que tosiéramos en viendo  
que te rendías?

PEDRO. Entonces,  
amigos, era otro tiempo.

TADEO. ¿Y el juramento no obliga?

PEDRO. ¿No mira usted, don Tadeo,  
que Isidorita se pone  
en la razón? Acabemos.  
Dulce mona de mis ojos,  
negra de mis pensamientos,  
¿conque delante de ti  
tienes el único objeto  
de tu cariño?

ISIDORA. Cabal;  
y seré, en quererle, ejemplo  
de mujeres, si conmigo  
no es indigno en sus manejos.

PEDRO. ¡Ah morenita; una roca  
será en amarte mi pecho!  
Sí; yo lo juro a tus pies,  
hermosísimo embeleso  
de tu Perico.

ISIDORA. Despacio;  
porque miro a usted muy lejos  
del punto que aquí se trata.

PEDRO. Vida mía, no te entiendo.

ISIDORA. Pues sépase que yo hablo,  
no de usted, de otro sujeto  
que me gusta más que usted.

- PEDRO. Me ha dejado sin resuello.
- TODOS. ¡Ah, ah, ah! ¡Qué lindo chasco!
- PEDRO. Dime, cocodrilo fiero:  
¿quién de los presentes tiene  
la dicha de ser tu dueño?
- ISIDORA. Yo no quería decirlo  
porque le tengo a usted miedo;  
pero como me lo pide  
por favor, fuera mal hecho  
no concedérselo el día  
que está usted jediendo a muerto.  
Ea, pues; de estos señores,  
al que tenga mejor gesto  
déle usted la enhorabuena.
- PEDRO. Con una tranca en los sesos.  
¿Es Calixto?
- ISIDORA. No, señor;  
que está ese pobre muy seco.
- CALIXTO. Me han puesto así los ayunos.
- PEDRO. ¿Es Roque?
- ISIDORA. Ponga usted cero.  
¿No ve usted que tiene mucha  
barriga para cortejo?
- ROQUE. Es que me doy buena vida.
- ISIDORA. Más valdrá usted en el perneo.
- PEDRO. ¿Qué fuera que don Ambrosio  
se haga el hipócrita?
- ISIDORA. Menos;  
en mi vida me ha gustado  
la gente de poco pelo.
- AMBROSIO. Lo estimo.
- PEDRO. ¿Quién es, ingrata?

- TADEO. Yo solo falto, don Pedro.
- PEDRO. Aquí no toca usted pito.  
Copie usted aquel pedimento.
- ISIDORA. Pito, no; primer violín  
toca el señor don Tadeo.
- PEDRO. ¿Conque es tu amante?
- ISIDORA. Cabal.
- PEDRO. ¡Que esto escucho y me contengo!  
¡Un hombrecillo; un salvaje  
que es un alarbe escribiendo,  
se prefiere a un literato  
que se ha metido en los sesos  
tres mil títulos de libros  
entre grandes y pequeños!  
Ea, salga de mi casa;  
allí tiene usted el sombrero.  
¡Hijo mío, a mendigar  
pan a otra parte!
- TADEO. (*Gritando.*) ¡Silencio;  
no me toque usted la ropa,  
porque entonces nos veremos!
- PEDRO. ¿Usted me levanta el grito?
- ISIDORA. No, señor; yo soy quien quiero,  
si prosigue usted ladrando,  
descañonarle el pescuezo.
- PEDRO. Detengan a esa mujer.
- CALIXTO. Vaya; se acabó el estruendo.
- AMBROSIO. Váyanse ustedes.
- ISIDORA. Nos vamos;  
pero sepa ese estafermo  
que vale más un zapato  
de mi chulo, que sus pesos.

- TADEO.      Sí, señor; ella lo dice,  
                 y yo también lo mantengo.
- ISIDORA.    Deja a ese cara de cafre.
- TADEO.      No lo alabes, que me encelo.
- ISIDORA.    Pero si lo quiero tanto...
- TADEO.      Son pasiones; ya lo veo.
- ISIDORA.    Agur, prenda; y no se olvide  
                 de convidarme a su entierro. (*Vase.*)
- PEDRO.      ¡Ay amigos!; despertadme,  
                 porque yo pienso que es sueño  
                 lo que me pasa; mas no,  
                 que según el traqueteo  
                 convulsivo de mis bofes,  
                 ya no dudo que sea cierto.
- CALIXTO.    Me alegro de que un baboso  
                 tenga tan malos sucesos.
- PEDRO.      ¿Pero a quién, siendo de carne,  
                 no engañarán sus requiebros?
- ROQUE.      ¿Abrirás los ojos?
- PEDRO.      ¡Sí!;  
                 desde este instante aborrezco  
                 todo cuanto tenga nombre  
                 femenino. ¡Por Tadeo  
                 dejarme esa bribonaza!
- AMBROSIO.   Paciencia, señor don Pedro,  
                 y hágame usted el favor  
                 de acabarme el pedimento.
- PEDRO.      ¿Cómo, si voy a meterme  
                 en la cama? Yo recelo  
                 un ataque a la cabeza.  
                 Muchacho; llama a un barbero,  
                 que venga al instante a echarme

un cáustico en el cerebro.

CALIXTO. ¡Pobre Pedro!

PEDRO. Acompañadme

otro rato en mi aposento.

CALIXTO. Vamos todos; suplicando...

TODOS. Que perdonen los defectos.

FIN





# ÍNDICE

	Págs.
PRÓLOGO.....	5
El aprendiz de torero.....	37
El baile desgraciado y el maestro Pezuña.....	59
La boda del Mundo Nuevo.....	81
Los caballeros desairados.....	107
El café de Cádiz.....	131
La casa de vecindad (primera parte).....	149
La casa de vecindad (segunda parte).....	173
La casa nueva.....	205
Los cómicos de la legua.....	229
El cortejo substituto.....	259
La cura de los deseos.....	283
El chasco del mantón.....	305
El desafío de la Vicenta.....	327
El día de toros en Cádiz.....	345
Felipa la Chiclanera.....	371
La feria del Puerto.....	393
El fin del pavo.....	423
El gato.....	449
La inocente Dorotea.....	471
El letrado desengañado.....	505











BINDING CEST AUG 31 1973

PLEASE DO NOT REMOVE  
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

---

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

---

PQ	González del Castillo, Juan
6526	Ignacio
G6	Obras completas de don Juan
1914	Ignacio Gonzalez del Castillo
t.1	

UTL AT DOWNSVIEW



D RANGE BAY SHLF POS ITEM C  
39 09 14 06 11 013 4